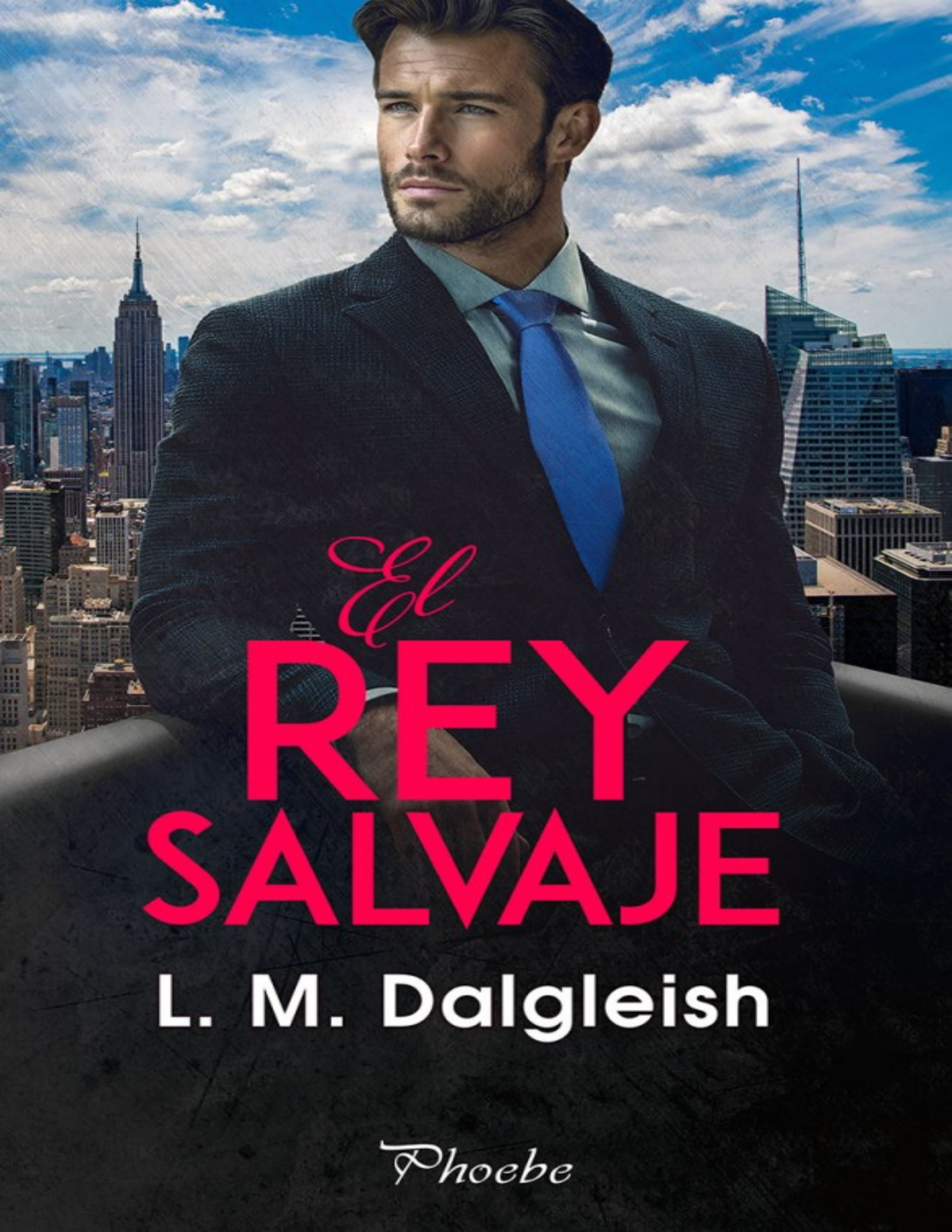
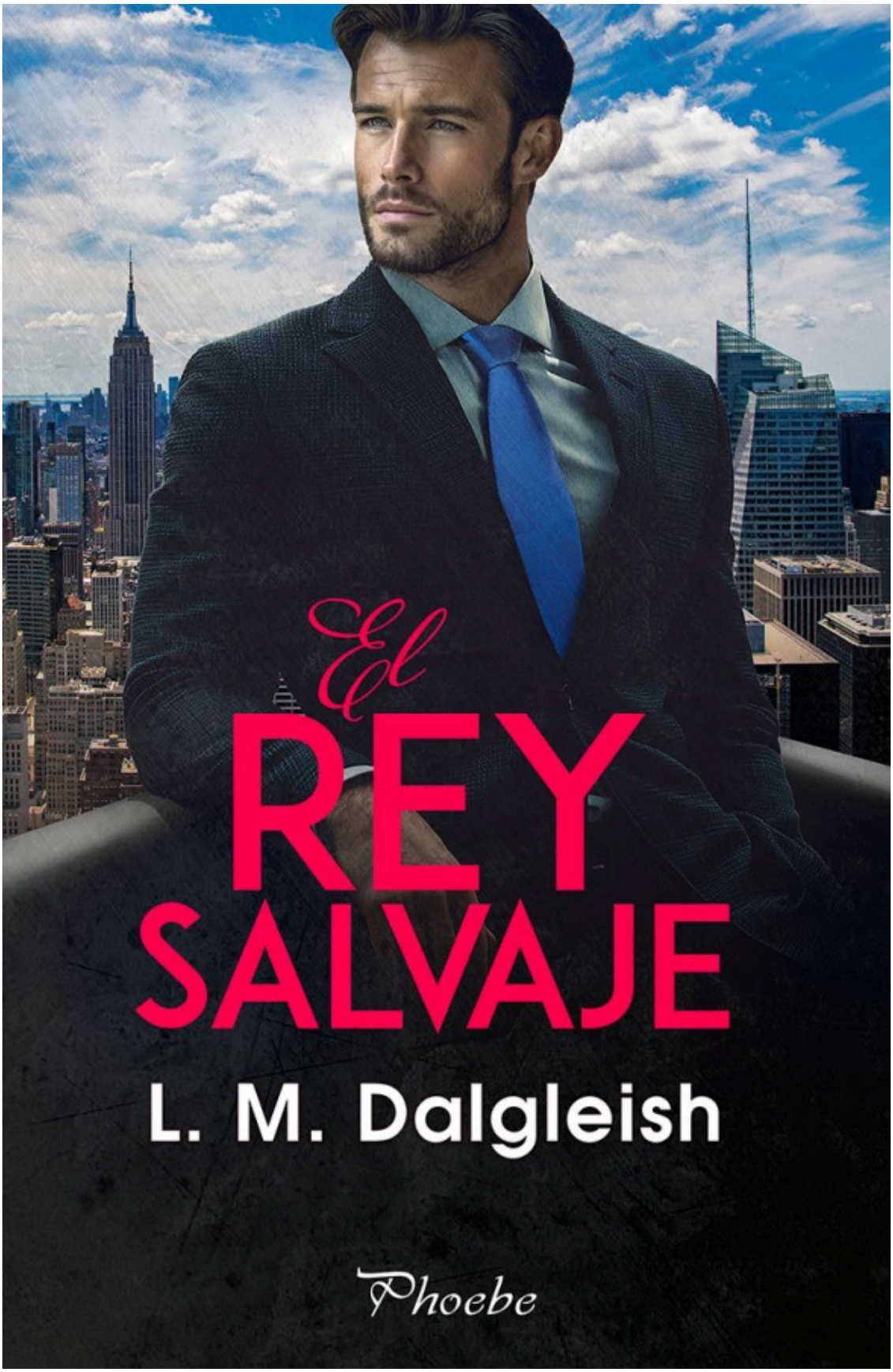

El
REY
SALVAJE
L. M. Dalgleish
Phoebe


El
REY
SALVAJE
L. M. Dalgleish
Phoebe

L. M. Dalgleish

El REY SALVAJE

Traducción de Silvia Barbeito



Phoebe

Título original: *Reckless King*

Primera edición: junio de 2026

Copyright © 2024 by L. M. Dalgleish

© de la traducción: Silvia Barbeito Pampín, 2026

© de esta edición: 2026, Ediciones Pàmies, S. L.
C/ Monteverde
28042 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 979-13-87787-70-7
BIC: FRD

Arte de cubierta: CalderónSTUDIO®
Fotografía de cubierta: Freepik

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Índice de contenido

1. 1
2. 2
3. 3
4. 4
5. 5
6. 6
7. 7
8. 8
9. 9
10. 10
11. 11
12. 12
13. 13
14. 14
15. 15
16. 16
17. 17
18. 18
19. 19
20. 20
21. 21
22. 22
23. 23
24. 24
25. 25
26. 26
27. 27
28. 28
29. 29
30. 30
31. 31

32. 32
33. 33
34. 34
35. 35
36. 36
37. 37
38. 38
39. 39
40. 40
41. 41
42. 42
43. 43
44. 44
45. 45
46. 46
47. 47
48. 48
49. 49
50. 50
51. 51
52. Epílogo
53. Agradecimientos

Para todos los lectores a los que les encanta ver cómo el playboy *finalmente cae —y cae de bruces—: este libro es para vosotros.*

1

VIOLET

Juro que esa vieja cafetera exprés me odia.

Pongo los brazos en jarras y entrecierro los ojos ante ese frustrante trozo de metal, tratando de ignorar la gota de sudor que me recorre la espalda.

A mi derecha se ha formado una pequeña cola de clientes en el mostrador de recogida de True Brew. Aunque hasta ahora no ha habido quejas, puedo sentir cómo la famosa impaciencia neoyorquina va en aumento con cada segundo y con cada mirada al reloj.

—Perdón por la espera —digo, confiando en que mi sonrisa no parezca tan agotada como me siento—. ¡Su café estará listo en un santiamén! —Me acerco poco a poco a la máquina, mirando a mi alrededor para asegurarme de que nadie puede oírme—. Si no lo haces por mí, hazlo por papá —susurro.

Junto las manos y contengo el aliento, como si creyera que va a ponerse en marcha al mencionar a su difunto dueño. Por desgracia, no parece que vaya a añadir «susurradora de máquinas» a mi currículum en un futuro próximo, ya que se mantiene en un silencio obstinado. Y ahora, salvo darle golpecitos frenéticos al indicador de temperatura, me he quedado oficialmente sin ideas.

Jarrod se acerca a mí y me empuja con el hombro.

—Déjame echarle un vistazo —sugiere—. Encárgate de la caja.

Me aparto un mechón de pelo de los ojos con el dorso de la muñeca y le dedico una sonrisa agradecida.

—Me salvas la vida. —Jarrod lleva un par de años trabajando en True Brew y ha desarrollado una habilidad extraordinaria para mantener en marcha esta máquina tan caprichosa. Pero, a pesar de su toque mágico, no se puede negar la verdad: voy a tener que sustituirla antes o después.

Lo dejo ahí para que le eche un vistazo y que, con un poco de suerte, consiga que todo vuelva a funcionar, y me dirijo al mostrador. Solo hay una clienta esperando, una madre joven de aspecto agobiado con una niña pequeña inquieta a la que lleva en brazos y apoyada en las caderas. La pequeña, que luce

una magnífica melena de rizos rojizos, parece acalorada y de mal humor, a punto de estallar.

Le sonrío a la madre y tomo nota del café que quiere. Después de cobrarle, señalo el tarro de gigantescos y esponjosos malvaviscos que tenemos en el mostrador.

—¿Le puedo dar uno?

El rostro de la mujer se ilumina.

—Le encantaría. —Se vuelve hacia su hija—. ¿Verdad, Molly?

La niña esconde la cabeza en el hombro de su madre, pero después la levanta para mirarme y asiente.

Sonrío para mis adentros, levanto la tapa del tarro y uso unas pinzas pequeñas para sacar un malvavisco rosa.

—Toma, cariño.

La niña extiende la mano y yo se lo dejo caer en la palma. Se lo lleva al pecho y lo mira, embelesada.

—Muchas gracias —dice su madre—. Ha tenido un día muy largo. Las dos lo hemos tenido.

—Bueno, espero que lo disfrute. Y espero que tú disfrutes del café. Me parece que te lo has ganado.

Me dedica una última sonrisa antes de dirigirse al mostrador de recogida. Molly se despide haciendo un gesto con la mano por encima del hombro.

Por desgracia, no hay ningún otro cliente haciendo cola detrás de ella, y se me hunden los hombros al echar una ojeada al local. La pequeña y rústica cafetería con paredes de ladrillo parece más aburrida que acogedora, y casi todas las mesas de madera están vacías.

Durante una fracción de segundo, recuerdo otro tiempo, uno en el que True Brew estaba abarrotado y lleno del sonido de charlas alegres, el silbido de la máquina de café exprés y el tintineo de los cubiertos. Por encima de todo eso podían escucharse las carcajadas atronadoras de mi padre cuando bromeaba con los clientes que hacían cola para disfrutar de pasteles horneados en la propia cafetería, comidas sencillas y sabrosas y una variedad de café artesanal de origen cultivo sostenible.

Suelto un suspiro. Eso era entonces, y esto es ahora.

Hace veinte meses, un infarto nos arrebató a mi padre, y con su fallecimiento se fueron el corazón y el alma de True Brew. Y después de que el gerente que mi hermano Mark y yo cometimos el error de contratar para llevar el local lo

gestionara mal, la cafetería ya no es el bullicioso centro comunitario que solía ser.

Por eso, cuando Mark me llamó hace cinco meses para decirme que quizá tendríamos que vender, supe lo que tenía que hacer. Dejé mi trabajo en una organización sin ánimo de lucro con sede en Maine y regresé a casa. True Brew es todo lo que nos queda de mi padre, y de ninguna manera voy a ser yo quien ponga un cartel de «Se vende» en su sueño.

—Ya está en marcha, jefa —anuncia Jarrod a mis espaldas.

Me vuelvo hacia él y me invade la familiar oleada de gratitud por que siga trabajando aquí. Solo tiene veinticinco años, la misma edad que yo, y podría haberse ido a otro sitio cuando las cosas empezaron a ir mal, pero se quedó. Estoy convencida de que su cara familiar es lo que ha hecho que nuestros pocos clientes fieles que quedan sigan viniendo. Aunque ahora que he convencido a José, el proveedor de café de especialidad de toda la vida de True Brew, para que nos renueve el contrato de suministro —una de las *víctimas* de las medidas de ahorro del anterior gerente—, espero poder atraer a más clientes.

Solo tengo que mantener el local a flote hasta que eso ocurra.

Le sonrío a Jarrod.

—Menos mal que esa máquina te adora.

—Debería. —Le brillan los ojos color avellana—. Mi relación con ella ha durado más que ninguna otra que haya tenido con una mujer de carne y hueso.

Me aparto para que pueda ocupar su sitio en la barra, riendo.

—Eso es porque tu sonrisa encantadora no deja de meterte en líos —lo provoco.

Ladea la cabeza y esboza una sonrisa torcida.

—¿Crees que soy encantador?

Le señalo la cara con un dedo.

—Es justo a eso a lo que me refiero. No creas que no me he dado cuenta de que las chicas que vienen aquí te lanzan miraditas seductoras.

Con su pelo oscuro, esa sonrisa pícara y ese hoyuelo, entiendo por qué lo encuentran atractivo, aunque yo no siento ningún cosquilleo en el estómago cuando me dedica esa sonrisa.

Le doy una palmadita de agradecimiento en el brazo y, tras tensar la goma con la que me recojo la melena, me centro en atender el pequeño atasco de pedidos de café.

Pronto se acaba la hora punta —aunque no estoy segura de si debería llamar «hora punta» a ese goteo de gente— y nuestra camarera a tiempo parcial, Sarah, se va a casa.

Estoy preparando unos cafés para Jarrod y para mí cuando suena el timbre de la puerta y mi mejor amiga, Anna, entra tranquilamente. Acaba de salir de su trabajo como entrenadora personal y todavía lleva puestos los pantalones de yoga y la camiseta sin mangas. Rodeo el mostrador para darle un abrazo.

—¿Qué haces aquí a estas horas?

—¿Te puedes creer que mis dos últimos clientes han cancelado la clase? Pues yo me lo he tomado como una señal de que debía visitar a mi persona favorita.

—Pues qué oportuna. —La cojo de la mano y la guio hacia una de las mesas del fondo—. Jarrod y yo estábamos a punto de tomarnos un café.

Anna arquea sus cejas oscuras y una sonrisa emocionada se dibuja en su rostro.

—No quiero interrumpir nada…

Pongo los ojos en blanco, aunque reprimo una sonrisa.

—Sabes que no es así.

—Mmm, si tú lo dices…

Bajo la voz y echo un vistazo hacia Jarrod, que está recogiendo:

—Que trabajemos juntos no significa que haya algo entre nosotros. Además, soy su jefa.

—Como si eso fuera un impedimento —se burla—. ¿No has leído ninguna novela romántica últimamente? Además, lo he pillado mirándote. ¿Y lo has visto? Es imposible que no sea bueno en la cama. Podría ser justo lo que necesitas para salir de la rutina.

Al otro lado de la sala, Jarrod limpia la encimera, flexionando los músculos de los antebrazos de una forma que incluso yo puedo valorar positivamente.

Me vuelvo y le doy un codazo a Anna para que se siente.

—Mira así a todo el mundo. Incluida a ti. Pero, por favor, no intentes averiguar por ti misma si es tan bueno como parece. Lo último que necesito es una tensión extraña entre mi mejor amiga y mi mejor empleado.

Anna se sienta y cruza los antebrazos sobre la desgastada mesa de madera.

—Es guapo, y seguro que sería bueno, pero tiene demasiada energía de golden retriever para mí. Yo soy más la clase de chica a la que le gustan los tíos arrogantes y seguros de sí mismos. —Me guiña un ojo sin pudor.

No puedo evitar reírme. Sin duda es así. El gusto de Anna por los hombres

siempre ha derivado hacia los típicos alfas, pero con un toque de rebeldía. Yo prefiero a un chico dulce antes que a un rompecorazones arrogante sin dudarlo. Son todo encanto y arrogancia hasta que te enamoras de ellos. Luego, una vez que han conseguido lo que quieren y te han hecho sentir algo, se les cae la máscara y aparece su verdadero yo.

—En fin. —Anna señala con la cabeza hacia la barra—. Has estado trabajando demasiado. Ve a por tu café y siéntate conmigo. Porque si Jarrod no está en la carta, tengo una sugerencia.

Le lanzo una mirada de curiosidad, pero ella se limita a sonreír y no dice nada.

—¿Quieres un café tú también? —le pregunto.

—Bueno, ya que me lo ofreces, me encantaría uno de tus cafés con leche de origen único.

Unos minutos más tarde, le pongo a Anna la taza delante. Ella sonríe al ver el gato de *latte art* con el que he decorado su café. Es una técnica que por fin he dominado tras muchos intentos fallidos, y que Jarrod solía llamar en broma mis «atrocidades de *latte*».

Cojo mi taza y me acomodo en el asiento de enfrente a ella.

—Vale, ¿y cuál es esa sugerencia?

Ella se echa hacia delante y me mira con seriedad.

—Quiero que me escuches antes de decir nada.

Asiento.

—Por supuesto.

—¿Te acuerdas de que hace como un año te hablé de ese chico con el que salía? Mayor, guapo, rico…

Por aquel entonces yo aún vivía fuera del estado, pero recuerdo la conversación telefónica que tuvimos sobre Richard y sobre algunas de las cosas que le gustaban de él.

—Ah, sí, claro que lo recuerdo. Pero se marchó, ¿no? ¿Ha vuelto?

—Sigue en California. Acordamos romper definitivamente cuando se mudó, y no hemos hablado desde entonces. Pero ¿te acuerdas de que te conté que me llevó a ese club…?

Se le sonrojan un poco las mejillas. Anna y yo somos amigas desde el instituto, y para nosotras hablar de relaciones y sexo no es nada nuevo; además, ella no es tímida, así que el rubor que luce me hace preguntarme qué es lo que hicieron exactamente ella y Richie el rico en ese club.

—Me acuerdo, pero no entraste en detalles.

Da un sorbo a su café y me mira encima del borde de la taza.

—Es difícil de describir. Digamos simplemente que fue… eeeh… liberador.

Arqueo una ceja.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir al respecto?

—Bueno… —Me dedica una sonrisa pícara—. No quiero desvelar demasiado, porque creo que deberías experimentarlo por ti misma.

Me da un vuelco el estómago y se me tambalea la taza de café; la enderezo justo antes de que se derrame.

—¿Quieres que vaya a un… un club de sexo? —susurro la última parte—. Lo siento, pero ¿no me conoces? Es una idea terrible.

Ella hace un puchero, aunque sus ojos oscuros brillan de diversión.

—Has prometido escucharme hasta el final. —Me muerdo el labio inferior y asiento de nuevo. Sí, se lo he prometido, pero creo que no me apetece saber adónde quiere llegar con todo esto—. Sé lo que estás pensando. Yo pensé lo mismo cuando Richard me lo sugirió. Pero ese lugar no es sórdido en absoluto. Es superexclusivo porque atiende a mucha gente muy rica y muy famosa. Se investiga a los socios y es obligatorio llevar máscara para entrar, así que todo el mundo conserva el anonimato. —Me mira fijamente a la cara y luego hace una mueca, probablemente porque es evidente que no me está convenciendo—. Mira, ahí se toman muy en serio la seguridad. Las comprobaciones de antecedentes son obligatorias, incluso para los invitados. Las máscaras sirven para garantizar el anonimato, pero te prometo que no es nada raro. —Esboza una leve sonrisa—. De hecho, es bastante sexy. Piénsalo, es una oportunidad única en la vida para codearte con los ricos y famosos mientras se ponen sensuales. Y… —se detiene un instante para generar expectación—, si decides que quieres probar, es perfecto para encontrar sexo sin ataduras, anónimo, seguro y para liberar estrés. Lo cual, amiga mía —me señala dramáticamente—, necesitas desesperadamente después de todo lo que has pasado en los dos últimos años.

Intento asimilar lo que me está sugiriendo. Sé que no solo está hablando de True Brew, ni siquiera de lo mucho que he sufrido por la muerte de mi padre y por no haber estado aquí cuando falleció, aunque he batallado con todo eso. También se refiere a mi ex, Eric, que me engañó. Anna es la única persona a la que le conté lo que pasó con él, ya que no quería cargar a Mark con las consecuencias de mis malas decisiones en cuestión de hombres, más que nada

porque solo puedo culparme a mí misma por haber estado tan ciega ante todas las señales de alarma de Eric. Eso significa que Anna es la única que sabe por qué he sido tan reacia a abrirme a otra relación.

Eso no significa que no haya echado de menos el contacto con un hombre. Puede que tenga a mi fiel novio a pilas en casa, pero no hay nada que sustituya esa interacción humana y esa conexión piel con piel. ¿Podría ser esa la respuesta? Una noche sin nombres, sin expectativas, sin intercambiar números… Sin sentimientos heridos porque la pregunta ni siquiera se plantea. Y sin el momento incómodo de la «mañana después».

Anna me observa frunciendo el ceño.

—No quiero presionarte ni hacerte sentir incómoda. Pero te vendría bien desconectar, aunque solo sea por una noche. Una pequeña distracción de todo lo que te está pasando. —Pone su mano sobre la mía en la mesa y me la estrecha—. Y no hay ninguna presión. Puedes hacer tan poco o tanto como quieras. La zona de la entrada es casi como una discoteca normal, así que cuando lleguemos allí, podemos beber y bailar sin más. No tiene por qué llegar más allá. Pero si conoces a alguien que te guste, entonces, ya sabes, puedes explorar la conexión.

Mi ritmo cardíaco se acelera. ¿Podría hacerlo? Como mínimo, es algo que tachar de mi lista de cosas que hacer antes de morir. Tampoco es que ir a un club de sexo esté en ella, pero ¿quién no ha añadido alguna vez una tarea a una lista solo para tener la satisfacción de tacharla? Y la perspectiva de hacer algo tan fuera de lo normal, tan salvaje, me resulta extrañamente atractiva. Hace mucho tiempo que no me comporto de forma despreocupada ni actúo de manera remotamente espontánea. Quizá sea una locura, pero una noche de puro escapismo suena… bien.

Por no mencionar que sería un enorme «Que te jodan» para Eric.

Inspiro hondo.

—Vale, digamos que me lo estoy planteando. Richard te invitó a ir, ¿verdad? ¿Cómo vamos a entrar si él no está?

Los ojos de Anna se iluminan y se endereza un poco.

—Antes de irse, me dejó pagada la cuota de socia. Dijo que era un regalo de despedida. Pero, para ser sincera, no me ha apetecido ir sin él. —Se lleva el café a los labios y da un pequeño sorbo antes de continuar—. Lo que pagó vence dentro de un par de semanas, y sería una pena no usarla al menos una vez. Sobre todo porque no son baratas. Y como soy socia, puedo llevarte

como invitada. Solo tendríamos que enviar tus datos para una verificación de antecedentes, y, una vez que los hayan procesado, te dejarán entrar conmigo. —Se echa hacia delante—. No tienes por qué decidirlo ahora. Piénsalo y avísame.

Podría pensarlo. O podría armarme de valor, darme permiso para tener una noche libre de ser Violet, la propietaria de una cafetería en apuros, y hacer algo atrevido por primera vez en mucho tiempo.

Me termino el café, dejo la taza sobre la mesa y le dedico una sonrisa a Anna, una que probablemente parece mucho más segura de lo que en realidad me siento.

—¿Y qué me pongo?

2

TATE

La madera pulida de la barra brilla bajo el resplandor de las lámparas de araña, y el ambiente resulta un poco pesado por la mezcla de aromas de colonia y perfume, cortesía de la élite de Nueva York que abarrota el salón de baile a mis espaldas.

Doy unos golpecitos con el dedo en el borde de mi vaso, ya vacío. El camarero me dedica una expresión cómplice y va a por el Macallan 25.

—¿Estás intentando batir un récord, Tate? —bromea. Que ahora sea amigo del personal del bar es una prueba de a cuántos eventos de esta clase he asistido últimamente. Esta es la cuarta gala benéfica a la que acudo en un plazo de seis semanas.

—Solo intento batir mi marca personal. —Me llevo el vaso bajo a los labios e inhalo el aroma cálido a roble antes de beber. El ardor ahumado del whisky es un alivio bienvenido que me recorre la garganta.

He cumplido con mi deber de hacer contactos como jefe de marketing de la empresa de mi familia, King Group, y he estado socializando durante lo que parece una eternidad de monotonía, hablando de todas nuestras últimas promociones inmobiliarias. Ahora me estoy tomando un merecido descanso en el bar. Al menos, creo que me lo he ganado.

La gala Blue Planet es un evento de alto nivel dedicado a la conservación del medio ambiente, lo que significa que el salón de baile está lleno de personas influyentes y de gente que busca ascender en la escala social mientras fingen preocuparse profundamente por la causa aunque en realidad estén más interesados en el patrimonio neto de los demás. Y como mi patrimonio neto es uno de los más elevados, hay muchas miradas puestas en mí.

—¿Cuánto tiempo más tiene que pasar hasta que podamos irnos? —me pregunta mi hermano mayor, Cole, en voz baja, haciéndose eco de mis propios pensamientos.

Suelto un suspiro de alivio y me vuelvo hacia él, solo para descubrir que no

me está hablando a mí: se está dirigiendo a la guapa mujer de cabello oscuro que tiene acurrucada a su lado.

Delilah, su prometida, lo mira con los ojos verdes relucientes de diversión.

—Solo llevamos aquí una hora.

Joder. Habría jurado que había pasado más tiempo.

A pesar de esa desagradable revelación, tengo que reprimir una sonrisa cuando Cole agacha la cabeza para acercar la boca a su oído y murmurarle que preferiría estar en casa haciendo que ella grite su nombre.

—¡Cole! —sisea ella, con un ligero rubor que le tiñe los pómulos, dándole una palmadita en el pecho enfundado en un esmoquin.

Me los quedo mirando un instante. Nunca pensé que vería a mi hermano enamorado, pero, por sorprendente que parezca, le sienta bien. Desde que está con Delilah, sonríe con más facilidad y se ríe con más frecuencia. Él la toca constantemente, o ella lo toca a él; desde sutiles caricias hasta la forma posesiva en que su brazo le rodea la cintura, Cole parece empaparse de todo, como si no pudiera saciarse. Como si no pudiera saciarse de ella.

—Tengo que quedarme al menos otra hora —afirma sin rodeos Roman, mi hermano mayor, interrumpiendo mis pensamientos—. Y si yo tengo que estar aquí, tú también.

No puedo resistirme a provocar al oso.

—No me digas que el malvado gran director ejecutivo de King Group necesita que lo cojan de la mano en una fiesta. Si ese es el caso, estoy seguro de que hay un montón de mujeres que se ofrecerían voluntarias para el trabajo. Aunque —ladeo la cabeza— quizá no sea tu mano lo que quieran cogerte…

Me clava sus fríos ojos grises y esta vez no puedo contener una sonrisa burlona.

—Lo que necesito de ti no es que me cojas de la mano —replica—. Lo que necesito es que la dirección del Grupo King presente un frente unido. Y eso no implica que mi jefe de operaciones se vaya a casa con su prometida ni que mi jefe de marketing desaparezca el resto de la noche en un rincón oscuro con la aburrida mujer de la alta sociedad que tenga más a mano.

Controlo mi expresión para evitar mostrar el repentino enfado que provocan sus palabras, le sostengo la mirada y le doy otro sorbo de whisky, aunque no puedo discutirle esa predicción. Hasta hace poco, ese había sido mi procedimiento habitual en eventos como este, pero han pasado meses desde que hice mi último numerito, y él lo sabe, aunque no esté dispuesto a

reconocerlo.

—No te preocupes. Las integrantes de la alta sociedad aburridas del mundo están a salvo de mí esta noche.

Con nada más que una mirada con los ojos entrecerrados y un gesto de asentimiento, vuelve a dirigirse al salón de baile, donde los más ricos y detestables de Nueva York están en pleno momento de ver y ser vistos.

Cuando Delilah se aparta de Cole para ponerse a mi lado, le echo un vistazo y sonrío ante la expresión sombría de su rostro. Nuestra relación ha mejorado significativamente durante el último año y medio, pero no estoy convencido de que alguna vez vaya a perdonarme del todo por mi forma de ayudarla cuando estaba a punto de echar a perder lo mejor que le había pasado nunca.

Hablando de eso, me vuelvo hacia Delilah.

—¿Te he dicho ya lo guapa que estás esta noche? —Ignoro el gruñido que sale de mi hermano.

Las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba.

—Ya me lo has dicho, gracias. —Me toca el brazo—. Cole me ha enseñado tus ideas de marketing para Genesis-1 y me encantan. Destacas todas las características de sostenibilidad sin dejar de mostrar el lujoso estilo de vida de un rascacielos. —No es un elogio vano viniendo de ella, ya que es una de las arquitectas que ha estado trabajando en el proyecto, el segundo de King Group.

Asiento en señal de agradecimiento por su halago. Para ser sincero, Genesis-1 casi se vende solo: arquitectura de vanguardia, tecnología de última generación, lujo sin igual y una huella de carbono neutra; supondrá un punto de inflexión en el mercado inmobiliario de Nueva York una vez construido. Aunque aún faltan meses para que comience la construcción. Mientras tanto, es tarea de mi equipo, y mía, asegurarnos tantas preventas como sea posible y garantizar que el flujo de caja se mantenga estable y la confianza de los inversores siga siendo alta.

Mientras recorro con la mirada a la multitud, una rubia alta y esbelta capta mi atención, más que nada porque ella no aparta la vista de mí. Esboza una sonrisa lenta y seductora, y en su expresión hay un destello de deseo que me resulta demasiado familiar cuando se lleva la copa de champán a los labios.

No es la primera mujer que intenta captar mi atención esta noche. Y no hace mucho no habría dudado en aceptar su invitación tácita. Tiene toda la pinta de ser una mujer a la que le gustaría follar contra una pared y disfrutar de un par

de orgasmos para pasar la noche. Pero las cosas han cambiado. La reputación que me he ganado a lo largo de los años no ha dado precisamente buena imagen a la empresa. Y desde que mis hermanos y yo nos hicimos cargo de todo tras el arresto de mi padre hace dieciocho meses, lo último que quiero es poner en peligro su futuro. Sobre todo ahora que mi relación con Cole, y en menor medida con Roman, está mejorando de nuevo. A mis veintinueve años, por fin quiero estar a la altura de mis hermanos y saber que he contribuido tanto como ellos al negocio.

Por eso he estado haciendo todo lo posible por demostrar que me he reformado. Aunque nadie lo diría, a juzgar por los artículos cada vez más absurdos que se han publicado sobre mí últimamente. Es como si, a falta de cualquier comportamiento realmente escandaloso por mi parte, la prensa sensacionalista estuviera decidida a inventarse las historias más descabelladas que se le ocurran. Como la de hace dos semanas: alguien me sacó una foto junto a una recién divorciada y su hija de veinte años y las dos me sonreían, lo que al parecer significaba que estábamos a punto de hacer un trío. Puede que haya hecho algunas locuras en mi vida, pero hacer un trío con dos miembros de la misma familia no es una de ellas.

Así que me limito a dedicarle a la mujer una sonrisa cortés y sigo contemplando la escena de deslumbrante exceso que tengo ante mí. Por desgracia, la siguiente rubia que entra en mi campo de visión se acerca a toda velocidad, y, de repente, desearía haberme escapado a un rincón oscuro con la primera cuando tenía la oportunidad.

Mi madre se frena de golpe frente a nosotros, obsequiándonos a todos con una sonrisa gélida. Va ataviada con un vestido de un azul tan frío como sus ojos… y probablemente como su corazón.

—Roman, Cole, Tate —dice, a modo de saludo—. Delilah… —Vacila un instante y luego continúa—. Me alegro de volver a verte, querida. —Es curioso que su futura nuera reciba siete palabras más de saludo que sus hijos. Tampoco puedo culparla: probablemente Delilah vale más que los tres juntos. Cole mencionó hace un tiempo que pensaba que no tener a nuestro padre cerca podría suavizarla un poco, y quizá sea así, pero yo no lo veo.

Doy otro sorbo de whisky mientras mi madre entabla una charla trivial con nosotros en la que incluso a ella le cuesta fingir interés. Su atención se centra en la multitud, e intenta asegurarse de que sus amigos de la alta sociedad nos vean.

En los círculos en los que nos movemos, la apariencia lo es todo. Y a mi madre siempre le ha gustado que el mundo piense que la familia King está unida, incluso en los momentos en que hemos estado de todo menos eso, y esa actitud es más acusada desde que se divorció tras la condena por uso de información privilegiada. Y lo entiendo: su matrimonio solo podía considerarse como tal de nombre. Teniendo en cuenta las cuantas aventuras tuvo mi padre, me sorprende que esperara a que lo encarcelaran antes de firmar los papeles del divorcio.

Aunque ella tampoco es precisamente una santa. Los dos se acostaron con otras personas durante todo su matrimonio. Aunque, por lo que yo sé, mi padre nunca cometió el error de dejar pruebas de sus indiscreciones, y yo me enfrento a la prueba irrefutable de las de mi madre cada vez que me miro al espejo. Mientras que Cole y Roman tienen los ojos claros como nuestros padres, los míos son de un distintivo color marrón dorado. Mis hermanos heredaron el cabello oscuro de mi padre, y aunque yo podría haber heredado mi pelo rubio de mi madre, el suyo es de un platino frío, mientras que el mío es de un color más cálido y rojizo. Incluso mi tono de piel es diferente: tengo un bronceado natural que perdura incluso en invierno. A pesar de lo que pone en mi partida de nacimiento, todos sabemos la verdad. Aunque jamás hablamos de ello abiertamente.

—He oído que vuestro padre está concediendo entrevistas a algunos medios. —Las palabras de mi madre interrumpen mi línea de pensamiento.

—A papá le gusta la atención casi tanto como a ti —suelto, dedicándole una sonrisa demasiado amplia cuando me lanza una mirada fulminante. Mi capacidad para controlar lo que digo cuando estoy con ella parece disminuir a medida que me hago mayor.

Como siempre, no reacciona más allá de una expresión severa. Una reacción implicaría que le importara lo que pienso de ella. Se limita a carraspear y sigue como si no hubiera dicho nada.

—No tengo ni idea de qué espera conseguir, aparte de volver a llamar la atención sobre sus fechorías y arrastrar el nombre de los King por el fango otra vez.

—Ya sabes cómo es papá —interviene Cole—. Ver cómo nos hacemos cargo de la empresa y la llevamos a nuevas cotas probablemente lo esté volviendo loco. Solo quiere que su nombre vuelva a brillar en las luces de neón.

Resoplo.

—Está en la cárcel por uso de información privilegiada, no por una serie de atracos a mano armada. No va a tener a la gente haciendo cola para escuchar las historias sórdidas de su vida delictiva.

—¿A qué viene esa actitud esta noche? —pregunta Roman con tono irritado.

Clavo la vista en mi copa, haciendo girar el líquido ámbar que hay en el fondo. La verdad es que no estoy seguro. Normalmente se me da mejor fingir en este tipo de eventos. Quizá sea porque, en mi afán por convertirme en un miembro responsable y comprometido de la familia King, hace meses que no me acuesto con nadie.

—Anoche me acosté tarde. —Me encojo de hombros.

Mi madre suelta un bufido.

—Solo espero que los detalles no salgan mañana en la prensa sensacionalista.

Esbozo una sonrisa burlona.

—No te preocupes, mamá. Me aseguré de tirarme a la fotógrafa que me hizo la foto mientras me metía una raya en un callejón con tres putas. Creo que dirá cosas buenas de mí en el artículo. —Por cómo se le dilatan las fosas nasales, la he horrorizado de verdad. Me tomo un momento para saborear la satisfacción que eso me produce y apuro mi copa—. Disculpadme, veo a una mujer al otro lado de la sala con mi nombre escrito en ella.

Le guiño un ojo a Delilah y me alejo de ellos, abriéndome paso entre un mar de esmóquines impecables y vestidos de noche elegantes. La gente se me acerca mientras atravieso la multitud, me estrecha la mano e intenta ganarse mi favor o, en el caso de muchas de las mujeres, coquetea y trata de asegurarse una noche en mi cama. Tampoco es que mi cama esté en el menú, pero si me ofrecen cualquier otra superficie plana, estoy listo para ponerme en acción. O al menos lo estaba. A pesar de lo que le he dicho a mi madre, no hay ninguna mujer aquí que me interese lo suficiente como para pararme con ella.

El teléfono pita en mi bolsillo y lo saco, usándolo como excusa para alejarme de la morena con curvas que ahora mismo intenta captar mi atención. Es un mensaje de mi socio, Reid.

Reid: *Espero que tengas pensado venir pronto. Tenemos asuntos que discutir.*

Sonrío. Todos los mensajes de Reid suenan un poco siniestros. Quizá sea

porque él mismo es un poco siniestro, o al menos esa es la impresión que le gusta dar. Es tan reservado sobre su pasado que no me sorprendería que tuviera algunas conexiones no demasiado limpias. Pero hace tiempo que no voy a Onyx, el club del que somos copropietarios y la idea de hablar de negocios tomando una copa de repente me parece mucho más atractiva que estar aquí.

Echo una ojeada a la sala y veo a toda la gente que se fija en mí, que quiere algo de mí. A la mierda. Puede que Roman tenga algo que decir al respecto si se entera de que me he ido temprano, pero, al menos esta noche, no me importa. Conseguir su aprobación, de cualquier forma, puede que sea una quimera.

Yo: *Invítame a una copa esta noche y seré todo tuyo.*

Reid: *Si tienes suerte, te invitaré a dos. Pero más te vale darlo todo.*

Con una risita, vuelvo a guardarme el móvil en el bolsillo, me aflojo la corbata y me dirijo hacia la salida.

3

VIOLET

Contemplo mi reflejo mientras me retoco el pintalabios rojo. ¿Cuándo fue la última vez que me arreglé así? Solo el tener que hacerme esa pregunta garantiza que ha pasado demasiado tiempo. Pero no es salir por primera vez en mucho tiempo lo que me pone nerviosa esta noche: es el lugar al que voy.

Desde el momento en que acepté ir con Anna hasta ahora, he evitado pensar de verdad en todo el concepto de visitar un club de sexo. Era más fácil dejarlo como una idea abstracta. Ahora que me han aceptado como invitada y que me estoy preparando para salir de mi zona de confort, los nervios me recorren todo el cuerpo.

Anna, sin embargo, está tranquila. Se acerca bailando con dos copas de vino blanco en las manos y me pasa una. Su expresión es tierna cuando cruza su mirada con la mía en el espejo.

—Estás preciosa.

Sonrío.

—Tú también. —Sus brillantes rizos oscuros y sus ojos color café contrastan vivamente con mi cabello ondulado rubio tirando a castaño y mis ojos azules. Mi complexión es un reflejo de la de mi madre. No la recuerdo, ya que murió cuando yo era muy pequeña, pero es obvio que me parezco a ella a juzgar por las fotos familiares que mi padre tenía colgadas en la pared, y por la que yo tengo ahora en mi mesita de noche. Echo un vistazo al atuendo de Anna, que es de lo más sexy. Lleva un top rojo escotado con cuello *halter* y unos pantalones de cuero ceñidos que resaltan todas sus curvas. Arqueo una ceja al ver los pantalones—. No sé mucho de clubes de sexo, pero supongo que cuanto más fácil sea el acceso, mejor.

Ella se echa a reír.

—Cierto. Pero no pienso dejar que nadie se acerque esta noche.

Me doy la vuelta para mirarla.

—Pensaba que ibas a…, ya sabes, a hacer algo. Es tu última oportunidad,

¿no?

Se encoge de hombros.

—Esta noche se trata de ti. No pienso hacer nada más que beber, coquetear y bailar.

—¿Y la gente se comporta así ahí? ¿Solo eso?

—Por supuesto. Sigue siendo un lugar para relacionarse con los demás y divertirse. Pero esa diversión puede derivar en algo para adultos si quieres. Ya sabes, para liberar el estrés. — Me dedica una sonrisa.

La rodeo abrazo e inhalo el ligero perfume floral que siempre le gusta llevar.

—Gracias por ser tan buena amiga. —Se me nubla la vista cuando corresponde a mi abrazo. Puede que esté un poco sensible, pero son momentos como estos los que me hacen sentir más que agradecida de que Anna decidiera sentarse a mi lado en nuestro primer día de secundaria.

—Tú harías lo mismo por mí —dice; da un paso atrás y me aparta un poco —. Quiero que vuelvas a sentirte bien contigo misma. Ese cabrón infiel no tenía derecho a hacerte sentir menos de lo que eres: una mujer increíble. No estuve ahí para apoyarte entonces, así que lo menos que puedo hacer es ayudarte a dejarlo atrás ahora mismo. ¿Y qué mejor manera de hacerlo que dándote un buen revolcón con un hombre guapo y rico al que nunca volverás a ver? —Me suelta y luego me da una palmada en el trasero, lo que me hace soltar un gritito—. Venga. Acabemos estas copas y vámonos. Una vez allí, te sentirás mucho más relajada.

—Vale. —Levanto la copa de vino y le doy un gran trago. Un poco de valor extra nunca le ha hecho daño a nadie, ¿verdad? Tras pasarme los dedos por el pelo una última vez, me vuelvo hacia la cama, donde me espera la máscara que Anna ha encargado para mí. Según ella, las máscaras que llevan en este club no son de esas con volantes y encajes que apenas ocultan nada.

La que ha elegido para mí hace juego con el pequeño tatuaje de una mariposa que tengo en la espalda. Fue el resultado de una decisión impulsiva tras romper con Eric y darme cuenta de lo libre que me sentía de repente. Un cliché, lo sé, pero me encanta de todos modos. La máscara en sí ha sido hábilmente moldeada a partir de una fina capa de cuero flexible y está pintada en vibrantes tonos de azul, morado y negro. Cuando me la pongo, me tapa la cara desde la parte inferior de las mejillas hasta la parte superior de la frente; los bordes se elevan desde la línea de los ojos para imitar unas alas salpicadas de diminutos cristales que reflejan la luz y brillan con un resplandor iridiscente.

Las únicas partes de mi cara que quedarán visibles una vez que me la ponga serán la mandíbula, la boca y los ojos.

Anna me quita la máscara de las manos con delicadeza.

—Te ayudo. Tenemos que llevarlas puestas cuando lleguemos.

Otra oleada de nerviosismo me invade. Me humedezco los labios, que de repente se han secado, le hago un gesto de asentimiento y me doy la vuelta para que pueda atar las cintas de seda. Después hago lo mismo con su máscara, diseñada para parecerse a las plumas de un pavo real. El cuero está teñido en un precioso degradado de azules, verdes y dorados. Al igual que la mía, está adornada con cristales para darle más brillo.

Cuando termino, nos ponemos una al lado de la otra frente al espejo.

—Vaya —suspiro. El resultado es impresionante… y extrañamente embriagador. El anonimato que proporcionan las máscaras alivia parte de la tensión que me ha estado atormentando durante los últimos días. Puedo ser quien quiera con ella puesta. Y mientras estudio mi imagen en el espejo, creo que tal vez voy a ser una mujer que por fin está lista para devolver la vida a las chispas reprimidas de su deseo.

El Uber se detiene frente a una entrada discreta situada entre dos edificios sin pretensiones en una zona tranquila de Manhattan. No hay ningún indicio de que se trate de un club, salvo por un hombre con un traje negro a medida que está frente a una sencilla puerta negra. En lugar del típico portero grande y fornido, este tipo es compacto y tiene un aspecto pulcro. Sin embargo, la intensidad con la que nos escudriña a Anna y a mí al acercarnos deja claro que sabe cómo lidiar con los líos.

Anna le tiende una tarjeta negra mate, que él escanea con un pequeño dispositivo que se saca del bolsillo. Cuando se lo pone delante, ella pone el pulgar sobre la pantalla. Enarco las cejas, molesta por todo este asunto del secretismo. Por no hablar de la idea de que mi amiga forme parte de ello.

El aparato emite un pitido y él le devuelve la tarjeta. Mira fijamente la pantalla y luego a mí, probablemente para confirmar mi identidad con la foto de identificación que tuve que proporcionar junto con mis datos.

Con un pequeño gesto de asentimiento, vuelve a guardarse el dispositivo en el bolsillo.

—Disfruten del Onyx, señoritas.

La puerta se abre con un clic y sigo a Anna al interior. La escena con la que me encuentro no es en absoluto lo que esperaba, aunque tampoco es que sepa cómo es un club de sexo de lujo. Pero el pasillo largo, oscuro y silencioso en el que nos encontramos me desconcierta, así como hermosa mujer pelirroja que está al fondo, con una sonrisa serena.

—Buenas noches, chicas —dice mientras Anna me lleva hacia ella—. Si queréis dejar aquí los bolsos, podéis pasar directamente.

—¿No los necesitamos para pagar las copas? —le susurro al oído a Anna.

—No. —Niega con la cabeza—. Nos abren una cuenta y, antes de irnos, pagamos todo lo que hayamos consumido.

Una vez que nuestros bolsos están a buen recaudo tras un panel cerrado con un teclado numérico, la mujer nos entrega unas pulseras negras con un número de cuatro dígitos dibujado en plata.

Me pongo la mía con el ceño fruncido y le dedico una mirada a Anna y luego a la mujer, que, al parecer, intuye mi confusión y se dirige a mí.

—Si quieres pedir una copa o contratar ciertas actividades, solo tienes que escanear tu pulsera. Está codificada con tus datos, y todo lo que compres se cargará a tu cuenta. Así no tendrás que preocuparte por tus pertenencias mientras disfrutas del lugar. Además, ten en cuenta que hay un límite de tres bebidas alcohólicas por persona durante la estancia en Onyx, para garantizar que tengas plena capacidad de consentimiento.

—Ah, sí, por supuesto. —Esbozo una sonrisa radiante para ocultar lo fuera de mi elemento que me siento.

Ella corresponde a mi gesto con una sonrisa tranquilizadora, como si pudiera ver más allá de mi fingimiento.

—La primera vez en el club siempre resulta un poco intimidante. Pero dale una oportunidad y creo que disfrutarás de la velada. Cómo se desarrolle todo depende completamente de ti. Por favor, recuérdalo.

Trago saliva para aliviar la sequedad de mi garganta y asiento.

—Gracias.

Tras eso, ella pulsa un botón y se abre una puerta. Anna me guía al interior y, un momento después, entramos en el club. Me detengo justo al pasar la entrada y echo un vistazo al local. A primera vista, parece un club nocturno superexclusivo. O al menos así es como me imagino que sería un club nocturno superexclusivo, ya que nunca he estado en ninguno. Aparte de las luces parpadeantes sobre la abarrotada pista de baile, la iluminación es tenue.

Una barra larga y curvada se extiende a lo largo de un lado de la sala, y en los rincones más oscuros hay varios reservados con asientos.

Pero al fijarme mejor, capto todos los detalles que distinguen a este club de los demás. El más evidente es que todo el mundo lleva máscara, incluso los camareros. Mientras que la mayoría de los clientes lucen unas con muchos detalles y muy elaboradas, las del personal son negras y sencillas. El anonimato le da un toque especial a la escena que, como decía Anna, hace que el ambiente sea más misterioso y un poco más sexy. La música no es actual, por lo que puedo apreciar, pero tiene un ritmo grave y seductor que late detrás de mi esternón. El ritmo atrae mi atención hacia la pista de baile y, al contemplar a la multitud, me doy cuenta de que no solo bailan solteros y parejas, sino grupos de tres, cuatro o incluso más personas de todos los sexos restregándose unas contra otras.

Me muerdo el labio y sigo curioseando. Es entonces cuando me doy cuenta de lo que está pasando en la zona de mesas. En una de las cabinas, un hombre le ha bajado la parte de arriba del vestido a una mujer y se está echando sobre ella para poder… Ay, vaya.

Me invade una oleada de calor y aparto la mirada, solo para darme cuenta de que me he vuelto hacia un sofá donde otra mujer está a horcajadas sobre el regazo de un hombre. Está vestida, pero él le está amasando el trasero. No sé si la está moviendo o si ella se mueve por su cuenta, pero por la forma en que tiene la cabeza echada hacia atrás, está claro que allí está pasando algo más que un simple beso.

Trago saliva y me vuelvo hacia Anna, que muestra una divertida sonrisa.

—Estoy convencida de que yo tenía esa misma expresión en la cara cuando Rich me trajo aquí.

—Eeeh, sí. Hay mucho a lo que acostumbrarse. —Suelto una risita nerviosa y me abanico con la mano—. Aunque, en realidad, esperaba que fuera más… —Vacilo, demasiado confusa como para encontrar la palabra que busco.

Ella arquea una ceja.

—¿Depravado?

—Supongo. Pero no lo digo en el mal sentido —me apresuro a aclarar—. Como…, no sé, gente atada y a la que azotan, o algo por el estilo.

Ella sonríe y señala un punto detrás de mí.

—¿Ves esa puerta de ahí?

Al otro lado de la sala hay una abertura en la pared pintada de negro y, a

través de ella, se distingue otro pasillo oscuro.

—Sí.

—Eso lleva a la zona trasera. Hay un montón de espacios más pequeños para diferentes actividades. —Utiliza la misma palabra que la mujer de la entrada—. También hay salas privadas, con todo tipo de equipamiento. Ahí es donde ocurre la mayor parte de lo que estás imaginando.

—Ah. —Mis hombros se relajan un poco. No estaba segura de qué esperar, pero la posibilidad de toparme con una orgía se me ha pasado por la cabeza un par de veces. Sin embargo, aparte de lo que ocurre en algunos de los rincones más oscuros, es fácil fingir que esto es solo un club normal.

—¿Quieres una copa? —pregunta Anna.

Tras inspirar hondo, asiento con entusiasmo.

—Dios, sí.

Nos dirigimos a la barra, que, como corresponde, parece estar hecha de ónix retroiluminado. Su ligera curva cóncava hace que todos los que están junto a ella puedan ver y ser vistos. Pronto se acerca un camarero y escanea nuestras pulseras, y tras eso pedimos: un Manhattan para Anna y un Cosmopolitan para mí. En cuanto tengo la copa en la mano, doy un largo sorbo para calmar los nervios que me quedan. Luego me vuelvo para poder ver mejor lo que me rodea. Todo el local rezuma exquisitez: puede notarse en las luces tenues que se reflejan en los paneles de cristal negro que recubren la pared que está detrás de la barra, en las botellas de licor dispuestas en las estanterías adyacentes y en las lámparas de araña de cristal que cuelgan del techo.

Las máscaras que llevan los demás invitados son similares a la mía y a la de Anna, aunque con una gran variedad de diseños. Hay máscaras de animales, de demonios, máscaras monas, máscaras bonitas, máscaras destinadas a asustar o intimidar… Las mujeres van vestidas de formas muy diversas, desde casi desnudas hasta con trajes ceñidos. Pensaba que iba atrevida cuando me he puesto mi conjunto más sexy y más adecuado para la ocasión: un vestidito negro con un escote pronunciado, una espalda aún más escotada y una falda que se ensancha en las caderas y me roza los muslos. Pero Anna y yo estamos entre las mujeres más *conservadoras* del lugar.

En cambio, muchos de los hombres llevan traje, lo que me desconcierta un poco. Suponía que habría más piel al descubierto. Pero quizá esa sea la clave. Quizá para mucha gente sea el desequilibrio de poder, o al menos la ilusión de este lo que los excita.

—¿Ves a alguien que te guste? —pregunta Anna.

Parpadeo y vuelvo a centrarme en ella.

—No estoy muy segura de lo que busco. Ni de lo que quiero. Ni siquiera de si quiero.

—No pasa nada, no hay prisa. Vamos a terminarnos las copas y luego a bailar. Y Violet… —Me toca la mano con una expresión que, por lo que puedo ver, es sincera—. Recuerda lo que te digo: no hay presión. Si lo único que hacemos es bailar toda la noche, perfecto, ¿lo entiendes?

Hace demasiado tiempo que no me concedo una noche para olvidarme de todas mis preocupaciones y bailar y divertirme, así que me doy cuenta de que tiene razón. Inspiro hondo y hago que desaparezca el último vestigio de nerviosismo. Por fin, la tensión abandona por completo mi cuerpo y le sonrío.

—Claro.

4

TATE

Me apoyo contra la barra del Onyx mientras Reid pide dos whiskies a uno de los camareros enmascarados. Después de hablar de negocios en la planta superior me ha invitado a bajar aquí para tomar una copa. Al salir de su despacho he cogido una máscara de la colección que tiene siempre a mano. Está hecha de cuero teñido de un rojo tan oscuro que casi parece negro y tiene unos cuernos de diablo que se curvan sobre mi frente. Estoy seguro de que a mi madre le parecería una elección muy acertada para mí.

Una vez que tenemos las copas en la mano, nos quedamos de espaldas a la barra y echamos un vistazo al club. Onyx era el sueño de Reid, pero no tenía el capital necesario para ponerlo en marcha por su cuenta. Cuando se puso en contacto conmigo, no era más que un conocido de un conocido, pero, mientras tomábamos unas copas, me convenció de la idea de este lugar: un club que satisfaría plenamente todos los deseos de los más ricos y poderosos de Nueva York, al tiempo que les permitía mantenerse alejados de los focos.

Una gran masa de personas se contonean en la pista de baile que tenemos ante nosotros, envueltas en la emoción del hedonismo anónimo. Es algo con lo que estoy familiarizado. Como uno de los hombres más ricos del país, es una sensación que he anhelado muchas veces. La libertad que te da el anonimato puede ser embriagadora. Estoy acostumbrado a ser el centro de atención en la mayoría de los lugares que frecuento y puede ser genial, pero a veces ser el centro de toda esa atención me hace sentir más solo que nunca. Al menos aquí, cuando capto la atención de los demás —y lo hago—, es solo por mi forma de comportarme. Es curiosidad por saber qué placer se puede encontrar bajo mis manos, en lugar de interés por mi dinero o mi poder.

Reid le da un sorbo a su whisky.

—¿Estás seguro de que solo vas a quedarte a tomar una copa? —pregunta —. Sé que has dicho que ibas a bajar el ritmo, pero eso no significa que tengas que ser célibe.

Tiene razón. No hay razón para que no me dé un capricho. Este es el único lugar donde puedo garantizar que lo que haga no acabará salpicando todos los tabloides. Pero cuando miro a mi alrededor a todas las mujeres que abarrotan el lugar, la mayoría de las cuales estarían dispuestas a hacer cualquier cosa que les pidiera, la anticipación que solía inundarme como un chute de adrenalina no está ahí. Después de contenerme durante tanto tiempo, debería estar deseando dar rienda suelta a mis instintos. Y, sin embargo, las interacciones que solía buscar —sexo sin ataduras, la búsqueda de placer sin sentido— me dejan vacío últimamente. Niego con la cabeza.

—Solo esta y me voy a casa.

Mientras saboreamos nuestras bebidas, hablamos un poco más sobre el potencial de expansión de Onyx, añadiendo algunas ciudades a la lista de posibles ubicaciones futuras, y Reid me pregunta por Genesis-1. Es uno de nuestros primeros inversores, así que tiene interés en el desarrollo del proyecto. Casi he terminado mi whisky cuando me llama la atención una mujer que entra por la puerta del club.

Viene con una amiga, pero a la que entra primero apenas la veo. Estoy demasiado absorto en la que lleva el vestido negro corto y la máscara de mariposa de color mantequilla. Se ha quedado paralizada justo en el umbral, volviendo la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro, como si fuera a salir corriendo en cualquier momento. Es evidente que es su primera vez aquí. Pero cuando su amiga se acerca a ella y le habla, sonríe y parece relajarse.

Sigue a su amiga hasta la barra; el dobladillo de su vestido acaricia la parte superior de sus torneados muslos a cada paso, y por alguna razón, no puedo apartar la vista.

Se sientan un cerca de donde estamos Reid y yo y piden unas copas. Entonces su amiga de pelo oscuro, la que lleva la máscara de pavo real, se echa hacia ella con una sonrisa, y ella, con un movimiento que combina con las alas de mariposa de su máscara, echa la cabeza hacia atrás y se ríe, con las yemas de los dedos apoyadas sobre el pecho.

Una lucecita se enciende en el fondo de mi mente, como si ese movimiento me resultara familiar. La estudio de pies a cabeza, distrayéndome momentáneamente con la curva de su cintura y la forma de sus caderas. Pero, aparte de ese único gesto, nada más me despierta una sensación de familiaridad.

Al menos desde esta distancia.

Reid suelta una risita ahogada.

—¿Así que una sola copa y te vas…?

Aparto la mirada de la mujer, que ahora está bebiendo un cóctel mientras contempla la pista de baile.

—Me voy. Solo estoy admirando las vistas mientras me acabo la copa.

—Para que lo sepas, no eres el único que disfruta de esas vistas. —Señala con su vaso casi vacío a dos hombres que están en la barra y que también tienen la mirada puesta en esas mujeres.

No debería importarme si otro hombre está pensando en lanzarse. Al fin y al cabo, no me voy a quedar. Y la posesividad hacia una mujer —hacia cualquier mujer, y mucho menos hacia una con la que ni siquiera he hablado ni he tenido contacto— es un concepto ajeno para mí. Hay más que suficientes peces en mi mar como para no tener que preocuparme por quedarme atrapado con solo uno de ellos.

Pero cuando los hombres abandonan su sitio y llegan junto a la pareja, una extraña tensión se apodera de mí. La mujer de la máscara de mariposa se tensa cuando el más alto apoya el antebrazo en la barra detrás de ella.

Normalmente no intervendría, pero teniendo en cuenta lo nerviosa que estaba cuando ha llegado, no me gusta que él la haga sentir aún más incómoda.

Apuro lo que me queda de la copa y la dejo sobre la barra con demasiada fuerza. Cuando me vuelvo hacia Reid, sus ojos oscuros tras la máscara están llenos de diversión.

—¿Te vas a ir ya? —pregunta, con una torcida sonrisa burlona.

—Algo así. —No me molesto en despedirme mientras me alejo a zancadas mirando a mi amigo. Él sabe exactamente adónde voy, como lo demuestra la risa que me dedica mientras me dirijo hacia la mujer y su amiga. No podría explicar mis motivos ni aunque lo intentara. Solo estoy siguiendo mi instinto.

Y ahora mismo, mi instinto me dice que esta noche la mujer de la máscara de mariposa es toda mía.

5

VIOLET

Me aparto del hombre con la máscara del Fantasma de la Ópera que tiene el brazo apoyado en la barra detrás de mí. Está tan cerca que la tela de su camisa me roza el omóplato desnudo. Intento no darle importancia porque, en realidad, no ha hecho nada malo aparte de estar demasiado cerca. Y, por muy normal que parezca este lugar, sigue siendo un club de sexo. Probablemente sea normal aquí llegar rápidamente al contacto físico y lo único que ocurre es que no es normal para mí.

—¿Es tu primera vez? —Se acerca otro centímetro; está claro que no entiende mi lenguaje corporal.

Esbozo una pequeña sonrisa de cortesía.

—¿Tanto se nota?

Se ríe.

—La carne fresca es fácil de reconocer. —Me echo hacia atrás ante sus palabras y esta vez sí se da cuenta—. Lo siento, solo era un mal chiste. Solo quería decir que tienes ese aire de cervatillo asustado. Si me dejas que te invite a una copa, puedo ayudarte a superarlo. —Agacha la cabeza y se pasa la lengua por el labio inferior, recorriéndome el cuerpo con la mirada.

Y esta vez, lo que también me recorre el cuerpo es un escalofrío. Comprendo que aquí ser directo es lo normal, pero tiene que haber una forma mejor de hacerlo que esta. Su actitud no es intensa ni agresiva, pero sea quien sea —y suponiendo que es socio de este club, hay muchas posibilidades de que sea alguien importante—, tiene todo el encanto y el tacto de un gorila.

Anna interviene, poniéndome una mano en el antebrazo.

—En realidad solo vamos a tomar un par de copas y a bailar, a relajarnos y a divertirnos un rato, ¿entiendes?

El amigo del Fantasma de la Ópera levanta la barbilla; él sí ha captado la indirecta

—Venga, tío… Vamos a la parte de atrás a ver algo de acción. Creo que hay

un taller de *shibari* en una de las salas.

No tengo ni idea de lo que es el *shibari,* pero agradezco que se vayan. No quiero ser grosera, así que le sonrío a Fantasma.

—Gracias de todos modos. Disfrutad del… —Intento recordar cómo lo ha llamado el otro tío—. Del taller —termino por fin, con un poco de torpeza.

En lugar de alejarse, se acerca un poco más, lo que me pone los pelos de punta.

—Podrías venir con nosotros. El *shibari* es…

No llega a terminar la frase, porque un hombre con una máscara de diablo aparece de la nada y se detiene junto al Fantasma, prácticamente cerniéndose sobre él, ya que es varios centímetros más alto.

—Creo que las chicas se han expresado con claridad. —Su voz es grave y acerada.

Mi mirada va de él a los hombres a los que hemos estado intentando rechazar con delicadeza.

Fantasma frunce el ceño.

—Solo intentaba ser amable.

—En ese caso, quizá deberías practicar cómo ser amable delante del espejo, porque lo que estás haciendo no lo es. Acepta la indirecta tan educada que te han lanzado y vete.

Fantasma mira a su amigo y luego niega con la cabeza.

—No hay problema. Nos vamos.

Y sin decir nada más, se marchan. Ahora solo estamos Anna, yo y el hombre de la máscara de diablo. Es alto, como ya había notado, y está bien formado. La forma en que su camisa blanca, de corte impecable, se ciñe a sus anchos hombros y a su pecho no deja lugar a dudas sobre los músculos que hay debajo. No lleva corbata y tiene el botón superior desabrochado, dejando al descubierto una pequeña uve de piel bronceada y suave.

De la nada aparece en mi mente una imagen de mí, besándolo, y una oleada de calor me recorre todo el cuerpo. Aparto ese pensamiento y centro mi atención en su rostro. O, al menos, en lo que puedo ver de él. Una mandíbula fuerte y bien afeitada y unos labios carnosos con una curva seductora. Bajo la tenue luz, el pelo que se le riza sobre las orejas parece rubio oscuro, y sus ojos, ensombrecidos por la máscara, parecen ser de color marrón claro. Es difícil de decir. Independientemente del color, el brillo de diversión que hay en ellos es inconfundible.

Y, sin duda, esa diversión se debe a que acaba de pillarme mirándolo descaradamente. Me sonrojo y aparto la vista.

—Gracias —dice Anna.

Inspiro hondo para tranquilizarme y me vuelvo hacia ella para distraerme del hombre que está frente a nosotras y de cómo mi pulso ha empezado a acelerarse.

Ella me mira con los ojos muy abiertos, instándome en silencio a que hable con él. Supongo que cree que este tipo es mejor opción que los dos a los que acaba de ahuyentar. Aunque una parte de mí se pregunta si no será más peligroso.

Aun así, ser educada no tiene por qué llevar a nada más… A menos que yo quiera que así sea.

Carraspeo y me devano los sesos para encontrar algo que decir.

—¿Vienes mucho por aquí? —Hago una mueca en cuanto esas palabras salen de mis labios. ¿Podría haber hecho una pregunta más cliché? Además, creo que no me apetece saber si asiste mucho a clubes de sexo. Levanto la mano—. Lo siento, no hace falta que respondas.

Su risa es grave, seductora. ¿Cómo es posible que una risa sea seductora?

—Digamos que no soy precisamente carne fresca.

Arrugo la nariz bajo la mascarilla.

—Lo has oído…

—Por desgracia, Onyx puede garantizar tu seguridad física mientras estés aquí, pero no puede protegerte de todos los idiotas que hay en el mundo.

—Estábamos a punto de tomarnos otra copa —interviene Anna—. ¿Te apetece unirte a nosotras?

Uf, a ella se le da mucho mejor que a mí. Estoy oxidada en cuestiones de coqueteo. El hombre de la máscara de diablo desvía su intensa mirada de mí hacia ella, y al instante me invade una punzada de celos desconocida y absurda. No conozco de nada a ese tío, y puede considerarse afortunado si mi mejor amiga quiere pasar el rato con él.

—Solo si me dejáis invitaros —dice él.

La sonrisa de Anna hace que el gusanillo de los celos se me clave aún más hondo. Me vuelvo hacia la barra para espantar esa sensación. Ella no está intentando captar su atención, se limita a ser ella misma, simpática y abierta. Pero es muy guapa. ¿Qué hombre no se dejaría conquistar por su sonrisa? Además, aquí hay muchos otros hombres. Si quiero coquetear —o ir más allá

—, estoy segura de que no me costará encontrar a alguien.

Una mano me roza la parte baja de la espalda y me arranca del curso de mis pensamientos y, de repente, él está a mi lado. Agacha la cabeza y me habla al oído; su cálido aliento en mi cuello me pone la piel de gallina por todo el cuerpo.

—¿Qué quieres tomar?

¿Se da cuenta de cómo reacciona mi cuerpo ante su proximidad? De alguna manera, la idea de que pueda darse cuenta me hace sentir extrañamente expuesta.

—Un cosmopolitan, gracias.

Asiente y se dirige al camarero, que ha aparecido de pronto delante de nosotros.

Anna se pega a mí por el otro lado.

—Dios mío —susurra—. Este chico está buenísimo. Tienes que lanzarte. Si por lo menos no lo besas, me voy a poner a llorar.

—Si te gusta, podrías…

Sacude con tanta energía la cabeza que me deja clavada en el sitio.

—Aunque quisiera, no serviría de nada. No ha apartado la vista de ti desde que ha llegado.

Siento un nudo en el estómago. Un hombre como este, miembro de este club, probablemente espera una mujer que esté dispuesta a tirar la precaución por la borda y a pasar a la acción en una de las salas traseras. Y por muy guapo que sea, no creo estar preparada para eso.

Cuando una mano grande aparece delante de mí sosteniendo mi cosmo, cojo la copa y le sonrío en señal de agradecimiento. Le pasa un Manhattan a Anna deslizándolo por la barra y luego coge su propio vaso con lo que parece un whisky caro.

Da un sorbo y me estudia por encima del borde de la copa, y yo busco frenéticamente un tema interesante de conversación. El anonimato hace que sea mucho más difícil mantener una conversación. No podemos preguntar cómo nos llamamos ni a qué nos dedicamos. ¿De qué leches vamos a hablar?

Él no parece tener las mismas preocupaciones; apoya el codo en la barra y me mira con una leve sonrisa en los labios.

—¿Qué te ha traído aquí esta noche? Si es tu primera vez, algo debe de haberte empujado a venir.

—Eeeh, bueno, a Ann… eeeh, a mi amiga le va a caducar la suscripción y

me ha preguntado si quería acompañarla en su última visita.

Su sonrisa se amplía lentamente.

—¿Así que solo le estás haciendo un favor a tu amiga?

—No. Quiero decir, esa no es la única razón.

—Entonces, ¿cuáles son las demás razones? Porque no me pareces la clase de mujer que decide espontáneamente visitar un club como el Onyx solo porque una amiga necesita compañía.

Se me tensan los hombros. ¿Qué clase de mujer se cree que soy? ¿Una aburrida que se pasa todo el tiempo trabajando en una cafetería y preocupándose por las máquinas de expreso que no funcionan? Vale, sí, eso es cierto, pero esa no es la persona que quiero ser esta noche. Levanto la barbilla y lo miro a los ojos.

—Es para tacharlo de mi lista de cosas que hacer antes de morir.

La máscara oculta la mayor parte de su expresión, pero la forma en que frunce los labios me hace pensar que le ha hecho gracia.

—¿Y qué aparece en esa lista? ¿Se trata solo de venir o también de participar de verdad? —Su boca se contrae en una sonrisa; su diversión es más evidente.

Irritada por su reacción, me veo obligada a responder.

—Iba a esperar a ver cómo me sentía al llegar. Quería echar antes un vistazo a algunos de los, eeeh… —Le doy vueltas en la cabeza hasta que recuerdo lo que han mencionado el Fantasma y su amigo—. Los talleres. —Me encojo de hombros, intentando parecer despreocupada—. A ver si algo me llama la atención.

Escucho a mi lado un ruido confuso, algo como un «Mmm». He estado tan absorta en este chico que casi se me olvida que no estamos solos. Pero cuando me vuelvo hacia Anna, no parece molesta en absoluto. De hecho, por la sonrisa cursi que luce y la forma en que su mirada va de mí al hombre que está a mi lado y viceversa, diría que solo le falta un bol de palomitas. Le hago un gesto de disgusto con la nariz y, aunque dudo que haya podido verlo bajo la máscara, responde guiñándome un ojo.

—¿En serio? —dice el hombre. La incredulidad en su tono deja claro que sabe que estoy mintiendo—. ¿Te interesa el taller de *shibari,* entonces? ¿Qué es lo que te atrae de eso?

Debo admitir que no tengo ni idea de lo que es el *shibari* y que no tengo intención de marcharme del espacio relativamente seguro de esta zona abierta, pero su actitud arrogante me está sacando de quicio. Normalmente no me

enfado con facilidad, pero este hombre que ni siquiera me conoce ha descubierto cómo pulsar botones que llevan años intactos. No puedo evitar aceptar el reto. Así que obligo a mis hombros a relajarse y sonrío.

—No, el *shibari* no me interesa. Me gustaría ver qué más hay…

Su mano, que ha estado descansando distraídamente en la barra junto a mi hombro, se mueve, y su dedo índice me roza la piel con una ligereza de pluma, lo que me hace contener el aliento.

—¿No te gustan los juegos con cuerdas?

¿Juegos con cuerdas? ¿Eso es el *shibari*? ¿Juegos con cuerdas como estar atada o algo así? Puede que haya tenido alguna que otra fantasía en mi vida sobre estar atada durante el sexo, pero ¿quién no las ha tenido? Niego con la cabeza, tras decidir no demostrar ignorancia al indagar en busca de más información.

—Los juegos con cuerdas son un poco insulsos para mi gusto.

Esta vez Anna se atraganta, y los dos nos volvemos hacia ella. Se da un puñetazo en el pecho.

—Lo siento, se me ha ido la bebida por otro lado.

La miro con el ceño fruncido, pero ella se limita a sonreírme.

—Así que buscas algo un poco más salvaje que el *shibari* —reflexiona el hombre, rascándose la mandíbula—. Voy a intentar adivinarlo. Dime si acierto o no, ¿vale?

Me trago el nerviosismo que me invade y asiento. Voy a meterme en un lío con esta conversación, pero ahora no voy a echarme atrás.

Él sonríe y sus dientes blancos brillan en la penumbra. El gesto, junto con la máscara, le da un aspecto depredador. Se me acerca más y lleva sus labios a mi oído.

—¿Qué tal unos azotes? ¿Te interesa? ¿Quieres que te dejen el trasero rojo? —Cuando se aparta, hay un brillo diabólico en sus ojos.

Mis mejillas se enrojecen, pero confío en que la máscara y la oscuridad le oculten mi reacción. Niego con la cabeza.

—No soy una niña. No necesito que me castiguen.

Ahora es su pulgar el que traza pequeños círculos hipnóticos sobre mi brazo. El contacto está nublando mi mente más de lo que debería.

—Tengo clarísimo que no eres una niña, pero los azotes son mucho más que disciplina —replica—. Pero sigamos. ¿Y el voyeurismo? ¿Te gustaría ver a gente follando? ¿Quieres estar entre el público y ver cómo alguien se corre

para tu disfrute?

Se me corta el aliento y tengo que resistir el impulso de retorcerme ante sus palabras. Ninguno de mis novios me ha hablado así jamás, y mucho menos un desconocido. Pero me niego a darle la satisfacción de saber que ha conseguido provocarme una reacción.

—Prefiero hacer antes que mirar —digo, manteniendo un tono tan frío como puedo.

—¿En serio? —ronronea—. Entonces, ¿eres una exhibicionista? ¿Quieres que te miren mientras te hacen llegar al orgasmo una y otra vez? —Siento un latido entre las piernas que intento ignorar por todos los medios, aunque se vuelve cada vez más insistente. Solo puedo negar con la cabeza—. ¿No? Bueno, no es para todo el mundo. —Se pasa un dedo por el carnoso labio inferior y ladea la cabeza como si estuviera meditándolo—. ¿Y qué tal los juegos de respiración? —¿Qué leches es eso? Lo único que puedo hacer es parpadear, y a él se le levanta una de las comisuras de los labios—. ¿Te gusta la idea de ceder el control de tu respiración a otra persona mientras folláis? ¿Permitirle que te corte el oxígeno hasta que te marees de placer y necesidad? ¿Es eso lo que buscas, mariposa?

Se me seca la boca. Voy a tener que rendirme. No sé en qué estaba pensando al participar en este juego. Porque por supuesto que es un juego: sabe que no tengo ni idea de lo que estoy hablando y se está burlando de mí.

Suelto un suspiro entrecortado.

—Está bien —admito—. No pienso participar en nada de eso. Solo quería tomarme un descanso de la vida real por una noche. Quería escapar de mí misma, y esto me parecía una buena forma de hacerlo. Pero dudo que me sintiera cómoda con las cosas que pasan ahí atrás. No tengo ni idea de lo que es el *shibari* ni los juegos de respiración. Y probablemente sea increíblemente ingenua en comparación contigo y con todos los demás que hay aquí. ¿Contento? —Me cruzo de brazos, molesta por haberme dejado pillar tan fácilmente y por mi reacción molesta ante eso. ¿Qué tiene este tío que hace que mi temperamento y mi libido se disparen al mismo tiempo?

Sigue con los ojos clavados en los míos y una chispa de excitación se enciende en mi vientre.

Anna es quien rompe la tensión latente.

—¿Sabéis?, creo que me voy a ir a bailar. —Una confusa mezcla de alivio y decepción se arremolina en mi interior mientras me vuelvo hacia ella, dispuesta

a acompañarla a la pista de baile. Pero ella me detiene poniéndome una mano alrededor de la muñeca—. Sola. —Cuando abro la boca para protestar, una enorme sonrisa burlona se dibuja en su rostro—. No te olvides de lo de liberarte del estrés, cariño. Esa es la otra razón por la que has venido, ¿no? —Me da un rápido abrazo y baja la voz para que solo yo pueda oírla—. Déjalo plantado y ven a buscarme si resulta ser un capullo, ¿vale? Si no, diviértete. Recuerda, solo es una noche. —Me guiña un ojo y empieza a marcharse—. Voy a buscar a alguien con quien mover el esqueleto.

La veo alejarse y, casi a regañadientes, me vuelvo hacia el hombre de la máscara de demonio. No lo hago porque desee haberme ido con Anna, sino porque el pulso me late con fuerza en la garganta y sigo sintiendo ese cosquilleo desconocido en las venas. Aunque esta interacción me tiene en vilo, en realidad me siento viva por primera vez en mucho tiempo. Y hay una parte de mí que quiere averiguar hasta dónde puede llevar esto, ya sea a otra copa, a un beso o a… algo más.

Él sigue mirándome. Cuando me humedezco los labios, baja la vista y sigue el movimiento con los ojos.

—¿Para aliviar el estrés? —pregunta, con voz más suave—. ¿Estás estresada, mariposa?

Suelto una risita, sin saber muy bien si resulta convincente.

—Los últimos meses han sido un poco duros, eso es todo. —Han sido bastante más que eso, pero dudo que le interesen los detalles.

—¿Así que por eso estás aquí? ¿Para aliviar un poco ese estrés?

Frunzo los labios y pienso en cómo responder a esa pregunta.

—Ya te lo he dicho. He venido porque a mi amiga se le acaba la suscripción y porque necesitaba un descanso, divertirme una noche. —Suspiro y me concentro en ese pequeño triángulo de piel en la base de su cuello en lugar de en sus ojos cuando me rindo por fin—. Y sí, para aliviar un poco el estrés, si es lo que acaba pasando.

Las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba y atraen mi atención de nuevo hacia su rostro.

—Siempre me dicen que se me da genial aliviar el estrés.

Un pequeño escalofrío de excitación me recorre la espalda.

—Ah, ¿sí?

Baja la barbilla sin dejar de sonreír y me encuentro mirándolo a los labios y preguntándome cómo me sentiría al tenerlos sobre los míos. Dios mío, ¿estoy

loca por plantearme hacer algo así? ¿Y él está decidido a hacer lo que yo creo o me estoy adelantando? No sé cómo preguntarlo ni cómo seguir adelante a partir de aquí.

Levanto la copa, desesperada por aliviar el ardor de mi garganta, que de repente siento muy seca, solo para descubrir que está casi vacía. La apuro con demasiado entusiasmo y luego me lamo los restos del líquido deliciosamente ácido de los labios.

Incluso en la penumbra puedo ver cómo su mirada se calienta. Me quita el vaso vacío y lo deja en la barra. Luego desliza suavemente su enorme mano bajo mi barbilla y me hace levantar la cara. Estudia lo que puede ver de ella, con el pulgar recorriéndome la mandíbula. Siento un cosquilleo por todo el cuerpo.

—Ven a sentarte conmigo —sugiere.

Se me hace un nudo en el estómago por culpa de la decepción.

—¿Quieres sentarte y ya?

La sonrisa que me dedica esta vez es maliciosa.

—Quiero conocerte mejor.

—Pero ¿el objetivo de este lugar no es precisamente no conocerse?

—No necesito saber cómo te llamas ni dónde trabajas. Ni siquiera necesito saber cuántos años tienes, ya que no estarías aquí si fueras menor de edad. Lo único que quiero saber es cómo puedo ayudar a que te relajes, qué hará que esos preciosos labios se abran para mí, qué conseguirá que se te acelere el pulso y… —se echa hacia delante hasta que su boca se cierne justo sobre la mía— qué va a hacer que te mojes.

Me quedo sin aliento y sus palabras me inundan de deseo. Dios, no sé cómo ha pasado esto tan rápido. Pero no puedo negar que su seguridad en sí mismo es increíblemente atractiva. Y me intriga lo que me está ofreciendo. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me tocaron íntimamente.

—Vale —digo antes de poder pensármelo mejor.

—¿Vale?

Suelto un suspiro.

—Vale, sentémonos.

6

VIOLET

Espero que esboce una sonrisa satisfecha, pero no lo hace; al contrario: su corpulento cuerpo casi parece tensarse. Se acerca a mí y me desliza la mano por la nuca. Ese gesto posesivo me hace contener el aliento; se me endurecen los pezones y me rozan contra el fino tejido de mi vestido.

Se da cuenta de mi reacción, por supuesto que sí, y es entonces cuando por fin sonríe —aunque es más un gesto primitivo de mostrar los dientes que otra cosa— y eso hace que me recorra una oleada de deseo.

—Vamos, preciosa. —Desliza la mano por mi columna vertebral y la posa en la parte baja de mi espalda para guiarme a través del club hasta un sofá en uno de los rincones más oscuros. Me hace ponerme frente a él para que me siente junto a la pared, pero antes de que pueda hacerlo, me agarra suavemente la muñeca para detenerme y me aparta el pelo que llevo suelto y, cuando miro por encima del hombro, veo que está concentrado en mi espalda. Con una leve sonrisa, traza suavemente mi tatuaje de la mariposa con su dedo, y todas mis terminaciones nerviosas se despiertan.

Sin decir palabra, me suelta; yo recorro el paso que me separa del sillón con las piernas temblorosas y consigo sentarme sin que se me doblen. Se acomoda a mi lado y pega su rodilla a la mía.

Aquí, en este rincón en penumbra, solo los dos, no hay nada que me distraiga de él: del ángulo de su mandíbula, de la seductora curva de sus labios. Incluso su aroma invade mis sentidos. Huele demasiado bien: fresco, como imagino que debe de oler un bosque por la noche. Tiene mi absoluta atención y eso desencadena un impulso salvaje en mi interior y siento la tentación de sentarme en su regazo y de sentir su boca sobre la mía.

Quizá sea por la máscara, por el anonimato que proporciona. O quizá sea la oscuridad y el ritmo lento y palpitante de la música. Sea cual sea la razón, nunca me había excitado tanto con tan poco contacto físico. No me cabe duda de que este hombre, quienquiera que sea, sabe muy bien cómo hacer que una

mujer se sienta bien. Irradia confianza en sí mismo; se nota en cada trazo de su cuerpo, en su forma de hablar, en su forma de moverse.

Y yo no estoy en absoluto preparada para lidiar con él.

Se recuesta y estira el brazo a lo largo del respaldo del asiento, de modo que me roza los hombros.

—¿Por qué han sido tan difíciles estos últimos meses?

Frunzo el ceño, con un atisbo de esa preocupación que últimamente no consigo sacarme de encima y siempre llevo clavada en el pecho.

—¿De verdad quieres saberlo?

Sus labios esbozan una sonrisa.

—Por eso pregunto.

Me muerdo el labio inferior y pienso en la mejor manera de resumir los acontecimientos de los últimos meses.

—El trabajo ha sido… complicado. —Le dedico una leve sonrisa—. Y antes de eso, pasé por una ruptura horrible. —No menciono la muerte de mi padre. Me parece inapropiado hablar de eso en un sitio como este.

Me pasa el pelo por encima del hombro, y sus dedos es me rozan el cuello.

—Lamento oírlo. ¿Puedes dejar tu trabajo? ¿Encontrar uno mejor?

—Soy copropietaria de un negocio, así que no, dejarlo no es una opción.

Asiente, y me pasa las yemas de los dedos una y otra vez por la piel, con suavidad, lo que me dificulta pensar.

—¿Y la ruptura?

Tragué saliva para deshacer el nudo de ansiedad que siempre me invade cuando pienso en Eric y luego me encojo de hombros con la mayor naturalidad posible.

—Digamos que él no era como yo creía.

Sus ojos se oscurecen mientras y me invade una repentina sensación de *déjà vu,* como si alguien me hubiera mirado así antes. Parpadeo y esa sensación se disipa.

—¿Te rompió el corazón? —inquiere con voz grave.

Eso es lo último que esperaba que me preguntara. Tenía la impresión de que esta conversación iba a derivar en algo físico, ¿y ahora quiere saber si Eric me rompió el corazón?

A pesar de mi confusión, le respondo.

—Creo que en el fondo no estaba enamorada de él, así que no puedo decir que me rompiera el corazón en ese sentido. Pero me hizo daño, me hizo sentir

mal conmigo misma. —Cuando descubrí que me estaba engañando, fue un despertar más que otra cosa, pero no quiero pensar en que Eric me engañó. No quiero pensar en eso para nada, así que inspiro hondo y yergo los hombros —. No estoy aquí para intentar superar un desengaño amoroso, si es por eso por lo que me lo preguntas. Ya te he dicho que hay muchas razones por las que he venido, pero esa no es una de ellas.

Se hace un largo silencio e incluso el hipnótico latido de la música parece desvanecerse en el fondo. Un músculo le tiembla en la mandíbula, y yo me muevo en el sofá, con los nervios revoloteando en mi estómago bajo la intensidad de su mirada. Quizá no se esperaba una respuesta tan detallada. Pensándolo bien, debería haber dicho que no y dejarlo ahí.

Echo un vistazo hacia la pista de baile. ¿Debería considerar mi primer intento de salir de mi zona de confort como un fracaso y perderme entre la multitud con Anna?

Me sorprende cuando desliza sus dedos por mi cabello, captando de nuevo mi atención.

La sonrisa que se dibuja en sus labios es tan diabólica como su máscara.

—Eso está bien. Porque si esta noche voy a aliviar parte de tu estrés, no quiero que estés pensando en otra persona.

De repente, se me seca la boca otra vez. Este hombre me tiene completamente desorientada, y es emocionante. Puede que esté atenazada por los nervios, pero no puedo ignorar el deseo y la expectación que se han despertado en mi interior.

Me humedezco los labios y, como respuesta, sus dedos se aferran con más fuerza a mi cabello.

—¿Vamos a entrar ahí? —susurro, echando un vistazo a las puertas dobles y al pasillo en penumbra que hay más allá de la pista de baile.

Ladea la cabeza y yo hago todo lo posible por seguir respirando a pesar de la aprensión que me invade ante la idea de participar en algún juego con cuerdas o azotes. O ante la posibilidad de que él quiera algo diferente, algo aún más intimidante.

—No creo que estés preparada para eso —dice.

Parte de la tensión abandona mis músculos.

—Entonces, ¿qué?

—Voy a ocuparme de ti aquí mismo.

Se me acelera el pulso se acelera y echo una ojeada al club en penumbra.

—¿Aquí?

Me tira un poco del pelo para hacer que le preste atención.

—Si alguien mira, es porque le gusta lo que ve. Pero me aseguraré de que no vean demasiado, te lo prometo.

Tengo el corazón a punto de escapárseme del pecho. Me invaden imágenes fugaces de las escenas que he presenciado cuando Anna y yo hemos llegado. Aunque era obvio lo que esas parejas estaban haciendo, en realidad no he llegado a ver gran cosa. Y, de todos modos, no había forma de saber quiénes eran las personas implicadas, como no se puede saber quién soy yo. Y escondida en un rincón como este, bueno… Mi mente trabaja a toda máquina y la incertidumbre lucha con la excitación en mi interior. Me observa un momento y luego se echa hacia mí.

—Quiero cuidar de ti esta noche, mariposa. Solo tienes que decir sí o no.

7

TATE

La incertidumbre en sus bonitos ojos azules se transforma en deseo. Está nerviosa y es comprensible: está claro que este no es su ambiente. Pero ha venido aquí esta noche por una razón, y desde el momento en que ha entrado he querido ser yo quien le diera lo que necesita. Hace mucho tiempo que no deseaba tanto a una mujer, y ni siquiera alcanzo a comprender por qué. Por lo poco que puedo ver de su rostro, es guapa, probablemente incluso hermosa, y su cuerpo con ese vestidito es para chuparse los dedos, pero no se trata solo de eso. He estado con muchas mujeres preciosas que no han despertado mi interés como lo ha hecho ella.

La mayoría de las mujeres con las que me acuesto saben muy bien lo que soy capaz de darles y no tienen miedo de pedírmelo. Eso siempre ha facilitado las cosas. Les doy lo que quieren, cojo lo que quiero, y los dos nos vamos satisfechos, sin buscar una conexión, sin mirar atrás. Así ha sido siempre. Así es como siempre he necesitado que fuera. Pero la gratificación fácil que solía buscar ha perdido su atractivo.

Quizá por eso ella me está causando tanto efecto. Porque esto no tiene que ver con mi gratificación: esto tiene que ver ella. Con el obstinado ángulo de su barbilla y con la llama que brillaba en sus ojos cuando intentaba convencerme de que sabía lo que quería; con cómo casi se olvida de respirar cuando la toco y con la confianza que está depositando en mí solo con sentarse a mi lado.

Quizá eso sea lo que más ansío: su confianza. Se está permitiendo mostrarse vulnerable conmigo, vulnerable de verdad. Es algo poco común en el mundo en el que vivo, donde todas las personas con las que me cruzo compiten por tener más poder, incluso cuando se trata de sexo. La confianza puede ser una parte esencial de lo que ocurre en este club, pero incluso esa se otorga dentro de unos límites, adaptada a las normas establecidas para garantizar que no se abuse de ella. Las personas que vienen aquí para liberarse de sus inhibiciones saben a lo que se comprometen cuando atraviesan la puerta. ¿Pero esta mujer?

Ella no sabe lo que quiere ni lo que necesita, así que no tiene ni idea de qué normas y límites establecer, y quiero ser yo con quien dé ese salto de fe; quiero ser yo a quien le confíe su cuerpo y sus súplicas. Quiero que confíe en que la llevaré al límite de su zona de confort, pero no más allá.

Al menos esta vez.

Aparto ese extraño pensamiento de mi mente. Porque solo habrá una única vez. La mantendré segura y le daré lo que necesita, y luego la dejaré seguir su camino. Eso será todo. Ninguno de los dos mirará atrás.

—¿Sí o no, mariposa? —pregunto de nuevo, con ganas de tocarla. Pero no lo haré hasta que ella se decida.

Traga saliva y, a continuación, levanta esa barbilla tan testaruda.

—Sí.

Sus bonitos labios apenas han dejado de moverse cuando deslizo mi mano hacia su nuca y mi boca se posa sobre la suya. Ella ladea la cabeza y, con solo una mínima vacilación, se abre para mí. Gimo al saborearla —dulce y ácida, como el cóctel que estaba bebiendo—, le muerdo el labio inferior y mi lengua se adentra profundamente en su boca, poseyéndola, tomándola, reclamándola —aunque solo sea por esta noche—. Y luego deslizo mis labios por su mandíbula hasta llegar a esa zona sensible de piel que hay debajo de su oreja. Huele a melocotones y nata, joder.

—¿Cuánto tiempo hace que nadie te toca? —pregunto.

—Demasiado tiempo —suspira.

Le rozo con los dientes la piel sensible del cuello.

—¿Cuánto tiempo, preciosa? Quiero saber cómo necesitas que sea de tierno.

Ella se estremece y pega sus suaves pechos a mí.

—Más de un año.

—Tienes razón —murmuro—. Es demasiado tiempo para que una mujer como tú esté sin que la toquen.

Le tiro del pelo, lo justo para que eche la cabeza hacia un lado y me dé acceso a su cuello. Emite pequeños gemidos entrecortados cuando la beso y le lamo la esbelta columna, pero esos sonidos se convierten en un jadeo cuando paso la lengua por el rápido latido de su pulso.

—No… No seas tan delicado. Me detengo y la miro. Sus ojos, velados por la vulnerabilidad, se clavan en los míos—. Es solo que… —Suelta un suspiro tembloroso—. Quiero sentirlo. Lo que me haces. Sentirlo de verdad. Dudo que vuelva a hacer algo así nunca más, así que… —Se muerde el labio inferior,

como si lo que me está pidiendo estuviera mal.

Joder. Me está matando.

—Me aseguraré de que lo sientas, preciosa. Cada segundo. —Entonces mi boca vuelve a apoderarse de la suya, y hundo las manos en su cabello para tomar el control del beso; le inclino la cabeza para saborearla y ella se aferra a mi camisa e intenta acercarse más.

Le suelto el pelo y la agarro de las caderas. Ella jadea cuando hago que se levante y se siente a horcajadas sobre mí, con su sexo sobre mi erección. Cierra los ojos y se aferra a mis hombros mientras la balanceo contra mí. A pesar de la tela de mis pantalones y de la escasa ropa interior que lleva siento su calor en mi cuerpo.

Reprimo las visión que aparece en mi mente: bajarme los pantalones y apartarle las bragas para penetrarla. Quiero hacerlo. Joder, quiero sentirla a mi alrededor, pero esto va de su gratificación, no de la mía, y aunque estoy seguro de que podría hacerla gritar mientras se corre conmigo dentro, eso no es lo que ella necesita. Tras el subidón del orgasmo recordaría dónde estamos y se sentiría avergonzada, y eso es lo último que quiero.

Así que no voy a follar con ella. Le daré lo que necesita, lo que me ha pedido, pero no voy a ir más allá.

Poso mis labios sobre su cuello una vez más, deslizo la boca por su piel suave como el satén y luego chupo ligeramente el punto donde ahora el pulso le late con fuerza. Dejo una mano en su cadera y deslizo la otra bajo el corpiño de su vestido para acariciarle un pecho. No lleva sujetador, y la punta dura de su pezón se clava en mi palma.

—Ah, Dios —susurra cuando le pellizco esa pequeña y tensa protuberancia entre mis dedos. Cuando doy un tironcito, se arquea contra mí, y sus labios se entreabren con un gemido. Por primera vez, el anonimato del club me molesta. Quiero ver su rostro. Quiero ver el placer reflejado en él mientras la toco. Podría llevarla a una sala privada. Podríamos quitarnos las máscaras. Joder, incluso podría preguntarle su nombre y darle el mío para asegurarme de que esa sea la única palabra que salga de sus labios cuando se corra para mí. Pero nunca he hecho nada parecido y menos aquí. Este lugar no va de eso. Así que reprimo ese impulso y le doy un último pellizco en el pezón, disfrutando de su jadeo agudo y de cómo se contonea. Bajo la mano hasta su trasero y le subo la falda, solo un poco, lo suficiente para no exponerla a la mirada de la gente que está cerca, que debe de estar mirándonos; solo lo suficiente como para deslizar

mi mano por debajo de la tela y acariciarle las nalgas que deja al descubierto su diminuto tanga.

Le clavo los dedos, pero, por increíble que sea su trasero, no me quedo ahí mucho tiempo; sigo la línea de la tela sobre la curva de su cadera y me hundo en el calor entre sus piernas. Una aguda oleada de lujuria me recorre la columna cuando encuentro su humedad y la acaricio con el pulgar.

—Joder, estás empapada, mariposa —mascullo—. Tienes esas bragas diminutas mojadas por mí. —Ella deja caer la cabeza sobre mi hombro como si se sintiera avergonzada, pero le agarro el pelo con mi mano libre y hago que levante la cara—. ¿Quieres que te toque ese precioso clítoris? ¿Que hunda los dedos en ti? ¿Que te alivie un poco? —Traga saliva con dificultad y mira por encima de mi hombro, probablemente para ver si alguien se está fijando en nosotros, y yo le acaricio la mandíbula para centrar su atención de nuevo en mí —. Olvídate de ellos. No importan. Lo único que importa es para qué has venido aquí. Voy a relajarte, preciosa, a quitarte parte de ese estrés que te agobia. Y tú me lo vas a permitir. Los dos sabemos que eso es lo que necesitas. —Le acaricio con los labios la comisura de su boca y luego el punto justo debajo de su oreja—. Si me dices que sí, haré que te corras tan fuerte que sentirás el eco durante días.

El aliento se le escapa de golpe.

—Sí. Dios, sí. Por favor.

—Buena chica. —Vuelvo a apoderarme de su boca y deslizo mis dedos bajo su tanga. Su respiración se entrecorta cuando desciendo más y encuentro piel suave y tersa y luego calor resbaladizo. No puedo evitar gemir al rozarle el clítoris, ya hinchado.

Le muerdo el labio inferior y saboreo la forma en que jadea mientras bajo la mano, le rozo la entrada y la acaricio en círculos. Está la hostia de empapada, más que lista para recibirme. Se estremece al sentirme y yo me trago el grito ahogado que deja escapar cuando deslizo un dedo dentro de ella. Su sexo caliente y húmedo se ciñe a alrededor mientras entro y salgo suavemente, deseando que sus músculos se relajen lo suficiente como para poder meter un segundo dedo. Una vez más, me domina el impulso de sacarme el pene y llevarla sobre él. Es estrecha de cojones, así que tendría que ayudarla a bajar; aunque a ella le gustaría; me aseguraría de ello. Le sujetaría las muñecas a la espalda, la obligaría a tomar…

Joder. Cierro los ojos con fuerza. Eso no va a pasar. Mi miembro palpita en

señal de protesta, y le agarro la cadera para que vuelva a moverse contra mí con la fuerza justa para que se balancee sobre mi dedo y sobre mi miembro hinchado al mismo tiempo. Solo para aliviar la presión y permitirme recuperar algo de control.

Pronto, ella misma se hace cargo del movimiento. Le suelto las caderas y, con una mano en su nuca para mantenerla en su sitio, la contemplo. Es preciosa, joder, y parece casi borracha: los ojos entrecerrados, los labios entreabiertos… Ahora que se ha relajado y ha encontrado su propio ritmo, deslizo otro dedo en su interior, lo muevo y pongo la palma de la mano sobre su clítoris. Esos bonitos ojos azules que tiene se cierran por completo a modo de respuesta, y ella gime cuando acelero; arquea la espalda y pega su pecho a mí.

Más que feliz de satisfacer su petición silenciosa, le bajo el escote del vestido para dejar al descubierto un pecho perfecto, asegurándome de que es el menos visible para cualquier espectador. Resisto el impulso de chuparle la piel lisa y suave, de marcarla con mis dientes, de darle un recuerdo para que se lo lleve a casa. En su lugar, agacho la cabeza, tomo su pezón firmemente erguido entre mis labios y se lo muerdo.

—Dios mío. —Sus caderas se contonean de nuevo y mis dedos se hunden más profundamente.

Quiero más reacciones como esa. Quiero oír sus jadeos y gemidos. Ver cómo se derrumba para mí. Le separo más las piernas para tener mejor acceso, y luego deslizo mi mano libre por la hendidura de su trasero, aparto el diminuto trozo de tela y acaricio en círculos el pequeño pliegue tenso entre sus nalgas.

Ella se queda paralizada, pero yo no. Sigo moviendo la mano entre sus piernas y, al cabo de unos instantes, ella se relaja de nuevo y recupera el ritmo. La forma en que su cuerpo se ciñe a mi alrededor me indica que está a punto de llegar, así que curvo mis dedos hasta que presionan contra su pared frontal con cada vaivén, encuentro su clítoris con el pulgar y lo acaricio suavemente. En cuanto aplique más presión ahí se correrá de golpe, pero aún no estoy listo para dejarla ir.

—Pon las manos a tu espalda, mariposa.

Ella duda solo un momento antes de obedecer. Tras una última caricia entre las nalgas, uso esa mano para agarrarle las muñecas y sujetarla para mantenerla quieta. Mi erección está tan dura debajo de ella que palpita de una forma que casi me hace daño. Hasta mis testículos están tensos. Me muero por hundirme en ella para lo que está por llegar, pero, por desgracia, solo mis dedos van a

experimentarlo. Añado un tercer dedo, y ella inspira bruscamente al sentir cómo se estira.

—Relájate, puedes con ello. Te vas a sentir tan bien cuando te corras…

Le tiro de las muñecas, obligándola a arquear la espalda y a sacar pecho. Entonces bajo la cabeza y me meto su duro pezón en la boca. Dios mío. Su respiración es rápida y pesada, entrecortada por gemidos cada vez que chupo ese pequeño y tenso pezón. La suelto con un chasquido y aflojo mi presa en sus muñecas lo justo para dejar que se mueva.

—Cabálgame los dedos.

Sus caderas se balancean sobre mi regazo. Una fina capa de sudor recubre su pecho y las puntas de su cabello se pegan a su piel húmeda. Aplico un poco más de presión sobre su clítoris con el pulgar y vuelvo a aferrarme a la punta tensa de su pezón para chuparlo con fuerza; su cuerpo se estremece a mi alrededor. Está a punto de llegar. Esta bonita y pequeña mariposa lo ha hecho muy bien y se merece el orgasmo.

A estas alturas está tan perdida en el placer que ya no le importa dónde está ni quién pueda estar mirando. No se puede decir lo mismo de mí. La idea de que alguien más —probablemente más de una persona— esté viendo cómo se derrite para mí me provoca un nudo de tensión en la nuca. Debería haberla llevado a una sala privada y guardarme este momento solo para mí.

Las ideas retrospectivas son una puta mierda.

Ella mueve las caderas y restriega su sexo contra mis dedos. Sus músculos se tensan aún más y vuelve a dejar caer la cabeza sobre mi hombro, como si ya no pudiera mantenerla erguida. Joder. Inspiro hondo, obligándome a mantener la compostura. Esta no es ni mucho menos la primera vez que me he follado con los dedos a una mujer, pero sí es la primera vez que he estado tan cerca de correrme sin tener al menos una mano acariciándome a cambio. Ya he terminado de jugar con ella. Necesito que se corra ya.

Vuelvo la cabeza y le rozo la oreja con la boca.

—Tu clítoris está todo hinchado y mojado, mariposa. ¿Quieres correrte ya?

—Sí —gime ella—. Por favor, sí.

Sonrío y le paso los labios por la mandíbula.

—Vale, pero solo porque me lo has pedido amablemente. —Entonces le acaricio el sensible manojo de nervios con el pulgar, con círculos rápidos y fuertes. Sus piernas se tensan alrededor de mis caderas y hunde su cara en el hueco de mi cuello para ahogar los gemidos que escapan de sus labios cuando

se desmorona. Su sexo se contrae alrededor de mis dedos una y otra vez mientras se corre, y su excitación me resbala por la mano. Voy a tener la prueba de su orgasmo en la parte delantera de mis pantalones, y eso solo me pone más duro—. Buena chica. Me has dejado todo manchado.

Con un último espasmo, se desploma contra mi pecho. Aún puedo sentir el lugar donde pegó sus labios a mi piel al llegar al clímax. Mis dedos siguen hundidos dentro de ella. Y aunque este momento era todo lo que pretendía disfrutar con ella, quedarme sin más que un aperitivo es absurdo. Lo que mejor se me da es marcharme sin mirar atrás, pero incluso mientras me lo recuerdo a mí mismo, sé la verdad: esta noche no voy a pedirle nada más, pero aún no he terminado con ella.

8

VIOLET

Estoy sin fuerzas, desplomada contra él. Una parte de mi cerebro, la pequeña parte que no está temblando por el primer orgasmo en más de un año que no me he provocado yo misma, se pregunta cómo puedo sentirme tan cómoda así, con gente a mi alrededor, los dedos de un desconocido dentro de mí y un bulto muy grande debajo de mi cuerpo.

¿Es por este lugar? ¿Es por el alivio tan necesario de haberme rascado la picazón? ¿O es él? ¿Hay algo en este hombre en lo que mi cuerpo confía instintivamente?

Parpadeo para disipar la excitación y la satisfacción que me nublan la mente y me incorporo. Al hacerlo, sus dedos rozan mi sensible carne y mi clítoris, aún palpitante. Me estremezco e inspiro bruscamente cuando una réplica de placer me recorre el cuerpo.

Retira sus dedos de mí y, con la mirada clavada en mis ojos, los levanta y se los lleva a la boca.

Cojo aire de golpe. Ninguno de los hombres con los que he estado ha hecho jamás algo tan erótico. Ninguno de ellos me ha arrancado un orgasmo con una intensidad siquiera parecida a la que acabo de experimentar. Pero el placer en su rostro cuando entrecierra los ojos y gime de placer, me hace mover las caderas contra la dura protuberancia que tengo debajo.

Con una mueca, me sujeta los muslos con las dos manos para que me quede quieta. Entonces, esos labios se curvan en una sonrisa tan peligrosa como la que podría esbozar el mismísimo diablo.

—A menos que quieras continuar con esto en una sala privada, te aconsejo que te quedes quieta. Hace mucho tiempo que no me avergüenzo delante de una mujer y preferiría no romper la racha esta noche.

Suelto una risa entrecortada. Me invade una sensación emocionante al saber que mi placer por sí solo es suficiente para llevarlo al límite. Pero el humor se desvanece rápidamente, porque no estoy segura de cuál es el siguiente paso.

¿Quiere ir a una sala privada? No sé si estoy preparada para eso. Pero tengo que ofrecerle algo a cambio. No sería justo que él me hubiera hecho llegar un orgasmo tan espectacular y yo me levantara y huyera sin devolverle el favor. Alargo la mano hacia el botón de sus pantalones, e intento desabrocharlo con dedos torpes, pero, antes de conseguirlo, me agarra la mano con la suya y me mantiene quieta.

—No hace falta. —Confundida, me quedo paralizada y busco sus ojos, con el corazón aún latiéndome a mil por hora. Lo que puedo ver de su expresión se suaviza, como si pudiera leerme la mente, y su pulgar traza lentos círculos sobre mi muñeca—. No voy a pedirte más ahora mismo, preciosa. No quiero decir que no fuera a disfrutar de tu mano… O de cualquier otra parte de ti, pero esto no es un toma y daca. Haber visto cómo te corrías para mí ha sido suficiente.

Pero está muy excitado. ¿Por qué no quiere que me encargue de ello? Entonces me doy cuenta y un rápido pinchazo de dolor me atraviesa el pecho. Por supuesto que no quiere que le haga una paja; no ha venido aquí esta noche para eso. Hay muchas mujeres en este club que estarán encantadas de tomar el relevo una vez que me haya ido y de darle lo que busca, sea lo que sea: juegos con cuerdas, juegos de respiración o incluso otras actividades que suenan aún más aterradoras.

Me pongo la mano contra el estómago e intento acallar la vergüenza que se retuerce en mi interior, reprendiéndome a mí misma. Apenas acabo de conocer a este tío y estamos en un club de sexo, por el amor de Dios. Probablemente venga aquí a menudo para saciarse. Aunque no voy a mirarlo mal por ello, y menos teniendo en cuenta lo que acaba de hacer por mí, tampoco es como si fuera a salir con él. Entonces, ¿por qué debería importarme que, después de que me vaya, disfrute con otra mujer?

—Por supuesto. —Esbozo una sonrisa forzada y voy a levantarme cuando, una vez más, sus manos me rodean los muslos y me mantienen en mi sitio.

—¿Voy a volver a verte? ¿Aquí?

La aspereza de su voz me sorprende. Su pregunta me sorprende.

—¿Quieres volver a verme?

Me roza el labio inferior con el pulgar y acerca la cabeza.

—Diría que esto ha sido un anticipo, ¿no crees? Me gustaría experimentar más. Me gustaría saborearte.

¿Se refiere a besarme? ¿O a otra cosa? Cualquiera de las dos ideas hace que el

pulso se me acelere y se me haga un nudo en la garganta. ¿Podría volver y hacer esto con él otra vez?

Mordiéndome el labio, busco su mirada, pero entonces caigo en la cuenta, y la decepción me inunda el pecho.

—No puedo volver. He venido porque me han invitado.

Él se encoge de hombros con indiferencia.

—Te conseguiré una membresía.

Lo miro sin comprender. Anna me ha dicho lo que cuestan las membresías, y son absurdamente caras. Richard pagó la de ella, pero él es millonario, y, aunque no fuera así, llevaban meses saliendo. Este hombre es un desconocido y…, bueno, supongo que debe de ser rico, ya que este lugar está dirigido específicamente a esa clase de gente, pero ¿pagar una cuota tan exorbitante por una mujer a la que ni siquiera conoce? No tiene sentido.

Niego con la cabeza.

—¿Por qué ibas a hacer algo así? Ni siquiera me conoces.

Una de las comisuras de su boca se curva en una sonrisa que roza la burla.

—Si vienes el próximo viernes, nos conoceremos mejor.

Mi mente le da vueltas a esa posibilidad.

—No estoy segura… Es decir… Puede que mi amiga no quiera venir, y yo no sé si debería…

—Mariposa. —Interrumpe mi divagación nerviosa—. Me gustaría verte aquí de nuevo la semana que viene. Estoy dispuesto a pagar una cuota de socio para que sea posible. Pero depende de ti si la usas o no.

¿Por qué? ¿Por qué iba a gastarse todo ese dinero por la remota posibilidad de que yo vuelva?

—Es un riesgo demasiado caro como para correrlo.

La sonrisa pecaminosa que se dibuja en su rostro hace que se me encoja el estómago.

—Algunos riesgos merecen la pena.

—Claro. —No sé qué más decir. No sé cómo gestionar esta situación.

Retira las manos de mis muslos y se recuesta contra el sofá. Cuando me levanto de su regazo todavía me tiemblan las piernas, y, cohibida, me estiro la falda sobre los muslos, asegurándome de que me tapa bien, lo que probablemente no sirva de nada teniendo en cuenta lo que acabo de hacer en un lugar público, pero no voy a pensar en eso ahora mismo.

Doy un paso atrás cuando él se pone de pie y me recuerda una vez más lo

alto que es; mucho más alto que yo. Levanto la barbilla para calcular su altura y me encuentro deseando quitarle la máscara y ver cómo es debajo de ella. Tampoco es que deba importarme, pero no puedo evitar querer ponerle una cara a su voz, a su cuerpo y a sus manos.

—Déjame ayudarte a encontrar a tu amiga —propone.

Niego con la cabeza, sintiendo de repente un nudo en el pecho. Necesito un momento para respirar, para asimilar lo que acabamos de hacer.

—No pasa nada. Debe de estar bailando o en la barra. No se marcharía sin decírmelo.

Sus labios se tensan, pero no discute.

—Vale.

Me quedo en blanco, porque ¿qué leches digo ahora? ¿Cómo se le da las gracias a alguien por provocarte un orgasmo en medio de un club sexual?

—Me ha gustado mucho… Quiero decir, ha sido agradable… eeeh…

Su risa, grave y profunda, hace que una oleada de calor me recorra todo el cuerpo.

—Ha sido un placer.

Asiento a trompicones y sé que mi sonrisa es un tanto enloquecida.

—Gracias —consigo decir por fin, con la esperanza de que pueda percibir la sinceridad en mi voz.

Suelto un suspiro, me doy media vuelta y me abro paso entre la multitud sin apenas notar los cuerpos que se mueven a mi alrededor mientras intento procesar todo lo que ha pasado esta noche.

De repente, Anna aparece delante de mí, lo que hace que mi corazón se acelere y me lleve una mano al pecho. Ella sonríe ampliamente enlaza su brazo con el mío.

—¿Y bien? ¿El Señor Alto, Musculoso y Diabólico te ha dejado sin aliento?

Me río, resistiendo la tentación de mirar por encima del hombro para ver si puedo volver a verlo.

—Se podría decir que sí.

Ella suelta un gritito, me abraza y me empuja hacia la salida.

—Me alegro mucho por ti. Te he estado vigilando al principio, para asegurarme de que estabas bien. Pero en cuanto he visto que, ejem, empezabas a pasártelo bien… —gimo y siento que mi piel vuelve a arder—, he disfrutado de una agradable y picante conversación en el bar con un hombre con un acento muy sexy.

—Me alegro de que te lo hayas pasado bien mientras yo… también me lo pasaba bien. —La sigo por la puerta y a través del largo pasillo negro, deseando ya llegar a casa y quitarme esta máscara. El cuero suave es cómodo, pero sigue resultando un poco sofocante, especialmente después de mis recientes… esfuerzos.

La mujer que nos ha dejado entrar sigue detrás del mostrador y nos sonríe cuando nos acercamos. Al llegar junto a ella, Anna extiende el brazo y la mujer escanea su pulsera, se la quita y nos recuerda que las bebidas se cargarán en nuestras cuentas. Cuando me toca a mí, escanea mi pulsera, pero cuando el ordenador emite un pitido como respuesta, frunce el ceño ante la pantalla, concentrada. Un par de pulsaciones de teclas más tarde, se oye un zumbido procedente de debajo del mostrador. Con una pequeña sonrisa dirigida a mí, se agacha, deja un objeto sobre el mostrador y lo empuja hacia mí.

—Debes de haberle causado una gran impresión —comenta.

Recojo la tarjeta negra, aún caliente por la máquina que acaba de imprimirla. Seguro que no puede ser lo que creo que es. En parte esperaba que lo que ha dicho fuera todo palabrería, y aunque no lo fuera, jamás se me habría ocurrido que fuera a actuar tan rápido.

—¿Te ha pagado la membresía? —Las cejas de Anna casi le llegan a la línea del cabello.

La mujer pone una pequeña máquina en el mostrador entre nosotras.

—Por favor, pon el pulgar en la pantalla —me indica. Hago lo que me pide y, cuando el escáner ha terminado, lo guarda de nuevo y vuelve a su ordenador. Pulsa un par de teclas y me dedica otra sonrisa—. Todo listo. Que pases una noche maravillosa.

—Gracias. Igualmente. Evitando la mirada de Anna, me doy media vuelta y me dirijo hacia la puerta por la que hemos entrado hace lo que parece una eternidad.

Me alcanza fuera y me coge del brazo.

—¿Quieres contarme qué acaba de pasar?

Cuando la miro, tiene en el rostro una sonrisa de oreja a oreja, pero yo no creo que pueda explicármelo ni a mí misma. Aunque quizá ella me ayude a encontrarle sentido. Y a decidir qué debo hacer con la tarjeta que se me quema en la mano.

—Te lo contaré de camino a casa.

9

TATE

Entro con paso firme en la oficina de Cole y me acomodo en uno de los dos sillones de cuero mullidos que hay frente a su escritorio.

—Tengo las últimas cifras del Genesis-1.

—Bien —dice, levantando la vista del ordenador—. Roman debe de estar al caer.

Esta es nuestra reunión habitual de los lunes por la mañana para ponernos al día. Normalmente la celebramos en la oficina de Roman, pero como le están haciendo unas mejoras en el sistema informático, Cole se ha ofrecido a celebrarla en su despacho.

Tarareo para mis adentros y tamborileo con los dedos en el reposabrazos de la silla, contemplando el paisaje urbano de Nueva York a través de los ventanales de suelo al techo del despacho de Cole.

Cuando vuelvo a mirarlo, tiene arqueadas las cejas oscuras.

—Esta mañana estás de buen humor.

—No sé de qué me estás hablando. Siempre estoy de buen humor.

—Mmm. —Entrecierra los ojos azules.

Por suerte, Roman entra justo a tiempo para distraerlo y evitar que siga indagando.

Mi hermano mayor se sienta en el sillón que está junto al mío, apoya los codos en las rodillas y se echa hacia delante.

—Bueno, ¿qué nos dicen las cifras? —No hay preámbulos. Como siempre, va directo al grano.

—Vamos por buen camino —respondo—. Ya se ha vendido casi el cincuenta por cien de los apartamentos.

—¿Y los áticos?

—Se ha vendido uno y hay mucho interés por el segundo. Creo que se cerrará el trato en breve.

Cole da unos golpecitos con el bolígrafo sobre el escritorio, con el ceño

fruncido.

—Estaría bien que pudiéramos vender dos o incluso tres antes de empezar la obra. Podemos esperar por el último para capitalizar el mayor valor de mercado cuando la construcción esté casi terminada. Pero tener un mínimo de dos ventas confirmadas nos proporcionará la prueba de concepto que necesitamos.

Asiento. Lo ideal sería que los inversores se peleasen por subirse al carro cuando finalmente llevemos el concepto de Genesis-1 a nivel mundial. Tenemos la oportunidad de acaparar un nicho en un mercado internacional en crecimiento, especialmente en Europa, donde los rascacielos de suelen estar dominados por los inquilinos. Si nos movemos pronto, King Group puede consolidarse como líder en el sector de los rascacielos de lujo. Nuestra oficina del Reino Unido está a punto de concluir un estudio de viabilidad para la construcción de un Genesis-1 en Londres.

—El equipo está trabajando en ello. Ya estamos estudiando la posibilidad de ampliar nuestros canales de comercialización habituales.

—Bien. —Roman sigue con los codos apoyados en las rodillas, con la vista clavada en la alfombra que tiene delante—. ¿Tendrás pronto disponible el plan de marketing por fases actualizado?

—A finales de semana.

Él gruñe en señal de asentimiento y pasamos a otros asuntos, entre ellos un pequeño cambio debido a un retraso en uno de los permisos de obra.

Mientras hablamos, voy prácticamente en piloto automático, pensando en lo que me ha dicho Cole cuando he entrado. Tiene razón. Estoy de buen humor; lo estoy desde el viernes por la noche. Y si me preguntaran por qué, no sé si sabría explicarlo. Probar inesperadamente a una mujer preciosa y luego marcharme con los testículos a punto de estallar no es algo que jamás pensara que me iba a hacerme sonreír. Pero verla derretirse en mi regazo de esa manera, con los ojos muy abiertos tras la máscara, los labios carnosos entreabiertos mientras emitía esos pequeños jadeos y gemidos sensuales, fue increíblemente satisfactorio.

Joder. Incluso ahora, el recuerdo me provoca una erección —una reacción que no suele ocurrir cuando estoy sentado en el despacho de mi hermano ce. En cuanto se marchó aquella noche, busqué a Matt, el gerente del bar, y le di el número de su pulsera. Solo hizo falta un par de toques en la pantalla de su tableta y se alertó a la conserje de su cambio de estado. Teniendo en cuenta

que ni siquiera tenía pensado estar con nadie en el club esa noche, estoy mucho más interesado en volver a verla de lo que debería. Sin embargo, me niego a pasar demasiado tiempo dándole vueltas. Una noche más con ella, solo para saciar mi curiosidad, y me marcharé, como siempre hago. Entonces ella tendrá su membresía y podrá hacer lo que quiera —con quien quiera— durante todo un año.

—¿Me estás escuchando siquiera? —pregunta Roman.

No. Pero le dedico una sonrisa perezosa.

—Por supuesto. Me estabas diciendo lo increíblemente bien que lo estoy haciendo.

Detrás de su escritorio, Cole resopla.

—Algo así. —Ladea la cabeza y me estudia con el ceño fruncido—. ¿Qué te pasa?

Niego con la cabeza.

—Nada. No me pasa nada. —Pero Cole tiene razón. Estoy distraído, y eso no es bueno para ninguno de nosotros en este momento. Me echo hacia delante en mi asiento, imito a Roman y apoyo los codos en las rodillas—. Estoy aquí. Vamos a terminar con esto.

Con una mirada escéptica más, Cole da unos toques en su ordenador y se concentra en la pantalla.

—Bien, hablemos de las instalaciones.

Cuando terminamos, sesenta minutos más tarde, ya ha pasado la hora de comer. Podría pedirle a mi asistente personal, Sophie, que encargue la comida o que vaya a buscar algo, pero como tengo un raro descanso entre reuniones este me parece un momento tan bueno como cualquier otro para ponerme al día con mi amigo de la universidad.

Bajo en ascensor hasta la planta cuarenta, donde se encuentran las oficinas de los abogados. Conociendo a Mark, seguro que él tampoco ha almorzado todavía. Hace mucho que no pasamos el rato juntos porque nuestros respectivos trabajos nos mantienen muy ocupados a los dos. Por no mencionar que él lleva un año con la misma mujer, así que nuestras ocasionales quedadas después del trabajo, animadas por el alcohol, se han reducido.

Lo encuentro en su despacho, como de costumbre. Tiene la puerta abierta y, cuando entro, su expresión seria se suaviza y se convierte en una sonrisa.

—¿A qué debo el placer de recibir una visita de tan alto rango?

—Todos sabemos que el placer es, como mínimo, dudoso —replico, dejándome caer en el pequeño sofá que hay en un rincón—. ¿Te apetece ir a comer?

Gira en su silla y enarca las cejas.

—¿Vas a tomarte un descanso?

—Oye, un hombre tiene que comer de vez en cuando.

Con una sonrisa burlona, se recuesta y cruza el tobillo sobre la rodilla.

—Eso me han dicho, aunque no termino de creérmelo.

Me echo a reír. Mark es casi tan adicto al trabajo como Roman. Lo conozco desde que fuimos compañeros de habitación en Harvard. Él estaba allí con una beca y se mataba a trabajar todos los días. Yo lo respetaba por eso, aunque yo fuera más de disfrutar de todas las experiencias que ofrece la universidad. Pero, de vez en cuando, se tomaba un descanso de los estudios y nos emborrachábamos juntos.

Confío en Mark como no lo hago en nadie más. Compartíamos una botella de whisky y él me hablaba de cómo había perdido a su madre cuando él y su hermana eran niños y de lo duro que había trabajado su padre para criarlos él solo. Yo le contaba cosas de mi familia, de que era parte de ella, pero sin serlo en realidad. Ya entonces eludía la verdad, pero él sabía lo suficiente sobre lo disfuncional que era mi familia como para que yo bromease diciendo que tendría que contratarlo como abogado para que todas mis historias quedasen amparadas por el secreto profesional.

Y tan pronto como aprobó el examen de colegiación, lo contraté para trabajar en King Group.

—Tenía pensado ir a la cafetería a ver a Violet —dice, echando un vistazo a su reloj—. ¿Quieres venir conmigo y tomar algo?

—¿Violet ha regresado a Nueva York? —Lo último que supe era que la hermana pequeña de Mark vivía en Maine. Aunque eso fue hace más o menos un año.

Se levanta y coge la chaqueta de traje de la percha que hay detrás de la puerta.

—Sí. ¿No te lo había dicho?

Yo también me levanto.

—No. ¿A qué se dedica ahora?

—Ha venido a hacerse cargo de la gestión de True Brew después de que el

anterior gerente lo echara todo a perder.

Sonrío y en mi mente aparece la imagen de Violet. Hace años que no la veo, al menos desde que Mark y yo nos graduamos. Cuando estábamos en la universidad, ella lo visitaba de vez en cuando y se quedaba a dormir en el apartamento que compartíamos. Lo que más recuerdo de ella —aparte de su belleza juvenil, que era difícil de pasar por alto, aunque fuera la hermana pequeña de mi compañero de piso— era que yo no le causaba muy buena impresión. Es cierto que nuestro primer encuentro no salió como estaba previsto. Se me había olvidado que iba a venir de visita y llegué tarde después de una noche de fiesta… y no estaba solo.

Mark, como buen hermano mayor que es, le había cedido su habitación a su hermana mientras él dormía en el sofá. Por desgracia, su habitación compartía pared con la mía. Así que, antes incluso de conocerme, Violet tuvo que soportar los chillidos agudos que me suplicaban que folláramos con más fuerza. No fue mi mejor momento, lo admito. Y la expresión horrorizada que no pudo ocultar cuando entré en la cocina a la mañana siguiente, semidesnudo, con una no, sino con dos mujeres a cuestas, me dejó claro exactamente lo que pensaba de mí.

Por supuesto, la única razón por la que había estado tan borracho como para olvidarme de su visita y para acabar con dos mujeres en mi cama era por la noticia que había recibido esa mañana. Pero como no se lo había contado a nadie —ni a Mark ni a mis hermanos ni, desde luego, tampoco a mis padres—, no iba a usarla para justificarme ante una mujer a la que ni siquiera conocía.

Intenté volver a ganarme su favor, teniendo en cuenta que era la hermana de mi amigo, pero ella se mostró inmune a mis encantos. Y al cabo de un tiempo, me di cuenta de que me gustaba cómo me miraba por encima del hombro. Tanto es así que, tras ese descubrimiento, me propuse ser aún más arrogante cuando ella venía de visita, solo para poder ver las chispas brillar en sus ojos cuando la sacaba de quicio. Inmaduro, tal vez, pero extrañamente adictivo.

Después de todos estos años, ¿seguirá mirándome de la misma manera? La posibilidad es más tentadora de lo que debería.

—¿Cómo le va a la cafetería? —pregunto cuando nos dirigimos al ascensor.

Duda un momento, frunciendo el ceño.

—Violet sigue trabajando para recuperar a la clientela. Espero que las cosas estén mejorando. Ahora mismo está al límite, tanto física como financieramente.

Me freno en seco y lo miro, sorprendido.

—¿Esperas? Pensaba que la estarías vigilando de cerca.

Hace una mueca y tensa los hombros.

—Estoy intentando con todas mis fuerzas no ser esa clase de figura paterna. Creo que parte de los motivos por los que fue a una universidad de fuera del estado fue porque mi padre y yo éramos un poco sobreprotectores. Ahora que está aquí de nuevo, no quiero que piense que la considero una inútil.

—Entonces, ¿no la estás ayudando en nada?

El suspiro que deja escapar es de derrota.

—Está decidida a hacerlo todo por su cuenta. Está empeñada en demostrar que puede arreglárselas sin que su hermano mayor esté esperando entre bastidores para sacarla del apuro. —Hace una mueca—. Tampoco es como si yo pudiera hacer gran cosa, de todos modos. El siguiente paso probablemente sea vender el local o un desahucio.

—Si las finanzas están tan mal, ¿no ha pensado en pedir un préstamo?

—Lo hablamos. Pero aunque pudiéramos conseguir un préstamo, Violet no quiere cargarse con más deudas. Dijo que sería como intentar apagar un fuego con gasolina. Pero es inteligente y decidida, y muy trabajadora. —En su rostro se mezcla el orgullo con la preocupación—. No veo ninguna razón por la que no pueda devolverle a la cafetería su antigua gloria ella sola.

Asiento y dejo el tema ahí. Es sobreprotector, tal y como él mismo ha dicho; lo sé desde la primera vez que mencionó a su hermana. Pero, por lo que recuerdo, su padre les dejó el local a los dos. Me parece extraño que ni siquiera echara un vistazo a las cuentas de la cafetería.

Sacudo la cabeza para apartar esos pensamientos. No sé lo que es tener una hermana, y nunca he tenido tanta confianza con otra persona como para sentir la necesidad de protegerla, al menos como adulto. Soy la última persona que debería estar cuestionándolo.

Una vez instalados en mi coche, Mark le da dirección a mi chófer, Jeremy. Veinte minutos más tarde, nos deja frente a una pequeña cafetería en Brooklyn. La mayor parte del escaparate está cubierto por un cartel que anuncia *«True Brew»* escrito con unas enormes letras azules y anticuadas.

Dos chicas con unos vasos para llevar están saliendo cuando Mark y yo nos acercamos. Abren mucho los ojos al pasar, luego se acercan la una a la otra, susurrando y riéndose mientras se alejan corriendo por la acera.

Mark me lanza una sonrisa burlona por encima del hombro.

—Todavía tienes lo que hay que tener, vejestorio —dice.

Niego con la cabeza.

—Eres dos meses mayor que yo, capullo.

La campanilla que hay sobre la puerta tintinea cuando la abre, y yo lo sigo al interior. Me lleva un momento acostumbrarme a la luz tenue, pero cuando lo hago, echo un vistazo al local. Se oye un murmullo de conversaciones, pero, aunque hay algunas personas sentadas en el reducido espacio, hay más mesas vacías que ocupadas.

Detrás del mostrador hay un joven de pelo oscuro, sonriente.

—Hola, Mark. Me alegro de verte.

—Hola, Jarrod. —Mark se acerca y charla con él, pero yo ignoro su conversación trivial y examino el interior de la cafetería con más detenimiento. La cafetería no está sucia ni deteriorada. En absoluto. De hecho, está impecable. Es obvio que Violet y su personal se afanan en mantenerlo todo limpio. Pero los carteles están descoloridos y son anticuados. Las mesas y sillas no combinan, y no de esa forma peculiar que a algunos sitios les queda bien. Incluso la vitrina de los pasteles parece un poco vacía y triste.

—Violet está ahí atrás —dice Jarrod, captando mi atención hacia su conversación—. Voy a buscarla. ¿Quieres algo mientras esperas?

Los dos pedimos un café, y luego Jarrod desaparece por la puerta que, supongo, da a la cocina, mientras Mark y yo nos sentamos a una mesa al fondo del local.

Antes de que tenga tiempo de hacer nada más que coger la carta, la puerta se abre de nuevo y Violet sale corriendo, con una amplia sonrisa en el rostro dirigida a Mark. Me tomo un momento para estudiarla, desde el pelo recogido en lo alto de la cabeza en un moño medio deshecho —el tono castaño miel es un poco más oscuro que la última vez que la vi, si no me equivoco— hasta su camiseta sin mangas negra y sus pantalones vaqueros negros y cortos. Hasta las deportivas y el pequeño delantal atado a su esbelta cintura son negros. Con esos pantalones cortos, sus piernas firmes y bronceadas parecen no tener fin. La guapa y ligeramente torpe joven de veintiún años que recuerdo se ha transformado en una mujer la hostia de guapa.

Al salir de detrás del mostrador se fija en mí y su sonrisa se congela por una fracción de segundo antes de que aparte la mirada. Vuelve a aparecer con todo su esplendor cuando se acerca y le da un abrazo a su hermano.

Me paso la mano por la boca para ocultar mi sonrisa. Al parecer, todavía no

me ha perdonado ni me ha olvidado.

Me pongo de pie y la obligo a reconocer mi presencia.

Esos ojos azules y claros finalmente se vuelven hacia mí y hacen que se me acelere extrañamente el pulso.

—Tate.

—Violet —digo—. Ha pasado mucho tiempo.

Aprieta sus labios carnosos, luego ladea la cabeza y me dedica una sonrisa demasiado dulce.

—¿De verdad? No me había dado cuenta.

Esa actitud me provoca la familiar oleada de emoción y me río entre dientes.

—Entonces, ¿no es cierto que la ausencia hace que el corazón se encariñe más?

Arruga la nariz y vuelve a mirar a su hermano, ignorándome a mí y a mi broma.

—¿Vienes a comer o solo a ver cómo estoy?

Las palabras son desenfadadas. Incluso su tono, en su mayor parte. Pero hay un hilo de tensión subyacente entre los dos. Interesante. Quizás es cierto que quiere que Mark la deje a su aire.

—Tate quería ir a comer, y hacía semanas que no te veía —responde él—. Y he pensado en matar dos pájaros de un tiro.

El atisbo de tensión que juraría haber percibido se desvanece. Ahora solo parece culpable.

—Siento no haberte visitado más. Para cuando llego a casa estoy tan cansada que solo quiero quedarme ahí, leer un buen libro y tomarme una copa de vino. Me he ido a la cama temprano casi todas las noches. Pero me esforzaré más, lo prometo. —Le rodea la cintura con los brazos y le da un apretón. Ese cariño tan natural me provoca un nudo en el pecho. Jamás he tenido esa clase de relación con nadie. Mierda. Ni siquiera recuerdo la última vez que abracé a alguien. Violet suelta a su hermano y le sonríe—. ¿Quieres lo de siempre? —Cuando él asiente, ella se vuelve en mi dirección, aunque clava la vista en algún punto alrededor del nudo de mi corbata en lugar de en mis ojos—. ¿Tú también vas a comer? —Es imposible no notar cómo su tono se vuelve más plano cuando se dirige a mí.

—Estoy deseando probar lo que quiera que vayas a servirnos. —Eso hace que se fije en mi cara. Sonrío y, como respuesta, ella entrecierra los ojos, probablemente analizando mis palabras para encontrar un significado oculto

—. ¿Qué me recomiendas? —le pregunto.

Aprieta los labios y luego suelta un suspiro.

—Ahora mismo no tenemos una carta muy amplia… —Sus ojos destellan con lo que podría ser vergüenza. Tampoco es que tenga motivos para avergonzarse. Teniendo en cuenta lo que ha dicho Mark sobre su esfuerzo por reflotar este local, tener una carta reducida tiene sentido desde el punto de vista empresarial—. Pero el burrito de pollo a la parrilla con aguacate está muy bueno —continúa—. Y el *panini* de jamón y queso tiene mucho éxito.

—Tomaré el pollo, gracias.

Ella asiente de nuevo y luego se da media vuelta y regresa a la cocina. Algo me llama la atención mientras se aleja, y esa imagen hace que se me hiele la sangre en las venas, porque ahí, en uno de sus omóplatos, hay un pequeño tatuaje de una mariposa azul.

Inspiro profundamente por la nariz. Debe de ser una coincidencia; los tatuajes de mariposas es no son precisamente raros. Se ha ido demasiado rápido para que pudiera verlo bien, pero aun así el corazón me late con fuerza contra las costillas, porque mi cuerpo, si no mi cabeza, está seguro de lo que acabo de ver. Hace solo unas noches recorrí con los dedos esas delicadas alas azules. Aún puedo sentir su piel sedosa bajo mis dedos, los mismos que se hundieron en su interior hasta que se corrió sobre ellos.

Me atraviesa una punzada de culpabilidad y miro a Mark, que luce una sonrisa de orgullo en el rostro. Mierda. Tengo que luchar contra el impulso de hacer una mueca al imaginar cómo reaccionaría si supiera lo que puede que le haya hecho a su hermana.

Pero quizá me equivoque; no tiene sentido adelantarme a los acontecimientos. Tengo que ver ese tatuaje más de cerca.

Mark y yo nos sentamos, y me esfuerzo por calmar mi pulso acelerado mientras intento concentrarme en lo que está diciendo. Pero es inútil. Mi mente está inundada de imágenes y recuerdos de la noche del viernes pasado e intento conciliar a la mujer que se retorcía en mi regazo con la que estaba ahora mismo a mí, con esa expresión desdeñosa que me resulta tan familiar.

Tamborileo con los dedos sobre la mesa mientras espero a que Violet vuelva con nuestra comida, y mi atención se desvía una y otra vez hacia la puerta de la cocina. Jarrod está de nuevo detrás de la barra, atendiendo a los pocos clientes que van llegando, mientras que una joven rubia sirve a los que ya están sentados. Cuando nos trae los cafés le doy las gracias distraídamente.

Solo salgo de mi aturdimiento cuando doy un sorbo a la bebida caliente. En el instante en que percibo el sabor, enarco las cejas de golpe.

Frente a mí, Mark se ríe entre dientes.

—Está bueno, ¿eh?

Doy otro sorbo.

—Muy bueno —murmuro.

—Los granos proceden de pequeñas granjas sostenibles. Es más caro, pero merece la pena. Por motivos éticos y por el sabor.

—Estoy de acuerdo. —Esta vez, cuando doy un sorbo, cierro los ojos para saborearlo—. Con un café que sabe así, ¿por qué no está este lugar a reventar?

Suspira.

—Solía estarlo. Pero, como te he dicho, cometí un error con el anterior gerente. Tenía muy buenas referencias, pero estaba acostumbrado a trabajar para grandes franquicias, en vez de para pequeñas cafeterías centradas en la comunidad. Debería haber estado más atento, pero…

—Te hemos tenido muy ocupado.

Se encoge de hombros.

—No es una buena excusa por haber metido tanto la pata. Pero es la única que tengo.

—No vale la pena demandarlo, supongo.

Niega con la cabeza.

—Sus acciones no se considerarían negligencia grave ni conducta indebida deliberada. De todos modos, fue un error mío el contratar a alguien que no entendía la visión de mi padre para el negocio. —La tristeza ensombrece su expresión por un momento antes de sacudírsela de encima—. Siempre quiso que fuera un pilar de la comunidad, donde cada taza que se sirviera no solo tuviera un sabor increíble, sino que también representara un compromiso con el abastecimiento ético. Por desgracia, Violet estaba fuera del estado y yo no me mantuve lo bastante al tanto como para darme cuenta de todos los pequeños cambios que estaba haciendo el gerente. —Suspira—. Debería haberlo visto antes, pero era difícil venir aquí cuando mi padre ya no estaba y, en cierto modo, evité hacerlo. —Baja la vista hasta la taza de café durante un largo rato, pero cuando vuelve a levantar la cabeza, está sonriendo—. Violet lo conseguirá. No tengo ninguna duda.

Tiene mucha fe en su hermana. Se nota en cada una de sus palabras y en la forma en que la mira. Y no sé si en toda mi vida alguien ha tenido siquiera la

mitad de esa fe en mí.

Mis pensamientos se ven interrumpidos por la puerta de la cocina, que se abre de par en par, y por Violet, que vuelve a aparecer con la comida.

Observo cada uno de sus movimientos mientras se dirige hacia nosotros. El club estaba a oscuras, pero por lo que puedo ver, el color de su pelo y sus ojos coincide con el de la mujer con la que estuve. Recorro con la mirada el resto de su cuerpo: pechos, caderas, piernas. Su figura también coincide.

Joder, su figura. Una oleada de excitación me sacude con tanta fuerza que inspiro bruscamente. Me inundan las imágenes mentales de mis manos sobre su cuerpo, de mis dedos dentro de ella. Intento que la ardiente oleada de lujuria se desvanezca cuando ella deja los platos delante de nosotros. Todavía no sé con certeza si es ella; al cien por cien no.

Sigo estudiándola, fijándome en el ángulo de su mandíbula y la curva de sus labios, comparando lo que veo con lo que recuerdo.

—¿Le pasa algo a la comida? —pregunta ella.

Eso me arranca de mis pensamientos.

—No, está bien —respondo; cojo el burrito que me ha puesto delante y le doy un gran bocado. Está tan bueno como parece, pero no tengo oportunidad de decírselo, porque antes de que pueda tragar, ella le dedica una cálida sonrisa a su hermano, me mira con los labios apretados y se dirige de nuevo al mostrador.

—¿Estás bien? —pregunta Mark mientras yo la sigo con la mirada mientras se aleja. Ya no me cabe duda: es exactamente el mismo tatuaje, en exactamente el mismo sitio.

—Sí. Todo va bien. Parece que Violet ya es toda una mujer.

¿Qué coño de observación es esa?

Debería entablar con él una conversación relacionada con el trabajo y luego largarme de aquí en lugar de fijarme en su hermana.

Mark frunce el ceño, mirándome con demasiada intensidad, como si pudiera intuir un significado más profundo que no le va a gustar detrás de mis palabras.

—Tampoco es que fuera una niña la última vez que la viste.

—No, no lo era. —Me entretengo con el burrito para esquivar sus ojos—. Es solo que parece distinta.

—Sí. —Suspira, volviéndose hacia el mostrador, donde ella está hablando con Jarrod—. Lo pasó mal después de la muerte de nuestro padre. Se encerró

un poco en sí misma. Me alegro de que haya regresado a Nueva York. Estuve preocupado por ella bastante tiempo.

—Es bueno que pueda contar contigo. —Solo lo escucho a medias, porque me distrae la forma en que Jarrod le sonríe a Violet.

Él le toca el brazo y ella le sonríe, como si él hubiera hecho una broma, y en su mejilla aparece un hoyuelo. Luego se da media vuelta y se va a la cocina. Entorno los ojos mientras él mira cómo se aleja. ¿Está mirándole el culo bajo esos pantalones cortos mientras se marcha?

Cuando vuelve al mostrador se da cuenta de que lo he estado mirando y un destello de sorpresa le cruza el rostro antes de que tense la mandíbula. Tengo la sensación de que me está evaluando igual que yo a él. No sé por qué la idea de que haya algo entre ese tío y Violet me molesta tanto. Por lo poco que me contó en Onyx, no parece que sea así, al menos por ahora. En cualquier caso, no tengo ningún derecho sobre ella. Y lo que es más importante: no debería importarme.

Jarrod por fin aparta la vista, y yo vuelvo a concentrarme en Mark y en mi almuerzo. Esta vez desvío deliberadamente la conversación de su hermana y la vuelvo a centrar en el trabajo. Pero por mucho que lo intente, no puedo dejar de revivir aquella noche en mi cabeza. De repente, Violet ya no es la hermana pequeña de mi amigo de la universidad —a quien disfruto demasiado provocando—, sino la mujer tremendamente sexy a la que hice correrse en medio del club.

Y a la que le compré una suscripción e invité a volver.

Conteniendo un gemido, me paso la mano por la boca. Ahora que sé que es ella, soy consciente de que no puedo volver a hacerlo. Nunca me lo perdonará, aunque en ese momento no supiera quién era. Agravar el problema insistiendo sería un motivo para que me matara si alguna vez se enterara. La única solución lógica es evitar el Onyx durante un tiempo. Tampoco es que haya ido mucho últimamente, pero aun así…

Aunque, si aparece buscándome a finales de esta semana y no estoy allí, podría acabar en el regazo de otro hombre… o debajo de él. Aprieto los puños sin poder evitarlo. Inspiro hondo y me obligo a abrirlos. Es una mujer adulta. Por mucho que no me guste la idea, si quiere disfrutar con otro hombre en Onyx, tiene todo el derecho a hacerlo.

No me quedo después de que terminamos de comer. Mientras Mark se despide de Violet, ni siquiera le dedico un comentario sarcástico. Me limito a

hacerle un gesto con la cabeza y la sonrisa falsa con la que corresponde es todo el refuerzo que necesito. Estoy haciendo lo correcto al no alargar este error.

Pero mientras Mark y yo regresamos a la oficina no puedo dejar de pensar en cómo se restregó contra mí, en el calor de su aliento en mi piel y en el roce de sus labios en mi cuello. Entonces me asalta una visión totalmente diferente: Violet moviéndose sobre otro hombre. Su aliento en la piel de él. Sus labios en el cuello de él.

Joder.

10

VIOLET

—Estoy muy orgullosa de ti. —Anna está tumbada boca abajo en mi cama, con las rodillas dobladas y los pies desnudos moviéndose de un lado a otro en el aire por encima de su trasero.

Niego con la cabeza y reprimo una sonrisa, estirándome el vestido de color azul eléctrico.

—¿Orgullosa de qué? ¿De que, al parecer, estoy demasiado cachonda para mi propio bien, así que espero llegar a mi segundo orgasmo con un hombre en más de un año gracias a un desconocido enmascarado?

—Eeeh, sí. Justo por eso. —Se incorpora hasta sentarse y dejar colgando las piernas por el borde de la cama—. Eric era un capullo que te manipuló y abusó de tu confianza. Necesitabas tiempo para superarlo. Pero ahora estás lista para recuperar el control de tu vida. ¿Qué mejor manera que disfrutar del sexo anónimo con un desconocido guapo y rico? Sin presiones, sin expectativas, solo diversión y, con suerte, muchos muchos orgasmos.

Esta vez, no puedo evitar la sonrisa que se dibuja en mis labios.

—Bueno, si lo pones así…

—Entonces, ¿estás lista?

De repente, los nervios me atenazan el estómago, pero asiento de todos modos.

—Creo que sí.

—Genial. Vamos. —Anna se pone de pie de un salto y se calza los tacones que ha dejado junto a la cama. Inspiro hondo para tranquilizarme. No tengo ni idea de si esta es la decisión correcta. ¿Seré capaz siquiera de llegar más lejos que la semana pasada? ¿Y si yo aparezco y él no? Peor aún, ¿y si aparezco y él está con otra persona?—. No te eches atrás ahora, Vi. —Anna me rodea con los brazos por detrás y apoya la barbilla en mi hombro, estudiando mi reflejo en el espejo—. Pase lo que pase por esa cabecita tan bonita que tienes, ignóralo. Si no está allí, o lo que sea, que le den. Tú y yo podemos pasarlo

genial en la pista de baile. O podemos encontrar a otro Señor Sexy con el que puedas dar rienda suelta a tu lado más salvaje.

Me echo a reír. Incluso aunque esté pasando por mi peor momento, Anna sabe cómo animarme. Por eso es la única persona a la que le conté lo de Eric. Cuando ocurrió, me sentía muy mal y sabía que confiar en ella me ayudaría a salir del agujero en el que me había estado revolcando. Si se lo hubiera contado todo a Mark, habría entrado en modo protector y se habría vuelto loco, y en el proceso lo más probable es que se hubiera metido en un lío, sobre todo porque el jefe de Eric, y su tío, es senador. De ninguna manera iba a dejar que mi hermano mayor pusiera en riesgo su carrera por mí.

Anna tiene razón. Esta noche no se trata de un hombre, en realidad no. Se trata de recordar lo que es disfrutar, de redescubrir a mi antigua yo, la mujer que ha estado un poco perdida estos veinte últimos meses.

Asiento hacia mi amiga, con firmeza.

—Sí, vamos a divertirnos.

Media hora más tarde, nos detenemos frente al familiar y discreto edificio. Las dos nos hemos puesto las mismas máscaras que llevamos la semana pasada, pero esta vez soy yo la que pasa la tarjeta de socia. Sigue pareciéndome muy extraño.

Dentro, paramos para dejar los bolsos. La mujer que está en el mostrador no es la misma que la última vez, pero es igual de amable y profesional. Una vez completado el proceso de registro, entramos en el club. Ahora ya sé lo que me espera, pero ver a todos esos hombres y mujeres enmascarados mezclándose en la penumbra sigue pareciéndome irreal.

Conteniendo los nervios, busco entre la multitud una máscara de diablo. Al no verla, me digo a mí misma que no estoy desilusionada. Al fin y al cabo, puede que aún no haya llegado, o que esté en una zona del club que no puedo ver. Le sonrío a Anna.

—Vamos a por una copa.

Un cosmopolitan —que bebo lentamente— más tarde, la decepción empieza a ganar terreno y tras el segundo ya he decidido que me he hecho ilusiones para nada. Anna me lleva a rastras a la pista de baile y estoy a punto de pensar que ya me reiré más tarde de todo esto —mucho más tarde, cuando el filo de la de decepción se haya atenuado un poco— cuando se acerca un hombre con

una máscara de soldado romano.

—Señoras —dice, con voz grave, pero no tan grave como la del hombre de la semana pasada—. ¿Puedo unirme a ustedes?

Insegura, miro a Anna, que me sonríe.

—Eeeh… Claro… —No siento ningún cosquilleo en el vientre cuando clava los ojos oscuros en mí, pero dejo que me rodee la cintura con su musculoso brazo y me pegue a su pecho.

Hago todo lo posible por no comparar la sensación de su cuerpo con el recuerdo que tengo de otro. Ese hombre me invitó a regresar esta noche y, tal y como temía, me ha dejado colgada. ¿Por qué debería echarlo de menos? Al fin y al cabo, es prácticamente un desconocido.

Un desconocido que metió sus dedos dentro de mí. Un desconocido que, solo con esos dedos, hizo que me corriera más fuerte que con ningún otro hombre antes que él.

Eso no significa, sin embargo, que me deba nada ni que yo le deba nada a él. Aunque me comprara una membresía muy cara, fue su elección. Y no puso la condición de que solo pudiera usarla para volver a verlo.

Me obligo a relajarme contra el cuerpo que tengo detrás, a pesar de que no me parece del todo bien. Anna me mira, ladeando la cabeza en un gesto sutil para comprobar que estoy bien. Cuando asiento, sonríe y centra su atención en otro hombre enmascarado que merodea a nuestro lado. Sin necesidad de que lo animen, el tío empieza a restregarse contra su espalda.

El hombre detrás de mí me agarra las caderas con sus grandes manos y me pega más a él. Intento no tensarme cuando siento su miembro duro contra mi trasero. Tampoco se anda con rodeo, y supongo que es lógico, teniendo en cuenta dónde estamos.

El ambiente de esta parte del club hace que sea fácil olvidarse de su propósito oculto. Obviamente, eso es deliberado. Al fin y al cabo, el lugar está pensado para satisfacer casi todas las actividades que interesan a los ricos y famosos, ya sea disfrutar de una copa informal, un baile sensual o una fantasía con total seguridad, y todo ello con la garantía del anonimato.

No puedo evitar echar un vistazo a la puerta que, según Anna, conduce a las salas privadas —y no tan privadas—, y me da un vuelco el estómago. Cuando me imaginé volver aquí esta noche, me pregunté si sería lo bastante atrevida como para cruzar esa puerta y puede que incluso me excitara un poco solo de pensarlo. Sin embargo, de ninguna manera voy a hacerlo con otro desconocido

cualquiera. Por la forma entrecortada en que este tipo respira, puedo intuir que la pregunta está al caer. Y yo no sé si puedo llegar siquiera a planteármelo.

Mi respuesta llega un instante después, cuando el hombre me da un beso húmedo y con la boca abierta en el cuello. El corazón se me sube a la garganta y me estremezco de forma instintiva.

No.

No me apetece en absoluto. Intento apartarme, pero me sujeta con demasiada fuerza.

Miro a Anna con la esperanza de que ella sepa qué hacer, pero no me ve. Está concentrada en algo que hay a mi espalda, con los ojos como platos y los labios entreabiertos.

Un segundo después, descubro por qué. Las manos que me sujetaban por las caderas me sueltan tan rápido que casi me caigo hacia delante. Con un grito ahogado, me doy la vuelta para encontrarme una figura alta con una máscara de diablo familiar que se cierne sobre el hombre con el que he estado bailando.

Se agacha hasta que están casi nariz con nariz, y desde donde estoy es imposible no oír su gruñido.

—Es mía.

Esas dos palabras, pronunciadas con ese tono grave y ronco, me provocan un escalofrío que me sorprende. Después de Eric, no imaginaba que iba a encontrar excitante ningún tipo de actitud posesiva. Supongo que estaba equivocada, al menos en lo que respecta a este tío.

El hombre con la máscara de soldado romano levanta las manos.

—Lo siento, lo siento. No sabía que llevara collar.

Casi se me salen los ojos de las órbitas. ¿Llevar collar?

—No es una sumisa. Pero eso no significa que no sea mía. —Su tono es inflexible.

Anna está ahora a mi lado, agarrándome del brazo. El chico con el que estaba bailando ha desaparecido, aunque la sonrisa que se dibuja en su rostro bajo la máscara deja claro que no le importa.

—Eso es tremendamente sexy —me susurra al oído.

Estoy demasiado atónita para articular una respuesta coherente.

Al instante siguiente, un fornido portero vestido con un traje negro aparece a nuestro lado.

—¿Hay algún problema?

El soldado romano niega con la cabeza.

—No hay ningún problema. Solo ha sido un malentendido.

El portero se queda mirándolos fijamente. Se fija en el hombre de la máscara de diablo.

—Mis disculpas, señor. ¿Va todo bien?

Me invade una oleada de confusión. En este lugar, que está literalmente lleno de vips, ¿por qué este tío recibe un trato especial?

Él asiente.

—Todo va bien. Este caballero ya se iba a otro lado.

Con un asentimiento, el tipo vestido de soldado romano desaparece entre la multitud. No me doy cuenta de si el portero también se desvanece, porque estoy demasiado ocupada escrutando las partes visibles del hombre que tengo delante, tratando de averiguar quién es.

La inquietud se apodera de mi pecho mientras lo examino. La línea de su mandíbula y la forma de su boca desencadenan una punzada de reconocimiento que no recuerdo de la semana pasada. Me acerco y levanto la cara hacia él. Si consigo verle mejor los ojos, quizá eso disipe esa molesta sensación de familiaridad.

Tengo la solución en la punta de la lengua. Sin pensarlo, alzo la mano y deslizo las yemas de mis dedos con delicadeza a lo largo de su mandíbula; el leve roce de la barba incipiente me provoca un cosquilleo en el brazo. Un músculo se contrae bajo mis dedos, y él me toma suavemente la muñeca y la aleja de su rostro.

—Violet —dice, en un tono grave, casi como una advertencia.

Con un grito ahogado, retiro la mano de un tirón y me la llevo al pecho, pero no es porque él no deba saber mi nombre, sino porque, en el momento en que ha salido de sus labios, la última pieza del puzle ha encajado en su sitio. ¿Cómo no lo había visto antes?

—¿Tate? —susurro. Ladea la cabeza y se me hunde el corazón en el pecho. ¿Cómo ha podido pasar esto? Tate King, ese bastardo arrogante, ese *playboy*… Y la semana pasada le dejé meterme los dedos… Me pongo la mano sobre el vientre—. ¿Lo sabías? —Me embarga una oleada de humillación y traición, y enrojezco. Voy a apartarme de él, pero me detiene agarrándome del brazo, con firmeza pero sin hacerme daño.

—No lo sabía —responde—. Al menos, en ese momento no.

Me tenso bajo la presa de su mano y niego con la cabeza. Aunque esté diciendo la verdad…

—Pero has venido esta noche. ¿Qué esperabas? ¿Llegar aún más lejos? ¿Acostarte conmigo?

Anna se acerca a mí.

—¿Qué está pasando? ¿Quieres que llame a seguridad otra vez?

Por lo que he visto hace un momento, los de seguridad saben perfectamente quién es, así que no estoy segura de que eso vaya a servir de algo.

Tate tensa la mandíbula.

—Deja que te lo explique, Violet.

Ahora sé por qué esa irritación punzante que me invadió el fin de semana pasado me resultaba tan familiar. Es la misma reacción que solía tener cuando visitaba a Mark en la universidad y tenía que pasar tiempo con su exasperante compañero de habitación —una de las pocas personas que conseguía sacarme de quicio y que, por lo que parecía, disfrutaba demasiado con ello—. Me cruzo de brazos y entrecierro los ojos.

—Adelante. Explícamelo.

11

TATE

Casi he podido sentir la ira y el sentimiento de traición irradiando de su cuerpo.

Echo un rápido vistazo a la abarrotada pista de baile, fijándome en la gente que sigue mirándonos tras el alboroto. El alboroto que yo he causado. Puede que mi reacción al ver las manos y la boca de ese hombre sobre ella haya sido un poco exagerada, y está lejos de ser mi respuesta habitual cuando se trata de mujeres.

—Aquí no —le digo—. Ven a una de las salas privadas.

Ella aparta el brazo y yo la suelto. Seguir sujetándola ahora mismo no va a servir de nada.

—¿En serio crees que voy a ir a una sala a acostarme contigo? —sisea, mirándome con rabia a través de sus ojos azules entrecerrados.

No puedo reprimir una sonrisa ante su indignación que me esfuerzo por disimular. Ha recuperado el dominio de sí misma y ahora mismo hay fuego en su mirada. Y que eso me provoque una erección debe de convertirme en alguien un poco retorcido.

—No es para que nos acostemos. Es para que pueda explicártelo en privado.

Levanta la barbilla, con los ojos aún entrecerrados, y su expresión me resulta tan familiar que no puedo creerme que la semana pasada no la reconociera. Esa es la mirada que me dedicaba cuando le hacía una visita a Mark y no podía evitar discutir conmigo. La misma que ponía justo antes de que un comentario sarcástico saliera de su boca.

Antes de que pueda negarse, me encojo de hombros con indiferencia porque sé que eso va a irritarla.

—Bueno, claro… Si crees que no podrás controlarte estando a solas conmigo…

Aprieta sus labios carnosos.

—Vale. Pero solo quince minutos, y luego Anna y yo nos largamos de aquí.

—Se vuelve hacia su amiga, que observa con gran interés—. ¿Verdad?

—Claro. Quince minutos —responde Anna, dando un golpecito al fino reloj que lleva en la muñeca—. Los cronometraré.

Sé que lo que voy a hacer está mal, y solo servirá para cabrearla más, pero no puedo evitarlo; me agacho y le susurro al oído a Violet.

—¿Me estás retando al ponerme un límite de tiempo? Porque se me da genial rendir en esas circunstancias.

Ella resopla, y me mira de soslayo con esos ojos azules que siguen entrecerrados.

—No me sorprende, teniendo en cuenta toda la práctica que tienes. Pero, claro, siempre ha sido con mujeres que se sienten atraídas por ti.

—Tú parecías bastante atraída por mí la semana pasada. —Abre la boca y vuelve a cerrarla de golpe, y me da que quizá no le ha sentado muy bien que se lo haya recordado. Me obligo a dar un paso atrás. Si no dejo de tentar a la suerte, voy a perder la oportunidad de explicarme. Inspiro hondo y me contengo—. Vamos —digo, y, antes de que pueda replanteármelo, la cojo de la mano.

Casi espero que se aparte de un tirón, y no la culparía por ello, pero no lo hace.

Mira a su amiga.

—¿Vas a estar bien?

Anna asiente.

—Menearé el trasero en la pista otros quince minutos más, y luego nos vamos de aquí. Ya me lo contarás todo de camino a casa —responde, echándome una mirada rápida antes de volverse hacia Violet de nuevo.

No le doy la oportunidad de cambiar de opinión; la guío a través de la pista, abriéndome paso entre los cuerpos que se contonean, pero cuando llegamos a la entrada de la zona privada ella vacila. Me detengo y me vuelvo hacia ella.

—Yo… eeeh —tartamudea, mirando a cualquier sitio menos en mi cara—. No he estado nunca aquí atrás. ¿Qué pasa ahí?

—Sabes en qué clase de club estás, ¿verdad? Te puedo garantizar que ahí pasan un montón de cosas.

Ella traga saliva, sus grandes ojos azules se encuentran con los míos y luego se desvían de nuevo.

—No estoy segura de querer verlo.

Esa incertidumbre me provoca una opresión en el pecho. Esta mujer es una

puta contradicción: pasa de fiera a vulnerable en un abrir y cerrar de ojos.

Doy un paso hacia ella, le sujeto la barbilla entre el pulgar y el índice y hago que levante la cara.

—Esta gente está aquí pasándoselo bien, igual que tú el fin de semana pasado. —Se muerde el labio inferior y vuelve a esquivar mis ojos, sin duda porque acabo de recordarle lo que hicimos. Le separo el labio inferior con el pulgar—. Los invitados que hay ahí no se avergüenzan de lo que están haciendo, igual que tú no deberías avergonzarte de lo que hicimos. —La estudio, tratando de leer su expresión bajo la máscara. La ira que desprendía antes se ha atenuado, sustituida por nerviosismo y vergüenza—. Vamos a recorrer estos pasillos y puedes mirar o no. Depende totalmente de ti. ¿De acuerdo?

Tras otra breve vacilación, asiente; me pongo en marcha, cogiéndola todavía de la mano, y ella va a mi lado. Aunque no le caigo demasiado bien, confía en mí lo suficiente como para hacer esto, y esa idea me reconforta de una forma que no quiero analizar demasiado.

A diferencia de Violet, conozco bien esta zona, así que no me molesto en mirar dentro de las salas por las que pasamos. Solo quiero encontrar un lugar donde podamos estar a solas para explicarle por qué me he presentado aquí esta noche. Aunque, teniendo en cuenta que estaba decidido a no hacerlo, no estoy muy convencido de tener la respuesta a esa pregunta ni yo mismo. Lo único que sé es que, cuando estaba sentado en casa, en mi ático, bebiendo whisky y contemplando las luces de Nueva York que se extendían a mis pies, no podía quitarme de la cabeza la imagen de ella aquí sin mí.

Me la imaginaba buscándome, para luego rendirse y dejar que otro hombre —o, Dios no lo quiera, varios hombres— la tocara, le diera placer, escuchara sus jadeos y sintiera cómo se derretía.

Antes de darme cuenta, me había levantado de mi asiento y había cogido la máscara que había guardado la semana pasada.

Y sí, eso me convierte en un capullo, porque a pesar de lo que Violet pueda pensar, no pretendo hacer ninguna de esas cosas. Solo quiero que no las haga con nadie más.

Los gemidos inundan los pasillos por los que vamos, entremezclados con algún que otro grito fuerte de dolor o placer, o de las dos cosas. Los sonidos característicos de la carne al chocar contra la carne o el chasquido seco de una paleta o una vara emanan de algunas de las salas por las que pasamos. Hay

gente contemplando las escenas que se desarrollan en las estancias que no tienen mamparas para preservar la intimidad. No puedo evitar echarle una ojeada rápida a Violet, para ver si se está permitiendo mirar. Efectivamente: tiene los ojos muy abiertos y clavados en lo que está ocurriendo detrás de la ventana por la que pasamos, donde un hombre completamente vestido está dándole placer a una mujer desnuda con un vibrador; ella está atada, incapaz de hacer nada por resistirse.

Le estrecho la mano a Violet con más fuerza; la imagen que hemos visto se transforma en mi cabeza hasta que es ella la que está atada, y yo el que maneja el juguete y hago que se corra una y otra vez hasta que me suplica que la penetre.

La lujuria me sacude como un puñetazo en el estómago. Inspiro hondo y la reprimo. Eso no es en lo que debería estar pensando cuando se trata de Violet. Y desde luego no es lo que ella quiere de mí.

Cuando vuelve a mirar al frente, agacha la cabeza, lo que me impide leer su expresión. Y la máscara que lleva puesta hace que no pueda saber si tiene las mejillas sonrojadas. Si esta situación fuera diferente, si yo no fuera el hombre que ella no soporta y ella no fuera la hermana pequeña de Mark, la empotraría contra la pared, deslizaría mi mano dentro de sus bragas y comprobaría por mí mismo si lo que ha presenciado la ha excitado. Si las cosas fueran diferentes, tal vez la llevaría a otra sala y le haría exactamente lo mismo que ese hombre a esa mujer.

Pero en mi fantasía, no permitiría que nadie mirara. No. Me quedaría esa experiencia solo para mí. Tampoco es que importe, porque no va a pasar. Solo tengo que convencer a mi entrepierna antes de que Violet vea el bulto que se está formando en mis pantalones.

Al doblar una esquina llegamos a la estancia que estaba buscando. En comparación con las demás del club, es muy sencilla y por eso no se usa tan a menudo. La hago pasar, pero no cierro la puerta tras nosotros. Todavía no.

Da varios pasos, volviendo la cabeza a un lavo y a otro para examinar el espacio, pero la enorme cama capta de inmediato su atención. El sólido cabecero y los pies de madera están tachonados de pernos metálicos que pueden usarse como puntos de sujeción, pero eso es todo. Probablemente sea la sala menos fetichista del Onyx, lo que la convierte en la más adecuada para nuestra conversación.

Pulso el interruptor junto a la larga ventana que da al pasillo y el cristal

inteligente se vuelve opaco para darnos intimidad; luego me dirijo hacia Violet.

—Tenemos que cerrar la puerta si queremos quitarnos las máscaras. —La decisión es suya. Si se siente más cómoda con la puerta abierta, nos dejaremos las máscaras puestas. Pero yo preferiría que nos viéramos las caras para mantener esta conversación. Y esta máscara en particular no me va a ayudar nada a la hora de convencerla de que soy inocente.

Tampoco es que «inocente» sea una palabra que se utilice a menudo para describirme. Pero en este caso, al menos, es cierto.

Para mi alivio, Violet asiente y se da la vuelta para cerrar la puerta ella misma. En cuanto se oye el clic, me quito la máscara. Por un momento, ella se queda observándome desde el otro lado de la estancia, pero al final también se quita la suya.

Lleva el pelo revuelto y tiene las mejillas sonrosadas. Quizá sea por la máscara o quizá por lo que acabamos de ver al pasar. O tal vez se deba a la situación en la que se encuentra. Sea como sea, está tremendamente sexy, ahí, frente a mí, con ese vestido azul. Tiene la barbilla un poco levantada para mirarme a los ojos, y eso deja al descubierto la suave línea de su cuello y la profunda uve de su escote. De repente me cuesta recordar por qué no debería tumbarla en la cama que tenemos al lado y hacer que se sintiera bien otra vez, pero no tardo en acordarme.

Ella desvía la mirada, se pasa los dedos por el pelo y se cruza de brazos, con su máscara de mariposa color mantequilla colgando de sus dedos.

—Explícate, por favor.

Tiro mi máscara sobre la cama y me paso una mano por la nuca.

—Estuve aquí la semana pasada porque soy copropietario de este club. Mi socio y yo estábamos hablando en la barra cuando te vi entrar. Y de verdad, de verdad, que entonces no sabía quién eras. Igual que tú no sabías quién era yo. Hace años que no nos vemos, y antes de eso, solo visitabas a Mark unas cuantas veces al año. No es de extrañar que con estas máscaras puestas, en este lugar, ninguno de los dos nos reconociéramos. —Ladea la cabeza, evaluándome en silencio—. Pienses lo que pienses de mí, Violet, te aseguro que no te mentiría sobre eso. —Ella asiente, casi a regañadientes, pero sigue sin hablar—. Cuando Mark me invitó a comer en tu local —continúo—, solo pensé que estaría bien volver a verte.

Eso hace que arquee las cejas.

—¿Por qué?

—No lo sé. —Busco las palabras para explicar esa idea—. ¿Para ver cómo te iba? ¿Para ver si seguías detestándome tanto como entonces? Lo creas o no, siempre disfruté de tus visitas.

Deja caer los brazos a los lados.

—Nos pasábamos todo el rato discutiendo mientras estaba allí.

Doy un paso hacia ella.

—Y me gustaba. Era refrescante.

—¿Quieres decir que fue un cambio agradable respecto a todas las mujeres que se te lanzaban encima? —No pone los ojos en blanco, pero lo noto en su voz.

Esbozo una sonrisa.

—Algo así. En fin, la cosa es que Mark me invitó a ir y yo sentí suficiente curiosidad como para aceptar. Y luego… —Doy otro paso hacia delante. Esta vez, cuando lo hago, llego lo bastante cerca como para tocarle el hombro y, cuando mis dedos rozan su piel desnuda, ella inspira bruscamente. Hago todo lo posible por ignorar cómo le late el pulso en la base del cuello y hago que se gire para revelar el tatuaje de su espalda—. Vi esto. —Sin apenas rozarla, recorro el contorno de las alas azules y negras, igual que hice aquella primera noche.

Se le pone la piel de gallina por todo el cuerpo como respuesta. Inspiro hondo y pongo la palma de mi mano sobre el tatuaje para cubrirlo todo; cierro los ojos e imagino cómo la deslizo a lo largo de su columna vertebral hasta llegar a la curva de su trasero.

Tras un largo latido, me obligo a dar un paso atrás.

Violet se da la vuelta para mirarme. Sus mejillas están sonrojadas de nuevo y sus pezones son visibles tras el fino tejido de su vestido. Puede que yo no le guste mucho, pero no puede fingir que a su cuerpo no le gusta que lo toque.

Es obvio que ella también lo sabe porque vuelve a cruzarse rápidamente de brazos y carraspea.

—¿Y esta noche? ¿Por qué has venido?

Esta es la parte complicada.

—No iba a hacerlo. Después de verte en la cafetería, pensaba dejarlo estar. Pero… —Me decido por una verdad a medias—. No me gustaba la idea de que estuvieras esperando a alguien que no iba a aparecer y no quería que pensaras que no había venido porque no quería verte. Así que me he acercado hasta aquí para decirte la verdad. Después tenía pensado marcharme.

Por un segundo, su expresión se suaviza, pero luego frunce el ceño.

—Pero ¿por qué has echado a ese otro chico? ¿Por qué le has dicho que yo era tuya?

Incluso ahora, tengo que resistir el impulso de apretar los puños al recordar a ese imbécil tocándola. Es una reacción totalmente irracional, teniendo en cuenta quién es ella y quién soy yo, pero no puedo evitarlo.

—No quería que hicieras algo con él de lo que te arrepintieras solo porque quizá alguien te hubiera herido los sentimientos.

Pone los ojos como platos por un instante y tensa su delicada mandíbula.

Vale, está claro que eso no es lo que debía haber dicho.

—A ver si lo entiendo. ¿Solo has venido esta noche porque pensabas que tenías que salvarme de mí misma? ¿Porque has asumido que estaría tan devastada por tu ausencia que me lanzaría al primer hombre que se cruzara en mi camino, para luego arrepentirme porque no eras tú?

No debería estar excitado en este momento. Pero, joder, cuando me mira con esas chispas relampagueando en los ojos, lo único en lo que puedo pensar es en inmovilizarla en la cama y jugar con su cuerpo hasta que ese fiero antagonismo se convierta en una emoción completamente diferente pero igual de incendiaria. Aunque no creo que le haga mucha gracia que lo mencione, y menos cuando aún está furiosa.

—Soy más que capaz de tomar mis propias decisiones, Tate. Que me hicieras llegar al clímax una vez no significa que fuera a derrumbarme si no te volviera a ver. Por no hablar de que me regalaste una suscripción de un año. ¿Pensabas que no la iba a usar para disfrutar de otros hombres una vez que, inevitablemente, te hubieras cansado de mí?

Ya sea que lo diga en serio o que esté reaccionando por enfado, esa idea hace que se me dispare la tensión arterial. Rechino los dientes y la fulmino con la mirada.

—Eso fue antes de saber quién eras.

Ella suelta un resoplido de risa.

—Así que, una vez que descubriste quién era yo, te arrepentiste de lo que pasó entre nosotros y ahora te sientes culpable. Pero si aún pensaras que soy una desconocida, probablemente habrías venido aquí esta noche a follar conmigo y luego te habrías marchado, como haces con todas las mujeres. ¿Te habría importado siquiera lo que hiciera, o con quién lo hiciera, después de eso?

La respuesta debería ser no. Nunca me ha importado quién —o qué— hacen mis parejas sexuales antes o después de mí y espero la misma cortesía de ellas. Lo que Violet no sabe es que su mera presencia aquí ya es inusual. No invito a las mujeres a volver porque no haya tenido suficiente de ellas. No pago sus cuotas de socio para volver a verlas. Desde que he descubierto quién era me he estado devanando los sesos y analizando cada detalle de nuestra interacción. ¿Acaso alguna parte profunda de mi subconsciente la reconoció a primera vista esa noche? ¿Fue por eso por lo que no pude quitarle los ojos de encima desde el momento en que entró en Onyx? ¿Porque tenía que ser yo quien cuidara de ella?

No puedo decirle qué habría hecho después, porque no lo sé, joder.

Ella interpreta mi silencio como un asentimiento.

—Dios mío. Eres tan egocéntrico… Has venido a rescatarme porque pensabas que se me rompería el corazón si no aparecías, hasta el punto de perder toda capacidad de raciocinio, lo que iba a hacer que alguien se aprovechara de mí. —Da un paso adelante y me da un empujón en el pecho —. Que te quede claro, Tate King: soy una mujer adulta y puedo acostarme, y me acostaré, con quien quiera, donde quiera y cuando quiera. Tu amistad con mi hermano no conlleva la obligación de protegerme, y no te da derecho a opinar sobre el asunto. —Niega con la cabeza—. Creo que hemos terminado.

Antes de que pueda formular una respuesta, se pone la máscara, da media vuelta y sale de la sala pisando fuerte, lo que me parece toda una hazaña con los tacones que lleva puestos. Yo también me pongo la máscara antes de seguirla. No me importa lo que piense: no voy a permitir que ande por aquí sola. Es cierto que no corre ningún peligro porque Reid diseñó este lugar pensando en la seguridad, pero no quiero que algún desconocido le haga proposiciones en el pasillo.

Y no quiero que haga una tontería solo para demostrarme que tiene razón.

Camino lo bastante lejos de ella como para que sienta que está haciendo una salida dramática, pero también lo bastante cerca como para intervenir si es necesario. Va a paso ligero por el pasillo, echando un vistazo rápido a cada sala al pasar. En una en particular, sus pasos se ralentizan. No se detiene por completo, pero muestra más interés por ella que por las demás. Entonces mira por encima del hombro, me ve y sale corriendo.

No me molesto en ocultar mi sonrisa. Y cuando llego a la altura de la ventana que tanto le interesaba, no puedo evitar detenerme un momento para

ver qué le ha llamado la atención.

Una mujer, con la piel brillante por el sudor, está tumbada boca arriba en un banco, con los brazos y las pantorrillas atados, lo que la deja incapaz de moverse. Un hombre se arrodilla entre sus muslos abiertos mientras ella echa la cabeza hacia atrás, con los ojos bien cerrados.

¿A Violet le gusta la idea de que la inmovilicen? ¿De que la dejen indefensa y la obliguen a soportar más placer del que cree posible?

Joder.

Cuando la vuelvo a encontrar, mi mirada se detiene en el balanceo de sus caderas. No debería estar pensando en eso. No debería quedarme mirando su trasero ni recordar cómo llenaba mis manos. No debería imaginármela a mi merced ni follando con ella hasta apagar todo ese fuego, hasta que esté caliente, flácida y dócil debajo de mí.

Y lo que definitivamente no debería hacer es agarrarla del brazo justo antes de que ella y su amiga se aparten de la pista de baile para marcharse ni deslizarle mano por la nuca, pero lo hago de todos modos. Luego me echo hacia ella y bajo la voz para que solo ella pueda oírme.

—Si hubiera sabido que eras tú el fin de semana pasado, no te habría tocado. Pero si piensas por un segundo que me arrepiento de haber sentido cómo te corrías en mis dedos, te equivocas.

Entreabre los labios, suelta un jadeo y sus pupilas se dilatan como respuesta a mis palabras. Estoy muy tentado de mandarlo todo a la mierda, de olvidarme de que es la hermana de Mark y besarla para demostrarle que no le caigo tan mal como a ella le gusta pensar. Que nunca le he caído mal. Pero me contengo. He sido demasiado irresponsable en el pasado, y estoy decidido a hacer las cosas de manera diferente. Besar a sabiendas a la hermana pequeña de mi amigo —y de mi abogado— en medio de un club de sexo es la definición de «irresponsable».

Puede que la hiciera correrse hace una semana, pero besarla así no tendría nada que ver con el sexo anónimo. Sería otra cosa, algo más. Y eso es algo que jamás me permito.

Así que, en su lugar, me permito rozarle la mandíbula con el pulgar una sola vez.

Luego la dejo marchar.

12

TATE

A primera hora del lunes por la mañana, entro tranquilamente en la oficina de Roman y me tiro en el sofá de cuero junto a Cole. Estiro las piernas y entrelazo las manos sobre el estómago, arqueo las cejas y paseo la vista de él a Roman, que está sentado al otro lado de la mesa de centro con una expresión aún más severa de lo habitual en el rostro.

—¿Cuál es la urgencia? —pregunto.

En cuanto he puesto un pie en mi despacho esta mañana, mi asistente personal, Sophie, me ha dicho que Roman necesitaba verme de inmediato.

Se echa hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas.

—Ha pasado algo. —Por la forma en la que frunce el ceño, deduzco que no es nada bueno.

Echo la cabeza hacia atrás y suelto un gemido.

—¿Por qué tengo la impresión de que nos pasamos la vida apagando fuegos?

—Porque la gente no deja de provocarlos —espeta Roman.

Su tono me hace enderezarme y mirar de reojo a mi otro hermano, que también está un poco demasiado serio para mi gusto.

—¿Qué está pasando?

Roman se rasca la frente y luego mira a Cole.

—Díselo tú.

Cole pulsa un botón en el portátil que tiene sobre la mesa y gira la pantalla hacia mí para que pueda leerlo.

Frunzo el ceño al ver el titular que acaba de saltarme a la vista.

«¿COQUETEO REAL? ¡UNO DE LOS KING, PILLADO EN ACTITUD CARIÑOSA CON LA REINA DEL EMBAJADOR BRITÁNICO!».

Debajo hay una foto mía con una mujer pelirroja que me resulta familiar. Serena Worthington, exsupermodelo y actual esposa del embajador británico en Estados Unidos. También es una mujer con la que me acosté una vez, hace

años, mucho antes de que conociera a su marido, y no la he vuelto a tocar desde entonces. Aunque nadie lo diría al ver la foto. No, en la imagen, Serena parece estar pegada a mí y tiene la mano en mi brazo. Nuestras caras están a solo unos centímetros de distancia y es fácil presuponer que estábamos a punto de besarnos.

—Pero ¿qué coño…? —mascullo.

—Por favor, dime que no es lo que parece —me pide Cole, con voz tensa—. Porque te habrás dado cuenta de que el hermano del embajador forma parte del Comité de Planificación y Desarrollo de Londres, ¿verdad? Si lo cabreas, nuestros próximos proyectos de desarrollo en Londres podrían enfrentarse a un sinfín de retrasos innecesarios.

Haciendo caso omiso de la tensión que siento en la espalda ante su falta de confianza en mí, sacudo la cabeza.

—No es lo que parece.

—Entonces, ¿qué coño es? —pregunta Roman.

Me paso la mano por la cara.

—Esto fue en la exposición de arte británico del MET la semana pasada. A la que insististe en que asistiera. Solo estábamos hablando. Me dijo que tenía información sobre uno de los grupos de empresas inmobiliarias europeas que está buscando vender algunas de sus propiedades. Cuando le pedí detalles, me dijo que prefería que nadie supiera que había sido ella quien me había dado la información, así que se echó hacia delante y me lo susurró al oído. Fue completamente inocente, joder.

—No lo parece. —La frustración tiñe el tono de Roman—. Sobre todo teniendo en cuenta tu reputación.

Entrecierro los ojos, y la tensión se transforma algo mucho peor.

—¿Mi reputación? ¿Te refieres a esa que todo el mundo me echa en cara, a pesar de que me he pasado un montón de tiempo demostrando que ya no soy así?

—¿No lo eres? —pregunta—. Entonces, no te importará decirnos adónde fuiste hace dos fines de semana, cuando desapareciste de la gala en la que deberías haber estado, ¿verdad? —Me fulmina con la mirada.

Inspiro hondo por la nariz y me concentro en mantener la compostura.

—Me aburrí y me fui. He asistido a todos y cada uno de los eventos a los que me has hecho ir en los últimos meses, así que perdóname por querer acostarme temprano por una vez.

—¿Y me estás diciendo que esa noche no acabó contigo metiéndosela hasta el fondo a una mujer?

Reprimo la sonrisa de oreja a oreja que amenaza con extenderse por mi rostro para que no sospeche.

—Te lo juro por mi vida, no me acosté con nadie esa noche.

Me examina con el ceño fruncido, y yo no aparto la vista. No le estoy mintiendo, aunque tampoco pienso darle todos los detalles de lo que estaba haciendo. Además, tampoco es como si tuviera planeado lo que pasó con Violet cuando me fui de la gala.

Suelta el aire con brusquedad y se pellizca el puente de la nariz.

—Lo siento. Sé que has dado un paso al frente y has asumido tus responsabilidades en lo que respecta a esos eventos. Pero, por desgracia, necesitas algo más que unos pocos meses de discreción para reparar una reputación que has tardado años en labrarte. La prensa sensacionalista no va a olvidarlo tan fácilmente.

Ahora sí que me siento un poco mal. Esta es la primera vez en años que se ha disculpado. Joder, la última vez que lo hizo debió de ser cuando éramos niños. Y lo peor es que tiene razón. Esto es culpa mía. He pasado demasiados años demasiado enfrascado en mis propios problemas como para preocuparme por lo que se publicara sobre mí y ahora me está estallando en las manos.

—Mañana conseguiremos que publiquen una rectificación —digo—. Estoy seguro de que ella también refutará esas acusaciones.

Pero Roman niega con la cabeza.

—Los abogados ya están en ello. Pero no estoy convencido de que eso vaya a ser suficiente. Podemos responder, y ella también, pero la prensa sensacionalista seguirá persiguiéndote porque te ven como un blanco fácil: eres el comodín de King Group. Y no podemos permitirnos seguir apagando fuegos a nuestro alrededor, y menos después de lo que ha pasado con nuestro padre.

Me invade una oleada de frustración.

—No puedo hacer nada respecto a lo que decidan publicar.

—Creo que sí hay algo que puedes hacer.

Con cada palabra de mi hermano, mi temor se intensifica.

—¿Qué me estás sugiriendo?

—Necesitas una coartada. —Arqueo las cejas y espero a que me lo aclare—.

Una novia —aclara—. Tienes que buscarte una novia.

Me echo a reír. No puede hablar en serio. Después de lo que pasó con Cole, cualquiera diría que ha aprendido la lección.

—Gracias, pero paso. Tus servicios de casamentero no han recibido precisamente críticas entusiastas.

Tensa la mandíbula y algo parecido al arrepentimiento le atraviesa el rostro. Sin embargo, no se echa atrás.

—Esto no es hacer de casamentero; es controlar los daños. Eres el jefe de marketing y sabes muy ben que esta clase de historias crece como una bola de nieve. No podemos permitirnos perder la confianza de los inversores otra vez.

—Y como jefe de marketing, puedo idear otra forma de gestionar el asunto si es necesario. ¿Pero una novia falsa? Vamos, no puedes pensar de verdad que necesito hacer algo así.

—Normalmente, no estaría de acuerdo con Roman… —interviene Cole. Lo miro con el ceño fruncido. Traidor. Las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba, como si pudiera leerme la mente—. Pero esa podría ser una buena solución, Tate. Lo último que necesita King Group son más escándalos tan pronto, después de la condena de papá. Ni siquiera escándalos falsos. Si los tabloides te ven del brazo de una mujer durante unos meses, con suerte se aburrirán y centrarán su atención en otra parte. Cuando rompáis, habrás demostrado que ya no eres el mayor *playboy* de Nueva York. Y tampoco es que tengas que hacer nada con ella, sea quien sea, aparte de salir juntos en público y fingir que solo tienes ojos para ella.

Maldita sea. Tiene razón. Una novia es lo último que quiero o necesito. Pero, aparte de mi error con Violet, he estado haciendo todo lo posible por no meterme en líos de todos modos. ¿De verdad me haría tanto daño fingir que tengo pareja durante unos meses? No solo me ayudaría a demostrar que me tomo King Group tan en serio como mis hermanos, sino que también contribuiría a deshacerme por fin de mi reputación. Con nuestra atención puesta actualmente en Genesis-1, lo último que necesita King Group son informes inventados sobre mis travesuras que eclipsen uno de nuestros proyectos más significativos.

Roman carraspea.

—No voy a obligarte —dice, desviando la mirada hacia Cole durante una fracción de segundo antes de volver a concentrarse en mí—, pero si conseguimos encontrar a una mujer que se sume a este plan, nadie saldrá

herido y con suerte, los tabloides te dejarán en paz. Una vez que todo se haya calmado, la mujer con la que decidas hacer esto y tú podréis seguir caminos separados.

—Claro —digo, pero he dejado de escuchar, porque un detalle de mi anterior línea de pensamiento se me ha quedado grabado en la cabeza.

—¿En quién estamos pensando? —Cole se desliza hasta el borde de su silla —. ¿En una actriz?

Roman se pasa una mano por la cara.

—Eso se parecerá demasiado a un montaje, aunque una modelo podría servir. Sea quien sea, tendrá que conformarse con el dinero y la atención que vendrá con ello y firmar un acuerdo de confidencialidad para guardar silencio sobre todo el asunto.

Mis hermanos siguen discutiendo el tema, pero yo estoy demasiado ocupado dándole vueltas a una idea en mi cabeza como para aportar nada. Una idea que debería haber descartado en el instante en que se me ha ocurrido. Pero no puedo. Porque, según Mark, Violet necesita dinero para True Brew. Y yo no le caigo nada bien, y ahora menos que antes, así que no hay riesgo de que se encariñe conmigo. Podría vendérselo como el acuerdo comercial que es. Un escenario en el que yo puedo eludir cualquier escándalo futuro, y ella, obtener el impulso financiero que necesita su cafetería. Todo lo que debe hacer es fingir que está loca por mí durante unos meses. Esa idea me provoca una sonrisa; pensar en ver cómo lo intenta me atrae de una forma muy inadecuada.

—Haremos que nuestro equipo jurídico redacte un contrato —dice Cole—. Asegúrate de que los términos sean claros para que no haya malentendidos.

—Sí —murmuro distraídamente, con la mente aún puesta en los pormenores de cómo conseguir que Violet acepte el acuerdo.

—¿Tienes a alguien en mente? —pregunta Cole, entrecerrando los ojos ante mi evidente preocupación.

Vuelvo a centrar mi atención en él.

—Quizá.

—Genial. —Roman se levanta de detrás de su escritorio y se abrocha la chaqueta—. Tengo una reunión con los abogados dentro de diez minutos para discutir la retirada del artículo. —Me mira fijamente—. Sea quien sea en quien estés pensando, asegúrate de que se comprometa por completo. Y envía sus datos al equipo legal lo antes posible.

Asiento, y se me ocurre otra idea. Si Violet acepta esto —y es un enorme

«sí»—, no va a haber forma de evitar que Mark se entere porque, al fin y al cabo, es miembro de nuestro equipo legal. Y él mismo lo admite: es sobreprotector con su hermana. Así que existe la posibilidad de que se oponga radicalmente a la propuesta. Pero ya me enfrentaré a ello cuando llegue el momento. Primero, tengo que conseguir que ella acepte el plan.

Y no creo que vaya a ser fácil.

13

VIOLET

—Aj. —Me darían ganas de darle una patada a la estúpida cafetera si no fuera porque me haría daño en el pie y porque está sobre la encimera, lo que significa que probablemente me caería de culo si lo intentara.

Jarrod se acerca a mí y se cruza de brazos.

—No sé cuánto tiempo más podré mantenerla en marcha.

Pongo los brazos en jarras y suelto un suspiro.

—Lo sé.

Esta noche volveré a revisar las cuentas, a ver de dónde puedo sacar algo de dinero. Una máquina de café expreso profesional cuesta miles de dólares, pero quizá pueda encontrar una de segunda mano por algo menos.

—Puedo aportar algo. Tengo algunos ahorros —ofrece.

Esbozo una sonrisa cansada pero sincera.

—Gracias, Jarrod. Es muy amable por tu parte. Pero ya me las arreglaré. —Lo último que quiero es que arriesgue su dinero en lo que bien podría ser un barco que se hunde. Aunque solo pensar en que eso sea así me provoca una sensación de vacío en el pecho.

Abre la boca como si fuera a protestar, pero en ese momento suena el timbre de la puerta, lo que indica que tenemos un cliente.

—Si vas tú a atender, intentaré que funcione un poco más —dice.

Le doy una palmadita en el antebrazo.

—¿Qué haría yo sin ti?

Me guiña un ojo y yo le dedico una sonrisa, y me vuelvo hacia la persona que acaba de entrar. La sonrisa se desvanece, junto con mi buen humor, al darme cuenta de quién es el cliente.

La sonrisa de Tate no hace más que ampliarse —supongo que al darse cuenta de mi consternación—. Mientras se acerca a mí con aire despreocupado, con un traje impecablemente cortado y los ojos brillantes, me resulta casi imposible ignorar lo atractivo que es. Por molesto que sea, tengo

que admitir que una mirada como esa de Tate King haría que a la mayoría de las mujeres les temblaran las piernas, pero teniendo en cuenta lo que sé de él y lo que él sabe ahora de mí, mis piernas se mantienen firmes.

Más o menos.

Me paso las manos por los muslos, enfundados en vaqueros, y me encuentro con él en la barra.

—Tate.

Su sonrisa se hace aún más amplia ante mi tono seco. Como si de verdad le gustara. Eso me molesta. Él me molesta.

—Violet.

Miro por encima del hombro, hacia Jarrod, y luego me vuelvo hacia Tate y bajo la voz.

—No esperaba verte. —El «otra vez» se sobreentiende.

Se apoya con indiferencia contra la barra, evaluando la cafetería vacía de con un aire un poco demasiado perspicaz.

—¿Un día ajetreado?

Rechino los dientes y trato de apagar la irritación que se enciende en mi pecho ante esa simple frase.

—Pronto se animará.

—Hasta entonces, ¿tienes tiempo para tomarte un café conmigo?

Frunzo el ceño.

—¿Contigo?

—Sí, conmigo. —Se ríe entre dientes—. Tenemos que hablar.

Suelto un suspiro y me cruzo de brazos.

—No alcanzo a imaginar de qué tendríamos que hablar tú y yo.

—Ahí es donde te equivocas. Hay mucho de qué hablar.

Si cree que tengo algún interés en volver a sacar a relucir lo que pasó el viernes por la noche —o el anterior—, sobre todo aquí, está muy equivocado.

—No creo que…

—Violet. —Su voz es grave, y esos ojos marrón dorado, injustamente hermosos, me traspasan y envían una descarga de adrenalina por mis venas—. Deja de discutir conmigo y dedícame unos minutos de tu tiempo.

Trago saliva. Por un momento, me transporto a aquella primera noche en el Onyx, a la forma en que me miró cuando me dijo que iba a hacer que me corriera tan fuerte que iba a sentirlo durante días. Lo más terrible es que así fue. Todavía lo revivo una y otra vez; el recuerdo de lo bien que me hizo sentir

solo con sus dedos me ha perseguido desde aquella noche y más aún después de descubrir que él era el hombre de la máscara de diablo. Aborrezco saber que, antes de descubrir quién era, me corrí recordando cómo me había tocado. Y aborrezco aún más haber tenido que obligarme a no fantasear con ello de nuevo en los días posteriores.

Siento la piel caliente y le rezo a Dios para que Tate no se dé cuenta de adónde se han ido mis pensamientos. Pero, al parecer, mi curiosidad por saber de qué podría querer hablarme es más fuerte que mi vergüenza. Suspiro y me vuelvo hacia Jarrod, y veo que ya nos está mirando con expresión inquisitiva.

—¿Podrías hacer dos cafés y llevárnoslos a una mesa?

Me dedica una sonrisa.

—Claro, jefa.

Cuando vuelvo a mirar a Tate, está concentrado en Jarrod. No consigo descifrar su expresión, pero un momento después, su atención vuelve a mí. Me señala el fondo de la cafetería, y yo rodeo la barra y lo sigo hasta una mesa que hay en la esquina.

Cuando llegamos, me sorprende al apartarme la silla. Me siento, balbuceando un «Gracias» y él esboza una sonrisa divertida y se sienta en la de enfrente.

—¿Por qué estás aquí? —pregunto. Prefiero no alargar esto más de lo necesario.

En lugar de responder de inmediato, se limita a recostarse en la silla y a estirar sus largas piernas bajo la mesa. Aparto las mías cuando él las roza.

—Tengo una propuesta que hacerte —dice.

Frunzo el ceño y arrugo la nariz.

—¿Qué clase de propuesta?

—Una que será beneficiosa para los dos.

Teniendo en cuenta lo diferentes que son nuestros mundos —lo diferentes que somos—, me cuesta creer que pueda hacerme una propuesta que nos beneficie a los dos. Aun así, ha despertado mi curiosidad.

—Vale, ¿ de qué se trata?

En lugar de soltar los detalles, se queda callado y mira por encima de mi hombro. Un momento después, aparece Jarrod con dos tazas de café, que deja frente a nosotros y, después de que le demos las gracias, me dedica una sonrisa, le hace un gesto con la cabeza a Tate y regresa tras la barra.

Cuando está lo bastante lejos como para no poder oírnos, Tate vuelve a hablar.

—Necesito tu ayuda con un problema. Y, a cambio, puedo ayudarte con tu negocio.

Me estremezco. ¿Es tan obvio que estoy pasando por un mal momento?

—¿Por qué crees que necesito tu ayuda?

Arquea las cejas y echa un vistazo a su alrededor, llamando la atención sobre el vacío que ocupa lo que debería ser el bullicio de los clientes.

—¿No lo ves?

—Es que ahora mismo hay poco movimiento.

—Ya he venido dos veces y las dos veces estaba tranquilo.

Me muevo en mi asiento y aferro con fuerza la taza.

—Estoy esforzándome mucho para que todo vuelva a la normalidad.

—Y yo puedo ayudarte a hacerlo mucho más rápido y de forma más eficiente que si sigues intentándolo por tu cuenta.

Esquivo la mirada demasiado perspicaz de Tate.

—No necesito una limosna.

—No es una limosna. Es un acuerdo comercial.

No debería hacerle caso. Debería decirle que disfrute su café y luego irme a la trastienda a ver de dónde puedo sacar dinero para comprar una nueva máquina de café. Lo que ocurre es que me da un miedo terrible que no haya dinero en ningún sitio. Nuestro contrato con José no es barato, y hace muy poco que he podido volver a servir el café que él solía suministrarnos: el café de calidad en torno al cual mi padre construyó este local. Cuento con que eso atraiga de nuevo a la gente, pero, si tengo que cancelar el contrato, José no me dará otra oportunidad. Y tampoco sería justo esperar que lo hiciera.

Aparte del contrato con él, el presupuesto de la cafetería no me deja margen de maniobra. Recortar gastos en cualquier otro sitio es imposible. Un acuerdo comercial con Tate tiene que ser mejor que admitir la derrota y arriesgarme a pedir un préstamo o perder el local.

—De acuerdo. ¿En qué consiste ese acuerdo?

Una leve sonrisa se dibuja en sus labios.

—Necesito que finjas tener una relación conmigo.

Enarco una ceja y espero a que se ría y me diga lo que quiere de verdad, pero él se limita a darle un sorbo a su café, con toda su atención puesta en mí. Finalmente, me doy cuenta de que no va a reírse.

—No puedes estar hablando en serio…

—Por supuesto que sí. Quiero que finjas ser mi novia durante unos meses.

—Su sonrisa se amplía—. Ten en cuenta que eres la primera mujer a la que le he pedido que salga conmigo, así que no me rompas el corazón diciendo que no, mariposa.

Está bromeando. Tiene que ser eso. Porque lo que me está pidiendo no tiene sentido. Pero aun así, la forma en que ha dicho *«Mariposa»,* con el mismo tono grave que aquella primera noche en el Onyx me provoca un cosquilleo en el vientre.

Si fuera lista, me levantaría y me iría. En cambio, le hago la única pregunta que me corroe por dentro.

—¿Por qué leches necesitas una novia falsa?

Se pasa la mano por la barbilla.

—La prensa sensacionalista ha publicado unas cuantas cosas sobre mí que pueden acabar perjudicando al King Group.

¿Por qué no me sorprende? Al fin y al cabo, estoy tratando con Tate. Debería haber sabido que sería algo así.

—No me digas que te has acostado con quien no debías… —Mi mente se remonta a la primera vez que lo conocí—. O con dos «alguien».

Sorprendentemente, la diversión casi constante de su mirada se desvanece.

—No me he acostado «con dos alguien». Ni siquiera con uno. Se trata de unas fotos sacadas de contexto. Por desgracia, la prensa sensacionalista es implacable, y tenemos que controlar la narrativa antes de que afecte negativamente a la empresa.

Mi cerebro se pone en marcha.

—¿Y crees que una novia falsa convencerá de alguna manera al mundo de que ahora eres un tío responsable y comprometido? —Asiente, con los ojos aún clavados en mí. Es desconcertante, pero siempre me ha resultado un poco demasiado desconcertante para mi gusto ser el centro de la atención de Tate —. ¿Por qué yo? Debe de haber montones de mujeres que estarían más que interesadas en salir contigo.

—Porque no necesito una novia de verdad. Necesito una novia falsa. Una mujer con la que ya tenga una conexión, para que no parezca que ha salido de la nada. Una mujer para quien esto sea una simple transacción comercial. —Arquea una ceja, y vuelve a mostrarse divertido—. Quizá una mujer a la que ni siquiera le guste para que no se enamore de mí.

Arrugo la nariz.

—¿Porque eres un tipo tan increíble que cualquier mujer se enamoraría de ti

si pasara más de una noche a tu lado?

Se ríe, sin inmutarse en absoluto por mi tono.

—Algo así.

Solo por seguir aquí sentada debería cuestionarme mi cordura. Fingir que salgo con Tate es una idea terrible. Pero puedo ver la lógica que subyace en ella. Más o menos.

—¿Cuánto tiempo crees que llevará controlar la narrativa?

Se encoge de hombros.

—Es difícil de decir. Un par de meses. Quizá más. Podríamos añadir una prórroga al contrato si fuera necesario.

Un contrato. Claro. Y aún tengo que descubrir qué implica la otra parte de este acuerdo.

—Explícame qué obtendría yo por fingir que estoy loca durante al menos dos meses.

Su boca se contrae como si estuviera esforzándose por contener una sonrisa.

—¿Loca?

—¿De qué otra forma describirías a alguien que pudiera enamorarse de tu…? —Muevo el dedo arriba y abajo en su dirección.

—¿Encanto? ¿Belleza? ¿Destreza sexual? —sugiere él.

Ladeo la cabeza y le dedico una dulce sonrisa.

—Tu ego desmesurado. —Él echa la cabeza hacia atrás y se ríe, y me resulta imposible dejar de mirar la fuerte columna de su cuello. Los recuerdos de haber tenido mis labios ahí mientras me retorcía en su regazo se abren paso en mi mente. Cierro los ojos con fuerza y trato de ahuyentarlos. Aun así, me arden las mejillas y la excitación se enrosca en lo más profundo de mi vientre. Cuando vuelvo a centrarme en Tate, ya no se está riendo. Su mirada es ardiente, intensa y está centrada por completo en mí.

¿De qué color tengo la cara ahora mismo? ¿Sabrá por qué?

—Por fingir que no te cansas de mi enorme… ego —vuelve a esbozar esa sonrisa burlona y yo pongo los ojos en blanco—, te daré cincuenta mil dólares. —Se me paraliza el corazón y luego se acelera a toda marcha. Antes de que pueda abrir la boca para responder, su siguiente frase me deja sin palabras—. Al mes.

Me desplomo en la silla, con el pulso tan acelerado que siento un poco mareada. Cien mil dólares como mínimo. Más si la relación falsa se prolonga durante más de dos meses. Eso me cambiaría la vida. Podría reinvertirlo todo

en True Brew. Comprar equipo nuevo, contratar más personal, dejar el local como debe estar.

Parece demasiado bueno para ser verdad.

Una leve sospecha me hace sentarme erguida de nuevo. Aprieto el puño con fuerza.

—Mark no está detrás de esto, ¿verdad? —Sé que le gustaría ayudar, pero independientemente de lo bien que le pague King Group, me niego a fundirme sus ahorros en caso de que no consiga que esto funcione.

A Tate se le arrugan las comisuras de los ojos, como si estuviera reprimiendo una sonrisa.

—Si crees que él te sugeriría de buena gana que salieras conmigo, fuera de verdad o no, es que no conoces muy bien a tu hermano.

A regañadientes, se me escapa una risita.

—Tienes razón. No sé en qué estaría pensando.

—¿Sabes que me advirtió que me mantuviera alejado de ti incluso antes de que nos conociéramos?

—¿En serio?

—Me sentó y me dio una charla muy seria sobre cómo su hermanita era algo prohibido.

Una sensación de calidez me invade y no puedo evitar sonreír.

—Eso suena muy propio de él. Lo cual me lleva a preguntarme cómo va a reaccionar a este acuerdo.

Tate se echa hacia delante, escrutando mi rostro.

—¿Eso significa que aceptas?

—Yo… —Echo un vistazo a la tranquila cafetería y recuerdo cómo era hace unos pocos años, cuando mi padre todavía estaba con nosotros. Por aquel entonces rebosaba energía y animada por el murmullo de un montón de clientes felices. Vuelvo a mirar a Tate.

—Tengo mis condiciones…

La sonrisa lobuna que se dibuja en su rostro hace que el cosquilleo en mi vientre se acentúe.

¿En qué me estoy metiendo?

14

TATE

Regreso a mi despacho tras mi reunión sorprendentemente exitosa con Violet. Ahora que ella ha aceptado seguir adelante con este plan, necesito hablar con Mark. Al principio, quería ser ella quien informara a su hermano sobre el acuerdo, pero la he convencido de que me dejara a mí hablar con él. Teniendo en cuenta lo mal que le caigo, no creo que hubiera sabido cómo venderle la idea.

Tampoco es probable que Mark se lo tome muy bien viniendo de mí, aunque la relación sea completamente falsa. No bromeaba cuando le he contado que él me había advertido de que me alejara de ella incluso antes de que nos conociéramos, pero yo no pensaba liarme con la hermana de un amigo, y menos cuando en aquella época tenía toda una universidad llena de chicas con las que divertirme. Aun así Mark no quería correr ningún riesgo, y eso es algo que puedo respetar.

No soy propenso a la procrastinación cuando se trata de situaciones desagradables, así que cuando regreso al King Group, subo directamente a la planta de asuntos legales y me dirijo a la oficina de Mark.

Está hablando por teléfono, pero cuando entro da por terminada la conversación. Tras colgar, se recuesta en su silla con una sonrisa.

—Dos visitas en dos semanas. ¿Qué he hecho para merecerme esta suerte?

No va a tardar mucho en no sentirse tan afortunado. Acerco una silla frente a su escritorio.

—Necesito que me redactes un contrato.

Asiente, se endereza, coge un bolígrafo y un bloc de notas.

—De acuerdo. ¿Para qué va a ser el contrato?

—Para regular una relación.

Levanta la vista del bloc con las cejas arqueadas.

—¿Una relación? ¿Como un acuerdo de confidencialidad? ¿Desde cuándo sales con alguien?

—No salgo con nadie. Es solo un tema de relaciones públicas.

—¿Se debe a esa foto tuya con Serena Worthington? Tu hermano se reunió con el asesor jurídico esta mañana para hablar de ello.

—Es por eso y por todas las demás tonterías que se publican sobre mí.

Su sonrisa es un poco demasiado amplia.

—Tengo que decir que nunca pensé que optarías por la vía de la novia falsa.

Resoplo.

—Yo tampoco. Supongo que Roman es más convincente de lo que creía.

—Bueno —dice con tono perezoso, disfrutando muy a las claras de la situación—. Estoy deseando ver cómo te va. —Vuelve a bajar la vista hacia su bloc de notas—. Vale, ¿qué condiciones tienes en mente? —Le expongo lo que ya he discutido con Violet, y él anota los detalles en su libreta, haciendo sugerencias propias aquí y allá. Se le forma un pliegue entre las cejas cuando le digo el importe del pago, pero no hace ningún comentario—. De acuerdo —dice al acabar—. Redactaré un borrador y te lo enviaré para que lo revises. Una vez que estés satisfecho con él y hayas encontrado a la mujer, podremos formalizarlo.

Carraspeo y me enderezo un poco.

—Ya sé quién va a ser.

La sorpresa se refleja en su rostro y vuelve a coger el bolígrafo.

—Eres rápido. ¿Quién es la afortunada?

—Violet.

Anota el nombre en su bloc.

—¿Apellido?

Casi me echo a reír. Ni siquiera ha pestañeado. Está convencido de que no hablo de su hermana.

—Sinclair.

Levanta la cabeza de golpe.

—¿Qué?

—Tu hermana.

Deja caer el bolígrafo sobre el escritorio.

—No.

Me echo hacia delante, sin apartar la mirada de sus ojos.

—¿Por qué no? Esto es una cuestión de negocios estrictamente, y ya sabes que el acuerdo la beneficiará.

—Porque es mi hermana, Tate. Y tú eres… tú.

Controlo mi expresión para que no vea cuánto me han afectado sus palabras.

—Y ella es una mujer adulta que está tomando una decisión empresarial inteligente. No tengo ninguna intención de fastidiarla, independientemente de lo que al parecer piensas de mí.

Mark hace una mueca.

—No quería decir eso. Sé que no le harías daño a propósito. Pero ya sabes lo encantador que eres cuando quieres. Las mujeres no pueden resistirse a ti. Y ni siquiera puedes controlarlo: eres así y ya. ¿Y si se enamora de ti? Hace como un año que no sale con nadie, y tengo la sensación de que su última relación no terminó muy bien. —Frunce el ceño por un momento, luego niega con la cabeza y continúa—: Dejarse llevar por la emoción y el *glamour* de salir con Tate King podría ser demasiado para ella.

No puedo evitar esbozar una sonrisa burlona.

—Creo que subestimas a tu hermana y lo poco encantador que le parezco.

Mark sigue frunciendo el ceño.

—¿Y qué hay de la exposición pública? No está acostumbrada a ese tipo de escrutinio. Podría sentirse incómoda.

A mí tampoco me gusta demasiado esa posibilidad.

—Entiendo tus preocupaciones, y haré todo lo posible para asegurarme de que los medios no se pasen de la raya. Mantendremos la relación en un segundo plano. Mi esperanza es que parezca un romance secreto en curso que acaba de salir a la luz. Una relación que quiero esconderle a la prensa.

—¿Serás capaz de fingir algo así? ¿Cuánto tiempo hace que no estás con una mujer? Tienes que saber que si alguien se presenta ante los medios y dice que estuvo contigo después de que supuestamente comenzara la relación, eso perjudicaría a Violet.

Me resisto a decir que la última mujer con la que tuve relaciones fue Violet. Lo último que necesita es conocer ese detallito insignificante. Y entiendo sus preocupaciones, aunque me resulten molestas.

—Hace meses que no estoy con una mujer. —Tanto si alguien más está dispuesto a reconocerlo como si no, llevo bastante tiempo trabajando para limpiar mi reputación. Me estiro la corbata—. Haré todo lo que esté en mi mano para asegurarme de que Violet no sufra daño alguno y la compensaré generosamente por su tiempo y su esfuerzo. He hablado con ella, y está de acuerdo con todo esto. Y con el debido respeto, Mark —me echo hacia delante y lo clavo con todo el peso de mi mirada—, estoy pasando por esto

por cortesía hacia ti y porque eres mi amigo. Pero la decisión final le corresponde a tu hermana. La razón por la que quiero que redactes el contrato es porque sé que velarás por sus intereses y te asegurarás de que sea justo para ella. Pero si no quieres encargarte de ello, lo hará uno de nuestros otros abogados.

Entrecierra los ojos y, durante un largo y prolongado instante, la tensión entre nosotros es palpable. Probablemente esté siendo un idiota por forzar el tema con uno de mis pocos amigos de verdad, pero, de entre todas las personas con las que trato, no confío en casi ninguna más allá de lo superficial. Mark es uno de los pocos en los que sí confío.

Por fin, desvía la mirada y vuelve a coger el bolígrafo. Cuando me mira a los ojos de nuevo, los suyos brillan con preocupación.

—Tienes razón. Debería tener más fe en ti. Y Violet es una mujer adulta. Puede tomar esta decisión por sí misma. Pero me preocupa. Se ha vuelto muy reservada después de lo de nuestro padre, y solo me ha vuelto a parecer ella misma desde que se mudó a Nueva York para llevar la cafetería. No quiero que nada ponga eso en peligro. —Suspira—. Así que… cuida de ella, ¿vale? Es lo único que te pido. —Asiento. Tampoco es que esté precisamente entusiasmado, pero al menos está de acuerdo—. Una última cosa —dice Mark —. ¿Cuál es el plan de fuga?

—¿El plan de fuga? —repito, pero entonces caigo en la cuenta. ¿Cómo saldremos de la relación cuando llegue el momento? Tendrá que ser de una forma que no provoque más escándalo y que no nos haga parecer el malo de la película a ninguno de los dos, y menos a Violet. Echo la cabeza hacia atrás y repaso mentalmente los posibles escenarios—. Podemos decir que nos conocemos desde hace años y que, tras volver a conectar y pasar tiempo juntos, hemos decidido que es mejor que sigamos siendo solo amigos. Podemos dejarnos ver juntos de forma amistosa unas cuantas veces después de que la ruptura sea oficial, para dejar claro que nadie ha tenido la culpa. Y ya está. Listo. Violet sigue su camino y yo el mío.

—Suena creíble. —Mark se rasca la barbilla, frunce el ceño y luego asiente con decisión—. De acuerdo, voy a redactar un borrador. Llamaré a Violet, me aseguraré de tener en cuenta todas sus inquietudes y te lo enviaré cuando haya terminado.

Me levanto y me arreglo la chaqueta.

—Incluye en el contrato todo lo que ella necesite. Su tranquilidad es la

prioridad. Me adaptaré a sus condiciones.

Me observa, con las manos entrelazadas sobre el escritorio.

—Tendrá que poder contárselo a su mejor amiga, Anna. No es justo pedirle que mienta, y puede que necesite su apoyo.

Lo considero solo un segundo.

—Inclúyelo en el acuerdo de confidencialidad.

Los hombros de Mark se relajan casi imperceptiblemente, como si hubiera superado una prueba.

—De acuerdo. —Justo antes de que salga por la puerta, me llama—. Cuida de ella, Tate. Es la única familia que me queda.

Lo único que puedo hacer es asentir. Y mientras me dirijo hacia los ascensores, me convenzo a mí mismo de que todas las razones que tengo para convertir a Violet en mi cómplice en esto son lógicas y no tienen nada que ver con el recuerdo de sus labios en mi cuello mientras se corría con mis dedos.

15

VIOLET

Mark me pasa el contrato por encima de la mesa de madera pulida.

Le doy un sorbo al agua que me ha traído su ayudante y el hielo tintinea contra el vaso por culpa del ligero temblor de mi mano. Desde que acepté la propuesta de Tate, el proceso ha avanzado a toda prisa. Hace dos días recibí una tensa llamada de mi hermano en la que me expuso sus preocupaciones, y yo le aseguré que sabía lo que hacía. Esta mañana me han convocado en el King Plaza, el edificio sede del Grupo King en Manhattan.

El rascacielos es intimidante, desde su vestíbulo con suelo de mármol hasta el ascensor que me ha llevado a la planta cincuenta y tres, impresionantemente silencioso y rápido. La enorme sala de conferencias tiene unas vistas increíbles de la ciudad de Nueva York; nunca había visitado a Mark en el trabajo; nunca había tenido un motivo. Ni ganas, la verdad. No sabía que trabajaba para su compañero de habitación de la universidad, para ese tipo tan molesto y arrogante. Es un poco irónico. O quizá esa no sea la palabra adecuada. La verdad es que no tengo ni idea.

Refreno mis pensamientos dispersos y me obligo a centrarme en el contrato que tengo delante.

—Tómate tu tiempo —dice Mark—. Estoy aquí para responder a cualquier pregunta que tengas.

Le echo un vistazo a la gran sala vacía.

—¿Tate no debería estar aquí?

En cuanto las palabras salen de mi boca, desearía poder retirarlas. Por supuesto que no hace falta que esté aquí para esto. Y a mí no me importa si está o no. Pronto tendré que verlo mucho más de lo que jamás había planeado… o deseado. De todos modos, tampoco es como si su presencia fuera a tranquilizarme. Mark está conmigo, y él es todo el apoyo que necesito. Y, sin embargo, siento una opresión en el pecho que parece ser algo más que simple nerviosismo.

Mark mira la hora.

—Está en una reunión de accionistas con sus hermanos. Me ha dicho que intentaría pasarse por aquí.

Asiento, vuelvo a centrarme en el contrato y me pongo a leerlo. No estoy familiarizada con parte de la terminología jurídica, pero hay algunas cosas que me llaman la atención.

«La vigencia del presente acuerdo se extenderá por un período no inferior a dos meses, con una posible prórroga de hasta seis meses, de conformidad con las disposiciones establecidas en la sección 23».

«A cambio de los servicios prestados en virtud del presente acuerdo, la parte contratante recibirá una suma de cincuenta mil dólares al mes, pagaderos el último día en la cuenta designada a tal efecto».

«Ambas partes reconocen el carácter altamente confidencial de este acuerdo».

«La parte contratante se compromete a asistir como acompañante a un mínimo de tres actos públicos al mes, que podrán incluir una combinación de apariciones programadas y espontáneas».

«Ambas partes se abstendrán de entablar cualquier relación sentimental fuera del ámbito del presente acuerdo».

«Si bien la naturaleza de este acuerdo implica una relación romántica ante la opinión pública, ambas partes reconocen que sus interacciones son puramente de cara a la galería y no tienen ninguna intención romántica real. No habrá intimidad física entre las dos partes».

«Cualquier cambio en los términos de este acuerdo deberá ser aceptado por escrito por ambas partes. No se considerarán válidas las modificaciones verbales hasta que…».

Espera un momento…

Echo un vistazo unas líneas más arriba y luego miro a Mark.

—¿Sin intimidad física? ¿Te ha pedido Tate que incluyeras eso?

Se mueve en la silla, con la mandíbula tensa.

—Lo he añadido yo en tu nombre. Tate dijo que incluyera cualquier cosa que te hiciera sentir más cómoda.

Niego con la cabeza. En teoría, no me importa que haya una cláusula restrictiva, ya que lo último que cualquiera de los dos quiere es ir más allá de lo que ya hemos hecho por error, pero había supuesto que tendríamos que actuar como una pareja de verdad en público, al menos hasta cierto punto.

—Si Tate y yo vamos a convencer al mundo de que tenemos una relación, ¿no crees que quizá tengamos que, no sé, besarnos en público en algún

momento?

Mark se echa hacia delante en su silla.

—Nunca has sido la mayor admiradora de Tate, así que no quería que pensaras que le debes nada más que tu presencia a su lado.

—Por cincuenta mil al mes, debería hacer algo más que limitarme a aparecer ante las cámaras. Puede que no sea su mayor admiradora, pero me está pagando por un servicio, y lo mínimo que puedo hacer es que resulte creíble.

Mark aprieta los labios y luego suelta un suspiro.

—¿Quieres que lo cambie?

A mitad de la pregunta, la puerta se abre de par en par y entra Tate, seguido de dos hombres de pelo oscuro tan altos como él.

—¿Qué quieres cambiar? —pregunta, recorriéndome con la mirada con una intensidad que me seca la garganta.

Me estremezco por dentro. Menudo momento. ¿Por qué tenía que entrar justo cuando estábamos discutiendo la cláusula de intimidad física? Mark me mira, con las cejas arqueadas en señal de interrogación, y yo asiento con un suspiro.

Mark coge el contrato y se dirige a Tate.

—Violet quiere que añada los besos como parte del acuerdo.

Se me revuelve el estómago y me quedo boquiabierta. ¿Por qué leches ha tenido que decirlo así?

Una sonrisa irritantemente presumida se dibuja en el apuesto rostro de Tate.

—¿De verdad?

Una oleada de calor me sube desde el pecho hasta la cara.

—Es que he pensado que, de lo contrario, no va a ser realista. Si se supone que estamos saliendo, ¿no tendríamos que…, no sé, fingir, ya sabes…, actuar como si fuéramos…? —Cuanto más nerviosa me pongo, más amplia se hace la sonrisa de Tate. Me freno en seco y lo miro con los ojos entrecerrados—. Pero pensándolo bien, quizá deberíamos dejar la cláusula de no tener contacto físico…

—No, no. —Levanta las manos—. Creo que cambiarlo es una idea excelente. De hecho, quizá deberíamos especificar exactamente cuántos besos deberíamos…

—No creo que eso sea necesario —lo interrumpe Mark con una mirada significativa hacia Tate—. Incluiré una frase del tipo: «La cantidad mínima de intimidad física necesaria para establecer la naturaleza de la relación». Y que

quedará a discreción de Violet.

Tate se ríe entre dientes, y su mirada se cruza con la mía. La curva diabólica de sus labios me provoca una pequeña sacudida, e instantáneamente, mi cabeza se desvía hacia donde no debería: hacia el recuerdo de cómo sentí esos labios contra mis pechos y las fantasías sobre cómo se sentirían en otras partes de mi cuerpo. Aparto a toda prisa esos pensamientos. Estoy segura de que hay muchas mujeres por ahí que podrían decirme exactamente cómo es sentirlos; igual que sentir los de cualquier otro hombre, imagino.

Aunque sus dedos, tan suaves, no se parecían a los de ningún otro hombre…

Dios, ¿por qué no puedo dejar de pensar en aquella noche?

Por suerte, algo me distrae cuando uno de los hombres de pelo oscuro que están detrás de Tate da un paso al frente. Se echa sobre la mesa y me tiende la mano.

—Cole King. Encantado de conocerte, Violet. —Ah. Había dado por hecho que eran más abogados, pero estos deben de ser los hermanos de Tate.

Me levanto y le estrecho la mano.

—Encantada de conocerte yo también.

El segundo hombre me tiende la mano a continuación.

—Roman King.

Los observo a todos cuando se ponen uno al lado del otro frente a mí. Mientras que Cole y Roman tienen el pelo oscuro y los ojos claros, Tate es rubio y tiene los ojos dorados. Los dos son tan guapos como Tate, pero parecen mucho más reservados. Es difícil ver el aire familiar entre ellos.

Los tres hombres toman asiento a la mesa.

—Te agradecemos que hagas esto, Violet —comenta Cole.

—Y yo agradezco la compensación que vais a darme por hacerlo.

Una sonrisa se dibuja en las comisuras de su boca, pero la actitud seria de Roman no se resquebraja. Sus fríos ojos grises me evalúan, aunque es imposible saber si me aprueba o si no estoy a la altura.

Mientras repasamos el resto del contrato, Mark y, a veces, Tate o uno de sus hermanos responden a mis preguntas, y me esfuerzo por controlar la timidez que se va apoderando de mí. Con los tres imponentes hermanos King sentados al otro lado de la mesa, todos centrados en mí, el escrutinio es abrumador. Aparte de la cláusula de intimidad, el acuerdo no necesita muchos cambios. Para mi alivio, incluso han incluido una sección que me da permiso para hablar con Anna sobre toda esta situación. Gracias a Dios, porque puede

que ya se me haya escapado algo.

Lo que más me tranquiliza es que Mark haya redactado el contrato. Es imposible que me traicione, aunque trabaje para el Grupo King.

Entonces me surge una pregunta. ¿Tate ha hecho que Mark se encargara de esto para que yo me sintiera más segura?

Alzo la vista hacia él, solo para descubrir que sus ojos ya están clavados en mí. Parece mucho más serio de lo que creo haberlo visto nunca, al menos sin la máscara puesta. Una chispa de comprensión me recorre el cuerpo y rápidamente vuelvo a mirar a Mark, que está recogiendo las páginas del contrato.

—Dadme un minuto para hacer los cambios y podréis firmarlo —dice; se levanta, me sonríe y les hace a los demás un gesto con la cabeza, y desaparece por la puerta.

Cole y Roman también se levantan.

—Ha sido un placer conocerte, Violet —se despide Roman—. Estoy seguro de que te veremos más a menudo en el futuro.

Le sonrío, un poco agobiada.

Mientras Roman sale de la habitación a zancadas, Cole se agacha y le susurra algo al oído a Tate. Los ojos de Tate se encuentran con los míos y niega con la cabeza, aunque una pequeña sonrisa se dibuja en las comisuras de su boca. Cole se endereza y le da una palmada en la espalda a Tate, luego me hace un último gesto con la cabeza antes de que la puerta se cierre tras él.

Y de repente, Tate y yo nos quedamos solos.

—¿Estás preparada para esto? —pregunta, con voz grave—. En el momento en que firmes ese contrato, te convertirás en mi novia.

Siento un levísimo cosquilleo en el estómago.

—Tu novia falsa.

Él asiente, pero una sonrisa vuelve a aparecer en su rostro.

—¿Qué tal son tus dotes interpretativas?

—¿No es un poco tarde para hacer esa pregunta?

—Probablemente. —Se recuesta en la silla—. Esperemos que seas capaz de fingir que te gusta besarme, ya que fuiste tú quien insistió en incluirlo en el contrato.

Una irritación demasiado familiar me recorre el cuerpo. Uf, ¿por qué tiene que ser tan engreído?

—Creo que puedo fingir que me gustas durante unos segundos de vez en

cuando.

—Ah, ¿sí?

La forma en que arquea una ceja me hace enderezar los hombros y alzar la barbilla.

—Sí.

Se levanta de repente y rodea el escritorio. Giro en mi silla y sigo su movimiento, y el cosquilleo en mi vientre sea acentúa. ¿Qué está haciendo?

Se detiene a treinta centímetros de mí.

—¿Te apetece poner esa afirmación a prueba?

El corazón se me pone a latir con fuerza en el pecho.

—¿A qué te refieres?

Se agacha, me agarra de la mano y me ayuda a levantarme.

—Quizá deberías demostrarme que estás a la altura del trabajo antes de que firmemos. Sería lo más inteligente, ¿no ?

Lentamente, me recorre el rostro con la mirada, hasta que por fin se detiene en mis labios. Se le da bien esto de fingir. Si solo tuviera que guiarme por su expresión, podría llegar a pensar que quiere besarme.

—Mark volverá enseguida. —Intento no hacer una mueca al ver que mis palabras apenas han sido un susurro entrecortado.

—Veamos cómo te desenvuelves bajo presión, entonces. —Con una mano grande y cálida rodeándome la nuca, utiliza el pulgar para levantarme la barbilla—. ¿Estás lista?

Cuando me obligo a alzar la vista hacia él, no hay ni rastro de la diversión que esperaba encontrar en su rostro. Sus ojos me atraviesan con un calor que hace que mi temperatura interna se dispare.

Asiento, temblando de la cabeza a los pies. Pero él no se agacha y no me besa: se limita a deslizarme el pulgar por la boca. Y, Dios, ¿por qué parece tan auténtico? No debería. Estamos a unos minutos de firmar el contrato que detalla los términos y condiciones de esta relación. Por no mencionar que Tate es el último hombre al que debería querer besar. Y, sin embargo, cuando baja la cabeza hasta que sus labios se ciernen sobre los míos, y yo inhalo su aroma masculino y limpio, un escalofrío de anticipación me recorre la piel.

—Demuéstrame de lo que eres capaz, mariposa —murmura.

No me lo va a poner fácil. O tal vez quiera que le demuestre que estoy comprometida con este acuerdo. Sea como sea, no voy a echarme atrás ante este reto, y menos sabiendo que True Brew está en juego.

Me pongo de puntillas y deslizo la mano entre los suaves mechones de pelo de su nuca. Se me acelera el pulso y siento una oleada de emoción que me recorre la espalda. Justo cuando estoy acortando la distancia entre nosotros, oímos la voz de Mark, que nos llega desde fuera de la sala.

Me aparto de un salto de Tate y me vuelvo hacia las ventanas que tengo a mi espalda justo cuando la puerta se abre de par en par.

La risa grave de Tate me quema la piel, pero no me atrevo a mirarlo.

—Vale, ya he hecho esos cambios… —Sus palabras se interrumpen bruscamente y me giro en su dirección. Me está mirando con los ojos entrecerrados, que luego entorna aún más al dirigir su atención hacia Tate, que está sospechosamente cerca. Me da demasiado miedo mirar a Tate porque me temo que esta vez sí voy a ver la diversión que antes ocultaba, así que mantengo la vista clavada en algún punto por encima del hombro de Mark, intentando que mi pulso, que sigue acelerado, se calme—. ¿Va todo bien? —pregunta Mark.

—Todo va bien —responde Tate—. Violet me estaba demostrando sus excelentes dotes interpretativas.

Su voz es despreocupada, casi frívola. Probablemente porque en realidad estaba actuando cuando prácticamente me ha retado a que lo besara.

Y ahora el calor en mis mejillas tiene más que ver con la vergüenza que con cualquier otra cosa. Me ha tomado el pelo. Es ridículo, porque fingir que me atrae es justo a lo que me he comprometido, pero no esperaba perder el control en los primeros minutos. Ni siquiera hemos firmado el puñetero contrato todavía.

Cierro los ojos y dejo escapar el aire. A partir de ahora intentaré hacerlo mejor.

Cuando por fin estoy lo bastante tranquila como para mirarlo a Tate a la cara, le echo una ojeada. Tal y como esperaba, se muestra imperturbable. Esa expresión fría y ligeramente divertida que siempre luce en su rostro me resulta aún más irritante de lo habitual.

Aparto la vista. Ahora que sé lo fácil que le resulta entrar y salir de su papel, me aseguraré de mantener las distancias tanto como él.

Mark tiene una pequeña arruga entre las cejas, como si no acabara de creer lo que ha dicho Tate. Y haría bien en no creérselo.

Pero lo tranquilizo de todos modos.

—Solo estábamos resolviendo algunos detalles logísticos para interpretar a

una novia cariñosa. Puede que me cueste hacerlo creíble, pero me las apañaré.

—Estaré encantado de ayudarte a practicar cuando lo necesites —dice Tate. No me vuelvo hacia él ni le hago caso. También ignoro la risita que suelta. Manteniendo la mirada fija al frente, vuelvo a sentarme en mi silla. Mark hace lo mismo. En lugar de rodear la mesa, Tate me sorprende cogiendo la silla que hay a mi lado. Su pierna roza la mía y me aparto—. Más vale que no hagas eso una vez que hayamos firmado —murmura mientras mi hermano está ocupado separando los documentos—. Se supone que estás loca por mí, ¿recuerdas? No queremos ver ningún artículo en la prensa sensacionalista sobre problemas en el paraíso.

Esta vez lo miro con los ojos entrecerrados y las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba. Se lo está pasando bien. Tengo la horrible sensación de que acabo de comprometerme a soportar meses de Tate King divirtiéndose demasiado a mi costa.

Pero si puedo salvar True Brew, todo habrá valido la pena.

Con un suspiro de resignación, aparto la mirada de su rostro demasiado hermoso y cojo el bolígrafo.

—Acabemos con esto de una vez.

16

TATE

—Eso es todo por mi parte. ¿Alguna pregunta? —ofrezco a los presentes. Concluyo mi reunión diaria con el equipo de marketing repasando las pocas cuestiones que plantean y las posibles soluciones. Vamos por buen camino para lanzar la segunda fase del plan de marketing de Genesis-1, y estamos consiguiendo más interés por parte de los compradores a medida que nos acercamos a la primera fase de construcción.

Mi equipo está haciendo horas extras en el proyecto, pero valdrá la pena. El ambiente en la sala es expectante. Este proyecto inmobiliario tiene el potencial de ser un gran éxito para el Grupo King, y todos los presentes lo saben.

Una vez que se han marchado voy al ascensor. Al salir en la última planta, giro a la derecha y me dirijo al despacho de Cole en lugar de ir hacia el mío, que está a la izquierda.

Samson, el asistente personal de Cole, me saluda con un gesto cuando paso por delante de su escritorio. No me molesto en llamar a la puerta: la abro y entro. Samson me habría detenido si Cole no quisiera que lo interrumpieran. Y la única razón por la que a mi hermano le importaría que entrara sin avisar es si Delilah estuviera aquí con él.

Está hablando por teléfono y me hace señas para que me siente. Cuelga un momento después y se endereza en la silla.

—Era la oficina de del Reino Unido —aclara—. Tienen los resultados del estudio de viabilidad y son positivos. Han destacado el creciente interés en Londres por adquirir propiedades de lujo en rascacielos entre compradores profesionales e internacionales de alto poder adquisitivo, en concreto, entre aquellos orientados al lujo y la sostenibilidad. Es una buena noticia para nosotros, ya que es precisamente lo que ofrecemos con Genesis-1. Si nos movemos rápido, podemos acaparar el mercado antes de que nuestros competidores nos alcancen.

—La clave estará en comercializarlo correctamente. —Me pongo un tobillo

sobre la rodilla y me recuesto en el asiento—. Estamos vendiendo un estilo de vida exclusivo, la oportunidad de formar parte de algo revolucionario. ¿Han empezado a buscar posibles ubicaciones? —Cole no responde. Ha cogido su teléfono y lo está mirando fijamente. Arqueo las cejas—. ¿Cole? —lo llamo.

—Sí, lo siento. ¿Qué?

Ladeo la cabeza. Es raro que Cole se desconecte así, y menos durante una charla laboral.

—¿Te preocupa algo?

Se rasca la nuca.

—Lo siento. Es solo que… estoy un poco distraído. —Se hunde en el asiento y tamborilea con los dedos, sobre el brazo de la silla—. Delilah y yo hemos tenido una discusión esta mañana, y me tiene un poco nervioso. —Frunce el ceño—. No me gusta que se enfade conmigo.

Oculto mi sonrisa. Cuesta creer que este sea el hombre que se pasó años siendo frío como un témpano de hielo con todos los que lo rodeaban.

—¿Por qué os habéis peleado?

Coge el bolígrafo y juega con él.

—Me estaba haciendo sugerencias para el nuevo hotel King International. Y yo me he distraído con… algo. —Me echa un vistazo, y luego desvía la mirada rápidamente—. He perdido el hilo de la conversación. Ella me ha acusado de no mostrar interés en sus opiniones, y quizá le haya respondido diciéndole que no me interesaba mezclar negocios y placer en ese momento, y que si quería hablar de negocios, debería concertar una cita en mi despacho.

Se me escapa un suspiro y lo único que puedo hacer es mirarlo fijamente.

—¿Le has dicho a tu prometida de que concertara una cita para hablar contigo?

Cole hace una mueca.

—No pensaba con claridad en ese momento. Llevaba puesto ese vestido escotado… —Me dedica una mirada fulminante, como si fuera culpa mía que estuviera a medio segundo de describir lo que ha tenido el poder de embriagarlo de deseo hasta el punto de decirle a Delilah que concertara una cita para hablar con él sobre trabajo—. Y, para ser sincero —una leve sonrisa se dibuja en sus labios—, me gusta que venga a verme al despacho.

Apuesto a que sí. Miro el escritorio que nos separa, que sin duda ha sido testigo de mucha acción. Probablemente ya lo hayan hecho en todas las superficies de esta oficina. De pronto, al ser consciente de lo que podría haber

ocurrido en la silla en la que estoy sentada o a su alrededor, me echo hacia delante, para que mi cuerpo quede en contacto con el cuero lo más mínimo posible.

—No es la forma más discreta de solicitar un poco de placer vespertino, me imagino.

Su sonrisa burlona desaparece y se pasa una mano por el pelo.

—No le ha hecho mucha gracia.

No puedo evitar que se me escape una risa. Delilah puede ser un encanto la mayor parte del tiempo, pero no se corta a la hora de llamarle la atención a Cole por sus tonterías. Y está claro que eso es lo que ha pasado esta mañana. Su habilidad para irritar a Cole nunca dejará de parecerme divertida.

Ella es buena para él. Desde que se conocieron, él es menos el reservado director de operaciones de King Group y más el hermano que recuerdo de nuestra infancia. Y por infancia, me refiero a los años anteriores a que los tres descubriéramos la farsa que era en realidad nuestra familia. Antes de que nos enteráramos de que los lazos que nos unían estaban hechos de dinero, poder y nuestro linaje común, sin lugar para el amor o para el afecto.

Nos criaron para creer que el apellido King y la riqueza y la influencia asociadas a él eran lo único que importaba. Nuestro padre se aseguró de inculcarnos eso desde el momento en que pudimos entender el concepto. Por supuesto, sin decirlo nunca con palabras, se aseguró de que yo supiera que no corre ni una gota de su sangre por mis venas. Probablemente eso explique por qué me tomé todas sus lecciones con pinzas.

—¿Cómo te sientes respecto a tu primera aparición pública con Violet? —pregunta Cole.

Mañana por la noche es el baile benéfico anual, Save the Rainforest, y nuestra primera aparición en público como pareja.

—¿Cómo debería sentirme? —pregunto, ignorando la punzada de expectación que me tensa los músculos—. Lo único que tenemos que hacer es aparecer y asegurarnos de que los fotógrafos nos saquen unas cuantas fotos.

Las comisuras de los labios de Cole se curvan hacia arriba.

—Pero asegúrate de que no parezca que tu novia quiere estrangularte mientras lo hacen.

Me echo a reír. Después de que casi nos besáramos hace dos días, cuando firmamos el contrato, Violet fue cualquier cosa menos la novia cariñosa y afectuosa que se supone que debe interpretar. Apenas me miró mientras

firmábamos y salió corriendo antes de que la tinta tuviera tiempo de secarse. Teniendo en cuenta que en ese momento no estábamos en público, no me molestó demasiado.

—Delilah va a ir, ¿verdad? —le pregunto a Cole.

—Estará allí. Con suerte, después de haberme perdonado. —Su expresión se transforma en una sonrisa de satisfacción—. Varias veces.

Suelto un gruñido.

—No necesito que me cuentes que planeas tener una sesión de sexo de reconciliación. Pero asegúrate de no hacer ninguna tontería que empeore las cosas. Quiero presentársela a Violet. Estoy segura de que a Delilah le encantará tener a otra mujer con quien hablar en lugar de tener que aguantar a ese capullo posesivo que no deja de estar encima de ella toda la noche.

Cole frunce el ceño.

—Yo no estoy encima de ella todo el tiempo.

—Claro que sí. Y fulminas con la mirada a cualquier hombre que se atreva siquiera a acercarse a ella.

Eso no me lo discute.

—Tienes suerte de que te deje acercarte a ella.

Sonrío.

—No tienes que preocuparte por mí. Ahora tengo pareja, no lo olvides.

Me mira fijamente durante un largo rato.

—Pareces demasiado entusiasmado con la idea, teniendo en cuenta lo reacio que estabas al principio.

Me encojo de hombros. Tampoco es que vaya a admitirlo, pero quizá sí que estoy deseando que llegue el momento de poner en marcha el acuerdo. La idea de pasar más tiempo con Violet me resulta atractiva de una forma que no debería, y más considerando lo que ella siente por mí.

—No hay ninguna razón por la que no pueda sacar partido de la situación.

—Ninguna razón en absoluto. —Su expresión es un poco demasiado inexpresiva para mi gusto.

Lo examino con detenimiento, tratando de averiguar qué se trae entre manos. ¿Es algún tipo de extraña venganza por cuando me entrometí en su relación? Sea como sea, no tengo tiempo para averiguar qué está insinuando, así que hago lo que mejor se me da e ignoro el tema.

Me levanto de la silla.

—Pues espero veros a ti y a Delilah mañana por la noche. A Delilah más que

a ti, obviamente.

Salgo por la puerta con una sonrisa en la cara. No hace mucho, nuestras interacciones no eran más que secos correos sobre el trabajo. Dicen que no hay mal que por bien no venga, y si el arresto de nuestro padre fue la nube que se cernió sobre nuestra empresa y nuestras vidas, mi mejorada relación con mi hermano es el lado positivo. Roman quizá siga siendo una tarea inacabada porque está completamente absorto en su papel de director ejecutivo, pero espero que, con el tiempo, lleguen también algunos cambios con respecto a él.

Echo un vistazo al reloj, cojo el móvil y busco el breve hilo de mensajes que he cruzado con Violet.

Yo: *¿Ya están ahí los estilistas?*

He contratado a un equipo de estilistas para que vayan a su apartamento y la ayuden a elegir un vestido y unos zapatos para la gala de mañana, así como algunos conjuntos para otros eventos a los que probablemente tengamos que asistir durante el tiempo que dure nuestro acuerdo.

Su respuesta es inmediata y breve.

Violet: *Sí.*

Yo: *¿Ya has encontrado un vestido para mañana por la noche?*

Violet: *Todavía no.*

Esas breves respuestas me dejan bien claro que sigue molesta. Su enfado, curiosamente, me hace sonreír. Lo curioso es que nunca he visto a Violet comportarse de una manera que no sea amable y dulce, excepto conmigo. La saco de quicio, y me gusta tener ese poder. Me gusta provocarle esa reacción. Lo que hicimos en Onyx no puede volver a pasar nunca, pero eso no significa que no pueda aprovechar mi nuevo papel en su vida. Sonrío para mis adentros mientras escribo otro mensaje.

Yo: *Estoy deseando que llegue nuestra primera cita, mariposa.*

Esta vez no me llega la respuesta de forma inmediata y me la imagino estudiando el mensaje, preguntándose si mis palabras tendrán algún doble

sentido. Lo curioso es que no lo tienen. Por primera vez en mucho tiempo, tengo ganas de asistir a uno de estos eventos.

Cuando por fin llega la respuesta de Violet, no puedo evitar reírme.

Violet: *No es una cita. Y tienes que dejar de llamarme mariposa.*

Escribo rápidamente mi respuesta.

Yo: *Sí que lo es, y ni hablar. Nos vemos mañana, mariposa.*

Sin dejar de sonreír, vuelvo a guardarme el móvil en el bolsillo. Lo de mañana por la noche será interesante, por decirlo con suavidad. Estoy deseando ver cómo se desenvuelve Violet en el papel de mi novia bajo el escrutinio de las cámaras y del público. Tengo la sensación de que me mantendrá en vilo. Esta vez me dejo llevar por la emoción que me recorre el cuerpo. No tengo ni idea de qué esperar de ella, y eso es precisamente lo que la hace la hostia de intrigante.

17

VIOLET

La maquilladora y la peluquera que Tate me había conseguido se han marchado hace veinte minutos, y estoy estudiando mi reflejo en el espejo del baño. Nunca había tenido este aspecto, tan pulida y arreglada. El tejido dorado del vestido que elegí ayer se ciñe a mis curvas y se desliza hasta el suelo con una caída perfecta; el escote es lo bastante pronunciado como para mostrar el contorno de mis pechos y casi toda mi espalda queda al descubierto. Me han maquillado bellamente los ojos para resaltar su color azul, me han pintado los labios de un tono rosa sutil y brillante, y me han peinado el pelo en suaves ondas que se deslizan por mi espalda y sobre mis hombros. Me han hecho unas trenzas flojas en las sienes que se unen en la parte de atrás, donde las han entrelazado y las han sujetado con horquillas para añadir un toque caprichoso. Me parezco a mí misma, y sin embargo no soy yo.

Por fin me obligo a apartar la vista del espejo, cojo el teléfono que he dejado sobre el lavabo y miro la hora. Tate vendrá a recogerme pronto, y tengo el estómago revuelto por los nervios. Una parte de mí desearía que nuestra primera pública aparición como pareja fuera más informal, más discreta. Si fuéramos a algún sitio con un poco menos de nivel, supondría un alivio en la opresión que siento en el pecho. Pero, al fin y al cabo, que nos vean juntos es el objetivo de todo este plan.

Me echo un último vistazo, y luego me dirijo al salón a esperar. Los nervios pueden más que yo, así que en lugar de sentarme pacientemente voy hasta la ventana. Cuando aparto la cortina y miro hacia fuera, todavía no hay ninguna limusina negra aparcada ahí fuera. Aunque debería haberlo supuesto. Lo más probable es que Tate me llame cuando esté cerca para que lo espere en la calle.

Suelto la cortina, me doy la vuelta y paseo de un lado a otro en la pequeña sala. No debería estar tan nerviosa. Tampoco es como si fuera incapaz de entablar una charla trivial con desconocidos. El hecho de pasar casi todos los días en la cafetería charlando con los clientes me ha dado mucha práctica. Y

gracias a que Tate se ha encargado del vestido, el peinado y el maquillaje, tengo el aspecto más adecuado posible para la ocasión.

Cuando pita el teléfono, lo saco de mi bolso de mano. Es Anna. Se ha pasado antes para darme ánimos mientras me arreglaba, pero como ella tiene su propia cita esta noche, la he mandado a casa al cabo de una hora para que pudiera prepararse ella también. Como es típico de Anna, le ha parecido increíblemente divertido que yo acabara en esta situación. Menos mal que el acuerdo de confidencialidad me permite hablar de esto con ella. Aunque no se lo hubiera contado ya, no habría podido mentirle con éxito sobre mi repentino cambio de opinión respecto a Tate y menos después de haberle contado con todo detalle lo mal que me cae cuando salimos de Onyx la otra noche.

Deslizo el dedo para abrir su mensaje.

Anna: *¿Ya ha llegado?*

> ***Yo:*** *Todavía no. Creo que se me va a hacer un agujero en la alfombra de tanto dar vueltas.*

Anna: *Tranquila, Vi. Con ese vestido estás espectacular. No sabrá de dónde le ha venido el golpe.*

> ***Yo:*** *Gracias. Pero recuérdame: ¿por qué he aceptado hacer esto?*

Anna: *¿Por la comida y el vino gratis?*

> ***Yo:*** *Ah, sí, ya me acuerdo.*

Anna: *En serio, ¡esta noche lo vas a dejar boquiabierto! Solo recuerda que es por una buena causa. Además, quizá no sea tan malo como crees. ¡Quizá hasta te diviertas!*

Estoy escribiendo una respuesta sobre su uso excesivo de signos de exclamación cuando unos golpes en la puerta me sobresaltan.

¿Tate ha subido a buscarme?

Haciendo caso omiso de los nervios que me invaden, borro el mensaje y escribo otro rápido para decirle a Anna que ya ha llegado. Luego voy corriendo hasta la puerta, y la abro de par en par. Me da un vuelco el corazón al verlo con ese esmoquin. La chaqueta negra le abraza los hombros y hace

que parezca aún más alto y más ancho de lo habitual, y su impecable camisa blanca se amolda a su…

El objeto que sostiene en la mano derecha me distrae por completo de mis observaciones sobre su aspecto, porque el hombre está haciendo girar el tallo de una única y delicada violeta entre sus dedos.

Cuando vuelvo a centrar mi atención en su rostro, sus ojos dorados están clavados en mí. Se me hace un nudo en la garganta por la emoción, pero intento reprimirla. Dios, ¿cómo sería que un hombre se presentara así en mi puerta de verdad? Un hombre que no sea un *playboy* ni que se encuentre en esta situación por su bien ganada reputación de no salir en serio con ninguna mujer.

Aun así, cuando una de las comisuras de sus labios se curva hacia arriba y me tiende la violeta, no puedo evitar una sonrisa.

—¿La has robado del jardín de alguien?

Él se ríe entre dientes y se balancea sobre los talones.

—¿Cómo lo has adivinado? Hasta he tenido que pisotear sus petunias para cogerla.

Niego con la cabeza ante la imagen de Tate con su esmoquin, agachado sobre una valla para cogerme una flor.

—¿Por qué no me sorprende? —Retrocedo y le flanqueo el paso—. ¿Quieres pasar un momento? Solo tengo que coger el bolso. —Me sigue al interior y cierra la puerta mientras cojo mi bolso de mano del aparador. Con este en una mano y la flor en la otra, me vuelvo hacia Tate—. Creo que no tengo un jarrón lo bastante pequeño para esto.

Acorta la distancia entre nosotros y me quita la flor, rozando mis dedos con los suyos al hacerlo. Luego se estira y la coloca en la trenza que tengo sobre la oreja derecha. Su mirada recorre mi rostro y desciende por mi cuerpo antes de encontrarse de nuevo con mis ojos.

—Preciosa —murmura.

Esta vez el cosquilleo en mi vientre es casi una sacudida y se me escapa un pequeño suspiro; uno que espero que no note. Se le da bien esto y debo seguir recordándome a mí misma por qué es así. Ha tenido mucha práctica seduciendo a mujeres a lo largo de los años. Joder, la primera vez que lo vi había seducido a dos mujeres para que se acostaran con él al mismo tiempo. Y yo tuve que asistir al puñetero espectáculo a través de las paredes del dormitorio de Mark. Me estremezco al recordar cómo me tapaba los oídos con

la almohada para amortiguar los gemidos y los chillidos de éxtasis. Por no mencionar que, por mucho que me gustaría olvidarlo, yo misma sucumbí a sus encantos una vez. Me niego a dejar que eso vuelva a suceder.

Ser otra muesca en su cama es lo último que quiero. Así que me limito a esbozar una sonrisa forzada y doy un paso atrás.

—Deberíamos irnos.

Él extiende la mano, señalando la puerta.

—Después de ti.

Aunque no me toca al salir de mi apartamento, es como si lo hiciera. Puedo sentir su presencia como un escalofrío contra la piel desnuda de mi espalda mientras voy hacia las escaleras. Ninguno de los dos habla mientras bajamos, y el silencio hace que mis nervios y mi aprensión se disparen. ¿Cómo va a funcionar esto si estoy tan tensa tras solo unos minutos en su compañía?

Aflojo los hombros, que tengo levantados hasta las orejas, y reduzco el paso para que vayamos uno al lado del otro.

—Dime lo que necesito saber sobre tu familia antes de que lleguemos.

Hace una mueca.

—Delilah, la prometida de Cole, va a estar ahí. Es genial. Te acogerá bajo su ala. Cole hará todo lo posible por incluirte, pero no esperes que sea demasiado hablador. ¿Roman? Bueno, si consigues algo más que una sonrisa y unas pocas palabras de su parte, considérate afortunada.

—¿Estará tu madre? —Su respuesta a esa pregunta es un seco «Sí». Su expresión, cuando lo miro de reojo, es indescifrable—. Tus hermanos, obviamente, saben que esto es falso, pero ¿qué hay de Delilah y tu madre?

—Lo saben las dos. Cole se lo habría contado a Delilah de todas formas. Y era mejor que mi madre lo supiera o, de lo contrario, sería la primera en cuestionar mi repentino cambio en cuestión de relaciones.

Su tono se vuelve más frío al final. Es evidente que su madre no es su tema favorito.

Al llegar al final de las escaleras, abre la puerta y me la sostiene.

—Qué caballeroso —digo, mirándolo al pasar.

—Solo en la calle. —Me guiña un ojo.

—¿Esa frase le funciona a alguien? —mascullo.

Él se ríe entre dientes.

—No.

A pesar de mis esfuerzos por conseguir que no me afecte, no puedo

contener la risa que escapa de mis labios. Durante nuestras limitadas interacciones a lo largo de los años, siempre se ha mostrado engreído y arrogante, pero ahora veo algo diferente. Sigue siendo así, por supuesto, y sigue siendo muy consciente del poder que tiene sobre las mujeres, pero, aparte de todo su encanto coqueto, no parece tomarse a sí mismo demasiado en serio y, aunque odio admitirlo, esa cualidad me desarma.

Mi risa se apaga rápidamente cuando me pone su gran mano en la parte baja de la espalda y me guía hacia el coche. El contacto inesperado me hace soltar un suspiro silencioso. Voy a tener que acostumbrarme a que me toque de forma repentina cuando estemos en público.

El chófer de Tate ya nos está esperando cuando nos acercamos y nos sostiene abierta la puerta trasera de la limusina.

—Violet, este es Jeremy —me presenta Tate.

Le tiendo la mano.

—Hola, encantada de conocerte.

Jeremy arquea las cejas y sus ojos se desvían hacia Tate, como si estuviera sorprendido, pero luego centra su atención en mí y esboza una amplia sonrisa. Me da la mano y me la estrecha con delicadeza.

—Buenas noches, señora.

Una vez que se ha apartado detrás de la puerta abierta, Tate me ayuda a subir al coche, entra detrás de mí y se sienta cerca, pero no demasiado; un momento después, el coche arranca.

Me recorre otra oleada de nervios y paso los dedos de un lado a otro por el sedoso tejido de mi vestido, concentrándome en la textura contra mi piel.

Tate cubre mi mano con la suya, y el calor de su palma me tranquiliza.

—No tienes nada de qué preocuparte.

Trago saliva y le doy las gracias con un gesto de la cabeza. Él retira la mano, y una pequeña parte de mí desea que la hubiera dejado ahí, aunque solo fuera porque su calor me tranquiliza.

Antes de lo que me gustaría, llegamos a la entrada del recinto. Hay una alfombra roja y la prensa se apelotona a lo largo de ella, igual que en las películas. Una pareja de aspecto glamuroso camina hacia la entrada del edificio y los flashes de las cámaras estallan a su paso. Me lleva un momento reconocer al hombre como una de las estrellas más cotizadas del cine, pero cuando lo hago, me quedo sin aliento.

Me vuelvo hacia Tate y me obligo a respirar.

—Entonces, ¿esto es para ti una noche de viernes cualquiera?

Él se fija en el actor y en su acompañante, que casi han llegado al final de la alfombra, y entrecierra los ojos.

—Puedo presentártelo más tarde si quieres. Pero no te hagas ilusiones. Estás demasiado loca por mí como para coquetear con nadie más, recuérdalo.

Aunque no tengo ninguna intención de coquetear con nadie, me toco los labios con el dedo índice y dejo escapar un murmullo ininteligible.

—No recuerdo ninguna cláusula de no coquetear en el contrato.

Las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba.

—Lo modificaremos el lunes.

—Pero ¿hasta entonces…?

Me agarra la barbilla y me hace levantar la cara para que lo mire a sus ardientes ojos.

—Hasta entonces, mariposa, solo tendrás ojos para mí. Ese es el acuerdo. —Mi pulso se acelera, la sangre me late en los oídos. Inspiro hondo y obligo a mi corazón a calmarse. Él mismo lo acaba de decir: su atención, sus palabras y sus acciones, todo gira en torno al acuerdo. Cuando desliza el pulgar por mi labio inferior, separándolo de entre mis dientes, me doy cuenta de que lo he estado mirando fijamente demasiado tiempo. Parpadeo y vuelvo a la realidad y veo una sombra oscura e intensa en su mirada—. ¿Estás conmigo? —Su voz es grave, sus dedos, aún cálidos contra mi piel.

Dejo escapar el aliento que he estado conteniendo durante demasiado tiempo vuelvo a inspirar para tranquilizarme. Solo nos estamos preparando para actuar ante la prensa. Esbozo mi sonrisa más radiante.

—Sí.

Agacha la cabeza y su mirada se posa en mis labios durante un breve instante.

—Buena chica.

Al momento, un recuerdo cobra vida en mi mente: cuando fui una chica tan buena que me dejó hecha un desastre. Un repentino dolor, bajo y profundo, me hace apretar los muslos.

Aparto la cara para ocultar el escalofrío que me recorre el cuello, y sus dedos se retiran de mi rostro. Un instante después, Jeremy abre la puerta y Tate sale del coche y me tiende la mano. La acepto, aferrándome un poco más fuerte de lo habitual a sus dedos y salgo tras él. Lo último que quiero es caer de bruces sobre la alfombra roja delante de una multitud de fotógrafos.

Con la mano de nuevo en mi espalda, Tate me guía hacia la entrada. Los flashes centellean a nuestro alrededor, y yo me concentro en mantener una expresión serena y en evitar mirarlos directamente.

—¡Tate!

—¡Señor King!

—¿Quién te acompaña esta noche, Tate?

A lo largo de toda la alfombra, las voces nos llaman una y otra vez, pero Tate sigue avanzando hasta que las dejamos atrás y entramos en el amplio vestíbulo.

—¿No deberías haberme presentado como tu novia? —le pregunto.

Me mira con esa sonrisa pícara que tiene.

—Hay que mantener un poco el misterio para despertar su interés. Además, si se lo restregamos en la cara desde el principio, seguro que sospechan. Prefiero que no se enteren de que esto es un truco de relaciones públicas.

—Tiene sentido. —Me niego a dedicarle un segundo pensamiento al ardor que me habían provocado esas palabras en el pecho.

Nos abrimos paso entre la multitud de gente vestida con elegancia. El ambiente apesta a dinero y poder. Es tan intenso que el aire se vuelve denso. Las lámparas de cristal cuelgan del techo igual que los diamantes cuelgan de los cuellos y las orejas de la mayoría de las mujeres aquí presentes.

Por fin nos acercamos a la que obviamente es nuestra mesa. Reconozco a Cole y a Roman, y les sonrío mientras echan hacia atrás sus sillas y se ponen de pie.

—Tate. —Cole le hace un gesto con la cabeza a su hermano y luego dirige su atención hacia mí—. Violet, me alegro de volver a verte.

—Igualmente —digo.

Roman me recorre con la mirada y su atención parece detenerse en el lugar donde la mano de Tate descansa sobre mi cintura. Es difícil saber qué está pensando el hermano mayor de los King. Su expresión distante y sus ojos fríos no delatan nada. Está al tanto del plan, así que no es que desapruebe que la «novia» de Tate esté aquí, pero tampoco estoy convencida de que esté de acuerdo con la elección de Tate.

De todos modos, le sonrío.

—Yo también me alegro de verte de nuevo, Roman.

Para mi sorpresa y tranquilidad, esboza una leve sonrisa.

—Nos alegramos de que hayas podido venir.

Una mujer hermosa, de cabello oscuro y ojos verdes, aparece al lado de Cole

y él le pasa un brazo por los hombros.

—Violet, me gustaría presentarte a mi prometida, Delilah.

La forma posesiva en que la mantiene pegada a él y cómo se suaviza su expresión al mirarla me provocan una pequeña punzada de nostalgia.

¿Cómo debe de ser sentirse así de amada? Siempre imaginé que era así como mi padre amaba a mi madre. Con lo protector que era conmigo, me cuesta creer que no fuera igual con ella. La pena familiar por la pérdida sustituye a la punzada de nostalgia. Siempre me apena pensar en mi madre. Puede que no tenga recuerdos suyos, pero tengo cientos de cómo mi padre hablar de ella. Solo puedo esperar que algún día tenga la suerte de ser amada como él la amaba a ella, de la misma forma en que ya puedo ver que Cole ama a su prometida.

La mujer en cuestión da un paso adelante y me envuelve en un fuerte abrazo. Me sorprende la bienvenida, pero antes de que pueda recuperar el equilibrio y corresponder al gesto, me suelta y me toma de las manos.

—Me alegro mucho de conocerte —dice, con una sonrisa radiante y sincera —. Estoy deseando tener a otra mujer con quien pasar el rato en estos eventos.

Su calidez me hace sentir cómoda de inmediato. Debe de ser duro para ella estar rodeada de estos tres hombres imponentes todo el tiempo.

Sonrío también.

—Me alegro de poder cumplir una doble función: ser la novia de Tate y hacerte compañía.

Me coge de la mano y tira de mí para que me siente en la silla que está junto a la suya.

Tate se desabrocha la chaqueta con una mano antes de sentarse a mi otro lado.

—¿Dónde está mamá? —le pregunta a Roman, que está al otro lado de la mesa.

—Esta noche va a sentarse con los Jensen.

—En realidad —interviene Cole—, no mires ahora, pero está viniendo hacia aquí. Debe de haberte visto entrar.

Siento un cosquilleo de nervios en el estómago ante la idea de conocer a la madre de Tate, y me obligo a no volverme en mi asiento para ver cómo se acerca.

Una mujer alta y llamativa, de cabello rubio, se acerca con elegancia a la mesa, y su mirada los recorre a todos antes de posarse en mí. Sus ojos son

fríos, evaluadores.

—Mamá, esta es Violet —me presenta Tate—. Violet, mi madre, Beverly King.

Asiente hacia mí, sin cambiar de expresión. Supongo que ahora sé de quién lo ha sacado Roman.

Sonrío con entusiasmo y entrelazo en mi regazo las manos, que de repente están sudorosas.

—Es un placer conocerla, señora King.

—El placer es todo mío, estoy segura —dice, aunque no me ha parecido que su tono lo respalde—. Me han contado tu acuerdo con Tate. Qué solución tan ingeniosa para su problema. —Sus palabras tienen un sutil tono cortante—. Confío en que te resulte… beneficioso.

Se me pone la carne de gallina ante la insinuación, pero mantengo la compostura.

—Y yo espero que nos beneficie a los dos.

Tate carraspea.

—Puede que te resulte difícil de creer, mamá, pero Violet me está haciendo un favor. No todo el mundo quiere pasar las tardes bebiendo vino carísimo y codeándose con ricos aburridos. —Su tono es ligero, pero no me pasa desapercibido el trasfondo de sarcasmo.

La señora King se vuelve hacia su hijo menor, con una expresión indescifrable en su rostro.

—Siempre y cuando ambos los dos consigáis lo que esperáis de esta asociación… Espero que disfrutes de la velada, Violet. Y también del tiempo que pases con la familia King.

Dicho esto, se aleja con elegancia para charlar con otros invitados. Mis hombros se hunden un poco después de que se haya ido.

Delilah se echa hacia mí y me dedica una sonrisa tranquilizadora.

—Intenta que no te moleste. Esa ha sido Beverly King en todo su esplendor. Te acostumbrarás.

—Supongo que no tendré que preocuparme por acostumbrarme —respondo.

Ella ladea la cabeza.

—Supongo que no. ¿Cómo estás? Sé que no es fácil verse metida de repente en este tipo de ambiente.

Me invade una sensación de alivio al saber que ella es consciente de la

situación y que puedo hablar con ella sobre ello.

—Es un poco estresante. No estoy segura de saber encajar y no puedo evitar preocuparme de que la gente nos vea venir. Quiero hacer un buen trabajo, pero no sé si podré.

—Lo harás muy bien. De hecho, quizá sea bueno que parezcas un poco incómoda. Siempre ha sido obvio para todo el mundo que las mujeres con las que Tate se ha permitido estar nunca iban a conquistar su corazón. Es más creíble que se enamore de alguien fuera de sus círculos habituales, de una mujer que lo desafíe a pensar y a sentir de manera diferente.

No puedo evitar mirar a Cole, que está a su otro lado, con el brazo apoyado en el respaldo de su silla y la mano rozándole el hombro, como si no pudiera soportar no tocarla. ¿Está hablando desde su propia experiencia? Controlo mi curiosidad. Aunque así fuera, aquí no está hablando de algo auténtico, sino de la credibilidad de nuestra actuación.

Le sonrío.

—Entonces, todo va bien. Ahora Tate y yo solo tenemos que hacer que parezca convincente que nos gustamos. Si lo conseguimos, debería funcionar.

Frunce el ceño.

—¿No te gusta Tate?

—Eeeh, no, no. Eeeh… —Me estremezco con disimulo. ¿Por qué he dicho eso? Al fin y al cabo, es su futuro cuñado. Le echo un vistazo a Tate y me alivia ver que está ocupado hablando con sus hermanos—. Que no me guste no son las palabras adecuadas. Es más bien… que en realidad no tengo nada en común con él. Y supongo que la primera impresión que tuve de él no fue la mejor posible. Eso es todo. —Casi me trabo al hablar en mi apuro por tranquilizarla, por si acaso piensa que no me lo estoy tomando en serio—. Eso no significa que no esté totalmente volcada en ayudarlo con esta situación.

Ella ladea la cabeza y sus preciosos ojos verdes me evalúan. Entonces esboza una pequeña sonrisa cómplice.

—Teniendo en cuenta que se trata de Tate, me imagino perfectamente qué tipo de primera impresión te causó. —Se echa hacia delante y baja la voz—. Pero no permitas que eso influya demasiado en tu opinión. Si eres capaz de pasarlo por alto, creo que te mostrará la clase de hombre que es en realidad. —Su sonrisa cómplice se vuelve un poco pícara—. Por supuesto, eso no significa que no debas darle caña si se porta como un capullo.

Correspondo a su sonrisa.

—Creo que puedo manejarlo.

Delilah cambia de tema, y tras una copa de un vino blanco deliciosamente fresco que Tate me sirve, la mayoría de mis recelos se han disipado. Esto no está tan mal. Delilah es encantadora y divertida, y la conversación entre Cole, Roman y Tate sobre su última aventura, Genesis-1, resulta intrigante. Estoy absorta en la discusión sobre su estrategia de marketing y preguntándome si podré sacar alguna idea que pueda aplicar a True Brew, cuando Tate se recuesta de manera informal en su silla, pasa el brazo por el respaldo de la mía y empieza a jugar con un mechón de mi pelo.

Al instante, se me corta la respiración y me quedo paralizada. Debería haberlo esperado, pero aun así me pilla por sorpresa. Quizá sea por la naturalidad con la que lo ha hecho. Como si tocarme así fuera lo más normal del mundo.

Intento que mi expresión parezca serena, sin querer delatarme ante los observadores y que se den cuenta de que estoy sorprendida por que mi novio esté siendo cariñoso. De hecho, voy un paso más allá y me recuesto para que su brazo quede alrededor de mis hombros.

Él se vuelve hacia mí y yo le dedico una sonrisa que dice: «¿Ves? Puedo jugar a esto tan bien como tú».

También sonríe y, sin decirme nada, se une de nuevo a la conversación con sus hermanos. Pero un momento después me rodea el cuello con la mano y traza círculos con el pulgar sobre la piel sensible justo debajo de mi oreja.

Ah, Dios. Si antes no sabía que el lugar que está acariciando era una zona erógena, ahora me ha quedado claro. Los lentos círculos que dibuja hacen que se me ponga la piel de gallina por todo el cuerpo, y antes de que pueda evitarlo, me echo a temblar. Por desgracia, capta mi reacción, y su pulgar se detiene una fracción de segundo antes de volver a empezar, esta vez de forma aún más lenta y sensual Sabe exactamente de lo que es capaz.

Rechino los dientes; se me acelera el pulso y se me endurecen los pezones que rozan contra la tela de mi vestido. Me obligo a ignorar las sensaciones que me está provocando y me concentro con todas mis fuerzas en la conversación.

—Cuanto antes se celebre la ceremonia de inauguración, mejor —comenta Tate—. El revuelo mediático y las publicaciones en redes sociales harán que la gente hable. Podemos atraer a los principales inversores, e incluso invitar a un par de famosos y quizá a algunos dignatarios. Que sea un evento grandioso. Ya tenemos al equipo trabajando en visitas de realidad virtual basadas en las

representaciones arquitectónicas. Podríamos montar *stands* para que la gente pueda ver el producto terminado en el propio emplazamiento.

Roman, con un ceño escéptico, tamborilea con las yemas de los dedos sobre la mesa.

—¿No crees que eso es un poco exagerado?

—Hace unos años sí —responde Tate, recostándose en su silla, con el brazo aún sobre el mío y el pulgar moviéndose sobre mi cuello y amenazando con distraerme por completo—. Pero hoy en día esos trucos venden, sobre todo entre los grupos de edad más jóvenes. Si nuestro público objetivo principal es el sector demográfico más joven y con mayor conciencia social, así es como los atraemos. No podemos subestimar el actual impacto de las redes sociales.

—No pretendía subestimar ese impacto. Solo quiero asegurarme de que nos mantenemos fieles a la marca —continúa Roman, con tono mesurado—. Genesis-1 tiene que ver con el lujo y la sostenibilidad, no solo con eventos llamativos.

—Tampoco queremos ahuyentar a nuestros mercados objetivo secundarios —interviene Cole—. Es posible que los profesionales y los compradores internacionales no vean con buenos ojos un circo mediático.

El pulgar de Tate deja de moverse y su mano se ciñe alrededor de mi cuello cuando se inclina hacia delante. Sin embargo, no oigo las palabras que les dice a sus hermanos, porque el modo en que me agarra hace que una ola de calor me recorra la columna vertebral.

Antes de que pueda asimilar esa reacción, Delilah se entromete en la conversación.

—¿Por qué no dejamos a un lado la charla sobre el trabajo? —pregunta, aunque es más una sugerencia firme que una pregunta—. Podéis hacerlo en la oficina el lunes. Aquí hay docenas de personas esperando un momento para hablar con alguno de vosotros. Además —baja la voz—, creía que la idea era que se viera a Tate y a Violet juntos.

Roman se rasca la barbilla.

—Tienes razón. He visto a Carl Masters al llegar. Lleva tiempo queriendo hablar de aumentar su inversión en King Group. Debería ponerme al día con él. Su mujer y él nunca se quedan mucho rato en estos eventos. —Se levanta y nos mira a Tate y a mí como si tuviera algo que decir, pero solo nos hace un gesto con la cabeza y se aleja.

Me echo hacia Tate.

—¿Siempre es tan… intenso?

—Es una forma de describirlo. Roman es todo negocios todo el tiempo desde su divorcio. Y más aún desde que se convirtió en director ejecutivo.

No puedo evitar soltar un pequeño grito ahogado.

—¿Estaba casado? —Me cuesta imaginar al distante hermano mayor de los King teniendo una esposa.

Tate sigue con la mirada la espalda de su hermano mientras se pierde entre la gente.

—Cuando era más joven. No duró mucho.

—¿Y ahora no sale con nadie?

Con una mueca de desprecio, niega con la cabeza.

—Invitar a cenar y a tomar copas a mujeres no es una de sus prioridades.

Le lanzo una sonrisa fingidamente inocente.

—Debe de ser un rasgo familiar.

Con los ojos brillantes, roza mi pulso con el pulgar y se echa hacia mí.

—Estoy seguro de que estarás de acuerdo en que algunos de nosotros hemos desarrollado habilidades mucho más placenteras en lo que respecta a las mujeres. —Su mirada se posa en mis labios, pero antes de que mi corazón pueda latir más de dos veces, desvía la atención por encima del hombro hacia el salón de baile que hay detrás de nosotros—. Delilah tiene razón, deberíamos socializar, asegurarnos de que la gente nos vea juntos.

Inspiro, tomándome un momento para recomponerme. Estoy aquí por una razón y estoy decidida a hacer un buen trabajo, a pesar de sus intentos deliberados por sacarme de quicio.

—De acuerdo.

Cuando se levanta, sigo su ejemplo.

Delilah levanta la vista y articula en silencio un «Buena suerte».

—Gracias —le respondo de igual modo. Inspiro hondo y sigo a Tate, que me guía hacia la multitud.

18

TATE

Cuando pongo mi mano en la parte baja de la espalda de Violet, me resulta muy fácil entender que es lo que requiere la actuación, pero me conozco lo suficiente como para saber que tiene más que ver con lo mucho que disfruto tocándola. Sentarme a su lado, acariciar su piel sedosa mientras ella charlaba con Delilah y de vez en cuando se unía a mi conversación con mis hermanos, me hacía sentir mucho mejor de lo que cabría esperar de algo tan sencillo.

La forma en que se estremecía bajo mis dedos me ha provocado toda clase de pensamientos obscenos. Es receptiva de cojones y, si de verdad fuera mi novia, la provocaría así toda la noche, sabiendo que al final de la noche la llevaría a casa y cumpliría con esas provocaciones hasta que saliera el sol.

Empiezo a entender por qué Cole no puede quitarle las manos de encima a Delilah.

Como tengo la mirada puesta en el grupo al que nos acercamos veo que todos se están evaluando entre ellos, con ojos brillantes y sonrisas afiladas como cuchillas. Me agacho para poder hablarle a Violet al oído.

—¿Lista para zambullirte en la piscina de tiburones?

Su risa sale en un suspiro nervioso.

—Siempre y cuando no me muerdan…

No puedo evitar que mi atención se desvíe hacia el contorno de sus pechos que deja ver ese vestido tan sexy, pero tengo el respeto suficiente como para luchar contra el impulso de imaginarme marcando su piel cremosa con mis dientes.

El cuerpo de Violet se pega al mío mientras nos abrimos paso entre la multitud; mueve la cabeza de un lado a otro, observándolo todo. Tiene los ojos muy abiertos y sus labios carnosos presentan una curvatura nerviosa.

—Lección número uno en la alta sociedad —le digo al oído—. Sonríe siempre, aunque no puedas soportar a la gente que te rodea.

—¿Te refieres a algo así? —Me dedica la misma sonrisa demasiado dulce que

solía mostrarme cada vez que visitaba a Mark.

Me río entre dientes.

—No creo que sigas odiándome, mariposa.

Frunce el ceño.

—Yo… yo nunca te he odiado.

—Entonces, ¿por qué fruncías el ceño cada vez que entraba donde estabas? ¿Por qué…?

Frunce el ceño de nuevo, lo que confirma lo que digo.

—Porque siempre tenías a alguna pobre mujer ilusa pegada a los talones, desesperada por pasar una noche en tu cama.

—No seas tan crítica. Esas mujeres sabían lo que querían y no tenían miedo de pedirlo.

Ella pone los ojos en blanco.

—Y tú estabas más que encantado de dárselo.

La recorro con la mirada de arriba abajo.

—Al igual que lo hice una noche reciente en el Onyx.

Ella suelta un gruñido, pero, joder, sus mejillas se sonrojan.

—Deberíamos haber puesto la condición de que no se nos permite mencionar esa noche.

Sonrío con aire burlón.

—Ya es demasiado tarde.

Ella se cruza de brazos.

—Anexo verbal.

Joder, me encanta cuando se pone así de peleona.

—No cuenta a menos que esté firmado.

Frunce los labios y entrecierra los ojos.

—Podemos añadirlo el lunes.

—Claro, le enviaré un correo a tu hermano y le pediré que añada una línea sobre no mencionar la noche en que yo te metí los dedos…

—Vale. —Hace una mueca de enfado, pero un latido después, esa mueca se transforma en una enorme y preciosa sonrisa y me quedo sin aliento. Joder. No creo que Violet me haya sonreído así nunca y es una imagen impresionante. Me da una palmadita en el pecho—. Gracias por la lección. Creo que le estoy cogiendo el truco. —Luego se da media vuelta.

No puedo evitar la risa grave que me nace de las entrañas. Cuando mira hacia atrás por encima del hombro, con los ojos brillantes y una pequeña sonrisa de

satisfacción en los labios, su imagen me golpea como un puñetazo en el estómago. Podría acostumbrarme a esas sonrisas. A las auténticas. A las que me dedica cuando baja la guardia.

Como un cachorrillo enamorado, la sigo hasta el bar porque no quiero que se aleje demasiado y menos con ese aspecto. Ni siquiera tengo que escudriñar a la multitud para saber que todos los hombres a nuestro alrededor la están mirando. Cuando llego donde me está esperando, apoyo las manos a los lados de sus hombros sin acercarme demasiado, sin traspasar ningún límite. Aunque ahora mismo no quiero traspasar esos límites: lo que quiero es hacerlos desaparecer por completo. Pero tenemos un contrato, así que esto tendrá que bastar.

—Deberías tener más cuidado, mariposa —le digo en voz baja para que nadie más pueda oírme.

—¿Por qué?

El pulso le late de forma irregular en la base del cuello y notarlo me despierta un recuerdo, una sensación: la sensación de sentirlo bajo mi lengua.

Mi erección despierta dentro de mis pantalones. Si me acercara unos centímetros más, ella lo notaría. Pero en vez de hacerlo, me mantengo quieto y le respondo.

—Podría volverme adicto a la forma en que me sonríes.

Pone los ojos como platos y entreabre los labios. Sin embargo, la satisfacción que me invade es efímera. Antes de que Violet pueda responder, nos interrumpe un carraspeo a mis espaldas.

Le sostengo la mirada a Violet un instante más y luego me giro, moderando mi expresión para que no delate mi enfado.

—Hola, Tate —dice con voz melosa una familiar mujer rubia—. Cuánto tiempo sin verte.

Amy pertenece a la alta sociedad, y su familia se mueve en círculos similares a los míos. Es la heredera del imperio de cosméticos de su madre y se pasa los días probando cualquier trabajo que le apetezca.

—Amy, ¿cómo estás?

—Ahora estoy de maravilla —saluda con tono suave, lanzándome una mirada seductora. El brillo depredador de sus ojos es inconfundible.

—Esta es Violet —presento, apoyando mi mano en su espalda.

—Encantada de conocerte —responde Violet con una sonrisa.

Amy recorre a Violet con la mirada, entrecerrando ligeramente los ojos.

—Encantada. —Esa única palabra es seca, repleta de un claro desdén. Luego vuelve a centrar su atención en mí.

Rechino los dientes ante su grosería.

—Violet es mi novia.

Amy abre mucho los ojos y vuelve a mirar a Violet, esta vez escrutándola más detenidamente.

—¿Novia?

—Así es.

Me toca el brazo y suelta una risita.

—Ahora sí que lo he oído todo.

—¿A qué te dedicas, Amy? —pregunta Violet, con mucha más amabilidad de la que Amy se merece, teniendo en cuenta cómo se está comportando. Me dan ganas de acortar esta conversación y llevarme a Violet a la pista de baile, pero Amy es una de las mayores chismosas de esta sala. Si queremos que las noticias sobre nuestra relación se difundan, y se difundan rápidamente, esta es la forma de hacerlo.

Y hay una parte de mí, una que se hace más fuerte por momentos, que quiere ver hasta dónde está dispuesta a llegar Violet para vender este numerito. Sea falso o no, sé lo que haría yo si un hombre se pusiera a coquetear con ella mientras yo estuviera a su lado; no le quedaría la más mínima duda de que Violet era mía. Pero puse mi firma en esa línea punteada, aceptando que la intimidad física entre nosotros dos queda a discreción de Violet. Y, joder, me muero por saber qué hace falta para que ella me bese.

—Soy diseñadora de moda —responde Amy, con un toque de presunción en el tono. Así que eso es lo que está probando últimamente—. ¿Y tú?

Violet mantiene la barbilla levantada.

—Tengo una cafetería.

—¿Una cafetería? Qué monada.

Juro que puedo oír cómo Violet rechina los dientes, pero su serenidad no se tambalea.

—La cafetería de Violet hace el mejor café que he probado nunca —aclaro.

La mirada sorprendida de Violet se cruza con la mía, y yo arqueo una ceja hacia ella.

—¿De verdad? —pregunta Amy, dedicándome una sonrisa excesivamente entusiasta—. Quizá puedas llevarme a probarlo algún día.

Me reiría de lo absurdo de su comportamiento si no estuviera insultando a

Violet. Actúa como si hubiera algo entre nosotros cuando, de hecho, nunca lo ha habido. Estoy casi seguro de que se acostó con mi padre, aunque eso nunca le ha impedido intentar ligar conmigo o con mis hermanos. No voy a menospreciar a alguien por tener problemas con su padre, y menos cuando yo tengo muchos propios. Pero trazo la línea en no ser nada más que cortés con una mujer que, a sabiendas, se acostó con un hombre casado y ahora quiere completar el conjunto padre-hijo.

Mientras ella sigue intentando coquetear conmigo, la mirada de Violet va de uno a otro. No estoy animando a Amy, ni siquiera un poco, pero esa mujer sigue ignorando por completo mi evidente desinterés y la presencia de Violet a pesar de todo.

Mi novia falsa se ha quedado callada a mi lado, pero las oleadas de irritación que emanan de ella son palpables. Le dedico toda mi atención, deseando que me lea el pensamiento. Porque si ella no hace algo pronto, lo haré yo.

Vamos, mariposa, ahora soy tuyo. Haz valer tus derechos antes de que rompa los términos de nuestro acuerdo en la primera puta noche.

19

VIOLET

Sea quien sea esta Amy, su actitud me está sacando de quicio. Estoy aquí, justo al lado de Tate, y sin embargo ella ignora descaradamente mi presencia. Incluso después de que Tate le haya dicho que soy su novia, ella ha seguido coqueteando con él.

Me acerco más a él, poseída por la irritación. Como respuesta, él baja la mirada, con los ojos brillando con lo que supongo que es diversión ante mi frustración. Me dan ganas de marcharme y dejarlo plantado para que se las arregle solo. Al fin y al cabo, todo esto fue idea suya. ¿Qué sentido tiene hacerme pasar por su novia si las demás mujeres van a ignorarme de todos modos?

Vuelve a dirigirse a la hermosa mujer rubia, con el brazo rozando el mío. Ella está hablando de una fiesta a la que espera que él asista. No creo que yo esté incluida en esa invitación.

—Espero que vengas —dice ella, apretándole el bíceps con demasiada familiaridad.

¿Se han acostado juntos? Esa pregunta me carcome. Tampoco es que me importe si lo ha hecho porque, hasta donde yo sé, Tate se ha acostado con la mitad de las mujeres que hay aquí.

Aun así, la idea de que él haya podido tocarla me provoca un pinchazo en el pecho.

—Violet y yo tendremos que consultar nuestra agenda —responde Tate.

La mirada de Amy se dirige hacia mí y luego vuelve rápidamente a él, y su sonrisa vacila por un instante.

—Bueno, no hace falta que vayáis los dos…

Tate no reacciona físicamente, pero el ambiente a nuestro alrededor se carga de tensión ante sus palabras.

—¿Por qué iba a querer ir a una fiesta sin mi novia?

Ahora los ojos de Amy van de uno a otro y se lleva la mano al pecho.

—Entonces, ¿iba en serio? ¿Estáis… saliendo? —Su tono es de pura incredulidad.

Tate se vuelve hacia mí.

—Sería estúpido por mi parte no asegurarme de conseguirla cuando tuve la oportunidad, ¿no? Me llevó un tiempo convencerla, y ella impuso unas condiciones muy estrictas en todo lo que se trataba de salir conmigo, pero finalmente la convencí.

Ay, Dios, caigo en la cuenta. Esa estúpida cláusula del contrato. La intimidad física queda a mi discreción. Tengo que ser yo quien dé el primer paso.

Enarca una ceja, como si supiera que por fin me he dado cuenta, y me mira, retador, igual que hizo en la sala de reuniones cuando firmamos el contrato.

Sí, yo incluí esa cláusula, pero ¿seré capaz de cumplirla? Vuelvo a mirar a Amy, que sigue con una mano extendida sobre el pecho, como si estuviera sorprendida —o quizá horrorizada— ante la idea de que Tate pudiera estar saliendo conmigo. Eso es todo lo que necesito para decidirme.

—Todavía estoy decidiendo si estaba en mis cabales al decir que sí, pero hasta ahora, nuestros encuentros no han sido demasiado desagradables.

Sin pensarlo demasiado, apoyo la mano en su pecho duro, me pongo de puntillas y le doy un beso en la mejilla. Al menos esa es mi intención, pero Tate gira la cabeza en el último momento, solo un poco, lo justo para que mi boca roce la comisura de la suya. Como si hubiera estado esperando precisamente esto, desliza su mano alrededor de mi cintura, me pega a él y acerca sus labios a mi oído.

—Has tardado bastante en decidirte…

—¿Qué estás haciendo? —le susurro a mi vez.

—Sigue mirando. Y creo que no está muy convencida. —Sus ojos se clavan en los míos y luego descienden hasta mi boca. Una sonrisa pícara se dibuja en sus labios—. ¿Sí o no, mariposa?

El corazón me late con fuerza contra mi caja torácica. Puedo hacerlo. Puedo besar a Tate por las apariencias y no sentir nada. Sé que él tampoco va a sentirlo, al fin y al cabo.

Trago saliva con dificultad.

—Sí —murmuro, haciendo todo lo posible por ignorar el cosquilleo que se ha despertado en mi vientre. Son los nervios, no la anticipación.

Tate no duda un segundo: agacha la cabeza y roza mis labios con los suyos. Al principio, creo que eso es todo lo que va a pasar, pero debería haber sabido

que un hombre como Tate nunca deja las cosas a medias. Me sujeta la barbilla y siento sus dedos cálidos contra mi piel. Y luego vuelve a besarme con más ganas.

Por puro instinto, cierro los ojos y me entrego a él. Desliza la lengua en mi boca y, al instante, el beso se vuelve más intenso, más ávido. Un cosquilleo me recorre la piel y el ruido del salón de baile a nuestro alrededor se desvanece cuando respondo a su beso. Se me acelera el pulso se acelera y apenas puedo reprimir un gemido cuando sus dientes tiran de mi labio inferior y su lengua se adentra más profundamente. Me mantiene pegada a él con una mano y desliza la otra hacia atrás para rodearme el cuello, y yo aprieto los muslos mientras mi interior se contrae como respuesta.

Esa reacción involuntaria me saca de la neblina en la que me había sumergido. He perdido por completo la noción de dónde estoy y de qué se supone que debo hacer. Me aparto, tratando de no dejar que se note mi vergüenza. Porque, una vez más, me he dejado llevar por la farsa. Pero cuando intento alejarme, Tate me abraza con más fuerza. Mira hacia atrás, hacia Amy, que, por razones desconocidas, sigue allí plantada.

—Como puedes ver, me cuesta mucho mantener las manos apartadas de mi novia —comenta Tate.

—Sí, bueno, qué… bonito. —Tiene los labios fruncidos y está claramente incómoda. Tras un comentario poco entusiasta sobre que espera vernos pronto a los dos, se marcha a toda prisa.

Sin embargo, enseguida la sustituye otra persona, así que no tengo tiempo de pensar en el beso y en cómo me ha afectado. O quizá no quiero pensar demasiado en ello. Tate mantiene el brazo alrededor de mi cintura, y me acostumbro tanto a tenerlo ahí que incluso empiezo a disfrutar de su peso. Después de una deliciosa cena, en la que charlo con Delilah y tengo una conversación sorprendentemente agradable con Tate y sus hermanos, pasamos más tiempo socializando. El brazo de Tate vuelve a rodearme, y me doy cuenta de que me relajo entre sus brazos con demasiada facilidad.

Por fin termina la noche. Nos despedimos de los hermanos de Tate y a Delilah, pero él no se molesta en buscar a su madre antes de irnos. Solo cuando estamos a salvo en su limusina, lejos de la música, el vino y la gente, ya no puedo evitar pensar en sus labios sobre los míos.

Por alguna razón, esperaba que este papel consistiera principalmente en que Tate me presentara y le dijera a la gente que soy su novia, con algún que otro

abrazo casto o un beso en la mejilla para que resultara convincente. No esperaba que se esforzara tanto por hacer que nuestra relación pareciera real. Y definitivamente no esperaba encontrar tan abrumador ser el centro de su atención de esa manera.

Ahora, mientras estamos sentados en la parte trasera del coche, tengo que luchar contra la preocupación que se va apoderando de mí. Se suponía que fingir ser la novia de Tate iba a ser fácil. La opinión que me formé de él hace años hace años debería haber garantizado que no hubiera posibilidad de desarrollar un sentimiento reales. Pero a pesar del poco tiempo que hemos pasado juntos, esa opinión ya está cambiando. Puede que sea un *playboy,* pero al parecer, ni siquiera yo soy inmune a su encanto cuando lo despliega ante mí.

El trayecto a casa transcurre en silencio. Él está tan perdido en sus pensamientos como yo en los míos, y ese silencio no me molesta: me he pasado casi toda la noche charlando de trivialidades, así que es un descanso bienvenido. Aunque me provoca cierta curiosidad saber qué es lo que ocupa los pensamientos de Tate. Podría preguntárselo, pero no estoy segura de querer saberlo. Quizá no he sido tan buena interpretando el papel de su novia como él esperaba. Quizá esté deseando haber elegido a otra persona. O quizá no esté pensando en mí en absoluto. Es muy posible que su mente esté centrada en su trabajo, después de lo mucho que se ha mencionado esta noche.

Jeremy se detiene frente a mi edificio y, un momento después, me abre la puerta del coche. Al salir a la acera, me giro hacia Tate para despedirme, solo para descubrir que ya está saliendo detrás de mí.

—No tienes por qué bajarte —le digo.

—¿Qué clase de novio sería si te dejara tirada en la cuneta?

Se me escapa una risita.

—¿Uno falso?

Se acerca y su gran corpulencia me abruma y me obliga a levantar la vista hacia él.

—No me importa si esto es falso o no. Aceptaste ser mi novia, así que te trataré como lo haría si fueras mía de verdad.

Trago saliva para humedecerme la garganta seca. No es la primera vez que utiliza la palabra «mía», y debería odiarlo mucho más de lo que lo hago.

Sacudiendo la cabeza, hago un último esfuerzo por resistirme.

—No hace falta que…

Me pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja, interrumpiéndome a

mitad de la frase, y me acaricia la nuca.

—No discutas conmigo, mariposa. Va a pasar de una forma u otra. O vamos juntos como una pareja civilizada, o te echaré sobre mi hombro y te llevaré hasta la puerta. —Se aparta, con ese brillo diabólico bailando en sus ojos—. Para ser sincero, no estoy muy seguro de qué opción prefiero.

Me lo tomaría a broma si no creyera que Tate haría exactamente lo que acaba de describir sin pensárselo dos veces.

Decidida a ahorrar fuerzas para otra batalla que seguro que tendré que librar contra él, doy un paso atrás y saco las llaves del bolso.

—Vamos, entonces, Príncipe Azul. Acompáñame a casa sana y salva.

En silencio, subimos las escaleras hasta el tercer piso. Abro la puerta, entro y me vuelvo para mirarlo, y mi pulso se acelera de inmediato. Dios, es guapísimo. Se ha soltado la pajarita en el coche, y la forma en que le cuelga holgada alrededor del cuello es innegablemente sexy. Como si estuviera en medio de un *striptease* y fuera quitándose las prendas una a una. Como si su siguiente movimiento fuera llevarme a la cama y poseerme.

Un hombre como Tate probablemente ni siquiera llegaría al dormitorio.

Esa idea hace que el deseo corra por mis venas. Solo me queda confiar en que no se dé cuenta de por dónde van mis pensamientos.

—Supongo que no esperarás que mi papel de novia falsa llegue hasta el punto de invitarte a pasar a tomar una copa.

Apoya el hombro contra el marco de la puerta, con una sonrisa burlona en los labios.

—Si fuera a insistir en vivir la experiencia completa como novio, no sería por una copa por lo que entraría.

Una lenta oleada de calor me recorre el cuerpo, dejando mi piel enrojecida a su paso.

—Bueno, ya que la experiencia completa de novio no está sobre la mesa, supongo que aquí es donde nos decimos buenas noches.

Se endereza, imperturbable.

—Supongo que sí. —Da un paso adelante y clava la vista en mi rostro con demasiada intensidad—. Gracias por esta noche, Violet. Su voz se vuelve más grave—. Has estado muy… convincente.

La forma en que me mira me resulta demasiado real. Hace mucho tiempo que la atención de un hombre no me hacía sentir un cosquilleo en la piel y en el vientre. Y todo eso está fuera de lugar en esta situación.

—¿Me llamarás cuando me vuelvas a necesitarme? —Mi voz entrecortada hace que mis palabras suenen demasiado sugerentes.

En lugar de burlarse de mí por ello, su mirada se posa en mis labios. Por voluntad propia, mi lengua se asoma y los humedece.

Sus ojos se oscurecen hasta convertirse en bronce fundido. ¿Quiere besarme de nuevo? ¿Quiero yo que lo haga?

Quizá sea por todo el vino que he tomado esta noche, pero la línea entre lo que es real y lo que es falso se está difuminando rápidamente en mi cabeza, y no puedo arriesgarme a eso. Se supone que lo que estamos haciendo es seguro, precisamente, porque nunca podría confundirlo con la realidad.

Así que respiro temblorosamente y doy un paso atrás, rompiendo la tensión que surge entre nosotros.

Tate se pasa una mano por la boca, la baja y sonríe.

—Sin duda, te lo haré saber cuando te necesite. Y cuando lo haga, no tengo ninguna duda de que vendrás. —Me quedo boquiabierta ante su evidente insinuación. Antes de que pueda pensar en una réplica, él da un paso atrás—. Después de todo, ese es el trato, ¿no? Vienes cuando te necesito. Para hacer de mi novia, claro.

Niego con la cabeza y reprimo una sonrisa. Estoy sacando conclusiones precipitadas del comportamiento de Tate. Solo está siendo el típico Tate, coqueteando, como siempre. No sé si me siento aliviada o desanimada al darme cuenta de que solo está bromeando, pero sí sé cuál de las dos cosas debería sentir. Agarro el pomo de la puerta.

—Buenas noches, Tate.

Agacha un poco la cabeza y me mira de soslayo.

—Buenas noches, Violet.

Casi a regañadientes, cierro la puerta y apoyo la frente contra la suave madera. Tengo la horrible sensación de que mantener esto en el ámbito profesional podría ser más difícil de lo que pensaba.

20

VIOLET

—Ahora, chicas, pasad a la postura del perro boca abajo.

Con un bufido, obligo a mi cuerpo a rendirse a la orden de la instructora. ¿Por qué he dejado que Anna me convenciera para ir a una sesión de yoga a primera hora de la mañana? Hace tanto tiempo que no tengo ni el tiempo ni la motivación necesarios para hacer ejercicio, y mi cuerpo se está rebelando. Solo espero que lo agradezca cuando termine la tortura.

—¿Lo besaste? —me susurra Anna, doblada por la mitad sin esfuerzo.

Una gota de sudor me resbala por la sien.

—Tenía que hacer que fuera creíble.

—¿Y no tuvo nada que ver con que esa tal Amy le tirara los tejos a tu chico?

Intento mirarla con ira, pero mis brazos temblorosos casi me fallan y rápidamente me concentro de nuevo en mi cuerpo inestable.

—No es mi chico.

Menos mal que a continuación la instructora nos guía a través de una sesión de enfriamiento. Cuando terminamos estoy tumbada boca arriba en mi esterilla en la postura de *savasana*.

—Tú lo sabes, y él lo sabe, pero ella no lo sabía —susurra Anna—. Lo que significa que fue totalmente irrespetuosa.

Suspiro.

—Sí que lo fue…

La instructora nos hace callar, y rápidamente cerramos los ojos y nos relajamos durante los siguientes minutos. Pero si pensaba que la conversación había terminado, me equivocaba.

—¿Cuándo vas a volver a verlo? —pregunta Anna en cuanto la instructora nos da permiso con un «Namasté» a modo de despedida.

Me seco el sudor de la frente con la toalla y me levanto con esfuerzo.

—No estoy segura. Dijo que ya me avisaría.

—Casi pareces… decepcionada.

—¿Qué? No. Solo me gustaría que hubiera más certeza, ¿sabes? Para no estar esperando una llamada y dejando mi vida social en suspenso.

—Vi, te quiero, pero tu vida social es un asco. No me alcanzo a imaginar que tengas que preocuparte por cancelar algún plan importante cuando te llame.

Tiene razón. Y esa mirada de satisfacción que me está dedicado dice que lo sabe.

—Vale. —Más vale que lo admita. Al final, me lo sacará de todas formas—. Quizá estoy un poquito decepcionada. Anoche lo disfruté más de lo que esperaba. —La sonrisa de Anna es un poco demasiado amplia, y sé lo que eso significa—. No te emociones. Siguen siendo solo negocios.

—¿Por qué no puede ser un negocio con derecho a roce? Si tuviera la suerte de fingir que salgo con un multimillonario guapísimo, aprovecharía todas las ventajas.

Reprimo esa minúscula e irracional bolita de celos que rebota en mi pecho al imaginarme a Anna en mi lugar. Probablemente Tate habría estado más acertado si le hubiera ofrecido ese acuerdo a ella. No solo habría sido capaz de desempeñar el papel mejor que yo, sino que también le habría dado mucha guerra en el terreno de la seducción. Pero no me gusta demasiado imaginarme sus labios sobre los de ella, tal y como estuvieron sobre los míos anoche. Ni ese «derecho a roce» del que podrían aprovecharse.

—Seducción es, básicamente, el segundo nombre de Tate —murmuro—. Le sale tan natural como respirar. Lo último que quiero es llegar a conectar con él para que al final se marche.

Se le forma un pliegue entre las cejas mientras me mira.

—Quizá no se marcharía.

Me río y sacudo la cabeza.

—Tate se ha pasado toda su vida adulta alejándose de las mujeres. Puedo garantizarte que esta ocasión no va a ser diferente en lo más mínimo. Si me comporto con él de modo algo menos que profesional, a la larga me va a hacer daño, sin duda.

—Mmm. Puede que tengas razón. —Asiento, satisfecha de que ella comprenda mi punto de vista—. Pero… —Esa simple palabra me hace fruncir el ceño—. Vi cómo se comportó contigo en el Onyx. Las dos noches. Y, no sé, esa clase de reacción es lo contrario de lo que esperaría de un *playboy*.

Pongo los ojos en blanco, intentando parecer despreocupada, aunque se me hace un nudo en el estómago.

—¿Tú de qué lado estás?

Ladea la cabeza, con una sonrisa burlona en los labios.

—No sabía que tenía que elegir un bando. Pero ahora que lo sé, obviamente, elijo el tuyo.

—Bien.

—Aunque —dice, ampliando su sonrisa— he oído que el equipo «La cabra no siempre tira al monte» tiene cada vez más seguidores.

Le lanzo la toalla al pecho y reprimo una risita.

—Los hombres como Tate siempre tiran al monte. No tienen ningún motivo para no hacerlo.

—Vale. —Levanta las manos, con un gesto con el que finalmente reconoce la derrota—. Pero la próxima vez que salgas, quiero que me cuentes todos los jugosos detalles a primera hora del día siguiente.

—Te llamaré, pero te garantizo que los detalles serán más insulsos que ese pastel de chocolate que hiciste y del que nunca hablamos.

Se queda boquiabierta.

—Has roto la regla —susurra, fingiendo horror.

Sonrío con aire burlón.

—Eso te enseñará lo que ocurre si te planteas cambiar de bando.

Ella se ríe entre dientes, pero la diversión en su expresión se desvanece rápidamente.

—Mira, cariño, sé que no eres la mayor fan de Tate. Pero no dejes que eso te impida disfrutar de esta situación. Estás saliendo con un multimillonario. Un multimillonario guapo. Un multimillonario guapísimo que, durante los próximos meses, va a fingir estar loco por ti. Entiendo que no quieras meter en esto tus sentimientos, pero no hay nada que te impida divertirte mientras tanto.

Me muerdo el labio inferior. Tiene razón. Acepté el acuerdo y más vale que me relaje y lo disfrute.

—Vale. A partir de ahora, me voy a divertir siendo la falsa novia de Tate King. Disfrutaré de algunas de las ventajas. —Ignoro el puchero de Anna—.Y por muy encantador y coqueto que sea, no dejaré que me afecte.

Anna sonríe.

—Exacto. Relájate y diviértete mientras Tate King te invita a cenar y te agasaja durante los próximos meses.

Mi mente regresa a la noche anterior, cuando me dijo que había desarrollado

habilidades mucho más placenteras que agasajar a las mujeres. No hay duda de que lleva razón, pero tengo la inquietante sensación de que, si se lo propone, podría acabar siendo bueno en todo.

Lo que significa que debo tener aún más cuidado de no enamorarme de él.

21

TATE

—¿Señor King? ¿Tate?

Alzo la vista y, me doy cuenta de que la mitad de la sala de reuniones me está mirando. Maldita sea.

—Disculpen, me he distraído. ¿Podrían repetir eso último?

Intento concentrarme en lo que está diciendo Rebecca, mi jefa de marketing. Nos está poniendo al día sobre las visitas con realidad virtual que estamos diseñando a partir de las representaciones en 3D que hemos recibido del equipo de arquitectura.

—Todavía estamos trabajando en algunos fallos, pero deberían estar listas para la ceremonia de inauguración.

—Gracias, Rebecca. Avísame si surge algún otro problema. —Echo un vistazo al equipo reunido alrededor de la mesa de conferencias—. Si eso es todo, daremos por terminada la reunión. Gracias a todos.

Se oyen los murmullos habituales y el ruido de las sillas al apartarse, pero yo me quedo sentado. Normalmente, sería el primero en salir por la puerta, ya que soy de los que les gusta estar siempre en movimiento. Pero hoy parece ser la excepción.

Espero a que se vayan todos los demás y entonces, tras echar un vistazo a mi reloj, me levanto por fin de mi asiento y salgo.

Cole me alcanza mientras voy a zancadas por el pasillo.

—¿Quieres venir a comer conmigo? —me pregunta.

Normalmente, diría que sí. Ha sido bonito volver a conocer a mi hermano después de años de casi distanciamiento. Pero hoy tengo algo más importante que hacer.

—¿Lo dejamos para otra ocasión?

—Por supuesto —acepta—. O podemos tomar algo después del trabajo.

—Estupendo. Te aviso cuando termine la jornada.

Asiente y se va a su despacho; yo sigo hacia el ascensor, llamando a Jeremy

por el camino.

—¿Adónde vamos, señor King? —pregunta una vez que me he sentado en la parte trasera del coche.

Le digo adónde quiero que me lleve y él asiente. Una vez que nos dirigimos hacia True Brew, me recuesto contra el cuero. No tenía pensado visitar a Violet en el trabajo, pero como hizo un trabajo tan bueno en la gala del sábado, he decidido acercarme a ver si puedo darle algunos consejos de marketing para su cafetería.

Aunque quizá esa sea solo la excusa que me estoy poniendo para volver a verla.

El sábado por la noche me lo pasé mejor que nunca en un evento así. De hecho, fue tan agradable que no quería que acabara. Después de ese beso, el que me hizo desear que estuviéramos en otro lugar —en algún sitio sin testigos—, me costó mucho pensar en otra cosa que no fuera volver a hacerlo. Durante el resto de la noche, la mantuve pegada a mí, muy consciente de las miradas lascivas que despertaba.

Teniendo en cuenta que nuestra relación no es real, no debería haberme molestado que ella llamara tanto la atención. De hecho, debería haberme alegrado. Al fin y al cabo, el objetivo de lo que estamos haciendo es llamar la atención sobre mi nueva forma de comportarme y ¿qué mejor manera que llevar a una mujer hermosa del brazo?

Pero, en cambio, me pasé toda la noche deseando poder tenerla solo para mí. El impulso de llevarla a algún lugar privado y saborearla de nuevo fue difícil de resistir, pero, por suerte, fui capaz de hacerlo. Dudo que ese sea un límite que ella quiera cruzar.

Desde luego, es uno que yo tampoco debería querer cruzar.

Veinte minutos más tarde, Jeremy se detiene justo al final de la calle de la cafetería. No salgo del coche de inmediato, dándome un minuto para contemplar el escaparate. Lo que veo me hace sonreír. Desde la última vez que estuve allí, Violet ha hecho algunos cambios. Hay una pizarra en la entrada, decorada con el dibujo de una taza humeante de café y un par de pasteles. En ella figuran las ofertas semanales y, en la parte inferior, el nombre de la cuenta de la cafetería en las redes sociales. Tomo nota mentalmente para seguirla.

Además, ha sustituido la letra anticuada del letrero con el nombre del local por una reluciente cursiva que encaja mucho más con su personalidad que la anterior.

—¿Quieres un café? —le pregunto a Jeremy.

Me sonríe por encima del hombro.

—No le diría que no a uno.

Al acercarnos a la cafetería hecho un vistazo a través de las ventanas. A pesar de los cambios que ha hecho Violet, el local sigue estando casi vacío. Violet y Jarrod están muy juntos frente a la antigua máquina de café expreso y una punzada de irritación me atraviesa el pecho cuando él le pone la mano en la espalda y la acaricia como si quisiera tranquilizarla. ¿Le ha dicho ella que tiene novio?

La campana tintinea cuando empujo la puerta para abrirla. Violet mira por encima del hombro y una mueca de sorpresa le cruza el rostro al verme. No tarda en convertirse en una sonrisa, pero estoy demasiado lejos para saber si le llega a los ojos.

—Siéntate —le digo a Jeremy, aunque no aparto la mirada de Violet.

Ella se vuelve hacia Jarrod, y él también me mira, arqueando las cejas. Le dedico una sonrisa acerada y, por la forma en que retira la mano de donde aún descansaba, sobre su espalda, puedo decir que ha captado el mensaje alto y claro que le he enviado.

Violet le aprieta el brazo y luego se dirige hacia mí. Lleva el cabello castaño miel recogido en una coleta y la camiseta sin mangas negra se ciñe sobre el contorno de sus pechos turgentes; sus piernas bronceadas parecen increíblemente largas bajo esos pantalones vaqueros cortos y el delantal.

Tiene un aspecto fresco y está preciosa, y no puedo apartar la vista de ella, ni siquiera cuando noto la mirada escrutadora de Jarrod.

La pregunta de si él sabe lo nuestro late con demasiada urgencia en mis venas.

¿Qué va a hacer cuando llegue a mi lado? ¿Me dará un abrazo? ¿Un beso? ¿O mantendrá las distancias? Unos celos desconocidos y completamente irracionales arden en mi interior, y no tengo ni idea de cómo controlarlos. Por otra parte, ¿debería hacerlo? Para todos los que están en esta sala, ella es mi novia. ¿Por qué no iba a querer que supieran que es mía?

Como siempre, una vez que tomo una decisión, no me lo replanteo. En el momento en que llega a mi lado, y antes de que tenga oportunidad de hablar, paso mis dedos alrededor de su nuca.

—¿Sí o no? —le pregunto con un tono tan bajo que solo ella puede oírme.

Frunce el ceño, pero su confusión se ve rápidamente sustituida por un

destello de comprensión.

—Eeeh… —Veo el movimiento en su cuello cuando traga saliva—. Sí, pero…

Es todo lo que necesito oír antes de apoderarme de su boca. Sus labios se separan en un jadeo y aprovecho la oportunidad para deslizar mi lengua en su interior. Sabe dulce, como si hubiera estado probando los pasteles del escaparate, salvo que ha sabido igual de deliciosa cada vez que la he besado. Es algo suyo, y joder, qué adictivo resulta. Qué adictiva resulta.

Al principio se muestra reticente, pero luego se vuelve dócil, y su lengua se une a la mía. Sé que lo que le he pedido —lo que le estoy haciendo— es inapropiado en su lugar de trabajo. Y quizá si hubiera más clientes en la cafetería, no lo habría hecho. O quizá eso sea mentira y no me habría importado quién estuviera aquí para verme besarla.

Me aparto antes de lo que deseo, dejándola sin aliento frente a mí, con sus labios, ya de por sí carnosos, hinchados por el roce de los míos.

Aturdida, recorre con sus dedos las huellas de cómo la he hecho mía. No es hasta que un par de chicas sentadas en una mesita al fondo nos dedican un aplauso cuando se sobresalta y vuelve a enfocar la mirada. Como si de repente recordara dónde estamos, echa un vistazo a su alrededor; cuando llega a las chicas, una de ellas suelta un grito de alegría.

—¡Vamos, chica! —exclama.

No me molesto en volverme hacia Jarrod. Si antes no sabía que estábamos juntos, ahora ya lo sabe. Como un imán, mi mano encuentra la parte baja de la espalda de Violet mientras la acompaño hacia la barra.

—Jeremy y yo teníamos ganas de un café y hemos pensado en pasar por aquí. —Recuerdo lo que estaba haciendo cuando hemos entrado por la puerta —. ¿Le pasa algo a la máquina?

Ella suspira.

—Está en las últimas. Por suerte, a Jarrod se le da de maravilla mantenerla a flote. Esa será mi primera compra en cuanto… —Sus ojos encuentran los míos, un poco abiertos de más, y sé lo que se ha callado. Está esperando que llegue el dinero de nuestro acuerdo a final de mes. Rodea el mostrador y se apoya en él, ladeando la cabeza, con una expresión de curiosidad y un poco de recelo—. ¿Así que te apetecía un café y has decidido venir a tomarlo aquí?

La miro de arriba abajo, sin molestarme en ocultar mi sonrisa burlona.

—Tenía una razón de peso.

Un ligero rubor tiñe sus mejillas.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es?

—Alguien me dijo que aquí sirven el mejor café de Nueva York. —La forma en que sus hombros se hunden un poco me provoca una oleada de satisfacción. Significa que no es del todo inmune a mí, por mucho que, si se lo echara en cara, lo negara rotundamente—. Y que no sería capaz de quitarle los ojos de encima a que la mujer lo sirve.

Eso dibuja una sutil curva en sus labios.

—¿Te dijo esa persona que la mujer que lo sirve está comprometida?

La miro con el ceño fruncido, fingiendo decepción.

—Qué pena. Esperaba invitarla a salir.

—Entonces, menos mal que te lo he dicho. Así te ahorras la vergüenza de preguntárselo.

Con una risita, doy unos golpecitos con los nudillos contra la mesa de cristal que hay entre nosotros.

—Gracias por el aviso. Parece que su novio es un buen partido. Es obvio que ella está loca por él.

Su respuesta, un gesto de incredulidad, va acompañada de una carcajada.

—Más bien parece que él la está volviendo loca. —Ladea la cabeza—. Pero ahora en serio: ¿qué haces aquí?

—He venido a tomar un café y a ver a mi novia.

Frunce los labios y me examina, con expresión escéptica.

Sonriendo, me echo hacia ella.

—Y he pensado que podríamos trabajar en un par de ideas que tengo sobre el marketing de este lugar. Si quieres…

Su expresión se ilumina.

—Ya he estado pensando en un par de cosas. Tu conversación con tus hermanos el sábado por la noche me inspiró.

—Ah, ¿sí? ¿Tienes tiempo para repasarlas?

—Por supuesto. —Se vuelve hacia Jarrod—. ¿Podrías preparar tres tazas de la nueva mezcla, por favor? —Cuando vuelve a dirigirse a mí, sus ojos brillan de emoción—. Voy a coger mi libreta y ahora mismo vengo.

Saco mi American Express negra y, cuando ella niega con la cabeza, la dejo sobre el mostrador y la deslizo hacia ella.

—Voy a pagar.

Ella pone su dedo sobre ella y la empuja de nuevo hacia mí, con la mirada

clavada en mi rostro y una expresión firme.

—No, de eso nada.

—¿De verdad crees que es buena práctica empresarial rechazar el pago de un cliente? —No debería provocarla, pero no puedo evitarlo. Disfruto demasiado de la emoción que me provoca como para parar.

Ella se echa hacia delante, apoya las manos en la encimera y entrecierra los ojos.

—¿De verdad crees que es buena idea enfadar a tu novia e insultarla en su lugar de trabajo?

Joder. Mi pene se pone al instante en posición de firmes. No sé si es por el fuego que arde en sus ojos o por oír la palabra novia de sus labios con ese tono apasionado. Sea como sea, voy a recompensarla por ello.

Cojo mi tarjeta de crédito del mostrador.

—Tienes razón. Este es tu negocio, y si mi novia quiere invitarme, ¿quién soy yo para discutírselo?

Aprieta los labios para ocultar una sonrisa, pero el hoyuelo en su mejilla la delata.

—Así es. Y no lo olvides.

Desaparece por la puerta que da a la trastienda y me dirijo a una mesa cerca de donde está sentado Jeremy, aunque me aseguro de elegir una que tampoco esté demasiado próxima. Él arquea una ceja oscura hacia mí, y una sonrisa lenta y cómplice se dibuja en su rostro. Lo ignoro. No sabe nada del acuerdo entre Violet y yo, así que probablemente esté encantado con la forma en que mi supuesta novia acaba de ganarme la partida.

Unos minutos más tarde, Violet regresa, con un cuaderno entre las manos. Se sienta frente a mí y lo deja sobre la mesa.

—Probablemente no te hayas dado cuenta, pero he hecho algunos cambios en la fachada de la cafetería.

—Sí que me he dado cuenta. Queda genial. Así va mucho más con tu estilo.

—Yo… Eeeh… —Parece adorablemente nerviosa—. Eeeh, gracias. Debería haberlo hecho antes, pero seguía teniendo el aspecto que recordaba de cuando mi padre estaba aquí. —Traga saliva con dificultad, y se le empañan los ojos—. Creo que quizá he estado frenándome a la hora de hacer cambios porque no quería perder eso.

Sin pensarlo, pongo mi mano sobre la suya, por encima de la mesita.

—Estoy seguro de que tu padre habría querido que hicieras de este lugar tu

hogar.

Ella mira mi mano frunciendo un poco el ceño y luego alza la vista.

—Eso es lo que me he dicho a mí misma. Es solo que a veces cuesta hacer cambios. Es difícil borrar esos recuerdos tan bonitos, ¿sabes? —Retiro la mano con naturalidad. No lo sé. Tengo muy pocos recuerdos entrañables de mi infancia. Jugar con mis hermanos de pequeños, tal vez. Antes de que nos distanciáramos, o antes de que la verdad sobre nuestra familia nos separara por fin. Pero no hace falta que entre en detalles con Violet, así que asiento, animándola a continuar—. Bueno, el caso es que por fin me he armado de valor. Y puede que ahora mismo no lo parezca —dice, observando el espacio casi vacío—, pero ya he notado que hay más clientes nuevos.

—¿En qué otros planes estás trabajando? —Me gusta el entusiasmo que desprende, y me gusta todavía más que estemos hablando con normalidad, sin intentar provocarnos mutuamente.

Por mucho que me divierta cuando ella se enfurece, ver este lado suyo, el lado feliz y emocionado, me reconforta de una forma a la que no estoy acostumbrado. Me gusta que se esté abriendo a mí, confiándome esto que tanto significa para ella.

Nos interrumpe Jarrod, quien, tras dejar el café para Jeremy, coloca dos tazas humeantes sobre nuestra mesa.

—Gracias —dice Violet, sonriéndole.

—De nada. —Él corresponde a su sonrisa con otra, me lanza una mirada indescifrable y luego se marcha.

Le doy un sorbo a la bebida caliente y cierro los ojos con expresión satisfecha. El mal café no es, desde luego, uno de los problemas que tiene este local. Es intenso y vibrante. Posiblemente la taza más perfecta que he probado jamás.

Cuando abro los ojos, ella me está mirando con una sonrisa tímida que, de alguna manera, siento en las entrañas.

—¿Está bueno?

—La hostia de bueno. ¿Quién es tu proveedor? —Quizás pueda conseguir que suministren el café a la cafetería del vestíbulo del King Plaza. Mejor aún, a la que planeamos instalar en Genesis-1.

—Un viejo amigo de mi padre. Él y su mujer se pasan la vida viajando por el mundo y buscando cafés increíbles. Es más caro, pero la gente solía acudir en masa aquí por nuestra variedad de cafés de origen único y mezclas especiales.

—Da unos golpecitos con la uña sobre la mesa—. Solo tengo que recordarles por qué venían y conseguir que otros se interesen en probarnos en lugar de ir a la cadena más cercana. —Suspira—. El coste sí que merma los beneficios. Pero es el alma de este lugar, y no quiero cambiarlo.

—De acuerdo. —Apoyo el antebrazo sobre la mesa, apartando de mi mente los pensamientos sobre su proveedor—. ¿Qué ideas se te han ocurrido para aumentar los beneficios?

Ella abre su cuaderno.

—He actualizado la web y he subido fotos de los cafés y los productos de panadería. También estoy pensando en grabar vídeos para compartirlos en redes. Quizá algo de material sobre lo que hay entre bambalinas; el arte de preparar café, ese tipo de cosas, ya sabes…

—Es una idea inteligente. —Le doy otro sorbo al café y vuelvo a disfrutar de ese sabor intenso—. El contenido visual es una forma estupenda de atraer a la gente. ¿Has pensado en colaborar con *influencers* locales con blogueros gastronómicos? Podrían ayudarte a ampliar tu alcance.

—Esa también es una buena idea. —Se muerde el labio inferior y toma nota de la idea. Vuelvo a degustar el café para no distraerme con su boca. La que acabo de saborear. La que ya estoy pensando en volver a saborear. Lo que estamos hablando es importante para ella, así que tengo que concentrarme—. También he elaborado un programa de fidelización, con premios por niveles para animar a la gente a darnos una oportunidad —continúa—. Una vez que descubran lo bueno que es nuestro café querrán volver, aunque quedemos un poco apartados de su ruta habitual.

—¿A qué incentivos te refieres? Un café gratis por cada diez comprados es lo usual.

Ella asiente.

—Lo es, pero quiero hacer algo diferente. He hecho un estudio de mercado —me dedica una pequeña sonrisa—, centrándome en lo que tienen en común nuestros clientes habituales. Lo que he descubierto es que, aparte de los pocos clientes habituales que quedan, que viven cerca y vienen aquí por su lealtad a la memoria de mi padre, los dos tipos de clientes que nos visitan con asiduidad son los sibaritas, que quieren probar los cafés que tenemos disponibles cada día, y las personas con conciencia medioambiental, que valoran nuestras prácticas sostenibles. Y también están los que harán todo lo posible por apoyar un negocio ecológico y centrado en la comunidad.

No puedo evitar sonreír. Se lo ha pensado bien.

—Entonces, ¿de qué clase de premios estamos hablando?

—Para los que llevan viniendo aquí desde siempre, cada décima taza es gratis, pero para los entendidos, estoy pensando en organizar catas anticipadas de nuestros nuevos cafés en cuanto los recibamos, o pequeños eventos en los que presentemos especialidades de temporada y los nuevos productos de la carta para acompañarlos. Puede ser una recompensa para nuestros clientes habituales y, al mismo tiempo, generar expectación en las redes sociales.

Me rasco la barbilla y asiento. La idea de tiene su mérito, sin duda, porque no hay nada que le guste más a la gente que sentir que tiene acceso exclusivo a algo. Esa exclusividad es precisamente en lo que se centra King Group, así que para mí tiene mucho sentido.

—Eso tiene el potencial de ser muy eficaz. ¿Qué hay del tercer grupo que has identificado, los interesados en vuestro compromiso ecológico?

Pasa una página.

—Siempre que presentemos un nuevo café, lo acompañaremos de una historia: sobre los agricultores, sobre la tierra, sobre los procesos de cosecha y producción, sobre la finca de donde procede y los esfuerzos que hacen que su agricultura sea sostenible. Eso alimentará ese sentimiento de conexión, desde el agricultor que cultivó los granos hasta la persona que disfruta del producto final. A la gente le encanta el aspecto narrativo. Creo que podría recuperar algo de ese sentimiento de comunidad que mi padre cultivó.

Estoy impresionado. Todas estas ideas tienen el potencial de ganar popularidad rápidamente si Violet consigue presentarlas a las personas adecuadas.

—¿Por qué no has puesto en práctica nada de esto todavía? —Es obvio que tiene todo buenas ideas, lo que ocurre es que no las ha llevado a la práctica.

Violet se recuesta en su asiento y se pasa la mano por la frente.

—Sinceramente, no he tenido tiempo, fuerzas ni dinero para hacer nada más que mantenerme a flote durante los cinco últimos meses. El gerente que contratamos tras la muerte de mi padre canceló el acuerdo al que había llegado con José, nuestro proveedor. Cuando me hice cargo del negocio me llevó más de un mes convencerlo de que volviera a incluir True Brew en su lista de clientes. Fue todo un reto. Y no se trataba de que no quisiera ayudarnos, sino de que es un hombre de negocios y no quería arriesgarse a que el acuerdo volviera a fracasar.

Puedo entenderlo, aunque no me guste el estrés que esa negociación debió de suponerle.

—¿Cómo se metió tu padre en este sector, por cierto?

Frunce el ceño y me mira con cierto escepticismo. Como si no estuviera segura de que de verdad me interese la historia. Esa duda me molesta. Me interesa ella, y no solo por este acuerdo. Quiero saber qué la ha convertido en la mujer que es hoy. Quiero saber qué la hace sonreír y qué la entristece. Durante toda mi vida adulta, he tenido la costumbre de evitar esas cosas con las mujeres. Pero, al parecer, eso no se aplica en el caso de Violet.

Al cabo de un momento, su mirada se suaviza y una pequeña sonrisa aparece en su rostro.

—Antes de que conociera a mi madre, mi padre viajaba mucho, sobre todo de mochilero. Le encantaba descubrir nuevos lugares. En uno de sus viajes, pasó un tiempo trabajando en una pequeña plantación familiar de café, en Brasil. Solía decir que fue entonces cuando se enamoró del proceso de preparar café. La selección de los granos, tostarlos para resaltar los sabores…, de cada parte del proceso. Cuando conoció a mi madre y se establecieron para formar una familia, mi padre decidió que quería abrir una cafetería. Y así fue cómo nació True Brew.

Contemplo su rostro, tan intrigado por las diferentes emociones que se reflejan en él mientras habla —felicidad, nostalgia, un toque de tristeza— como por lo que me está contando.

—Investigó y estudió la industria del café descubrió cómo las pequeñas fincas, como aquella en la que había trabajado, estaban siendo desplazadas por las grandes explotaciones comerciales, la clase de negocios que trata injustamente a sus trabajadores y destruye el medio ambiente. Quería llegar a acuerdos con los agricultores que cuidaban de sus trabajadores y de la tierra, así que localizó a los proveedores que se abastecen específicamente de esas plantaciones, y así fue como él y José se conocieron. Su sueño era educar a los clientes sobre la importancia de la sostenibilidad en la producción de café al tiempo que ofrecía un producto de sabor fantástico. Y eso fue precisamente lo que hizo.

—Parecía un hombre increíble. —No me extraña que Mark y Violet sean tan sinceros y trabajadores.

—Lo era. —Su sonrisa es cálida, aunque un poco triste—. Puso todo su corazón en True Brew. Cuando mi madre murió, mi padre tenía que hacer

malabarismos con muchas cosas, pero siempre sacaba tiempo para nosotros.

Esa confesión me deja un sabor agridulce. Es difícil no comparar su relación con sus padres con la que tengo yo. Ojalá no hubiera perdido a sus padres, pero me alegro de que sepa lo que es sentirse querida.

—Tuvisteis suerte de teneros los unos a los otros.

—Sí, la tuvimos. —Traga saliva y su voz se vuelve ronca—. Perder a mi padre fue un golpe muy duro. Ojalá hubiera venido antes. Ojalá hubiera cuidado mejor de este lugar, pero… —Respira con dificultad y baja la vista hacia su libreta.

—¿Cuántos años tenías? ¿Veintitrés? Hacerte cargo de un negocio cuando acababas de perder a tu padre y cuando aún estabas buscando tu lugar en el mundo debió de ser increíblemente difícil. No te castigues, Violet. Ahora estás aquí, dándolo todo. Eso es lo único que importa.

Levanta la cabeza para mirarme, con los ojos un poco húmedos, con una expresión tan abierta y vulnerable que casi me hace desear que lo que estamos haciendo fuera real. Ojalá pudiera sentarla en mi regazo, besarla y aliviar sus penas, pero eso es lo último que ella querría de mí, así que le doy otro sorbo a mi café para ahogar ese impulso.

—Gracias, Tate —dice ella en voz baja. Luego, tras inspirar hondo, coge el bolígrafo y sonríe con un entusiasmo un poco excesivo—. Supongo que nos hemos desviado un poco del tema. Sé que estás ocupado, así que, dime, ¿qué no estoy teniendo en cuenta?

Tiene razón, me estoy distrayendo y tengo que regresar a la oficina. Carraspeo, me enderezo un poco y me obligo a centrarme en por qué vine aquí en primer lugar. Durante unos minutos más, le explico un par de ideas que creo que vale la pena probar. Cosas como aprovechar las redes sociales para hacer campañas y añadir una vista interior de la cafetería en Google Maps para atraer a gente que esté buscando un nuevo lugar que visitar.

Violet toma nota de mis sugerencias mientras termino el café. Al dejar la taza, veo a Jarrod. Está en la barra, riendo con un cliente mientras le toma nota. Tengo que irme, pero me cuesta mucho hacerlo. Cuando lo haga, Violet se quedará aquí sola con su barista demasiado tocón. Tampoco es como si eso debiera importarme porque, según nuestro acuerdo, ninguno de los dos puede tener otras relaciones mientras estemos juntos. Y, aparte de eso, no veo ningún interés en sus expresión cuando ella lo mira. Aun así, no me gusta la idea de que, mientras ella está aquí, sea él quien la ayude a llevar el local. Él es su

hombro en el que apoyarse.

Por primera vez en mi vida, me planteo cómo sería ser el hombro en el que alguien se apoyara.

¿Cómo sería si yo fuera el de Violet?

22

VIOLET

—¡¿Lo has vuelto a besar?! —exclama Anna.

Tengo el teléfono pegado a la oreja y voy a toda prisa por la calle hacia True Brew. Ya debería estar allí.

Probablemente Jarrod ya haya empezado con los preparativos para abrir el local, pero yo también debería estar allí. No me gusta llegar tarde en ninguna circunstancia, y ahora que estamos teniendo un poco más de tráfico de clientes durante la hora punta de la mañana, odio la idea de perder a alguno porque no he sido capaz de ponerme las pilas esta mañana. La culpa de que me pasara horas dando vueltas en la cama la ha tenido ese puñetero beso.

—Tiene que resultar creíble —repito lo que le dije la última vez.

—¿Y una sesión de besos apasionados en medio de tu cafetería es lo que va a convencer a la gente?

Un pequeño escalofrío de excitación me recorre la espalda al recordarlo, pero ignoro la reacción equivocada de mi cuerpo.

—No sabía que iba a acabar así.

—¿Pero no lo detuviste?

Carraspeo.

—Puede que me dejara llevar un poco.

Anna se echa a reír.

—¿Tan bueno fue?

Le respondo con un murmullo evasivo, esperando que no insista en ello. No debería perder el sueño por Tate. Por otra parte, el Tate con el que imaginaba que tendría una relación falsa no es el Tate que está mostrándose ante mí. Sí, sigue siendo arrogante, y esa sonrisa burlona suya sigue sacándome de quicio, pero luego están las otras cosas, como su amabilidad y sus palabras sinceras, que hacen que mi corazón se acelere.

Y ese beso de ayer… Dios, no debería haber dejado que me besara así en medio de True Brew. Pero la forma en que me miraba, como si me deseara,

como si quisiera reclamarme, me hizo imposible mantener la cabeza fría. Y maldita sea, en ese momento, yo también quería que me reclamara.

Pero ahora mismo no puedo seguir profundizando en eso con Anna. Tengo que centrarme en el trabajo.

—Ya casi estoy en la cafetería —digo. Hay una furgoneta de reparto desconocida aparcada en la zona de carga frente al local, y esa visión me deja clavada en el sitio. Jarrod está allí, tal y como sabía que estaría, y está hablando con el repartidor, gesticulando ampliamente—. Tengo que dejarte —le digo a Anna—. Te llamaré más tarde. —Después de colgar, me acerco a la cafetería —. ¿Qué está pasando aquí?

Los dos hombres se vuelven hacia mí.

—¿Es usted Violet Sinclair? —pregunta el repartidor.

—Sí.

—Tengo un envío para usted. —Me tiende una carpeta con un portapapeles —. Solo tiene que firmar aquí.

Miro hacia Jarrod, pero él solo se encoge de hombros.

Después de firmar, el hombre da la vuelta a la parte trasera del camión y regresa con una caja grande en un carrito.

Cuando se aproxima veo el nombre que hay en la caja y me da un vuelco el corazón.

—¿Has pedido una nueva máquina de café? —le pregunto a Jarrod. Mierda. La necesitamos, pero no tiene autoridad para tomar una decisión así. Y no podemos permitírnosla.

—No. Pensaba que habías sido tú…

—No.

—¿La dejo aquí dentro? —El repartidor se dirige hacia la puerta de la cafetería. Asiento, le abro la puerta, que está sin llave, y lo sigo al interior. Deja la caja detrás del mostrador y luego se sacude el polvo de los pantalones—. ¿Quiere que se la instale?

—Eeeh… Deme un momento, por favor. —Me rasco la frente, examino la caja y la abro. Efectivamente, dentro hay una máquina de café industrial de gama alta, completamente nueva. Solo conozco a una persona capaz de hacer algo así, pero ¿por qué? Mi primer pago del acuerdo está previsto para finales de mes, y con eso podría habérmela comprado yo misma. Una como esta no, claro, porque he consultado el precio de las máquinas más de una vez, y esta en concreto debe de valer al menos quince mil dólares. Me vuelvo hacia el

repartidor—. Lo siento, ¿puede esperar un minuto más? —Cuando asiente, me alejo unos pasos y marco el número de Tate.

Contesta al segundo tono.

—Qué agradable sorpresa.

A pesar de sus palabras, no parece en absoluto sorprendido de que lo llame.

—¿Has comprado una nueva máquina de café expreso para la cafetería?

—Sí.

Bajo la voz y me alejo más de Jarrod y del repartidor.

—¿Por qué? No hacía falta. Ya me estás pagando por mi trabajo.

—Tenías problemas con la antigua. Y no quería que tuvieras que esperar. Así, Jarrod no tendrá que pasarse el día arreglando la máquina.

Frunzo el ceño, sorprendida de que incluso recuerde el nombre de Jarrod y del hecho de que siempre está arreglándola.

—Te agradezco el gesto, Tate, pero…

—No es un gesto, es un regalo. Uno que le hago a mi novia falsa por ser tan creíble. Considéralo un extra.

—Te lo devolveré cuando llegue el primer pago de. Yo…

—No me vas a devolver el dinero. Y le he dicho a la empresa que no acepte devoluciones, así que, si no la quieres, tendrás que encontrar alguna forma de deshacerte de ella tú misma.

Su tono es ahora de pura satisfacción. Pongo los ojos en blanco y suspiro, aunque no estoy tan molesta como debería. Puede que incluso me sienta… conmovida de que se haya preocupado lo suficiente por mi negocio como para echarme una mano. Aunque una máquina de café de quince mil dólares sea un poco excesiva para mi pequeña cafetería.

—Bueno, gracias. Jarrod y yo te lo agradecemos.

El ruido que hace como respuesta casi suena como un gruñido.

—Voy a aclararte algo, Violet: me da igual que me lo agradezca Jarrod. Solo me importa que me lo agradezcas tú.

Aunque no debería ser así, esas palabras provocan un cálido cosquilleo en el pecho. Uno que me dice que estoy interpretando su comentario como no debería.

—De acuerdo. Te lo agradezco —musito.

—Bien. —Su voz se vuelve más grave—. Puedes demostrarme cuánto el viernes por la noche. —Una visión repentina me asalta y se me corta la respiración. Es una visión en la que Tate me obliga a demostrarle mi

agradecimiento de formas que, sin duda, debería tomarme como una ofensa, pero, a juzgar por la reacción de mi cuerpo ante lo que estoy imaginando, parece que no es así. A juzgar por la risita que se oye al otro lado del teléfono, mi silencio debe de ser revelador—. Aunque hay un montón de formas agradables de darme las gracias, lo único que te pido es que vengas a cenar conmigo al Trio's el viernes por la noche.

Pongo cara de enfado. Al parecer, puede leerme como un libro abierto, incluso por teléfono.

—Ya sabía que te referías a algo así.

—Por supuesto que lo sabías. Entonces, ¿estás libre?

Desesperada por recuperar el equilibrio mental y emocional, hago que mi voz suene lo más indiferente posible.

—Tendré que mirar mi agenda.

—Violet…

Ay. Ay, vaya. La firmeza en su voz al decir mi nombre me provoca un estremecimiento involuntario. Menos mal que no está aquí para verlo.

—Vale. Sí. Supongo que tiene sentido que nos vean en entornos más íntimos, además de en grandes eventos, para que nuestra relación como pareja resulte creíble.

—Exactamente —dice con suavidad.

—Entonces, sí, estoy disponible. —Cuando terminamos la llamada, me vuelvo hacia Jarrod y el repartidor—. Gracias por esperar. Y sí, sería estupendo que la instalase.

Él asiente y se pone manos a la obra mientras Jarrod llega junto a mí, con el ceño fruncido.

—¿Has averiguado de dónde venía?

—Ha sido Tate.

Detrás de Jarrod, el repartidor conecta rápidamente la máquina.

Jarrod arquea las cejas.

—Tu nuevo novio sí que sabe cómo causar sensación.

—Solo intenta ayudar. Se dio cuenta de que el otro día teníamos problemas con la máquina y no quería que estuviéramos encargándonos todo el tiempo de arreglarla.

—Apuesto a que era eso lo que lo preocupaba… —murmura Jarrod.

Me vuelvo hacia él.

—¿Qué quieres decir?

Niega con la cabeza, con una sonrisa asomando en las comisuras de sus labios.

—Nada. Pero ya que ahora tenemos una cafetera nuevecita y reluciente, deberíamos practicar con ella preparándonos un café antes de la hora punta.

Sonrío. Se muestra optimista, teniendo en cuenta que la hora punta no es para tanto. Al menos, todavía no. Pero lo será pronto. Lo sé.

23

VIOLET

Anna se deja caer en mi cama con un suspiro.

—Ahora mismo me siento un poco celosa. Llevo años queriendo cenar en Trio's. Siglos.

Agacho la cabeza y me paso las manos por las caderas para estirar el tejido satinado de mi vestido rojo.

—¿Me queda bien?

—Estás fabulosa. Vas a hacer que Tate se quede mudo.

Me río, pero siento una punzada en el corazón.

—Créeme, con todas las mujeres con las que ha estado Tate, lo único con lo que se va a quedar al verme es con la polla flácida.

—Pfff. —Me da un golpecito con el pie, todavía acurrucada en el colchón —. Tate tendría que ser ciego para no ver lo guapísima que estás.

Con cuidado, me agacho y le doy un abrazo, procurando no arrugar el carísimo vestido que acabo de ponerme.

—¿Qué haría yo sin ti?

—No irías a Trio's esta noche, eso seguro.

Se me escapa una carcajada.

—¿Te estás atribuyendo todo el mérito de esto?

Arquea una ceja.

—Por supuesto. Si no te hubiera invitado al Onyx, nada de esto habría pasado. —Su sonrisa burlona se convierte en una más sincera—. Pero en serio, me alegro por ti, Vi. Te mereces que te mimen un poco.

—Gracias. Tengo muchas ganas.

—¿Aunque tu cita sea tu multimillonario menos favorito?

¿Es mi menos favorito? Cuando Tate vino a verme a True Brew, se interesó de verdad por la cafetería y por qué es tan especial para mí. Luego fue y me compró una cafetera. Solo el recuerdo de lo bien que me ha tratado desde que empezamos esta relación falsa hace que una punzada de calidez se extienda

por mi cuerpo.

—Tate no es tan mala compañía.

—Vaya. —Las cejas de Anna se le suben hasta la línea del cabello—. Es un elogio que nunca pensé que te oiría decir. ¿Qué ha pasado con ese Tate King que es un mujeriego? —Repite como un loro las palabras que puede que le dijera, o no, después de aquella segunda noche en el Onyx.

—Bueno, sigue siendo un mujeriego. Pero supongo que quizá haya algo más en él aparte de eso.

—¿Así que estás diciendo que quizá tu opinión esté un poco desfasada?

Frunzo el ceño, pero no puedo mentirle.

—Quizá me he aferrado demasiado tiempo a lo mala que fue la primera impresión que tuve de él.

—Es una posibilidad nada desdeñable. —Su rostro impasible contrasta con la diversión que se nota en su voz. Cojo un cojín de mi cama y se lo lanzo. Ella se agacha, riéndose al ver que no le da. Luego mira su reloj y salta del colchón —. Vale, mejor me voy. Tu guapísimo novio va a llegar pronto.

—Mi guapísimo falso novio —la corrijo, aunque la nerviosa expectación que baila en mi estómago no me parezca tan falsa.

La acompaño a la puerta. Luego, para que esta velada se parezca más a la transacción comercial que es, cojo mi bolso y mis llaves, y salgo de mi apartamento. Con lo rápido que se me acelera el pulso cada vez que pienso en él últimamente, me siento más segura encontrándome con Tate abajo. Me quedo al pie de las escaleras de mi bloque de apartamentos y cojo el móvil para echar un vistazo mientras espero.

Acabo de abrir la cuenta de Instagram de True Brew cuando la limusina negra de Tate se detiene frente a mí. Guardo el móvil en mi bolso de mano y me dirijo hacia él. Tate ya ha salido del coche antes de que Jeremy haya dado la vuelta al capó.

Va hacia mí con paso firme.

—¿Por qué estás esperando en la calle?

Lo miro, parpadeando.

—No quería que tuvieras que subir.

Entrelaza sus dedos con los míos, provocándome un pequeño escalofrío en el brazo.

—No me supone ningún problema subir a buscarte, Violet. Está oscuro y este no es el barrio más seguro de la ciudad. —Sin soltarme la mano me lleva

hacia el coche. Por el camino, lucho contra la cálida sensación que se extiende por mi cuerpo. Mi barrio es relativamente seguro, pero aun así, que se preocupe por mi bienestar cuando no hay nada en nuestro acuerdo que diga que tiene que hacerlo es demasiado entrañable.

Para cuando llegamos junto al vehículo, Jeremy ya nos está abriendo la puerta.

—Buenas noches, señora.

—Buenas noches, Jeremy. —Apenas tengo tiempo de sonreírle antes de que Tate me empuje al interior.

Le hago sitio y él se sienta a mi lado. Mientras Jeremy se incorpora al tráfico, Tate me mira con expresión enigmática. Una sonrisa se dibuja en sus labios.

—Estás preciosa.

—Gracias. —Vuelve el cosquilleo en el vientre, y me esfuerzo por ignorarlo. Se trata de Tate. Ser encantador le sale de forma natural. No significa nada.

Aun así, soy consciente de su proximidad durante todo el trayecto hasta el restaurante. Mi intento de charla trivial es mucho más forzado de lo que debería, y la mirada divertida de Tate me dice que sabe por qué. Estoy convencida de que disfruta sabiendo que me desconcierta.

Cuando nos detenemos frente a Trio's, hay una cola de gente esperando para entrar en el restaurante superexclusivo.

—¿Cómo has conseguido una reserva a última hora? —le pregunto.

—Soy uno de sus inversores. Eso me concede algunos privilegios.

—¿Así que inviertes en algo más que en clubes de sexo?

Se ríe con naturalidad.

—Solo he invertido en un club de sexo. Pero tengo varios restaurantes.

—¿A cuál vas más? —La pregunta sale de mi boca antes de que pueda pararme a considerarlo. Parece que lo estuviera interrogando. Como si me interesaran más sus hábitos sexuales de lo que deberían, teniendo en cuenta que no siento ningún interés romántico por él. Como no puedo retirar lo dicho, suavizo mi expresión, con la esperanza de que parezca solo un poco curiosa y nada más.

No tengo tanta suerte. La sonrisa pícara que se dibuja en su rostro hace que se me enrojezcan las mejillas.

—Violet, si quieres saber con qué frecuencia vivo lo que tú y yo hicimos juntos en el club, solo tienes que preguntármelo.

—Eso no es lo que yo…

—Nunca. —Cierro la boca de golpe y ladeo la cabeza. ¿Nunca estado con alguien en el club? Eso me parece muy poco probable. Un músculo le palpita en la mandíbula—. He estado con mujeres en el club. Tan a menudo como probablemente piensas no, y ya hace bastante tiempo de ello. La única excepción has sido tú.

Asimilo esa información, atrapada entre la confusión y el alivio.

—Entonces, ¿qué has querido decir con «nunca»?

—El club siempre ha sido una forma fácil de saciar un antojo cuando no quiero lidiar con que me reconozcan. Pero eso no fue lo que pasó contigo. Esa noche no tenía intención de estar con nadie. Había ido solo por una cuestión de negocios. Pero cuando te vi entrar, no pude resistirme. —Sus ojos se oscurecen, su voz se vuelve más grave y ronca a medida que continúa—. Quería saber más de ti. Por qué estabas allí, cómo podía ayudarte a relajarte. Qué podía hacer para que fueras mía esa noche. Eso nunca me había pasado antes.

El corazón me late a toda velocidad. Golpea tan fuerte contra mis costillas que estoy convencida de que él puede oírlo. ¿Por qué esas palabras me han afectado tan intensamente? Una parte de mí quiere descartar su confesión como la típica frase que él le diría a cualquiera, pero no puedo. ¿Qué motivo tiene para mentir? Y si está mintiendo, ¿por qué me mira con una intensidad tan inquebrantable?

La familiar sonrisa de Tate —esa que siempre he considerado arrogante, pero que empiezo a darme cuenta de que solo anuncia una justificada confianza en sí mismo— es lenta y cómplice. Sabe de sobra lo que me está haciendo. Antes de que pueda ordenar mis pensamientos y dar con una respuesta coherente, Jeremy me abre la puerta.

Fuera del coche, los clientes que hacen cola nos miran y murmuran, probablemente preguntándose si aparecerá algún famoso. Mientras espero a que Tate llegue junto a mí, muevo los pies nerviosamente y mantengo la cabeza agachada. De alguna manera, este momento es peor que cuando los fotógrafos se alineaban a lo largo de la alfombra roja en la gala. Como si el escrutinio de mis pares fuera más significativo que el objetivo imparcial de una cámara.

Cuando Tate se pone a mi lado, sus ojos, demasiado perspicaces, me recorren de arriba abajo y luego se dirigen a la fila de personas que esperan conseguir una mesa en el restaurante.

Me toma la mandíbula entre las manos y sus seductores labios se curvan hacia arriba.

—Te miran porque estás impresionante. Mantén la cabeza alta, mariposa. Muéstrales de qué pasta estás hecha.

Me humedezco los labios y asiento, demasiado concentrada de pronto en su proximidad más que en la gente que nos observa.

Me acaricia el labio inferior con el pulgar, siguiendo el camino que acaba de recorrer mi lengua. Por un momento me cuesta respirar y me asalta una nueva preocupación: ¿tendré que volver a besarlo esta noche? Esa posibilidad me hace flaquear las piernas.

Cuando me toma de la mano, no puedo evitar fijarme en el punto donde nos unimos. Mi mano parece muy pequeña envuelta por la suya, y me gusta demasiado esa sensación. Debo de estar hambrienta del cariño de un hombre si un gesto tan simple me hace sentir tan bien. O tal vez sea la extraña sensación de seguridad que se abre paso por mi pecho al sentir su tacto, algo que, me doy cuenta, no he sentido en mucho tiempo. Faltaba por completo en mi relación con Eric.

Otra señal de advertencia más que pasé por alto.

Codo con codo, nos adentramos en el lujoso restaurante. La cocina está abierta al comedor, lo que permite a los comensales ver a los chefs preparar con destreza platos *gourmet*. Una escalera al fondo conduce al bar contiguo, que tiene su propia entrada que da a la calle para que la gente pueda acudir a tomar una copa sin pasar por el restaurante.

Nos recibe una guapa camarera, con una gran sonrisa en el rostro.

—Señor King. Nos alegra mucho volver a verle por aquí.

Nos lleva a una mesa en la parte de atrás, cubierta con un mantel blanco; unas velas titilantes contribuyen a la atmósfera ya de por sí cálida. Tate por fin me suelta la mano para que pueda sentarme, pero en lugar de acomodarse en la silla que hay frente a mí, se desliza en la que tengo a mi lado.

24

TATE

La confusión se refleja en el rostro de Violet.

—¿Qué estás haciendo?

Me siento cerca de ella y paso el brazo por el respaldo del reservado de modo que mi manga roce sus hombros desnudos.

—La gente viene aquí tanto para ver como para ser vista. Y lo que quiero que vean es que estoy tan loco por mi novia que no soporto dejar ni la más mínima distancia entre nosotros.

Pone los ojos en blanco y suelta una risa incrédula. Pero tampoco se aparta, así que me lo tomo como una victoria.

Un camarero se acerca a la mesa y nos tiende las cartas.

—¿Puedo ofrecerles la bebida antes de pedir?

Miro a Violet.

—¿Tienes alguna preferencia o puedo elegir yo una botella?

—Puedes pedir tú.

—Una botella de Charmes Chambertin Grand Cru, por favor —le digo al camarero.

Se le ilumina el rostro.

—Muy bien, señor. Volveré enseguida para tomarles nota.

Violet está estudiando la carta, pero como yo podría enumerar hasta el último de sus platos sin mirarla, me dedico a contemplarla a ella; está preciosa. Lleva el pelo suelto sobre los hombros, que están desnudos salvo por los finos tirantes rojos de su vestido rojo, que se ciñe a su cuerpo de una forma que me dan ganas de quitárselo de para poder recorrer con las manos las curvas que esconde bajo él. Como ha agachado la cabeza, sus largas pestañas casi le rozan los pómulos. ¿Y esos labios rosados y carnosos que tiene? Sé lo suaves que son; lo he sentido cada vez que la he besado. Antes de que pueda detener el curso de mis pensamientos, me imagino cómo sería tenerlos alrededor de mi pene.

Joder. El órgano en cuestión se hincha y se estremece a medida que más situaciones y sensaciones imaginarias cobran vida en mi mente: el calor de su boca sobre mí, su lengua deslizándose suavemente por mi miembro, su cuerpo retorciéndose bajo mí, húmedo de sudor después de haberla provocado durante horas…, cómo me ceñiría en su interior cuando por fin la dejara correrse.

Dios mío.

Cuando esos ojos azules y claros se encuentran con los míos, hago todo lo posible por expulsar las fantasías de mi cabeza.

—¿No hay precios? —pregunta ella.

Mi voz suena ronca cuando hablo. Las imágenes mentales aún me tienen atrapado.

—¿Cómo pueden los clientes demostrar que el dinero no les importa si se preocupan por los precios?

Ella suelta una carcajada.

—Eso es absurdo. ¿Y qué hay de la gente que viene aquí y no es millonaria como tú?

—Multimillonaria —la corrijo automáticamente.

Me mira sin comprender durante un segundo antes de fruncir el ceño.

—Cuando llegas a cierto punto, estoy convencida de que ese cero extra no supone una gran diferencia.

—A veces, ese cero extra es lo que te mantiene en la cima.

Ella ladea la cabeza.

—¿En la cima de qué?

—De la montaña de gente a la que le gusta mirar a los demás por encima del hombro.

Sacude la cabeza en un gesto de negación.

—¿Alguna vez alguien te ha menospreciado desde ahí arriba, donde estás sentado?

Suelto una risa irónica.

—En mi mundo, la gente utilizará cualquier grieta en tu armadura como excusa para demostrar que son mejores que tú. Es mejor no darles esa oportunidad.

Ella busca mi mirada, con una pequeña arruga aún marcada entre las cejas. Pero ahora hay preocupación en su gesto, no incredulidad. La luz de las velas que se refleja en sus ojos hace que sus iris parezcan dos llamas azules.

—Eso suena… agotador —murmura.

Esa sencilla observación se me clava en el pecho.

—A veces hay que alejarse de algo para darse cuenta de lo agotador que es. —Y estar aquí con ella es justo eso: un descanso de llevar puesta la máscara que llevo usando demasiado tiempo.

Ella duda un momento y luego me toca el brazo.

—¿Y tienes la oportunidad de alejarte de todo eso?

Mi mirada recorre lentamente su rostro, deteniéndose un instante de más en esos labios carnosos que tiene.

—A veces.

Se produce un sutil cambio en el ambiente entre nosotros, y veo cómo su esbelto cuello se mueve al tragar saliva.

Pero cuando no añado más a lo que ya he dicho, se muerde el labio inferior y luego asiente.

—Sé a qué te refieres. He pasado tanto tiempo concentrada únicamente en mantener a flote True Brew que ni siquiera me había dado cuenta de lo estresante y absorbente que ha sido hasta ahora.

Arqueo las cejas.

—¿Hasta ahora?

—Hasta que me he sentado a disfrutar de una cena con un hombre atractivo. Eeeh, quiero decir con un hombre…

Mi lenta sonrisa hace que su delicada mandíbula se tense, pero se las arregla para mantener el resto de su expresión impasible.

En lugar de burlarme de su desliz, muevo la mano que aún descansa detrás de ella hacia su nuca y trazo círculos perezosos sobre su piel con mi pulgar.

—Yo también lo estoy disfrutando. Mi atención se centra de nuevo en sus labios por un segundo—. Mucho más de lo que jamás habría imaginado.

En sus ojos destellan chispas y ella se ofende; al parecer, ha interpretado mis palabras como un insulto.

—Fuiste tú quien vino a mí.

Niego con la cabeza, sin dejar de sonreír.

—No me refiero a ti. Me refiero a fingir estar enamorado.

Esos bonitos ojos suyos se suavizan, al igual que su cuerpo. Sigo acariciando la cálida piel de su cuello y, conscientemente o no, ella se permite echarse un poco hacia mí, como si disfrutara de mi tacto tanto como yo disfruto tocándola.

—¿Es eso lo que estamos haciendo? —pregunta. Arqueo una ceja en señal de interrogación—. Me refiero a fingir que estamos enamorados. Estamos fingiendo que salimos juntos. Pero no sabía que estábamos fingiendo estar enamorados.

Deslizo mis dedos por su sedoso cabello y un pequeño escalofrío le recorre el cuerpo.

—¿Te preocupa que tus dotes interpretativas no estén a la altura?

La dulzura de sus ojos desaparece y se entrecierran con esa mirada de irritación que me resulta tan familiar.

—Probablemente deberías preocuparte más por tus propias habilidades interpretativas. ¿Alguna vez has tenido una relación? —Reprimo una sonrisa, pero antes de que pueda responder, ella niega con la cabeza, con los labios carnosos curvados hacia abajo—. Lo siento, eso ha estado fuera de lugar.

Vuelvo a acariciarle el cuello. La sensación que me provoca en las yemas de los dedos es demasiado buena como para querer parar.

—¿Cuándo te ha detenido eso? —Frunce el ceño y se muerde el labio inferior, pero el camarero se acerca a nosotros antes de que pueda decirme lo que, evidentemente, le preocupa. Sostiene una botella de vino entre las manos y me la presenta. En cuanto hago un gesto de aprobación con la cabeza, descorcha la botella con destreza y me sirve un poco en la copa. Con la mano libre, la cojo y le doy un sorbo—. Perfecto, gracias.

Con una sonrisa cortés, llena las dos copas y luego deja el vino sobre la mesa.

—¿Están listos para pedir ya, o les gustaría tener un poco más de tiempo?

Violet jadea y vuelve a coger la carta. Apenas ha tenido oportunidad de echarle un vistazo antes de que yo la distrajera. Mordiéndose el labio, estudia las páginas, buscando sin duda lo que espera que sea la opción más barata.

—¿Nos puede dar unos minutos más? —le pregunto al camarero. Cuando se marcha, retomo los pequeños círculos que he estado dibujando en el cuello de Violet, pero me obligo a no distraerme con mi creciente obsesión por tocarla —. Mariposa —murmuro—. Pide lo que quieras. Te prometo que puedo permitirme cualquier cosa que esté en la carta.

Ella arquea una ceja.

—Solo porque puedas permitírtelo no significa que tengas que hacerlo. Ya me estás pagando por estar aquí. Por no hablar de los regalos que me has hecho, y que no tenías por qué comprarme.

—Resulta que me gusta bastante comprarle regalos a mi novia. Y también me gustaría invitarte a una cena inolvidable.

La confusión se refleja en su rostro.

—¿Por qué?

¿De verdad no entiende que me gusta pasar tiempo con ella? ¿Que quiero que esta experiencia sea especial?

—Para que quizá, cuando este acuerdo haya terminado y estés felizmente casada con algún afortunado, recuerdes esta noche conmigo. Aunque solo sea porque la comida fue la mejor que hayas probado nunca.

Violet me mira fijamente y, una vez más, algo brilla en el aire entre nosotros. Algo frágil, pero casi tangible. Una conexión que se me clava el pecho. Que me impulsa a acortar la distancia entre nosotros.

Se humedece los labios y luego baja la vista hacia la carta. Con un suave suspiro, lo cierra y me sonríe.

—De acuerdo. Tomaré los raviolis caseros de trufa negra con salsa de mantequilla y salvia.

—Buena elección.

—¿Y Tate…? —Me pone la mano en el muslo—. Gracias. Dudo que olvide esta noche. Ni ninguna de las otras cosas que has hecho por mí y por True Brew. —Inspira hondo—. Yo… siento no haber sido muy amable contigo cuando Mark y tú estabais en la universidad. —Su expresión es sincera, y me pregunto si es eso lo que la tenía tan preocupada.

—No te disculpes por eso. Tampoco es como si te hubiera mostrado mi mejor versión cuando nos conocimos. Y después de esa primera visita, puede que incluso me comportara así a propósito.

—¿Estás diciendo que me provocabas a propósito? —Intenta esbozar una sonrisa, pero se le da fatal.

Me echo a reír.

—Me gustaba ver ese fuego en tus ojos cuando me respondías con brusquedad.

Se recuesta en la silla y niega con la cabeza.

—Y yo que pensaba que te estaba bajando los humos un par de peldaños. Y todo este tiempo, tú te lo estabas pasando en grande.

—Más de lo que jamás habría admitido ante ti… o ante tu hermano.

Ladea la cabeza con curiosidad. Pero antes de que pueda preguntar, el camarero regresa.

Violet me mira de reojo mientras ordeno la cena. Estoy convencido de que va a preguntarme por qué no quería admitirlo ante su hermano, así que me quedo en silencio después de que el hombre tome la comanda y se marche, esperando a que ella hable. Pero no lo hace y, por un instante, me siento casi decepcionado. Pero esa sensación desaparece un momento después, cuando ella desvía la conversación hacia un terreno un poco menos personal.

La comida está increíble, como era de esperar. Violet y yo probamos los platos del otro: los raviolis de trufa negra de ella, por supuesto, y la lubina chilena para mí. El acto de compartir la comida resulta sorprendentemente íntimo. Como mencionó Violet en la gala del fin de semana pasado, no suelo tener por costumbre invitar a cenar o a tomar una copa a ninguna mujer, y esta es una experiencia diferente para mí. Pero compartir una comida con ella, escucharla gemir de placer mientras disfruta de los sabores, y luego ver cómo una sonrisa ilumina su rostro mientras responde a mis preguntas sobre su vida y sobre True Brew me tiene cautivado. No estoy seguro de si se da cuenta de cómo evito las preguntas sobre mi familia. Si lo hace, es lo bastante amable como para no dejarlo entrever.

En general, hemos mantenido una conversación ligera, pero cuando menciona de pasada a su exnovio, Eric, y sus hombros se tensan, indago para obtener más información.

—¿Hace cuánto tiempo rompisteis?

Ella duda y luego suspira.

—Hace poco más de un año.

—¿Puedo preguntarte qué pasó? En Onyx mencionaste que fue una ruptura difícil. —Sus ojos muy abiertos se clavan en los míos. ¿Es porque acabo de mencionar aquella noche en el club? ¿O es porque le estoy preguntando por su relación?—. No tienes por qué contármelo si no quieres.

Me mira fijamente de nuevo, con los labios un poco fruncidos. Espero que me ignore, pero quizá porque el vino que estamos bebiendo es bastante fuerte —o porque por fin se está relajando conmigo— no lo hace.

—No, no pasa nada. —Le da un sorbo a su copa. —Nos conocimos en un evento comunitario en Augusta. Yo estaba atendiendo un puesto de información para la organización sin ánimo de lucro para la que trabajaba, y Eric estaba allí con la campaña política de su tío.

—¿Su tío está en política?

Ella asiente.

—Sí. El senador Rawlins. Eric es su responsable de recaudación de fondos. O al menos lo era cuando salíamos juntos. Aunque aspiraba a ser el responsable de finanzas de la campaña. Supongo que a estas alturas ya habrá conseguido ese puesto. —Bueno, eso responde a la pregunta de si siguen en contacto. Me daba la impresión de que no, pero ahora ya estaba seguro. Violet sacude la cabeza, como si se hubiera distraído—. En fin, era guapo y encantador, y cuando pasó por el puesto de información y empezó a coquetear conmigo de forma descarada, me sentí muy halagada. Así que cuando me preguntó si quería salir con él, le dije que sí. —Ese tío ya me cae mal. La idea de que Violet quedara tan impresionada como para querer salir con él, cuando se mostraba tan reacia incluso a prestarme atención a mí, me está carcomiendo por dentro—. Salimos juntos un par de meses —continúa, pasando el pulgar por el borde de su copa de vino mientras habla—. Pero me di cuenta de que algo no iba bien. Llevaba tiempo pensando en romper con él. Pero entonces… —Se le quiebra la voz y parpadea un par de veces—. Entonces murió mi padre.

Le aparto unos mechones de pelo de la cara y le acaricio la mejilla con el pulgar.

—¿Estás bien, mariposa?

Por un instante, cierra los ojos con fuerza y se recuesta contra mi mano. Ese pequeño gesto me oprime el pecho.

—Es que lo echo de menos —confiesa—. Y odio haber estado tan lejos cuando murió.

Deslizo la mano entre su sedosa melena y le rodeo la nuca con la mano, apretando suavemente hasta que sus ojos, brillantes por las lágrimas contenidas, se encuentran con los míos.

—Os vi a ti y a tu padre juntos cuando viniste a la graduación de Mark, y era evidente lo unidos que estabais, lo mucho que lo querías. Saber eso lo habrá acompañado al final, aunque tú no pudieras estar allí.

Le sostengo la mirada hasta que por fin asiente, y me echo hacia atrás en mi silla, esperando a que continúe.

—Cuando regresé después del funeral, estaba hecha un desastre. —Su risa no tiene mucho de humor—. Mi padre siempre había sido mi roca. Mark y él. Y yo me sentía a la deriva. Debería haber vuelto a casa para estar con Mark, pero me costaba aceptar la idea de estar aquí cuando mi padre ya no estaba. Regresar a Maine tampoco me parecía lo correcto. Todo me parecía mal.

Incluido Eric. Intenté romper con él, pero se negaba a aceptarlo. Seguía yendo a verme, llevándome regalos, pidiendo comida a domicilio los días en que apenas había probado bocado. En apariencia, se convirtió en el novio cariñoso perfecto. Pero, pensándolo bien, estaba ignorando mis deseos y ya intentaba controlarme. Sin embargo, me dejé engañar por su actuación. Ignoré esa vocecita de la duda porque era mejor que sentirme sola. —Coge aire temblorosamente.

Siento una presión creciente detrás de las costillas mientras habla, y estiro las manos para relajarlas, dándome cuenta solo entonces de que las tenía apretadas.

—No siempre es fácil ver más allá de la fachada de la gente. —Ella sonríe, pero la sonrisa no le llega a los ojos, como si no me creyera del todo—. Cuéntame lo que te hizo, Violet.

—Empezó con cosas pequeñas. Tan pequeñas que no me di cuenta. Pequeñas críticas. Que el tono de pintalabios que llevaba era demasiado brillante, o que el vestido no me quedaba del todo bien. Todo dicho de una manera que hacía que sonara como si solo estuviera intentando ayudarme. Y yo lo escuchaba. —Niega con la cabeza—. Cada vez que yo hacía algo que no le gustaba, me hacía saber de forma sutil que lo había decepcionado.

»Y cuando salíamos, se ponía celoso. Me acusaba de coquetear con cualquier hombre soltero que me hablara. Y en lugar de darme cuenta de lo que estaba pasando y dejarlo, solo me esforzaba más por complacerlo. Y si cuestionaba sus reacciones, él le daba la vuelta a todo. Hacía que dudara de mi propio juicio. —Me echa una ojeada, pero aparta la vista rápidamente—. Ponerlo en voz alta me hace sentir tan estúpida…

—Oye. —La cojo de la barbilla y le hago volver el rostro para que se vea obligada a mirarme a los ojos—. No eres estúpida. Estabas sola y afligida, y él se aprovechó de la situación. Te pilló cuando estabas vulnerable y sabía de sobra qué decir para hacerte creer que estaba a tu lado, para que confiaras en él. Pero tú te diste cuenta de cómo era. Por eso estás aquí ahora, trabajando duro, devolviendo la vida a True Brew. Te alejaste de él.

Cierra los ojos y deja escapar un suspiro.

—Sí, pero solo después de encontrarlo dentro de una de sus becarias. —La risa que se le escapa tiene un regusto amargo—. Solía acusarme de coquetear descaradamente con cualquier hombre que mirara en mi dirección, pero era él quien me estaba engañando. Y teniendo en cuenta que todas sus becarias eran

jóvenes y guapas, estoy segura de que ella no fue la única.

La ira hierve a fuego lento bajo la superficie de mi piel. Quiero localizar a ese cabrón de Eric y castigarlo por no tratarla como se merece, por hacerla dudar de sí misma.

—¿Qué hizo él cuando lo dejasteis? —pregunto. Por lo que me ha contado de él, imagino que no la habrá dejado marchar fácilmente una vez que le echó el guante. He conocido a mucha gente como él en el mundo de los negocios y en mi círculo social. Manipuladores narcisistas a los que no les importa nadie más que ellos mismos.

—Me llamó, pero no le contesté. Así que me dejó mensajes. Al principio se disculpó y me pidió otra oportunidad, pero luego empezó a culparme. Me dijo que era culpa mía que me hubiera engañado. Fue entonces cuando lo bloqueé.

—Espera —gruño—. ¿Te echó la culpa a ti?

Su mirada se clava en la mía y se muerde el labio inferior.

—Dijo que no habría tenido que recurrir a otra persona si yo hubiera sido capaz de… de satisfacerlo.

Mis hombros se tensan con la necesidad de emprender algún tipo de acción física. De encontrar una forma de hacerle daño a ese tío tal y como él le hizo daño a ella. Tengo que inspirar hondo para calmarme. Luego le acaricio la mejilla para que no pueda apartar la mirada.

—Dime que sabes que eso no es cierto, Violet. Dime que sabes que solo estaba intentando ocultar sus propias carencias.

Me mira fijamente, con los ojos ensombrecidos por el recuerdo de la pena, y deja escapar un suspiro entrecortado.

—Lo sé. Lo sé. Puede que dejara que se me metiera en la cabeza durante un tiempo. Pero lo superé. Con la ayuda de Anna, claro. —Me dedica una sonrisa torcida.

Pero no es suficiente. Necesito asegurarme.

—Solo con el pequeño atisbo que tuve de ti en Onyx me quedé con ganas de mucho más. Es imposible que estar contigo no satisfaga a cualquier hombre.

—Tate… —susurra.

Me doy cuenta de mi error. No quiere que hable de aquella noche. No quiere recordar lo que le hice, por mucho que lo disfrutara. Ahora entiendo por qué estaba allí, qué buscaba, conscientemente o no. Me alegro de haber podido dárselo. Aunque ella deseara que hubiera sido otra persona.

Solo de pensar en eso —en que sea otro hombre quien le dé lo que necesita

— se me tensa la mandíbula, pero me obligo a relajarme. Ahora sé algo de mí mismo que antes no sabía. No me gusta ver esas sombras en los bonitos ojos azules de Violet. Me gusta cuando arden de furia, me gusta cuando brillan de felicidad o cuando se nublan de excitación, pero, joder, no me gusta nada cuando están empañados de pena. Creo que haría cualquier cosa para asegurarme de no volver a verlos así.

Las mejillas de Violet están sonrojadas, y da un trago de vino.

—Vaya —dice—. Lo siento, probablemente te he contado mucho más de lo que querías oír. —Suelta una risita—. Imagino que no esperabas hablar de esto cuando me invitaste a cenar.

—Te lo he preguntado porque quería saberlo. Me alegro de que te hayas sentido capaz de contármelo. —Ella duda y frunce el ceño—. ¿Qué?

—Aparte de Anna, tú eres la única persona a la que se lo he contado.

Me quedo paralizado asimilando lo que eso significa. Mark mencionó que Violet se encerró en sí misma tras la muerte de su padre. Había olvidado su comentario sobre no saber el motivo. Sin embargo, ella ha confiado en mí lo suficiente como para compartir algo tan personal. Saberlo me deja sin aliento, y tengo que inspirar lentamente para recuperarlo.

Me dedica una sonrisa nerviosa, y luego aparta el plato.

—Estoy llena —dice, cambiando de tema—. Aunque estaba delicioso. Gracias. —El camarero regresa justo en ese momento para recoger los platos y preguntarnos si queremos postre—. Yo no puedo más, pero si a ti te apetece, adelante.

Niego con la cabeza, pero no estoy preparado para que la noche termine.

—¿Qué tal si subimos a tomar una copa?

Ella echa un vistazo a la escalera que lleva al bar y luego vuelve a mirarme. Al principio estoy convencido de que va a rechazarme, pero por fin asiente, mirándome a los ojos.

—Me encantaría.

25

VIOLET

Mientras espero a que Tate pague la cuenta, reflexiono sobre mi decisión de contarle lo de Eric. ¿Qué tiene este hombre que me hace bajar la guardia con tanta facilidad? Es tan diferente de lo que esperaba, de cómo era cuando estaba en la universidad… ¿Podría haberlo juzgado mal incluso entonces?

Me asalta el recuerdo de aquella primera en mañana, de la primera vez que lo vi: salía tranquilamente de su dormitorio en calzoncillos, con dos mujeres siguiéndolo. Llevaba el pelo revuelto, lo que solo podía atribuir a dos pares de manos que se lo habían enredado, y tenía marcas de arañazos en el pecho. Abrió mucho los ojos cuando me vio en la isla, desayunando y, a continuación, despidió rápidamente a las mujeres, a pesar de su evidente deseo de quedarse.

Aparto ese recuerdo de mi mente. Lo que Tate decidió hacer entonces, y probablemente siga haciendo, es cosa suya. Eso no lo convierte en una mala persona, y saber que lo traté como si lo fuera por sus decisiones personales me hace sentir una culpa que me oprime el pecho. Que Tate tenga relaciones sexuales consentidas con quien quiera no es en absoluto asunto mío.

Intento ignorar la punzada de celos que siento en las costillas y me digo que, si no quiero pensar en él con otras mujeres, solo es porque está fingiendo ser mío.

Tras firmar la cuenta, Tate se levanta de la mesa y yo lo imito. Como siempre, pone su mano en mi espalda para guiarme por el comedor. Mientras subimos las escaleras, va detrás de mí y, de repente, me siento cohibida. ¿Me está mirando el culo? ¿No me está mirando el culo? ¿Qué preferiría? No. Ignoro ese hilo de pensamientos. Es mejor que no sepa la respuesta a esa pregunta.

El bar está abarrotado y es mucho más ruidoso que el restaurante de abajo. Mientras Tate me conduce entre la gente, juraría que le abren paso, como si supieran que es uno de los hombres más poderosos de este lugar. O tal vez solo sea mi imaginación. Aunque la forma en que las mujeres giran la cabeza al

pasar no es, definitivamente, producto de mi imaginación.

Llegamos al bar y, milagrosamente, teniendo en cuenta la cantidad de gente que se agolpa a su alrededor, un camarero aparece de inmediato, listo para tomar nota de las copas.

Tate me mira con una ceja enarcada para indicarme en silencio que sea la primera en pedir.

—Tomaré un cosmo.

Sus ojos se posan en mi boca. ¿Está recordando la primera vez que nos besamos, igual que yo? ¿Está imaginando el sabor del vodka y el zumo de arándanos en mis labios aquella noche en la discoteca?

Se dirige al camarero.

—Un Cosmo y un whisky con hielo, gracias.

Mientras el camarero se dispone a preparar el pedido, Tate se vuelve hacia mí. Estamos rodeados por una multitud que se apiña a nuestro alrededor y, cuando alguien me empuja por detrás, Tate desliza su brazo alrededor de mi cintura y me pega a él hasta que choco contra la dura pared de su pecho.

La sensación hace que impulsos locos se dispersen por mi cabeza. Por mucho que me haya esforzado por olvidar, el sentirlo contra mí y el recuerdo de lo que me hizo en Onyx me provocan un latido que se concentra en lo más bajo de mi abdomen. Puede que sea el vino que hemos tomado con la cena, pero la idea de que me toque —de que haga algo más que tocarme— ha invadido mis pensamientos esta noche. Y más ahora, cuando está tan cerca que puedo oler el aroma fresco y masculino que emana de él.

Quizá mi expresión me delata, o tal vez sea que no dejo de mirar ese pequeño triángulo de piel bronceada en la base de su cuello, donde lleva desabrochado el botón superior, porque agacha la cabeza para acercarse a la mía.

—¿Qué te está pasando por esa preciosa cabecita tuya?

Me da un vuelco el estómago. De ninguna manera puedo admitir que, tras solo dos citas de forma oficial, estoy a punto de sucumbir a su encanto. Es el vino. Tiene que serlo.

Por suerte, el camarero elige ese momento para dejar nuestras copas en la barra. Rápidamente, cojo la mía y le doy un largo trago para evitar responder a esa pregunta.

Cuando me armo de valor para levantar la vista hacia Tate, el familiar destello de diversión en sus ojos deja claro que mis acciones han hablado por

mí.

Me devano los sesos buscando un tema seguro que apague la tensa atmósfera que se cuece entre nosotros.

—¿Cómo van las ventas de Genesis-1?

Las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba con picardía, pero responde.

—Van bien. Han superado nuestras previsiones iniciales, así que hasta ahora lo considero un éxito.

Asiento con un entusiasmo un poco excesivo.

—Qué bien. ¿Es gracias a tu estrategia de marketing?

Ladea la cabeza y me observa, escudriñándome perezosamente el rostro.

—Las características sostenibles son un gran atractivo. El mercado de lujo de Nueva York siempre está ávido de innovaciones. Nos interesa saber si podemos replicar el mismo interés en otros mercados. —Se lleva la copa a los labios y, al tragar, su cuello se mueve de una forma demasiado sexy. Debo de estar mirándolo demasiado fijamente, porque suelta una risa grave—. ¿De verdad estás pensando ahora mismo en nuestras ventas del Genesis-1? ¿O tienes otra cosa en mente? —Me humedezco los labios porque, Dios, cada palabra que sale de su boca solo hace que los míos se sequen más. Sus pupilas se dilatan y él levanta una mano. La deja suspendida a unos milímetros de mi mejilla, como si estuviera decidiendo si puede tocarme. El calor que irradia su palma me tiempla la piel y hace que mi pulso se dispare—. Quizá estés pensando lo mismo que yo —dice.

Mi respiración se acelera a continuación, casi al ritmo de mi pulso.

—¿En qué estás pensando?

Sus ojos están clavados en los míos.

—Estoy pensando en cómo te corriste en mis dedos. Estoy pensando que quiero volver a sentirlo.

—Tate —susurro. Sus palabras despiertan una tensión ávida en lo más profundo de mi ser.

Por fin, su mano entra en contacto conmigo, y la noto cálida en mi mejilla. Luego la desliza entre mi pelo; enreda sus dedos entre los mechones y tira lo justo para que un chisporroteo me recorra la piel.

Se agacha y acera su boca tanto a mí que sus labios me rozan el lóbulo de la oreja.

—Si te levantara el dobladillo del vestido y deslizara mis dedos en tus bragas,

¿te encontraría mojada? —Me quedo paralizada al instante y suelto un suspiro tembloroso. Aunque estaba pensando justo en eso hace solo unos segundos, reconocer que me atrae, que quiero lo que me hizo en el club otra vez, desear más me dejaría vulnerable y ante él no puedo permitírmelo—. ¿Debería averiguarlo? —murmura. Creo que gimo en voz alta, pero hay tanto ruido aquí dentro que no estoy segura; aunque la forma en que se le curvan los labios en las comisuras y sus ojos se oscurecen aún más me dice que he debido de hacerlo, y que él lo ha oído. Acerca la mano hasta mis caderas y las roza apenas, tocando sin tocar—. Si me dejas, podría hacerte sentir bien de nuevo, mariposa.

—Tate, amigo mío. —Una voz fuerte cerca de mí me casi me hace saltar del susto—. Qué sorpresa verte aquí.

Cuando el dueño de esa voz aparece a nuestro lado, Tate baja la mano con indiferencia y se vuelve hacia el intruso, con una sonrisa que haría que un hombre más observador se alejara rápidamente.

—Aaron. Qué agradable sorpresa. —Su tono gélido contradice ese sentimiento.

Los ojos pequeños y brillantes del hombre me recorren de arriba abajo, deteniéndose en mi escote, y se relame los labios. Luego centra su atención en Tate.

—Estamos aquí celebrando una victoria. Hoy nos hemos hecho con Paladine Construction.

Por el rubor de sus mejillas y sus ojos excesivamente brillantes, es obvio que ha estado celebrándolo con demasiado entusiasmo.

—Es la primera vez noticia que tengo…

Aaron saca pecho, con aire de suficiencia.

—Queríamos mantenerlo en secreto hasta que estuviera hecho.

—Entonces, supongo que debería felicitaros —dice Tate, con un aire perfectamente sereno, aunque yo puedo sentir la tensión se desprende de él.

—Efectivamente —sonríe Aaron—. Quizá pueda invitarte a una copa más tarde.

La expresión de Tate no es precisamente acogedora.

—Quizá. —Cuando Aaron se va, Tate se echa hacia mí de nuevo, pero el calor de hace unos minutos se ha apagado—. Tengo que hacer una llamada rápida. ¿Quieres venir conmigo o prefieres quedarte aquí?

—Yo… eeeh… —Sigo desorientada por el momento que hemos

compartido antes de que Aaron nos interrumpiera, así que tardo varios segundos en formular una respuesta—. ¿Quieres que nos marchemos ya o…?

Desliza sus dedos por mi brazo, dejando un rastro de carne de gallina a su paso.

—No estoy seguro de haber terminado contigo todavía.

El corazón se me acelera de nuevo y me late con un ritmo entrecortado contra el esternón.

—Si no vas a tardar mucho, me quedaré aquí.

Asiente y se mueve un poco para dirigirse al camarero.

—Otro cosmo para la señorita, por favor. —Se echa hacia mí, y el espacio se inunda con su aroma mientras su mandíbula roza mi mejilla—. Volveré, mariposa.

El camarero sirve la copa delante de mí y, cuando la desliza por la barra, le sonrío en señal de agradecimiento y la cojo. Mientras le doy un sorbo lento, echo un vistazo al bar abarrotado. A mitad de camino, sin querer, cruzo la mirada con la del hombre que acaba de hablar con Tate; la desvío rápidamente, pero un momento después, él regresa a mi lado, como si hubiera tomado ese segundo de contacto visual como una invitación a charlar.

—¿Tate se ha ido a comprobar si le he dicho la verdad? —pregunta, dedicándome una sonrisa burlona y molesta.

Me muevo en mi asiento, incómoda, y me hago la tonta.

—No sé bien lo que está haciendo. Pero ha dicho que no iba a tardar en volver.

—¿Sabes? —Se lame los labios, ya húmedos, de una forma que me provoca una punzada de asco—. Siempre he admirado el gusto de Tate para las mujeres. Y tú no eres una excepción, preciosa. —Se echa hacia delante mientras lo dice, y yo retrocedo para evitar el contacto. Me pongo la copa como barrera sobre el pecho y echo un vistazo a nuestro alrededor con la esperanza de que Tate esté a punto de llegar; de pronto, me encuentro deseando haberme ido con él en lugar de quedarme aquí sola. Aaron se acerca aún más, su aliento caliente sobre mi piel—. Puede que no sea multimillonario —dice, pronunciando esa última palabra casi con desdén—, pero apuesto a que puedes cabalgar conmigo tan bien como con él. Cuando él haya terminado contigo, ¿por qué no pruebas? —Me agarra de la cintura con una mano y me estrecha contra su cuerpo.

Me aparto de él de un salto, temblando.

—¡No me toques!
Entonces abre mucho los ojos y da un paso atrás.

26

TATE

Cuelgo la llamada con Roman después de darle la información de la que Aaron acaba de presumir estúpidamente. Varios de los inversores de Paladine Construction han estado sospechando que iba a haber una adquisición. Ahora que sabemos que ha ocurrido, Roman querrá ponerse en contacto con ellos por teléfono lo antes posible. A ver si en lugar de en ellos quieren invertir en una opción más grande y estable.

Antes de regresar junto a Violet, me tomo un momento para aclarar mis ideas. Esta noche me he dejado llevar demasiado. Al tener su suave cuerpo pegado al mío y su aroma a melocotón y nata inundando mis sentidos, me ha sido demasiado fácil olvidar de qué va todo esto y lo que le prometí a Mark: que cuidaría de su hermana. Y me da que cuidar de ella no incluye ofrecerle llegar al clímax otra vez.

Volveré, tomaremos una copa más y luego la llevaré a casa.

Estoy yendo hacia el bar entre la multitud cuando ese pensamiento se me escapa de la cabeza. El imbécil de Aaron está de nuevo en el lugar donde he dejado a Violet.

No me gusta la expresión repugnante de su cara, pero es el asco en la de ella lo que me hace acelerar el paso y empujar a la gente llegar junto a ellos.

Un instante antes de que lo consiga, Violet da un salto hacia atrás, sujetando su copa con las dos, como si eso fuera a protegerla de ese pedazo de mierda.

La ira me invade y en dos zancadas estoy allí.

—Quítale las manos de encima —le espeto.

Pone los ojos como platos, pero rápidamente intenta ocultar su sorpresa con una risa.

—Vamos, Tate. No hay por qué ser tan codicioso. Los dos sabemos que mañana le calentará la cama a otro. Más vale que sea la mía. —La mira lascivamente de nuevo, pasándose la lengua por los labios para humedecérselos —. Quizá podríamos turnarnos…

Cuando extiende la mano como para tocarla de nuevo, ese impulso protector que he sentido antes me recorre el cuerpo. ¿Cree que tiene derecho a ponerle la mano encima? ¿Que mañana la dejaré ir y él podrá hacer su jugada? Se equivoca, y me aseguraré de que se lo meta bien en la cabeza.

Le agarro la muñeca con tanta fuerza que suelta un gruñido de dolor.

—Tócala otra vez y te romperé el brazo. —Lo suelto con un empujón que lo hace tambalearse hacia atrás.

Se lleva la mano a la muñeca, con los ojos muy abiertos, y luego suelta una risa incrédula.

—No puedes hablar en serio. Te conozco, Tate. Todo el mundo te conoce. Es imposible que esto sea más que un rollo de una noche…

Doy un paso hacia él, apretando los puños a mis costados. Todo se tiñe de rojo ante mis ojos, y me invade la necesidad de dejarle claro que Violet está fuera de su alcance.

—Modera tu lenguaje cuando hables de mi futura esposa.

Aaron se queda boquiabierto y sus ojos pequeños y brillantes van de Violet a mí.

—¿Tu futura esposa?

Violet se agarra a la parte trasera de mi camisa.

—Tate, ¿qué estás haciendo? —sisea. Su voz es lo bastante alta como para que yo la oiga por encima de la música.

Le rodeo la cintura con el brazo y la pego a mí. La verdad es que no sé lo que estoy haciendo. Actúo por puro instinto. Y lo que mi instinto me dice es que yo metí a Violet en esto y me corresponde protegerla, y esta es la mejor manera.

—No pienso dejarlo pasar. —Las palabras van dirigidas a Aaron, pero yo miro a Violet. Tiene los labios separados y los ojos abiertos de par en par—. Vamos, mariposa, sígueme el rollo.

Parpadea y traga saliva, luego se vuelve hacia Aaron.

—Es cierto. Tate me lo pidió y yo le dije que sí. —Me mira de nuevo, con sus grandes ojos azules llenos de incertidumbre—. Cuando lo sabes, lo sabes, ¿verdad?

Aunque lo dice solo para que Aaron se convenza una cálida sensación me invade el pecho.

—Sí, apuesto a que lo supiste en cuanto viste su saldo bancario —se burla Aaron.

Me pongo en marcha antes de darme cuenta; le doy un puñetazo en la mejilla y escucho un crujido muy satisfactorio. Él se tambalea hacia atrás, y se produce un revuelo entre la gente, que se aparta, sorprendida. Aunque no tienen por qué preocuparse de que vaya a haber una pelea: Aaron no está hecho para eso. Me acerco amenazadoramente, lo agarro por las solapas y lo pego a mí.

Cuando hablo, lo hago lo bastante alto como para que nos oigan las personas que están cerca.

—Vuelve a insultar a mi prometida, vuelve a tocarla, y un puñetazo será la menor de tus preocupaciones.

Lo suelto y él se desploma contra la barra. Busco la mano de Violet. entrelazo mis dedos con los suyos y me alejo de ahí con paso firme, llevándomela conmigo.

—Tate —susurra ella—. ¿Te duele la mano? —Apenas la siento, con la adrenalina y algo más corriendo por mi cuerpo—. ¿Y si él presenta cargos por agresión? —pregunta.

Suelto una risa carente de humor.

—Se juega demasiado con nuestra empresa. No es tonto. Si quiere meterme entre rejas, verá cómo su patrimonio neto se desploma.

Se queda en silencio, pero me aprieta la mano. Ese simple gesto —y lo que transmite: que, aunque mis acciones de hace un momento han sido increíblemente impulsivas, ella sigue a mi lado— es más de lo que puedo soportar. La empujo hacia un rincón y, cuando me aseguro de que estamos solos, la acorralo contra la pared y la escondo a la vista de todos tras mi corpulento.

Ella me mira, con los ojos de un azul tormentoso y muy abiertos.

—No deberíamos haber dicho lo que hemos dicho.

—Es una enmienda verbal al contrato —replico—. Lo formalizaremos a primera hora del lunes.

—Pero Tate…

Enrosco mi mano alrededor de su esbelto cuello y le pongo el pulgar en la mandíbula para levantarle el rostro. No quiero hablar del contrato ahora mismo. No quiero hablar de términos y condiciones. Por un momento, quiero olvidar que esto es un acuerdo. Quiero creer en lo que ha dicho: *«Cuando lo sabes, lo sabes»*.

Deslizo la mano por su cabello y me detengo allí. Ella sabe lo que voy a decir. ¿Cómo no va a saberlo, con la forma en que le estoy mirando la boca?

—Sí —susurra, aunque no le he hecho la pregunta.

Con un gemido, la beso en los labios.

Ella abre la boca, dejándome entrar, y disfruto de su sabor, que me arranca un nuevo gemido desde lo más profundo de mi pecho. Su boca es cálida, suave y dulce de cojones. Le acaricio la mandíbula para que la abra aún más. El murmullo de deseo que deja escapar como respuesta a ese gesto envía una descarga de lujuria directamente a mi entrepierna.

Le muerdo el labio inferior y luego vuelvo a tomar su boca, saboreándola una y otra vez, deslizando mi mano por su cadera y su cintura, dejándola vagar por su cuello y el contorno de sus pechos.

Ella se estremece y luego se arquea hacia mí.

La satisfacción inunda mis venas. Por ahora, es mi prometida. Mía. Y responde a la perfección, deseándome tanto como yo a ella.

—Tate —jadea entre besos.

Apenas puedo oírla por el rugido de la sangre en mis oídos. El deseo me tiene atrapado como un puño de hierro. Mis dedos le recorren los muslos y se deslizan bajo su vestido, buscando su centro caliente y húmedo. Acaricio con el pulgar el satén de sus bragas. Están húmedas y el tejido se le pega al sexo.

Un suspiro se escapa de sus labios y se contonea contra mi mano.

Podría hacer que se corriera aquí mismo. No tardaría mucho. Podría deslizar mis dedos dentro de ella y saborear la forma en que se ciñe a su alrededor, igual que hizo aquella noche en el Onyx. Podría demostrarle lo mentiroso que era Eric cuando le dijo que ella no podía satisfacerlo. Podría mostrarle lo que me ha hecho escuchar las tonterías que Aaron ha soltado sobre ella.

Y, sin embargo, tras saborear una vez más su boca, saco la mano de debajo de su vestido. Con la frente apoyada en la suya, le estiro la tela sobre los muslos.

—¿Tate? —Esta vez, su tono es vacilante.

Me aparto y la contemplo. Ella parpadea para disimular la incertidumbre de su mirada.

—Te deseo —confieso. Ni por un segundo quiero que piense que no es así —. Me está costando toda mi fuerza de voluntad no hacerte llegar al clímax ahora mismo. Pero no volveré a tocarte a menos que sepa que estás completamente de acuerdo con ello.

No quiero que mañana se arrepienta, como lo hizo cuando descubrió que era yo con quien había estado en el Onyx.

La mirada ardiente y vidriosa de sus ojos se desvanece un poco, aunque sus mejillas siguen sonrosadas y su boca, hinchada por mis besos.

No puedo evitar rozarle el labio inferior con el pulgar.

Cierra los ojos con fuerza y echa la cabeza hacia atrás contra la pared.

—Vale. —Respira con dificultad—. Porque lo nuestro es una farsa. —Rechino los dientes. Tiene razón. Lo es. Entonces, ¿por qué los sentimientos que ella me despierta parecen mucho más reales que cualquier otra cosa en mi vida? Me mira de soslayo—. No hace falta que modifiquemos el contrato, ¿verdad?

Me obligo a no encogerme y a respirar a pesar del agudo pinchazo en el pecho.

—No te estás echando atrás ahora, ¿verdad, mariposa? —Le aparto un mechón de pelo de la mejilla sonrojada.

—Seguro que ese hombre no dirá nada al respecto, ¿verdad?

Se me escapa un bufido.

—Te garantizo que la noticia ya se ha difundido. —Joder, probablemente más de una persona lo haya grabado en vídeo.

—Por supuesto. —Suelta un suspiro y se le hunden los hombros—. Supongo que estar comprometida no cambiará demasiado las cosas, ¿verdad?

Sus ojos buscan los míos en busca de tranquilidad, pero no estoy seguro de que la encuentre. Porque en lo más profundo de mi ser, sé que las cosas ya están cambiando. Nunca había tenido a alguien mío, alguien a quien cuidar, a quien proteger.

De repente, la verdad me golpea en toda la cara: sea falso o no, ahora sí lo tengo.

27

VIOLET

Me muerdo el labio inferior cuando la pantalla de mi teléfono vuelve a iluminarse con el nombre de Mark. Él lo sabe. Lo presiento. No sé cómo un tono de llamada puede sonar urgente a veces y otras no, pero ahora mismo, mi tono de llamada suena exactamente como la voz de un hermano demasiado protector.

Con un suspiro, deslizo el dedo para contestar.

—Hola, Mark.

—Por favor, dime que el mensaje que acabo de recibir de Tate es una broma.

Me echo hacia delante y apoyo el codo en la encimera de la cocina de True Brew.

—No es una broma. Y tampoco es para tanto.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Porque es verdad. Aparte de que ahora debo decir que es mi prometido, no hay ninguna diferencia. Supongo que tendremos que inventarnos otra razón para separarnos al final. —Me hace daño pensar en ello, pero ignoro ese dolor irracional y sigo hablando—. Pero seguro que se te ocurre algo con ese cerebro de abogado que tienes. —Sonrío, aunque él no pueda verlo, porque mi hermano mayor es un abogado formado en Harvard, y nunca dejo de sentir una oleada de orgullo cuando me lo recuerdan.

Evidentemente, él no comparte ese sentimiento, y deja escapar un «Ajá» frustrado.

—Me preocupa que esto se esté descontrolando. Si no tienes cuidado, antes de que te des cuenta, acabarás… —Duda y yo completo la frase por él.

—¿Casada? —río—. Te garantizo que Tate no va a dejar que las cosas lleguen tan lejos.

Él resopla.

—Créeme, ya lo sé. —Me molesta, aunque sé que es verdad. Su tono se suaviza—. Iba a decir «lastimada». Me preocupa que acabes lastimada.

Por supuesto que eso es lo que le preocupa. Entonces, ¿por qué he pensado inmediatamente en casarme con Tate?

—Sé de qué va esto, Mark. Se trata de que yo salve el legado de papá. Se trata de conservar True Brew. No tienes que preocuparte de que me enamore y me rompan el corazón. —Suspira. Los dos sabemos que, de todos modos, no hay nada que él pueda hacer al respecto.

—Vale. Modificaré el contrato y te lo enviaré a primera hora del lunes por la mañana.

—Gracias, Mark. Todo saldrá bien, te lo prometo.

—Cuídate, ¿vale?

Sonrío; adoro a mi hermano, aunque sea demasiado sobreprotector.

—Lo haré.

Después de colgar sigo limpiando la barra, y al instante me sumerjo en mis pensamientos. Puede que haya falseado un poco la verdad al final. Solo un poco. Pero no puedo decirle a Mark que sus preocupaciones podrían tener razón de ser, que me preocupa que pasar todo este tiempo con Tate, tocándolo, besándolo, vaya a empezar a derribar mis muros; que me asusta pensar que puede hacerme daño. Porque decírselo no nos ayudará a ninguno de los dos. La verdad sigue siendo la misma, sea yo la chica de Tate, una amiga o su prometida. No tengo intención de echarme atrás en el acuerdo, así que redoblaré mis esfuerzos para recordarme a mí misma de que todo es un teatrillo, uno en el que Tate ha resultado ser muy muy bueno.

Ignoro la vocecilla molesta en el fondo de mi cabeza que me recuerda que no había público cuando anoche compartimos ese beso. Pero solo fue el resultado de la adrenalina por todo lo que lo precedió: ese hombre intentando tocarme, el anuncio inesperado de Tate de que estamos comprometidos y sus instintos protectores entrando en acción. La adrenalina consigue que la gente haga locuras. Como besar a su novia falsa —perdón, a su prometida falsa— como si no hubiera un mañana. Como si su vida dependiera de ello.

Sí, he juzgado a Tate con demasiada dureza. Admito que, bajo todo su encanto, en realidad es un buen tío. Pero eso no significa que quién es y qué quiere haya cambiado. Significa que es un buen tío capaz de sacar lo mejor de una mala situación. Y cuando esto termine, volverá a sus andanzas de *playboy,* y yo volveré a centrarme en True Brew, y dudo que volvamos a vernos después de eso.

El nudo que siento en el pecho al pensarlo es prueba suficiente de que ya me

he dejado llevar demasiado por todo esto. Es hora de echar el freno y volver a tratarlo como un acuerdo de negocios. Como deberíamos haberlo hecho desde el principio.

Inspiro hondo, enderezo los hombros y me dirijo a la entrada para ver cómo está Jarrod. Antes de que tenga oportunidad de sugerirle que se tome un descanso, suena la campanilla de la puerta y un pequeño grupo de gente entra en el local. La sonrisa de bienvenida que se dibuja automáticamente en mi rostro al oír esa campanilla se desvanece cuando veo las cámaras que llevan.

—Violet, enhorabuena por tu compromiso. ¿Cómo conseguiste que uno de los solteros más codiciados de Nueva York te pidiera matrimonio?

—Violet. ¿Cómo os conocisteis Tate y tú? ¿Vino a tomar un café?

—¿Cuándo es la boda, Violet?

Doy un paso atrás con el corazón a mil.

—Yo… eeeh…

Me vuelvo hacia Jarrod, confundida; él tiene los ojos muy abiertos por la sorpresa. No le he mencionado lo del compromiso y debe de estar preguntándose de qué hablan.

Hago una mueca y, como respuesta, él niega con la cabeza. Es toda la confirmación que necesita. Solo tarda un instante en recomponerse y enderezar los hombros. Se pasa la mano por el pelo y le lanza una mirada fulminante al grupo de lo que supongo que son miembros de la prensa sensacionalista.

—Si no estáis aquí para tomar un café, podéis iros.

El hombre que está delante coge la cartera de la chaqueta. Con una sonrisa de satisfacción, saca unos cuantos billetes.

—Tomaré un americano. —Los que están detrás de él hacen lo mismo, sacando también sus carteras. Increíble.

Uno de ellos levanta la cámara y nos hace una foto a Jarrod y a mí. Veo manchas bailando ante mis ojos y alzo una mano.

—No se permiten fotos dentro, por favor.

—Hay docenas de fotos en las redes sociales de vuestra cafetería —protesta —. Consideradlo publicidad gratuita.

La sorpresa y la confusión que me han invadido cuando han entrado se convierten en irritación. Apretando los dientes, doy un paso hacia el mostrador.

—Creo que deberían marcharse.

El hombre levanta las manos.

—Vale, nada de fotos. Me llevaré un café y un bollo.

Así que quizá la confusión no haya desaparecido del todo. ¿Qué se supone que debo hacer ahora? ¿En serio mi cambio de estatus de novia a prometida justifica una reacción semejante? Estoy pensando en ordenarles que se vayan de todos modos cuando la puerta se abre de par en par y otro grupo irrumpe en la cafetería.

Se me revuelve el estómago. Esto es ridículo.

Jarrod se vuelve hacia mí, con el ceño fruncido.

—Ve un rato detrás. Si no pueden llegar hasta ti, se irán. —Tiene razón. Y necesito un minuto para ordenar mis pensamientos y averiguar cómo gestionar esta situación. Cuando me doy la vuelta, me agarra de la muñeca—. Llama a tu prometido. Él te ha metido en esto. Que sea él quien lo arregle.

Con un asentimiento atónito, empujo la puerta batiente y entro en la cocina. No estaba preparada para algo como esto. No he tenido mucho tiempo para pensar las cosas con calma, y ni siquiera se me ocurrió que el anuncio del repentino compromiso de Tate fuera a ser un tema tan importante.

Pero Jarrod tiene razón. Tengo que decírselo. Con suerte, él podrá aconsejarme sobre cómo proceder a partir de aquí. ¿Debería darles una respuesta preparada? ¿Debería echarlos?

Me saco el móvil del bolsillo, pulso el nombre de Tate en mi lista de contactos y espero a que conteste.

28

TATE

—Qué detalle por tu parte que te hayas unido a nosotros —dice mi madre cuando me siento a su lado en la mesa del comedor.

Llego un poco tarde a la comida mensual de la familia King en la finca del condado de Westchester, otro evento que gira en torno a las apariencias. Uno que se ha vuelto más soportable desde que mi padre ya no está y la presencia mucho más encantadora de Delilah ha ocupado su lugar. Aunque hoy no está aquí. Según Cole, no se encuentra bien.

Mi teléfono no ha parado de sonar toda la mañana con llamadas de mis hermanos, e incluso una de mi madre, pero las he ignorado y he preferido esperar a la comida para tener una única conversación en lugar de discutir los detalles con cada uno de ellos por separado. Ahora que estamos todos juntos, la confrontación puede comenzar.

Roman se pellizca el puente de la nariz.

—¿Qué coño te pasa, Tate? Comprometerse no formaba parte del acuerdo. ¿Cómo ha pasado esto?

Agarro mi copa de vino y le doy un largo trago para ordenar mis pensamientos. Luego me recuesto en la silla.

—No ha sido algo planeado. Pero Aaron la estaba insultando. No iba a dejar que se saliera con la suya.

—¿Y tu solución fue pedirle matrimonio? Te das cuenta de que es mucho más difícil salir de un compromiso que de una simple relación, ¿no?

Me encojo de hombros, intentando parecer lo menos afectado posible.

—Ya lo resolveremos. Violet me apoyó y no la voy a dejar tirada. Lo solucionaré.

Veo cómo Cole, sentado frente a mí, se ríe entre dientes.

—Si te hace sentir mejor, Roman, Aaron no va a presentar cargos.

—Qué sorpresa. —No puedo ocultar el desprecio que rezuma mi tono.

Roman me dedica una mirada fulminante.

—No te pongas tan chulo. La prensa sensacionalista se está poniendo las botas con esta historia. ¿Sabes cuántas fotos tuyas noqueando al director financiero de Avalon Inc. hay circulando por ahí? Y… ¿De qué hostias te estás riendo?

Controlo mi expresión, aunque el recuerdo del satisfactorio sonido de mi puño golpeando la cara de Aaron es demasiado placentero. Me echo hacia delante y apoyo los codos en la mesa.

—¿Actué de forma impulsiva? Sí. ¿Me arrepiento? La verdad es que no. Y esto podría salir bien. Los tabloides están obsesionados con nuestra loca historia de amor. La gente se lo está tragando. Ahora nadie duda de mi capacidad para comprometerme.

—¿Y se lo tragarán cuando rompas el compromiso en unos meses? ¿Y Violet? ¿Se convertirá en tu prometida abandonada cuando todo esto termine?

Tenso la mandíbula.

—Aún no he pensado en todos los detalles —admito. —Pero no dejaré que esto la perjudique. Ya se me ocurrirá algo. —Cole me evalúa en silencio, con expresión pensativa. Enarco una ceja—. ¿Qué?

Se pasa la mano por la boca.

—Al principio, pensé que te costaría convencer a todo el mundo de que estabas enamorado. Pero parece que te has metido en el papel de novio dedicado, o debería decir el papel de prometido, con una facilidad notable.

Le dedico una sonrisa burlona.

—Quizá solo he copiado el ejemplo perfecto de hombre dominado por su mujer que tengo ante mis putos ojos.

—Cuida tu lenguaje, por favor, Tate —interviene mi madre. Suena tan aburrida como siempre, como si solo estuviera haciendo lo que marca la rutina.

Los labios de Cole se crispan como respuesta.

Roman carraspea. Cuando vuelvo a fijarme en él, me está mirando con el ceño fruncido y me cuesta un gran esfuerzo no poner los ojos en blanco.

—Confiad en mí cuando os digo que puedo gestionar esta situación. Me aseguraré de que King Group esté a salvo del escándalo y, al mismo tiempo, protegeré a Violet.

Roman me escudriña el rostro y tamborilea con sus dedos sobre la mesa cubierta con el mantel de damasco; luego asiente.

—Confío en ti. Solo te pido que el futuro intentes no precipitarte en

cualquier cosa que tenga que ver con este acuerdo. Firmaste un contrato por una razón: para que los términos quedaran claros y nadie saliera perjudicado. —No me da la oportunidad de responder antes de pasar al siguiente tema; como era de esperar, se trata del trabajo—. El plan de marketing que has elaborado parece estar funcionando bien. Ya estamos al sesenta y cinco por ciento. Yo…

El estridente timbre de mi teléfono lo interrumpe y cierra la boca de golpe. Como todos los que me han estado llamando esta mañana están sentados en esta sala, lo saco del bolsillo. Al ver el nombre de Violet en la pantalla, la aprensión me tensa la nuca. Solo se ha puesto en contacto conmigo una vez antes. Y fue para preguntarme por la máquina de café.

Echo la silla hacia atrás y me levanto.

—Tengo que contestar. —Sin esperar respuesta, salgo del comedor a zancadas y pulso el botón para aceptar la llamada—. Violet, ¿va todo bien?

—Hay un montón de periodistas en la cafetería —dice ella, en voz baja.

Joder. Me paso la mano por la cara. Mis acciones de anoche prácticamente lo garantizaban, pero no esperaba que la localizaran tan rápido.

—¿Te están dando problemas?

Ella suelta una risita temblorosa.

—Bueno, algunos se han pedido un café, así que al menos están haciendo gasto. Pero ahora mismo estoy en la cocina, y Jarrod y Sarah se están encargando de la sala. No me gusta no estar ahí fuera para ayudar, pero no paran de preguntarme por ti, cuánto tiempo llevamos juntos y cómo me las he arreglado para cazarte.

Está intentando restarle importancia, pero si me ha llamado, no me cabe duda de que está conmocionada.

Miro el reloj.

—Quédate donde estás. Voy a llamar a nuestra empresa de seguridad. Sus oficinas centrales están cerca de la cafetería. Ellos se encargarán de los periodistas. Estaré allí tan pronto como pueda.

—No tienes por qué hacerlo. Solo he pensado que debías saber que están aquí. Jarrod no dejará que nadie se acerque a mí.

Rechino los dientes y contengo un gruñido ante ese último comentario. Aunque le agradezco que pueda mantener a esos chupasangres alejados de ella, ese debería ser mi trabajo. Puede que nuestro compromiso sea falso, pero no voy a dejar que le pase nada. Protegerla es responsabilidad mía. Pero me

guardo esos pensamientos para mí.

—Alguien de Pinnacle Security estará allí dentro de unos veinte minutos. Yo no tardaré mucho en llegar.

Ella deja escapar un suspiro, probablemente porque se ha dado cuenta de que no tiene sentido discutir conmigo.

—De acuerdo. Gracias.

En cuanto colgamos, llamo a Pinnacle. Una vez que tienen la información y me aseguran que se dirigirán allí de inmediato, regreso al comedor a toda prisa.

—Tengo que irme. Violet me necesita.

—¿Qué pasa? —pregunta Cole, con una postura tensa que debe de ser un fiel reflejo de la mía.

—Periodistas. Y de los malos. —No hace falta que diga más. Todos tenemos suficiente experiencia con la prensa sensacionalista como para saber lo que eso significa.

Se levanta a medias.

—¿Necesitas ayuda?

—Lo tengo bajo control. Un equipo de seguridad está de camino.

Asiente y vuelve a sentarse lentamente.

—Llámanos si necesitas algo —dice Roman.

Le hago un gesto de agradecimiento con la cabeza, extrañamente conmovido por su conciso ofrecimiento de ayuda. Luego le echo un vistazo a mi madre, esperando verla con expresión irritada porque no le habrá hecho ninguna gracia que dé por terminado el almuerzo, pero, en cambio, me está mirando, con una minúscula arruga entre sus cejas congeladas por el bótox. Yo enarco las mías, aguardando el inevitable comentario sobre mis prioridades.

Pero ella hace un gesto con la mano.

—Vete, vete. Lo último que necesitamos es a esas sanguijuelas merodeando por aquí.

La sorpresa que me embarga se refleja también en los rostros de mis hermanos. No tengo tiempo de desentrañar esa respuesta tan poco propia de ella, así que, con un leve gesto de asentimiento, salgo por la puerta, con la mente de nuevo en Violet.

La urgencia que corre por mis venas en este momento me resulta en gran parte desconocida, y no tiene nada que ver con el trabajo ni con la empresa, sino con la mujer a la que convencí para que participara en esta artimaña conmigo.

He pasado la vida haciendo todo lo posible por no preocuparme demasiado por nadie. Es más seguro así. Pero a pesar de las pocas semanas que han pasado desde que me reencontré con Violet, me doy cuenta de que estoy más pendiente de ella de lo que debería. No sé muy bien qué pensar de eso. Quizá no sea nada. Quizá sea solo un efecto secundario de los papeles que estamos interpretando. Pero independientemente del porqué, el resultado es el mismo: el impulso de protegerla como si de verdad fuera mía es demasiado fuerte como para ignorarlo. Y haré lo que sea necesario para asegurarme de que esté a salvo. Incluso si a Violet no le gusta lo que voy a proponerle cuando llegue a su lado.

Veinte minutos más tarde, mientras Jeremy se abre paso por el típico tráfico de Nueva York. recibo una llamada de Pinnacle. Están en la cafetería de Violet y han echado a todos los periodistas. Aunque, al parecer, siguen merodeando por fuera. Al menos ahora Violet puede salir por la parte de atrás.

Tardo otros veinte minutos en llegar. Desde el final de la calle, se ve claramente a la multitud que se ha congregado en la entrada. Niego con la cabeza. Putos buitres. Que vengan a vengan a por mí, que, al fin y al cabo, llevo años apareciendo en la prensa sensacionalista, pero que se mantengan alejados de Violet.

—¿Quiere que dé una vuelta a la manzana, señor King? —pregunta Jeremy.

—No. Déjame aquí. Yo me encargo de ellos.

En cuanto el coche se detiene junto a la acera, abro la puerta de un golpe y salgo. Apenas he tenido tiempo de enderezarme por completo cuando los periodistas ya me han rodeado.

—Señor King, ¿es cierto que usted y Violet Sinclair están comprometidos?

—Tate, ¿dónde os conocisteis la señorita Sinclair y tú?

—¿Qué le llevó a decidir por fin ponerle un anillo en el dedo?

Durante un largo rato, me mantengo firme y miro fijamente a cada periodista a los ojos. Solo hablo cuando toda la multitud se ha quedado en silencio.

—Solo voy a decir esto una vez. Sí, Violet y yo estamos comprometidos. Sí, la conozco desde hace tiempo y esto no ha surgido de la nada. Era el momento adecuado para los dos. Ahora, déjenme ser muy claro. Mi prometida es una pequeña empresaria extremadamente trabajadora. No necesita que la acosen y le hagan la vida más complicada solo porque sienten una fascinación malsana por mi situación sentimental. Les agradecería que le dieran la

intimidad a la que tiene derecho y no interfirieran en su negocio. Eso es todo lo que tengo que decir al respecto.

Me lanzan más preguntas, pero me abro paso entre la multitud con Jeremy a mi lado y entro en la cafetería. Con Pinnacle todavía en la escena, no se molestan en intentar seguirme, aunque varios sacan fotos a través del escaparate.

Dentro, dos fornidos guardaespaldas se yerguen de forma llamativa junto al mostrador. Suspiro para mis adentros y me dirijo primero hacia ellos para estrecharles la mano y agradecerles que hayan venido a pesar de avisarlos con tan poca antelación. Luego, como no veo a Violet, le digo a Jeremy que me espere y rodeo el mostrador.

Cuando empujo la puerta de la cocina, encuentro a Violet ante la mesa, cortando pan. Jarrod está junto a ella, con la mano en su hombro y la cabeza demasiado cerca de la de ella mientras le habla.

Ella levanta la vista al oír el sonido de la puerta al abrirse. Tengo los hombros tensos, anticipando cómo reaccionará al verme. Tiene todo el derecho a estar enfadada por haberla metido en esta situación. Pero en lugar de irritación o indignación, sus expresión solo muestra alivio. Deja caer el cuchillo sobre la tabla de cortar, se sacude el polvo de las manos en el delantal y se dirige hacia mí.

Jarrod da un paso atrás, con el rostro impasible. Sí, tiene derecho a estar enfadado conmigo. Joder, yo mismo estoy enfadado conmigo. Debería haber contratado seguridad desde el momento en que empezamos con todo esto.

Le hago un gesto con la cabeza, agradeciéndole su ayuda. Es lo menos que puedo hacer. Pero esa concesión no significa que vaya a permitir que él ocupe mi lugar en su vida.

Así que doy un paso adelante y la pego a mí, y me relajo cuando ella me rodea con los brazos y me deja estrecharla contra mí.

—¿Estás bien? ¿Te han molestado?

Ella niega con la cabeza.

—Solo me han hecho un montón de preguntas y han sacado unas fotos del local. Les he pedido que paren, pero han seguido preguntando por ti, por nosotros. No sabía muy bien cómo enfrentarme a la situación, así que por eso…

—Has hecho bien. Quiero que me llames si lo necesitas.

—Gracias por enviar a esos hombres. Una vez que echaron a los periodistas,

les he dicho que podían irse, pero han insistido en quedarse hasta que llegaras. Sin embargo, están ahuyentando a los clientes, así que si pudieras pedirles que se marchen, te lo agradecería.

Le aparto el pelo de la cara.

—No voy a echarlos.

—¿Qué quieres decir? —interviene Jarrod antes de que Violet tenga oportunidad de hacerlo.

Le lanzo una mirada que le hace bajar la cabeza y retomar la tarea que Violet ha dejado abandonada: cortar el pan.

Vuelvo a centrar mi atención en ella.

—Necesitas protección. Debería haberlos hecho venir aquí desde el principio.

Ella da un paso atrás y niega con la cabeza.

—Ahuyentarán a todos los clientes.

Tiro de ella con suavidad y la pego a mi pecho. Agacho la cabeza y le susurro al oído para que Jarrod no me oiga.

—Te hice una promesa: que, si me ayudabas con esto, yo te ayudaría con tu negocio. No dejaré que te acosen por ello ni voy a permitir que ahuyenten a tus clientes.

Ella mantiene la voz baja, como la mía.

—Entonces, ¿qué sugieres?

—Estos chicos son profesionales. Saben pasar desapercibidos, actuar como clientes. Dale a uno de ellos un portátil, una mesa en un rincón al fondo y una provisión de tu increíble café y nadie se dará cuenta de que está ahí.

—¿No crees que he exagerado con todo esto?

Niego con la cabeza.

—Por supuesto que no.

Detrás de ella, Jarrod me dedica otra mirada escéptica, pero luego se va hasta la puerta con el pan recién cortado.

—¿No crees que se vayan para no volver? —Esta vez, da un paso atrás.

Niego con la cabeza de nuevo.

—Volverán. Solo les importan las exclusivas, y el compromiso inesperado de la oveja negra de la familia King es una noticia que exprimirán todo lo que puedan.

Se cruza de brazos como si meditara sobre el abismo que hay entre nosotros. Debería hacer lo correcto y decirle que puede rescindir el acuerdo si eso es lo

que quiere. Ella no se comprometió a ser mi prometida y tiene todo el derecho del mundo a rechazar el cambio. Aún no hemos firmado el contrato modificado, así que podría negarse a continuar. Pero no voy a sacar el tema porque la verdad es que no quiero que esto termine. Tener a alguien a quien querer es extrañamente adictivo. Todavía no quiero dejar de fingir que Violet es mía.

Ella vuelve a mirarme y endereza los hombros.

—Vale. No me entusiasma, pero no voy a rechazar la seguridad si esto va a seguir pasando. Es solo que… —Suspira, se rasca la frente y esboza una sonrisa cansada—. Supongo que no estaba preparada para… Bueno, para nada de esto. Pero imagino que forma parte del espectáculo, ¿no?

Sonrío con benevolencia.

—Me alegro de que lo estés viendo con lógica, porque esta noche también vas a mudarte a mi ático.

29

VIOLET

Lo miro fijamente, conteniendo la respiración, mientras mi cerebro procesa sus palabras.

—Eeeh, ¿qué?

Él me sonríe, con los ojos brillantes.

—Cuando he llamado a Pinnacle para pedirles que enviaran un equipo aquí, también les he ordenado que se pasaran por tu bloque de apartamentos. También hay periodistas merodeando por allí. No voy a permitir que te acosen en casa, así que te vas a mudar a mi ático mientras dure este… acuerdo.

Un escalofrío me recorre el cuerpo al pensar en estar con Tate en su ático, noche tras noche. Pasar tiempo con él aquí y en público es una cosa, pero ¿pasar todas las tardes en su compañía? ¿Después de la noche en el club y de los besos que nos hemos dado desde entonces? Es una idea terrible.

—Agradezco el detalle. Pero no creo que sea necesario.

—No lo crees, ¿eh? ¿Te gusta la idea de abrirte paso entre una multitud de periodistas cada día solo para entrar y salir de tu edificio? He visto la seguridad de tu bloque de apartamentos. Es inexistente. ¿De verdad quieres lidiar con eso? ¿Y tus vecinos? ¿Tu casero?

—Siempre podría quedarme…

Me interrumpe haciendo un gesto con la cabeza.

—Si vas a sugerir que te quedarás con Mark o con tu amiga, no te molestes. Estamos comprometidos, recuérdalo. ¿Qué pensaría la gente si se enterara de que te has mudado an cualquier otro sitio que no sea a mi casa, conmigo?

Rechino los dientes y reprimo mi frustración. Tiene razón.

—Está bien. Pero solo hasta que la prensa pierda interés.

Tate me toma la mandíbula entre las manos y me hace levantar la cara hacia la suya.

—Siento decírtelo, mariposa, pero no perderán el interés en ti hasta que este acuerdo termine. Al fin y al cabo —la sombra de esa sonrisa burlona que me

resulta tan familiar le arruga las mejillas—, eres la mujer que le robó el corazón al *playboy* más famoso de Nueva York. Quieren saberlo todo sobre ti. —Una sensación de inquietud se enrosca en mi estómago. Nunca pensé que la prensa se interesaría por mí. Que pudieran indagar en mi vida o seguirme a todas partes. Una arruga se dibuja entre las cejas de Tate—. Te mantendré a salvo. Te lo prometo.

Suelto un suspiro tembloroso.

—Te creo. Es solo que… es demasiado abrumador. —Esto me supera. Ya lo había pensado antes, pero ahora es aún más cierto. Aun así, si mantengo mi objetivo final en mente, si consigo recordar que lo hago por True Brew, me convenceré de que todo ha valido la pena.

La expresión de Tate se suaviza y su pulgar me roza la mejilla.

—Te lo pondré lo más fácil que pueda, ¿vale?

—Vale.

Él asiente y baja la mano.

—¿Puedes venir ya conmigo?

Me pongo de puntillas y miro por la ventana de la puerta batiente. Los guardias de seguridad siguen ahí plantados como dos montañas gemelas junto al mostrador y, por lo que puedo ver, el local está casi vacío.

—Jarrod y Sarah pueden acabar el turno y cerrar sin mí.

—Vámonos. Pasaremos por tu apartamento para que puedas recoger lo necesario para esta noche, y luego haré que alguien te empaquete la ropa y cualquier otra cosa que necesites.

No me gusta demasiado la idea de que un desconocido rebusque entre mis cosas, pero estoy demasiado agotada para discutir. Asiento, me desato el delantal y lo tiro al cesto de la ropa sucia que hay junto a la puerta trasera.

—Entonces, vámonos.

Al salir de la trastienda hablo con Jarrod y Sarah. Mientras les confirmo los detalles, Tate da instrucciones a los guardias de seguridad para que se queden aquí hasta que cierren y los informa de que se pondrá en contacto con su jefe para organizar una presencia permanente.

Jeremy sale de la cafetería primero para ayudar a controlar a la multitud, pero, por suerte, la mayoría de los periodistas ya se han marchado. Al echar un vistazo a la acera, me relajo un poco. Quizá Tate se equivoque. Quizá el revuelo que ha seguido al anuncio de nuestro compromiso no dure mucho. Seguro que los tabloides encontrarán pronto algo más entretenido con lo que

obsesionarse. Puedo quedarme en el ático de Tate unos días y luego regresar a mi apartamento.

El trayecto en coche desde la cafetería hasta mi casa es rápido. Cuando Jeremy se detiene frente a mi edificio, la tensión que acababa de empezar a disiparse vuelve a aparecer. Porque Tate tiene razón: hay media docena más de periodistas acampados fuera.

—Espera aquí —le digo mientras empujo la puerta para abrirla.

Pero él sale justo detrás de mí.

—Buen intento.

Seguimos de pie junto al coche cuando uno de los hombres grita el nombre de Tate y, de repente, todas las cámaras apuntan hacia nosotros. Jeremy sale y se apresura a colocarse a nuestro lado, protegiéndonos con su corpulencia lo mejor que puede.

—Esto es ridículo —murmuro.

Tate me rodea los hombros con el brazo y me pega a él y luego me guía hacia la entrada. Teniendo en cuenta que él es el origen de este problema, no debería relajarme al sentir su cuerpo firme contra el mío. Pero lo hago.

Tate y Jeremy esperan en mi salón mientras preparo una bolsa para pasar la noche. Echo un vistazo a mi pequeño pero acogedor dormitorio y ya siento nostalgia, aunque aún no me he ido.

Nuestra salida transcurre igual que nuestra llegada, con Jeremy abriéndonos paso y Tate protegiéndome de las preguntas y las cámaras. Suspiro aliviada una vez que estamos dentro del coche.

Vamos en silencio de camino a casa de Tate. Estoy absorta en el torbellino de pensamientos que se revuelven en mi cabeza. Siento que mi vida se está descontrolando y no sé cómo detenerlo. Tate parece respetar mi estado de ánimo. Varias veces noto que me mira, pero se mantiene en silencio.

Cuando Jeremy aparca el coche junto a la acera, agacho la cabeza y contemplo el elegante rascacielos de paredes de cristal frente al que nos hemos detenido. A la luz del sol poniente, es un faro extravagante, muy distinto de mi pequeño bloque de apartamentos. El simple hecho de verlo desde aquí hace que toda esta situación me parezca surrealista.

Jeremy abre la puerta y salgo. Tate me sigue, llevando mi bolsa de viaje. Se la cuelga al hombro, me abraza por el otro lado y me conduce hacia la amplia entrada acristalada. Un portero impecablemente vestido se toca el sombrero ante nosotros mientras nos mantiene la puerta abierta.

—Buenas noches, señor King.

—Buenas noches, Harold. Esta es mi prometida, Violet Sinclair. A partir de ahora vivirá conmigo.

Abro la boca, dispuesta a aclarar que solo será algo temporal, pero la cierro de golpe cuando caigo en la cuenta de que esto es parte del plan. Si fuera su prometida, esto sería un cambio permanente.

—Buenas noches, señorita Sinclair. Es un placer conocerla —dice.

Le sonrío.

—Encantada de conocerle también, Harold.

Dicho esto, Tate me lleva hacia la fila de ascensores y se desvía hacia el de la derecha.

—Este es el nuestro. Solo va al ático.

Nuestro. ¿Por qué esa palabra hace que mi corazón dé un pequeño y estúpido brinco?

El trayecto es rápido y suave, y cuando las puertas se deslizan para abrirse, salimos directamente al ático. El amplio vestíbulo, con suelo de mármol, da paso a un extenso espacio diáfano bañado por la cálida luz del oeste gracias a los ventanales que ocupan toda una pared.

Las increíbles vistas me dejan sin aliento. Desde aquí, el horizonte de Nueva York se extiende ante mí, solo interrumpido por la verde extensión de Central Park. En la terraza, al otro lado de las ventanas, una piscina de entrenamiento brilla con tonos dorados bajo el sol de la tarde. Niego con la cabeza, incrédula. ¿Cuántos apartamentos en Nueva York tienen una piscina privada de verdad?

—Esto es… increíble, Tate.

Se encoge de hombros.

—Es mi casa.

Lo miro por un segundo. ¿Está siendo humilde o se siente discretamente orgulloso? Es difícil saberlo con él. Pero esta vez hay un atisbo de lo que casi podría jurar que es vulnerabilidad en sus ojos.

Me adentro más en el apartamento, volviendo la cabeza de un lado a otro para absorberlo todo. La decoración es masculina, lo que no resulta una sorpresa: maderas oscuras y lujosas que contrastan con muebles elegantes y modernos. El salón tiene como punto central una chimenea minimalista. La cocina parece de última generación, con encimeras de mármol, electrodomésticos de alta gama y una isla lo bastante grande como para celebrar una cena alrededor de ella. Hay un comedor formal comedor junto a

ella, con una mesa enorme rodeada de lujosas sillas e iluminada por una lámpara de araña moderna.

No es mi acogedor y cómodo apartamento de un dormitorio, y es absurdamente grande —por no mencionar que debe de ser increíblemente caro—, pero me gusta. Encaja a la perfección con Tate. Quizá no lo conozco lo bastante bien como para afirmar algo así, pero me cuesta imaginar otro lugar que encaje mejor con él.

Estoy pasando mis dedos por el enorme sofá, saboreando la suavidad mantecosa del cuero, cuando él carraspea.

—Deja que te muestre tu dormitorio —dice, con la voz un poco más ronca de lo normal. Debe de resultarle tan extraño tenerme en su casa como a mí estar aquí.

—Vale. —Mientras voy tras él me señala las distintas estancias: su despacho, un gimnasio, un par de habitaciones de invitados. Con cada lugar por el que pasamos, estoy más confundida. ¿Por qué no se para ante ninguna puerta? No es hasta que estamos cerca del final del pasillo cuando se me ocurre un pensamiento inquietante: no esperará que duerma en su habitación con él, ¿verdad?

Por fin, Tate se detiene ante unas grandes puertas dobles.

—Y este es mi dormitorio.

Se me seca la garganta y lo miro con los ojos muy abiertos.

—¿Tu dormitorio?

Una sonrisa se dibuja en sus labios y da un paso hacia mí.

—Mi dormitorio. —Su voz es grave y ronca—. ¿Te parece bien?

—Bueno, yo… eeeh. ¿Por qué no soy capaz de articular una frase? ¿Es porque me sorprende su descaro, o es porque mi mente ya se ha imaginado lo que seguramente será una cama grande, y cómo sería compartirla con él? ¿Duerme desnudo? ¿Me tocaría? ¿Quiero que lo haga?

—Y ahí, mariposa —dice, y hace que vuelva la cabeza hacia el otro lado del pasillo—, está el tuyo.

Por el tono de su voz y su sonrisa diabólica, sabía muy bien lo que estaba pensando, y el muy cabrón se ha aprovechado de la confusión. La punzada de irritación que solía sentir a su lado, esa que ha sido sustituida de forma frustrante por el cosquilleo en el estómago, regresa brevemente.

—Qué suerte tengo de que estemos tan cerca —respondo secamente.

Arquea una ceja.

—Solo tienes que decirlo y podrás estar más cerca.

Me cuesta todas mis fuerzas no sonreír, no mostrarle lo a punto que estoy de dejar caer mis defensas. Una mujer solo puede aguantar hasta cierto punto a un multimillonario sexy y coqueto antes de tirar todas sus convicciones por la ventana.

Se ríe entre dientes, como si ya lo supiera, pero al final se deja de bromas y me abre la puerta para dejar ver una habitación de invitados más lujosa que cualquier *suite* de hotel en la que haya estado. Una lujosa cama de matrimonio domina el espacio y unos ventanales de suelo a techo dan acceso a la terraza. Una acogedora zona de descanso en un rincón parece perfecta para acurrucarse y leer un libro.

—Vaya —suspiro, olvidando mi nerviosismo por estar tan cerca del dormitorio de Tate—. Esto es increíble.

—Mi prometida se merece lo mejor. Por supuesto, lo mejor es mi dormitorio, así que, técnicamente, este es el segundo mejor. Si no cumple tus expectativas, dímelo y podemos ver cómo mejorar las cosas.

Niego con la cabeza, aunque no puedo evitar reírme.

—No puedes evitarlo, ¿verdad?

—Al parecer, cuando se trata de ti no.

Lo estudio un instante, con el corazón en un puño. Él también me mira, con una expresión más seria de lo que esperaba, teniendo en cuenta que acaba de estar bromeando conmigo. Trago saliva con dificultad y aparto la vista de la intensidad de su mirada.

Tate, imperturbable, me tiende mi bolsa.

—Mientras te instalas, yo me pondré a preparar la cena.

Mis ojos vuelven a detenerse en los suyos.

—¿Sabes cocinar?

Se encoge de hombros, relajado.

—Lo hago de vez en cuando. Esta parece una buena ocasión.

—¿Puedo ayudar?

Me señala el enorme vestidor con la cabeza.

—Pon tus cosas en orden, y si terminas antes de que la cena esté lista, entonces te pondré a trabajar.

Una vez que se ha ido, cierro la puerta, inspiro hondo y vuelvo a recorrer con la mirada la enorme habitación, sacudiendo la cabeza con incredulidad. Luego vuelvo al presente y empiezo a deshacer las maletas. Me tiemblan un

poco las manos mientras doblo la ropa y la guardo o la cuelgo en el espacioso armario. No se me escapa la importancia de lo que estoy haciendo: mudarme con Tate. No puedo evitar preocuparme de que esta nueva situación confunda aún más mis emociones, que ya están peligrosamente confusas.

Una vez que guardo mis cosas voy a la cocina, pero me freno en seco al doblar la esquina y el aire escapa de golpe de mis pulmones.

Tate está ahí, de espaldas a mí, picando verduras y vestido solo con unos pantalones de chándal grises.

Mi ritmo cardíaco se dispara al ver cómo su suave piel dorada se mueve sobre los planos y ángulos marcados de sus hombros y su espalda mientras trabaja. Incluso desde aquí puedo distinguir el contorno de los músculos de su cadera. Si estuviera de cara a mí, sin duda sentiría todo el efecto de esa uve que llevaría mis ojos directamente hasta la cintura de sus pantalones de chándal.

El calor se extiende rápidamente por mis venas y, por un instante, me permito olvidar lo que hay entre nosotros. Me imagino acercándome por detrás, deslizando mis brazos alrededor de su pecho y dejando un beso sobre su cálida piel. Quizás permitiría que mis manos se deslizaran por sus abdominales hasta que mis dedos rozaran la cinturilla de sus pantalones para luego pasarlos por debajo de ellos. ¿Iría sin ropa interior? ¿Estaría duro y listo para mí? Lo agarraría, lo acariciaría desde la raíz hasta la punta mientras él gemía mi nombre. Y entonces…

Mierda. Salgo de golpe del trance en el que he caído, con el pulso acelerado y las terminaciones nerviosas hormigueando. No puedo pensar en esas cosas. No puedo sucumbir a esos deseos. Tate y yo somos demasiado diferentes. Puede que él sea capaz de disfrutar de relaciones físicas sin encariñarse, pero yo no soy capaz. De ninguna manera quiero arriesgarme a que me rompa el corazón el mayor rompecorazones del mundo.

Inspiro hondo para armarme de valor y luego llamo su atención con un carraspeo, como si acabara de entrar en la cocina.

—Ya he terminado. ¿Qué puedo hacer?

—¿Me ayudas a acabar aquí?

—¿Qué? —tartamudeo. Tan poco después de mi fantasía ilícita, sus palabras hacen que mi mente vuelva inmediatamente a donde estaba antes.

Arquea una ceja y me mira de arriba abajo, sin duda fijándose en mi piel enrojecida.

—¿Puedes terminar esta ensalada mientras yo me encargo de la carne? ¿Qué

creías que quería decir?

Niego con la cabeza, sin saber si he oído lo que quería oír o si me está tomando el pelo. No lo descartaría, pero como no puedo estar segura, me limito a sonreír dulcemente y me acerco a él para coger el cuchillo que me ofrece.

—¿Qué vas a preparar?

Señala dos trozos de carne que descansan en una bandeja.

—Filetes con salsa de pimienta verde, ensalada —señala un bol lleno de hojas de lechuga y luego hacia un par de patatas peladas— y *pommes frites*.

Arqueo una ceja.

—*¿Pommes frites?*

Una sonrisa se dibuja en sus labios.

—Nadie de la familia King se rebajaría jamás a comer patatas fritas. Nosotros comemos *pommes frites*.

Me echo a reír, y la tensión que aún me queda del incidente en la cafetería de y de mi mudanza temporal se disipa. Quizá esta situación no sea tan mala como pensaba. Quizá incluso pueda ser divertida. Siempre y cuando pueda superar esta molesta atracción que siento por él. Puede que Tate no esté hecho para ser el prometido de nadie, pero quizá sí podría ser un amigo si se lo permito.

Le sonrío.

—Por supuesto. Qué tonta soy. Y supongo que el kétchup es demasiado corriente. ¿Vas a servirlos con puré de tomate con infusión de oro?

Riendo, se apoya en la encimera que tiene detrás y se cruza de brazos sobre su amplio pecho.

Me cuesta toda mi fuerza de voluntad evitar que mi mirada se desvíe hacia todos esos músculos definidos que ha dejado a la vista.

—Por desgracia, se me ha acabado el puré brillante, así que tendremos que conformarnos con el kétchup normal.

Saco el labio inferior en un puchero fingido.

—Y yo que pensaba que iba a vivir la experiencia Tate King al completo…

Sus ojos se oscurecen y da un paso hacia mí, hasta que nuestros cuerpos quedan a solo unos centímetros de distancia.

—Solo tienes que decirlo, mariposa, y con mucho gusto te ofreceré la experiencia completa.

Clava la vista en mi boca y es como si me hubiera caído un rayo encima. Una

oleada de calor me recorre la piel y mis pezones se endurecen bajo la camiseta.

¿Cómo es posible que las cosas hayan cambiado tan rápido? Acabo de decidir dejar de estar tan a la defensiva con él y, en cuestión de segundos, no puedo evitar imaginarme cómo sería la experiencia completa.

La única forma de sobrevivir a este nuevo acuerdo es ser completamente sincera. Cierro los ojos y suelto el aire, y luego levanto la cabeza para encontrar sus ojos dorados.

—No puedo, Tate. Esto —me señalo y luego lo señalo a él— ya es complicado. Si damos un solo paso más, se volverá demasiado confuso. Al menos para mí. Y no quiero que me hagas daño. —Un músculo se le contrae en la mandíbula y en sus ojos destella lo que parece angustia. Repaso mis palabras, me doy cuenta de lo que implican y lo intento de nuevo. Doy un pequeño paso hacia delante para tranquilizarlo y le pongo la mano sobre el pecho, embebiéndome de su calor—. No quiero decir que vayas a hacerme daño a propósito. Pero tú no quieres nada más que lo físico, y yo no estoy segura de ser capaz de separar ambas cosas. —Trago saliva, reuniendo el valor para decirle la verdad, con la esperanza de que no se vuelva en mi contra—. Así que, por mucho que pueda encontrar la idea tentadora, no podemos involucrarnos más de lo que ya lo estamos. —Al darme cuenta de que todavía tengo la mano en su pecho, la retiro, pero le sostengo la mirada, esperando a que diga algo, lo que sea, con la esperanza de que no utilice mi confesión en mi contra.

Asiente lentamente, como si estuviera sopesando mis palabras.

—No tengo intención de hacerte daño, Violet. Pero no voy a negar que te quiero en mi cama. No he podido dejar de pensar en follar contigo desde aquella primera noche en el club. Pero tienes razón. Puedo prometerte que te daré más placer del que jamás has creído posible, pero no puedo prometerte más que eso. Me gustaría tocarte. Me encantaría hacerte sentir bien. Quiero ser el hombre que borre a tu ex de tus pensamientos y recuerdos. Pero tampoco te voy a mentir. —Traga saliva y baja ligeramente la barbilla—. Así que vamos a poner las cartas sobre la mesa: las condiciones del acuerdo se mantienen. La intimidad física queda a tu discreción. Si decides que me deseas, estaré aquí, como y cuando tú quieras. —¿Por qué, por qué, por qué tiene que ser tan sexy, joder? Con sus anchos hombros llenando mi campo de visión, y la forma en que me mira a la cara con tanta intensidad, bastaría un solo beso para que me rindiera. Dejaría a un lado mis recelos. Aceptaría lo que me está ofreciendo

mientras estamos en esta situación y ya me ocuparía de las consecuencias más tarde. Su atención regresa a mis labios y, por un instante, creo que va a hacer precisamente eso: besarme. Pero entonces vuelve a levantar la cabeza y encuentra mis ojos—. La pelota está en tu tejado, mariposa.

Antes de que pueda formular una respuesta, da un paso atrás y coge una patata.

Cuando se pone a cortarla, espiro temblorosamente y me dedico a terminar la ensalada, como se supone que debo hacer.

Si la pelota está en mi tejado, entonces todo lo que tengo que hacer es resistir la tentación que supone Tate durante las próximas semanas, y se habrán acabado los problemas. Tendré suficiente dinero para mantener True Brew en marcha, con suerte Tate ya no será el blanco favorito de la prensa sensacionalista y mi corazón seguirá entero y a salvo en mi pecho.

Puedo hacerlo. Estoy segura.

30

TATE

—Esto está increíblemente bueno —dice Violet, enarcando las cejas, sorprendida.

Le dedico una sonrisa burlona.

—Ya sabes, nunca exagero mis habilidades.

Ella se detiene, con el tenedor en el aire y un pequeño trozo de filete en él, y me mira como diciendo «Sé de sobra lo que intentas». Le sostengo la mirada por encima del borde de mi copa y le doy un sorbo a mi vino.

Antes estaba hablando en serio: depende de ella cómo van a ser las cosas a partir de ahora. Pero no tengo intención de ocultar lo que deseo. Violet cree que, si follamos, le haré daño, cuando lo único que de verdad quiero es que se sienta bien. Quiero mostrarle la clase de placer que se merece para que nunca vuelva a conformarse con un perdedor como su ex. Si de verdad cree que no puede con ello, no tengo ninguna duda de su capacidad para resistirse a mí. Es más fuerte de lo que cree. Al fin y al cabo, entró en Onyx y cabalgó mis dedos hasta correrse en ellos y a tomar por saco todo. Incluso entonces, fui yo quien le pidió que volviera la semana siguiente; ella estaba totalmente dispuesta a marcharse sin volver la vista atrás.

Después de la charla en la cocina, me preocupaba que volviera a su estado habitual y que mantuviera las distancias. Y quizá me he precipitado un poco cuando ella ha empezado a responder a mis bromas, pero, joder, esa sonrisa que me ha dedicado me ha provocado una extraña sensación en el pecho y me ha hecho imposible no insistir para conseguir algo más.

Cocinar con ella también ha sido sorprendentemente agradable. Nunca había cocinado codo con codo con otra persona. Por regla general, no traigo mujeres a mi casa, y aunque lo hiciera, desde luego no las invitaría a quedarse a cenar.

Al igual que hago con la mayoría de la gente en mi vida, me he conformado con mantener a distancia a las mujeres con las que me acuesto. Pasamos un buen rato y nos despedimos. Hasta hace poco, tampoco había estado mucho

más cerca de mi familia. Veía a mis hermanos en la oficina, hablábamos de negocios, luego me iba y no volvía a dirigirme a ellos hasta la siguiente vez que los veía en el trabajo. Estoy acostumbrado a estar solo, incluso cuando estoy con otras personas.

Así que tener a Violet a mi lado en la cocina, hablando y riendo mientras trabajábamos, y ahora sentada frente a mí mientras comemos, es algo totalmente nuevo. No imaginaba que me gustaría estar tan cerca de alguien durante tanto tiempo, pero con ella, sí me gusta.

Me fijo en su mano izquierda y en su dedo anular sin anillo.

—Mañana compraremos tu anillo de compromiso. Si pasas mucho más tiempo sin él, empezarán a surgir preguntas.

—Ah… —Violet se mira la mano, como si acabara de darse cuenta de que no lo lleva—. Ni siquiera lo había pensado.

—Podemos ir a comprarlo a primera hora de la mañana.

Ella se pone la mano en el regazo, fuera de la vista.

—No tiene por qué ser nada caro. Teniendo en cuenta que ya me has comprado una cafetera, tampoco hace falta que te gastes un dineral en un anillo que solo voy a llevar puesto una temporada.

—Te das cuenta de que soy multimillonario, ¿verdad? El precio de la cafetera fue una bagatela. Y la cantidad de dinero que puedes ahorrarle a King Group al echarme una mano es mucho mayor que el coste de un anillo de compromiso.

Ella suspira, con los hombros caídos.

—Tampoco voy a ganar esta discusión, ¿verdad?

Le doy un sorbo a mi vino y luego le sonrío.

—Definitivamente, no.

—Vale, esta vez ganas tú.

—Ah, mariposa, esta no va a ser la última vez que gane antes de que esta relación termine.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—Relación falsa —dice, pero esconde una sonrisa detrás de su copa de vino. La calidez de su expresión cuando me mira así es suficiente para hacerme pensar que le gusta el combate dialéctico tanto como a mí. Toma un sorbo y se muerde el labio inferior—. ¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Yo te he hecho un montón de preguntas personales. Creo que no va a pasar nada por que tú me hagas una.

Una de las comisuras de su boca se levanta, pero su sonrisa se desvanece rápidamente.

—¿Visitas a tu padre a menudo? Me refiero a la cárcel.

Siento un nudo en el estómago. Durante un largo rato, hago rodar el suave tallo de mi copa de vino entre los dedos, manteniendo mi atención centrada en el movimiento. Cuando me obligo a levantar la vista hacia ella, hay un atisbo de nerviosismo en su rostro, como si le preocupara haberse excedido.

Pero por mucho que no me guste hablar de mi padre, quiero que sepa que puede preguntarme lo que quiera.

—No. Nuestra relación nunca ha sido la mejor posible. Creo que los dos somos más felices manteniendo las distancias.

—Lo siento —murmura.

Me encojo de hombros.

—Estoy acostumbrado. No es la clase de hombre que se preocupa por ser un buen padre.

—Aun así, debe de haber sido duro para ti y tu familia que lo arrestaran.

Ella no entiende nuestra dinámica, y no la culpo. De hecho, lo agradezco, porque eso significa que su padre no le dio otra cosa que amor incondicional.

—En realidad, fue una bendición disfrazada. Para nosotros, al menos. Una vez que sacamos a la empresa del escándalo, su ausencia fue como si nos quitaran un peso de encima. Y aún nos lo parece. Es un cliché, pero a mi padre solo le importan dos cosas: el dinero y el poder. —El sexo también, teniendo en cuenta la cantidad de amantes que ha tenido a lo largo de los años, pero Violet no tiene por qué saberlo—. Y la única lección que pensaba que merecía la pena enseñarnos, a sus ojos, era cómo usar el apellido King para conseguir más de esas dos cosas. A ninguno de nosotros nos sorprendió demasiado su detención.

—Fue por uso de información privilegiada, ¿no?

Asiento.

—Toda la riqueza que ya había amasado no le parecía suficiente. Ahora estará encerrado siete años. Pero dudo que aprenda nada de su estancia en la cárcel.

La compasión brilla en sus ojos.

—¿Y tu madre? No parecía tener la personalidad más… eeeh cálida cuando nos conocimos.

Sonrío con ironía.

—«Cálida» y «mi madre» no pegan en la misma frase. A ella le importan más las apariencias que la realidad. Siempre ha sido así. Mientras pueda reunirnos a todos en el mismo lugar y fingir que somos una familia unida, estará contenta. Independientemente de lo que sintamos los unos por los otros en realidad.

Violet se queda en silencio un momento, asimilando mis palabras. Quizá incluso las que no he dicho.

—No alcanzo a imaginar lo duro que debe de ser no tener un padre que desee quererte a su lado y protegerte. Siento que no disfrutaras de eso mientras crecías, Tate. Ojalá las cosas hubieran sido diferentes para ti.

Ni siquiera puedo empezar a identificar la caótica mezcla de emociones que se remueve en mi pecho.

Ella sufre por mí, le hace daño que yo no tuviera lo que ella tuvo de niña. Pero hace mucho que renuncié a la esperanza de tener algún día un padre que me quisiera. Ahora mismo, lo único que quiero es a ella. Quiero la compasión de su rostro y la forma en que me mira abiertamente cuando baja la guardia, cuando confía en mí. Quiero que me confíe su cuerpo y sus emociones. Quiero que crea que puedo mantenerla a salvo.

Pero no puedo obligarla a creer en mis buenas intenciones. Solo puedo mostrarle la verdad de quién soy y esperar que sea suficiente para que me deje entrar de forma permanente.

—Hace mucho tiempo que dejé de desear que las cosas fueran diferentes —aclaro—. Ahora me centro en moldear el futuro para que sea como yo quiero que sea.

Por fin una sonrisa se dibuja en sus labios.

—¿Sin más escándalos?

Me río entre dientes.

—Eso espero…

Decidido a mantener un ambiente distendido, cambio de tema y le pregunto cómo fue crecer con Mark. Terminamos la cena hablando de su infancia, y me encanta ver cómo sonríe al recordar todas las pequeñas cosas que su padre y su hermano hicieron por ella para que se sintiera especial.

Cuando terminamos de comer, le sugiero ver una película. Pero frunce el ceño mientras examina el enorme sofá mullido que está frente al televisor de pantalla plana, y me dice que prefiere acostarse temprano para poder acurrucarse un rato con un libro.

Me planteo ver una película yo solo, pero estoy demasiado inquieto. Así que

me cambio y me voy a nadar. La piscina no es grande, pero sí lo bastante amplia como para hacer unos largos y librarme de ese exceso de energía. Antes, la habría gastado follando, pero la única mujer con la que me interesa hacerlo no está en la misma onda que yo. Al menos, todavía no.

Nado con fuertes brazadas y el movimiento repetitivo calma mi mente de todo menos de una cosa. De una persona. Violet. Violet y sus bonitos ojos azules. Violet y sus largas y suaves piernas. Su sonrisa. Su risa. Su tacto. Cómo me la imagino sobre mí. Cómo me imagino tocándola.

He tenido una pequeña muestra de ella, pero quiero más. Quiero sentir como se derrite por mí otra vez.

Joder. Se suponía que este baño me iba a tranquilizar, pero ahora tengo una puta erección de locos. Me doy la vuelta y nado hacia el borde de la piscina para poder irme a mi habitación y ocuparme de ella; apoyo las manos apoyadas en el hormigón y de pronto me quedo paralizado, porque Violet ha apartado la cortina de la ventana de su dormitorio y me está observando.

¿Cuánto tiempo lleva mirándome? Me quito el pelo mojado de la cara y, sin apartar la vista de ella, salgo del agua. Desde aquí, es imposible no darse cuenta de cómo su mirada me recorre el pecho y los abdominales, y luego desciende aún más.

Ya estoy excitado, pero su atención me convierte en granito. Con el corazón acelerado y la sangre en ebullición, estiro la mano y me acarició por encima del bañador. Está mal, lo sé, pero estoy desesperado por aliviar el profundo y punzante dolor que me provoca tener sus ojos clavados en mí.

Es imposible no fijarse en cómo se muerde el labio inferior o en cómo se le marcan los pezones contra la seda de la camiseta del pijama.

Nos quedamos allí un momento más, observándonos, estudiándonos. Me pego las manos a los costados e inspiro hondo, dispuesto a irrumpir en su dormitorio para obligarla a admitir que me desea tanto como yo a ella, pero antes de dar ese primer paso, ella se da media vuelta y la cortina vuelve a caer entre nosotros. Cierro los ojos con fuerza y me invade una oleada de frustración. Suelto un suspiro áspero y me voy a la ducha para ocuparme de mi palpitante erección.

31

VIOLET

No sé en qué estaba pensando anoche. Oí las salpicaduras y supe que Tate estaría ahí fuera, demasiado sexy para su propio bien. Un Tate mojado y casi desnudo es una tentación de la que debería saber mantenerme alejada, pero aun así me quedé junto a la ventana. Me dije a mí misma que echaría un vistazo rápido, solo para saciar mi curiosidad sobre cómo le queda a Tate el bañador. Pero en cuanto corrí la cortina y lo vi nadando con fuerza de un extremo a otro de la piscina, con la piel reluciente y los músculos en movimiento, no pude apartar los ojos.

Cuando llegó al borde de la piscina, debería haber bajado la cortina más rápido y haberme alejado de la ventana. Pero, estúpidamente, dudé, hipnotizada por el pelo mojado que le goteaba sobre los anchos hombros, por las gotas que resbalaban por su pecho musculoso y por sus abdominales marcados. Por supuesto que se dio cuenta de que lo estaba mirando. ¿Cómo no iba a hacerlo? Y en lugar de esconderme de una vez, me quedé ahí, paralizada, con el corazón latiéndome con fuerza contra las costillas mientras él me miraba; mientras lo veía acariciarse, con los ojos clavados en mi rostro.

La dureza de su miembro, que se tensaba contra el bañador mojado, y el movimiento brusco de su mano, me provocaron un dolor insistente entre mis piernas que al final me devolvió a la realidad y me aparté de la ventana de un salto. Pero para entonces, ya era demasiado tarde para reparar el daño. Ya era demasiado tarde para deshacer la lujuria que se retorcía y se enroscaba dentro de mí. La idea de ese cuerpo duro y musculoso moviéndose sobre el mío, de su miembro largo y grueso empujando dentro de mí…

Estaba tumbada de espaldas, con la mano entre los muslos, antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo.

Alcancé el orgasmo con fuerza, rápidamente, y fue satisfactorio y decepcionante al mismo tiempo porque no había sido con él, aunque no me hubiera atrevido a permitírselo. Di vueltas en la cama durante horas después

de eso, y cuando por fin me quedé dormida, solo concilié el sueño a ratos.

La idea de enfrentarme a él esta mañana me revolvió el estómago. ¿Se habría dado cuenta de lo que había hecho después de alejarme corriendo de la ventana? Estaba segura de que la culpa se me notaba en la cara.

Pero él ha actuado como si nada hubiera pasado. Ni comentarios sarcásticos ni insinuaciones veladas ni bromas de ningún tipo. Lo que me ha venido genial para achacar todo el asunto a un momento de locura por mi parte y dejarlo ahí.

Después de sorprenderme una vez más sirviéndome huevos con beicon para desayunar, Tate me ha dicho que me vistiera porque teníamos que ir a comprar el anillo.

Ahora estamos aparcados frente a una joyería en la Quinta Avenida, y la ansiedad que me ha estado atormentando toda la mañana se está multiplicando de forma exponencial. Solo con ver el exterior elegante y discreto, me doy cuenta de que este lugar es tan exclusivo como todo lo demás en la vida de Tate.

Me vuelvo hacia él, esforzándome por mantener la voz firme.

—Esto me parece excesivo.

Él sonríe con aire burlón.

—Ya te lo dije. Solo quiero lo mejor para mi prometida.

—Mi prometida falsa —murmuro. En este momento, el recordatorio es más para mí que para él.

Arquea una ceja.

—Eso no significa que vaya a comprarte un anillo falso.

—Ya te lo dije anoche: no tienes por qué hacerlo. —Señalo la joyería. No sé por qué me siento tan incómoda con todo este asunto del anillo. Es algo que hay que hacer y ya.

—Sé que no tengo por qué, pero quiero regalártelo. —Se acerca lo suficiente como para pasarme el pelo por detrás de la oreja, y sus dedos rozan ese punto de mi cuello que parece tener una conexión directa con mi sexo—. No quiero que lleves un trozo de metal barato en el dedo.

—Supongo que tiene sentido —digo, intentando no distraerme con la forma en que su aroma invade mis sentidos—. Lo último que necesitas es que algún experto en joyería con vista de lince se dé cuenta de que la prometida de Tate King lleva un anillo barato.

—Oye. —Me agarra la barbilla y me hace levantar la cabeza—. Te mereces

lo mejor, Violet. La prometida de Tate King no, tú.

Me da un vuelco el corazón. Debería dejar de decirme esas cosas tan dulces, porque, con cada día que pasa, me resulta más difícil resistirme a echar la precaución por la borda y aceptar lo que él me está ofreciendo. Pero a pesar de todas sus palabras cariñosas, de su instinto protector y de su atractivo sexual imposible de ignorar, cuando esto termine, él volverá a su mundo y yo al mío. Y la única vez que lo veré será si Mark lo invita a acompañarlo en alguna de sus visitas.

Detesto lo mucho que me disgusta esa idea.

Inspiro profundamente y luego espiro despacio; alejo la preocupación de mi mente y sonrío.

—Gracias. Eso significa mucho para mí.

Cuando Jeremy abre la puerta, salgo del coche y espero a que Tate vaya detrás de mí. Me he acostumbrado al peso de su mano en la parte baja de mi espalda. Y, sea temporal o no, no puedo resistirme a disfrutar al menos de algunas de sus caricias.

En cuanto entramos en la tienda, me sorprende la deslumbrante variedad de diamantes y piedras preciosas que brillan bajo las luces intensas. Es como entrar en un cuento de hadas. Cuando doy una vuelta despacio, contemplando las vitrinas y la lujosa decoración, sé que nunca me he sentido más fuera de lugar. Mientras que Tate lleva traje, yo voy vestida con unos vaqueros y una sencilla blusa de mangas casquillo.

Se acerca una dependienta elegantemente vestida con el pelo recogido, y su mirada llena de una curiosidad apenas disimulada va de Tate a mí.

—Señor King, qué alegría verle. ¿En qué puedo ayudarle?

—Estamos buscando un anillo de compromiso —responde Tate con naturalidad, rodeándome la cintura con un brazo para pegarme a él.

—Por supuesto. —Con una pequeña sonrisa profesional, nos lleva hasta una vitrina llena de impresionantes anillos. Al igual que en Trio's, no hay precios. Pero, a juzgar por el tamaño y el brillo de los diamantes, no me cabe duda de que cada uno cuesta más de lo que True Brew ingresa en un año.

—¿Qué le parecen estos? —pregunta la mujer, con las manos entrelazadas frente a ella.

Los anillos, colocados a una distancia idéntica unos de otros sobre cojines de color crema, son absurdos; las piedras son tan grandes que parecen capaces de sacarle un ojo a alguien. Y si no cegaran a una persona así, su brillante

resplandor se encargaría de hacerlo.

Me corroe la culpa por no estar más emocionada. Lo último que quiero es parecer desagradecida.

—Eeeh… Sí, son increíbles —digo. Lo cual es cierto, aunque nunca me haya imaginado llevando un anillo como estos en mi dedo. Pero eso puede ser porque nunca me imaginé a mí misma en un compromiso falso con un multimillonario.

Ella esboza una sonrisa radiante.

—¿Cuál le gustaría probarse?

—A ver… —Los examino de nuevo. No tiene sentido ser exigente. Que sea enorme y parezca propio de una cenicienta ayudará a vender este compromiso, así que ignoro el desencanto que me provocan todos ellos y señalo al azar—. Ese.

Se endereza y juraría que su sonrisa se vuelve más reluciente.

—Una elección maravillosa. Es un diamante de corte princesa de diez quilates en una montura de platino.

A pesar de mis esfuerzos, me estremezco. Diez quilates. ¿Cuándo se ha convertido un símbolo de compromiso en algo más volcado en las apariencias que en el sentimiento?

No importa. En este caso, se trata precisamente de eso.

Mientras lo saca del estuche y lo limpia con un paño, miro a Tate, que ha estado inusualmente callado. Tiene los brazos cruzados y una arruga entre las cejas.

La mujer me toma de la mano, devolviendo mi atención hacia ella, y desliza el anillo en mi dedo anular. Me queda casi perfecto.

Lo examino, imaginándome mis manos mientras manejo la máquina de café y lavo los platos con esta enorme piedra en mi dedo.

—Es precioso. —Me vuelvo hacia Tate, frunciendo el ceño—. Tendré que quitármelo del dedo mientras esté trabajando.

—No —dice él.

El corazón me da un vuelco ante la frialdad de su tono.

—Eeeh… —Bajo la mirada—. Es que no quiero tener que preocuparme por…

—No. Quítatelo. —La mujer y yo lo miramos fijamente—. Ahora —masculla.

Intento quitarme el anillo torpemente, sintiendo cómo me arde la piel por

vergüenza. La mujer me dedica una sonrisa tranquilizadora y cubre mis manos temblorosas con las suyas. Me lo quita con facilidad y, tan pronto como lo vuelve a colocar en la vitrina, Tate me coge de la mano y me saca de la tienda.

—Gracias —le digo por encima del hombro.

Permanecemos en silencio hasta que llegamos al coche. La confusión se apodera de mi pecho, haciendo que cada inspiración me suponga todo un reto.

En cuanto Jeremy cierra la puerta tras Tate, me doy la vuelta y busco respuestas en su expresión. Tiene el ceño fruncido y la mandíbula tensa, pero no consigo entender por qué.

—¿Era demasiado caro? Podrías haberlo dicho y ya. No me importaba elegir uno u otro.

—Esa es la cuestión —replica él.

—¿Qué quieres decir?

Sus ojos me traspasan, el tono dorado se ha apagado.

—Falso o no, quiero que te importe el anillo que lleves en el dedo. Quiero que, al menos, te guste, maldita sea.

Lo miro y parpadeo, atónita. Cuando por fin encuentro las palabras, las pronuncio tartamudeando.

—Lo-lo siento. Siento si te ha parecido que no me gustaba. No era así. Lo juro. Era precioso. De verdad. Podemos volver y…

Me coge de la mano y me acaricia el anular con el pulgar. El contacto es suave, a pesar de la tensión que le recorre el cuerpo. En mi piel se enciende un chisporroteo que me recorre el brazo.

—No te disculpes.

Aprieto los labios.

—Es que pareces enfadado.

Se le tensa un músculo de la mandíbula.

—No estoy enfadado contigo.

—Entonces, ¿con quién estás enfadado?

Sus palabras han sonado vacilantes, suaves. Este lado suyo aún me resulta desconocido. Siempre se pone una fachada tan encantadora que ver su enfado o su pena me resulta mucho más íntimo de lo que sería con cualquier otra persona.

—Estoy enfadado conmigo mismo. —Con una última caricia de su pulgar sobre mi dedo anular, se suelta de mi mano—. Jeremy, ¿puedes llevarnos a casa, por favor?

Se me revuelve el estómago de nuevo.

—¿No nos vamos a comprar un anillo? —No debería sentirme triste por eso. Es solo una señal más de lo fácil que sería perderme en esta relación falsa.

Su única respuesta es un simple «Aquí no».

Durante el trayecto a casa, él se entretiene con el móvil. Yo, por mi parte, sigo dándole vueltas a lo que acaba de pasar. Él ha percibido mi incomodidad y, obviamente, no quiere obligarme a llevar un anillo que no me convence. Pero la forma en que me ha sacado de la tienda y ha zanjado el asunto tan bruscamente me hace sentirme un poco mal. Solo ha dicho *«Aquí no»,* pero no me ha dado más detalles. Y ahora nos vamos a casa. A su casa; a la mía no. Y no sé qué pensar.

Quince minutos más tarde, al entrar en el vestíbulo del rascacielos de Tate, él sigue en silencio. No sé cómo romper el hielo, así que el trayecto hasta su ático transcurre en silencio.

Cuando entramos, se vuelve hacia mí.

—Voy a darme un baño. ¿Te apuntas? —Antes de que tenga oportunidad de responder, ya se está quitando la chaqueta. Me quedo clavada en el sitio mientras se saca la camisa por fuera del pantalón y empieza a desabrochársela. Sus dedos se mueven con destreza sobre cada uno de los botones, dejando al descubierto su piel suave y bronceada. Se me seca la boca mientras sigo el movimiento de sus manos. Solo me detengo cuando ellas lo hacen—. Mis ojos están aquí arriba.

Levanto la vista rápidamente hacia su rostro y un tartamudeo incoherente se me escapa de los labios.

—No estaba… Quiero decir…

Una media sonrisa divertida se dibuja en su boca cuando se quita por fin la camisa y deja al descubierto sus hombros musculosos.

Aunque me siento aliviada de que la tensión que parecía estar conteniendo se haya disipado, ver a Tate sin camisa no ayuda en absoluto a calmar mi libido. De hecho, hace todo lo contrario: me recuerda la imagen de él junto a la piscina anoche, con la mirada fija en mí, acariciándose.

Me tiemblan las piernas y se me escapa un suspiro.

Cuando Tate se lleva la mano al botón de los pantalones, me obligo a apartar la vista.

—¿No te vas a cambiar en tu dormitorio?

—¿Por qué? ¿Te estoy poniendo nerviosa?

Me esfuerzo por mantener la mirada en su rostro.

—No, claro que no.

—¿No? Entonces, ¿vienes a nadar conmigo? Hace calor ahí fuera. Sería una pena perderse un chapuzón refrescante solo porque te preocupa no poder mantener las manos apartadas de mí.

Una punzada de irritación se suma al deseo que recorre mis venas y suelto un suspiro. Esa actitud arrogante me ha enfurecido lo suficiente como para despejar la niebla de mi mente.

Dos pueden jugar al juego que él ha empezado. Me doy la vuelta para tenerlo frente a frente y llevo las manos al botón superior de mi blusa.

—En realidad, me encantaría mojarme —digo, el tono bajo y la voz entrecortada.

Sus pupilas se dilatan cuando abro lentamente el primer botón y separo un poco la tela de la camisa.

Aunque el botón de sus pantalones está desabrochado, la cremallera sigue subida. La cintura de sus pantalones le queda baja sobre las caderas cuando da un paso hacia mí, con la mirada fija en el segundo botón con el que estoy jugando.

No he pensado bien este plan: ni adónde iré desde aquí ni hasta dónde llegaré. Con Tate, tengo la mala costumbre de actuar primero y pensar después. Él es un maestro a la hora de desestabilizarme cuando lo que deseo con desesperación es mantener el control. Pero es prácticamente imposible hacerlo cuando lo tengo frente a mí sin camisa y con los pantalones desabrochados.

—¿Necesitas ayuda con eso, mariposa? —Su voz se ha vuelto grave. El tono áspero hace que se me pongan los pezones de punta.

Desabrocho el segundo botón para dejar al descubierto el encaje de mi sujetador. El calor que me devuelve su mirada me provoca un cosquilleo en el vientre, pero esto tiene que acabarse aquí. Si no, sería demasiado fácil dejarme llevar, permitirle que deslice el fino tejido de mi blusa por mis hombros. El deseo de volver a sentir sus manos sobre mí es cada vez más difícil de resistir.

Estoy vacilando, dividida entre lo que quiere mi cuerpo y lo que me dice la cabeza. Clavo la vista en el centro de su pecho, reacia a mirar más abajo y temerosa de lo que veré si levanto la cabeza hasta su cara.

Mi táctica evasiva se ve frustrada cuando Tate se acerca y no me queda más remedio que mirarlo a los ojos; los suyos, dorados, se clavan en los míos y hay

un leve atisbo de sonrisa en los labios. Como si pudiera leerme todos los pensamientos que se me cruzan por la mente.

—Solo quiero nadar contigo, preciosa. Eso es todo.

Por supuesto que sí. Aquí estoy yo, imaginándome todas las formas en que quiero que me toque, y él solo está flirteando porque es su carácter. Sabe que, si llegáramos a tener contacto físico, acabaría queriendo más. Y más es lo último que él desea. Me estoy dejando confundir de nuevo, llevada por su encanto, por su amabilidad y por su sensualidad innata, y estoy olvidando que seducir a las mujeres es lo que mejor se le da a Tate. Doy un paso atrás, pero él me rodea la nuca con la mano para que me acerque de nuevo a él, y baja la cabeza.

—Por favor, ven a nadar conmigo.

Aunque mi vergüenza persiste, me recuerdo a mí misma que Tate y yo tenemos que compartir este apartamento durante un tiempo, así que más vale que me acostumbre a estar con él, ya sea vestido o semidesnudo, sin perder la compostura. Con un poco de suerte, no tardaré mucho en dejar de fijarme en lo atractivo que es. Nos convertiremos en… En compañeros de piso. Compañeros de piso que de vez en cuando se besan en público.

—Vale. Voy a cambiarme.

Me suelta, y yo me aparto de él y voy a mi habitación mientras él se agacha para recoger la camisa que ha dejado caer al suelo durante su improvisado *striptease*.

Una vez en mi dormitorio, reviso mi ropa. Esta mañana, una mujer ha dejado unas maletas perfectamente hechas con mi ropa y mis artículos de aseo, y, por suerte, en ellas está mi ropa de baño. Mientras me pongo el bonito bikini turquesa de tiras, desearía ser el tipo de mujer que prefiere los bañadores de una pieza, o mejor aún, esos bañadores anticuados que me cubrirían desde las rodillas hasta el cuello. Con esto puesto, estoy segura de que me sentiré más expuesta de lo que me gustaría en presencia de un hombre que probablemente se acuesta a menudo con supermodelos.

Inspiro hondo, salgo de mi habitación y me dirijo a la terraza.

Al acercarme a la puerta de cristal, me quedo mirando a Tate. Está dentro de la piscina, de espaldas a mí. Tiene los brazos apoyados en el borde y contempla las vistas de la ciudad.

Cierro la puerta y salgo, con los nervios a flor de piel a pesar de la charla motivadora que me he dado a mí misma durante todo el camino hasta aquí. Al

oír el ruido, Tate se gira y se recuesta contra el borde, mirándome de arriba abajo.

Me quedo paralizada, sintiendo cómo mi cuerpo se calienta bajo su mirada.

—Será mejor que te metas en el agua.

Esa voz ronca ha vuelto. Le echo una ojeada rápida, me agacho y me deslizo dentro de la piscina. El agua está fresca, pero no fría. Refrescante en un día tan cálido, tal y como prometió. Suelto un suspiro y me sumerjo por completo, dejando que el líquido relaje mi piel caliente. Cuando salgo a la superficie, apartándome el pelo mojado de la cara y parpadeando para aclarar la vista, Tate me está mirando con una extraña intensidad.

—¿No vas a venir aquí?

—No estoy segura de querer acercarme tanto al borde. —Le dedico una sonrisa cohibida. No tengo miedo a las alturas, en realidad no. Pero la idea de estar en el borde de una piscina en lo alto de un rascacielos me revuelve el estómago de los nervios.

Con un murmullo, se acerca a mí, y, Dios mío, la forma en que el sol se refleja en las gotas de agua que resbalan por los músculos esculpidos de su pecho debería ser ilegal. Aparto la vista, pero cuando se detiene frente a mí, no puedo ignorar su presencia. Al volverme, él alarga la mano y me acaricia la mejilla con los nudillos.

Ese ligero contacto me arranca un suspiro tembloroso de los pulmones, lo que hace que sus labios se curven un poco hacia arriba.

—Pensaba que yo era la única que iba a tener problemas para mantener las manos apartadas de ti —digo.

—Nunca he dicho que yo no tuviera el mismo problema.

El rugido de la sangre en mis oídos es lo bastante fuerte como para ahogar el sonido del agua chapoteando contra el borde de la piscina. Si lo tocara ahora mismo, si deslizara mis manos por su piel suave y húmeda, no tengo ninguna duda de que los dos perderíamos el control. El ansia en sus ojos me lo deja claro. Debe de estar volviéndose loco de deseo sexual reprimido, teniendo en cuenta que nuestro acuerdo lo obliga a mantenerse célibe. En cuanto a mí, no puedo dejar de pensar en aquella noche en el club. Me lo imagino quitándome el bañador, con su boca sobre mis pechos. Sus manos estarían en mis caderas mientras me levantara y me colocara en el borde de la piscina para poder abrirme las piernas y saborearme. Pero por mucho que quiera, no soy capaz de hacerlo. Esto de Tate es temporal, pero si no ando con cuidado, podría

dejarme una cicatriz permanente en el corazón.

—No haré nada que tú no quieras, Violet. —Su pulgar me acaricia la mandíbula y agacha la cabeza hacia mí—. Hasta que digas que sí, tú tienes el control aquí. Recuérdalo. Pero cuando digas que sí, y lo harás… —su voz rezuma seguridad en sí mismo—, me cederás el control. ¿De acuerdo?

Respiro con dificultad y asiento. No sé qué quiere decir con eso, pero suena demasiado tentador. Retrocede un poco, dándome espacio para respirar más profundamente que las inhalaciones cortas y superficiales que he tomado hasta ahora. Luego se acomoda a mi lado, con la espalda apoyada en el lateral, contemplando los rascacielos que nos rodean. Sigo dándoles vueltas a sus palabras cuando me pregunta:

—¿Cuándo es tu primera en noche de cata ? —Su tono y su postura son la encarnación de la naturalidad, como si no acabáramos de hablar de las condiciones bajo las cuales va a salirse con la suya conmigo.

Me lleva un momento recomponerme, recordarme a mí misma que debería centrarme en la cafetería y en nuestro objetivo final.

—El mes que viene. Hemos ido ampliando poco a poco nuestra base de clientes. Ahora estamos regalando más cafés con los bonos, ya que cada vez vuelve más gente. Creo que el volumen de negocio ha crecido lo suficiente como para justificar la celebración de un evento especial.

—¿Puedo ir? —pregunta.

Lo miro, sorprendida.

—Claro que puedes venir. No pensé que quisieras, pero como nada de esto estaría pasando si no fuera por ti, me encantará tenerte ahí.

—No te subestimes, Violet. Lo único que te he dado es tiempo y un cierto alivio financiero. El resto es todo mérito tuyo.

Mi traicionero corazón vuelve a latir con fuerza, obligándome a repasar la lista, cada vez más corta, de razones por las que acostarme con Tate es una mala idea.

Mantengo la compostura durante la conversación sobre la noche de cata, y él me hace pregunta tras pregunta hasta que el pitido de su teléfono nos interrumpe. Sale del agua tal y como lo hizo anoche, con los músculos de los bíceps bien marcados, y lo coge de donde lo ha dejado, sobre una de las tumbonas. Lee el mensaje y sonríe. No parece la clase de sonrisa que imagino que pondría cualquier persona al leer un mensaje de trabajo.

Ese pensamiento hace que los celos se me claven en las entrañas. ¿Es una

mujer? Aprieto los dientes y me obligo a volver a mirar el paisaje. No es asunto mío. Dijo que no me humillaría estando con otra mujer durante nuestra relación, y nunca me ha dado motivos para no confiar en su palabra.

Aunque, si de verdad me detuviera a analizar mis sentimientos, tendría que admitir que lo que más me preocupa es la idea de que, mientras me dice todas esas cosas —las dulces y las picantes—, quizá se las esté diciendo también a otra persona.

—Vamos, mariposa. Es hora de salir del agua.

Me paso una mano para aliviar el dolor que siento en el pecho y me vuelvo en dirección a voz. Está al borde de la piscina, tendiéndome la mano. Extiendo el brazo y, con un movimiento fluido, me agarra de la muñeca y me saca del agua. Con una sola mano.

¿Por qué esa demostración de fuerza me excita tanto? Cada vez que me convenzo de que puedo permanecer indiferente, él consigue que hasta los gestos más insignificantes parezcan tremendamente sexys. Trastabillo un poco cuando me pongo de pie y él me sujeta por debajo de los brazos. Nuestros cuerpos mojados se pegan el uno al otro, de modo que puedo sentir hasta el último milímetro de su piel contra la mía.

Mis manos se han posado sobre su pecho cuando he estado a punto de caerme y, antes de que pueda detenerme, cedo a la tentación y trazo unas líneas sobre su piel suave y fresca por el agua, deleitándome con la sensación de tenerlo bajo mis dedos. La protuberancia de su erección está contra mi abdomen, provocándome una excitación que me recorre todo el cuerpo. Mis pezones están tensos y sensibles, y Dios, tengo tantas ganas de restregarme contra él… Quiero arrancarle el bañador, arrodillarme y ver por mí misma lo grande que es. Debo de gemir, porque de repente, sus manos están en mi pelo y me echa la cabeza hacia atrás. Mis labios se separan, y estoy más que lista para que me bese.

Sus ojos arden cuando me recorren el rostro, desde los ojos hasta la boca, y suben de nuevo. Con un gemido, me suelta y da un paso atrás. Me quedo paralizada, con la sensación del aire fresco contra mi piel sudada.

Se pasa las manos por el pelo mojado.

—Tienes que vestirte —dice—. Tenemos una cita.

Niego con la cabeza, haciendo caso omiso del comentario sobre una cita que no recuerdo haber concertado. Lo único en lo que puedo pensar es que, a pesar de lo mucho que dice que me desea, parece que no tiene ningún

problema en apartarse cuando prácticamente me ofrezco a él en bandeja. Recojo lo que queda de mi dignidad hecha pedazos y me aferro a ellos, diciéndome una vez más que solo porque a Tate le guste jugar, eso no significa que haya algo más.

Coge una de las dos toallas apiladas sobre la mesa y me la tiende.

—Gracias —murmuro, evitando su mirada.

Nos secamos en silencio, y luego lo sigo al interior de la casa.

—¿Adónde voy y qué me pongo? —Mi voz me suena extraña a mis propios oídos, y me doy una bofetada mental. Esta es precisamente la razón por la que no quería que las cosas se movieran en el terreno físico con él y, sin embargo, aunque no hayamos traspasado la línea, sigo cometiendo errores.

Me recompongo. Soy más fuerte que esto. Sé que lo soy.

—Te vas a quedar aquí, así que vístete de manera informal.

Frunzo el ceño, molesta por su respuesta vaga y rara al mismo tiempo.

—¿Para qué es la cita?

Tate, que me saca de quicio, solo me guiña un ojo como respuesta y luego se marcha sin más, entra tranquilamente en su dormitorio y cierra la puerta tras de sí.

Arrugo la nariz y le saco la lengua, aunque él no pueda verme. Luego entro en mi habitación, me meto en el enorme baño para darme una ducha rápida y me pongo unos pantalones cortos vaqueros y una camiseta, y me quedo descalza. Tate ha dicho informal, así que eso es lo que va a tener.

Me estoy peinando cuando llaman a la puerta de mi habitación.

—¿Qué pasa? —pregunto en lugar de abrir. No estoy segura de querer enfrentarme a Tate todavía. A modo de respuesta, la puerta se abre de par en par, pero en lugar de ver a Tate en el umbral, me encuentro cara a cara con Anna—. ¡Dios mío! ¿Qué haces aquí? —Me apresuro a darle un abrazo.

—He recibido una invitación personal de tu prometido —responde con una sonrisa.

La ha llamado… Nada más recuperarme de la sorpresa de nuestro repentino compromiso, para gran diversión de ella. Pero no esperaba verla aquí.

—Espera. ¿Eres mi cita?

—En realidad no. Vamos. —Da unos saltitos y me agarra de la mano—. Por cierto, qué bonito piso nuevo.

—Supongo —digo, siguiéndola por el pasillo—. Si te gusta vivir en un rascacielos de lujo.

Ella se ríe, y yo también, porque el apartamento de Tate es absurdamente precioso. Pero las dos nos quedamos en silencio al oír otra risa femenina que proviene de la sala de estar.

Al entrar en la estancia y ver a Tate y a la mujer misteriosa, mi corazón da un pequeño y extraño brinco. Los celos que he sentido antes afilan sus garras al ver cómo él le sonríe a esa preciosa mujer, que parece un poco mayor que él. ¿Es esta la persona con la que estaba chateando junto a la piscina?

Inspiro hondo. Sea quien sea, tengo que controlarme. Tate no es mío, y yo no soy suya. Y no tengo ningún motivo para estar celosa, ni tampoco derecho alguno.

—Hola —saluda la mujer con voz alegre al verme—. Tú debes de ser Violet. Yo soy Isabelle. Me alegro mucho de conocerte. —Se acerca a mí con la mano extendida.

Se la estrecho, pero miro a Tate, esperando una explicación. Él se limita a dedicarme una sonrisa enigmática. Cuando me vuelvo hacia Anna, ella solo arquea las cejas.

—Encantada de conocerte también —respondo por fin—. Pero no estoy segura de quién eres.

Se ríe de nuevo, con ese mismo sonido tintineante que me ha puesto los pelos de punta cuando iba dirigido a Tate, aunque ahora que es para mí, no suena para nada coqueto. Y la sonrisa emocionada de su rostro me arranca otra a mí como respuesta. Como si su alegría fuera contagiosa.

—Parece que tu hombre tiene secretos —comenta.

Vuelvo a mirar a Tate, sintiendo cómo se enciende una calidez en lo más profundo de mi pecho al oír cómo lo llama *«Tu hombre»*.

—Eso parece —murmuro. Me vuelvo hacia Anna—. ¿Sabes qué está pasando?

—Sí. Tu hombre me lo ha contado todo.

—Ven a sentarte a la mesa —me pide Isabelle—. Y te serviré un poco de champán.

¿Champán? Busco a Tate con la mirada de nuevo. En lugar de sonreír, esta vez se limita a señalarme la mesa con la cabeza, con una expresión indescifrable.

Dejando a un lado mis intentos por averiguar qué está pasando, me dirijo al comedor, donde Isabelle ha dejado una gran caja negra. De otra caja más pequeña, saca una botella de champán y dos copas.

Anna y yo nos sentamos, e Isabelle nos sirve una copa a cada una.

—¿Tú no vas a tomar una? —le pregunto.

Me dedica una sonrisita pícara.

—Me despellejarían viva si bebiera alcohol mientras manejo la mercancía.

Antes de que tenga tiempo de preguntarle nada más, abre la caja y separa los dos lados. Parpadeo, no solo por la sorpresa, sino porque me deslumbran docenas de diminutos rayos de luz. La caja está llena de anillos que brillan bajo la lámpara del techo. Esta selección es mucho más ecléctica que la que hemos visto en la tienda esta tarde. Estos anillos no solo están adornados con hermosos diamantes, sino también con rubíes, zafiros, ópalos y otras gemas que no sé ni cómo se llaman. Piedras grandes y pequeñas, platino, oro, anillos de oro rosa.

La miro con la mano apoyada en el pecho.

—¿Qué es esto?

Ella sonríe.

—Tu prometido me ha pedido que trajera una selección de anillos únicos y de origen ético, adaptados a tus actividades y tu estilo cotidianos. Todos ellos han sido elaborados con materiales seleccionados por su procedencia. Las piedras preciosas y los metales proceden de economías no conflictivas y su creación ha tenido un impacto mínimo en el medio ambiente. Y han sido extraídos por personas que se benefician de condiciones de trabajo justas y seguras. —Isabelle saca un paño de la caja y lo despliega—. Algunas de estas piedras preciosas son recicladas o de segunda mano. También varían en valor. Aunque, por lo que he entendido tras mi conversación con tu prometido, el origen y la comodidad de tu anillo son más importantes que el precio. Y si no encuentras uno que te guste, puedo ir a buscar más.

Sin apartar la mirada de la caja, me tomo un segundo para inspirar hondo y para asegurarme de que las lágrimas que me nublan la vista no se desborden por mis mejillas. Luego me vuelvo, ansiosa por expresar mi gratitud a Tate, solo para descubrir que se ha ido. Probablemente se haya marchado a su oficina a trabajar. Mi corazón se salta un latido cruel cuando me doy cuenta de que no estará aquí para esto.

Esto debe de ser lo que estaba haciendo cuando enviaba y recibía mensajes en su teléfono de camino desde la Quinta Avenida. Estaba organizando esta cita, y se las ha arreglado para ponerse en contacto con mi mejor amiga también, para que ella pudiera estar aquí conmigo. Se ha desvivido para que

fuera divertido para mí, en lugar de estresante.

Me encanta tener a Anna aquí, pero no puedo evitar desear que Tate me ayudara a elegir la joya. Que cuando encontrara el anillo perfecto, fuera él quien me lo deslizara en el dedo. Como si de verdad significara algo.

Como si esto fuera real.

Anna me aprieta la rodilla. Me conoce demasiado bien. No me cabe duda de que se da cuenta de que mis emociones están a flor de piel. Sonríe con ternura.

—Tu chico sabe lo que hace.

Trago saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta y asiento. Cuando me pone delante su copa de champán, suelto una risita ahogada y brindo con ella.

—Muy bien, chicas —dice Isabelle—. Empecemos, ¿os parece?

Una hora más tarde, he elegido un anillo. Aunque me lo he probado para ver cómo quedaba y comprobar que no se me cayera, ahora lo sostengo entre mis dedos. Isabelle me ha guiado en la selección, explicándome el origen de cada gema exactamente igual que yo explico el origen de los granos de café de True Brew. Aunque el anillo que tengo en la mano dista mucho de ser el más llamativo, ha sido el que me ha atraído de inmediato.

Según Isabelle, su diseño está inspirado en la época eduardiana, con un diamante de talla rosa de perfil bajo rodeado de piedras redondas antiguas recicladas, todo ello engastado en una fina banda de oro rosa. «Perfil bajo» significa que no tendré que preocuparme por chocar con él constantemente contra algo mientras trabajo y, por alguna razón, se ha vuelto importante para mí llevarlo puesto en la cafetería.

Isabelle ha recogido todo y se ha marchado, y Anna se ha ido poco después. Ella se maravillaba con cada anillo que me probaba, haciéndome reír mientras saboreábamos nuestro champán. Ha sido divertido, como si fuéramos niñas jugando a disfrazarnos con bisutería. Salvo por que estos anillos no son en absoluto bisutería.

Y ahora estoy aquí sentada, sola, sosteniendo mi bonito anillo de compromiso. La caja de terciopelo azul oscuro está sobre la mesa, y la dejo donde está cuando me levanto y me dirijo hacia la oficina de Tate.

32

TATE

Levanto la cabeza de golpe al oír que llaman a la puerta de mi despacho.

—Adelante.

Violet abre y entra con paso sigiloso.

Inmediatamente miro su mano izquierda y, al ver que no lleva anillo, me invade una inesperada oleada de decepción.

—¿No has encontrado uno que te gustara?

—Sí.

Me mira con ojos tiernos y extiende la palma de su mano derecha para mostrarme un bonito anillo de diamantes. Tiene las mejillas sonrojadas, probablemente por el champán y todas las risas que se han echado ella y Anna. Me levanto y rodeo mi escritorio, y luego se lo quito de la mano. Es discreto pero hermoso, igual que ella. Una parte de mí desearía haber sido yo quien la ayudara a encontrarlo, pero desde el momento en que nos hemos acercado a la vitrina de la joyería esta mañana, su sonrisa ha sido forzada, así que ahí mismo he llegado a la conclusión de que no era lo que quería. Cuando mire su anillo de compromiso, quiero que sonría. Una sonrisa sincera, porque le encanta, porque le dice algo, y que no lo lleve para fingir algo o porque se sintiera presionada por mis expectativas, o las de nadie. Si yo le hubiera elegido un anillo, o me hubiera quedado mirándola mientras ella lo elegía, así es como habría sido.

—Gracias —dice en voz baja—. Me encanta. Y gracias por hacer esto por mí. Por invitar a Anna. Nos lo hemos pasado muy bien. Isabelle también ha sido encantadora.

—Ayudó a Cole a elegir el anillo de compromiso de Delilah. Y me alegro de que hayas encontrado uno que te guste. ¿Hay que ajustarlo?

Ella baja la barbilla y niega con la cabeza.

—Me queda perfecto.

—Supongo que estaba destinado a ser así, entonces. —La observo

atentamente, tratando de leer su expresión.

Tiene los ojos un poco brillantes. Puede que esté un poco achispada por el champán, aunque no está borracha. La sonrisa que me dedica es de las de verdad, esa hermosa y espontánea que no se veía en la joyería.

—Supongo que sí. —Se muerde el labio inferior—. ¿Debería empezar a llevarlo ahora, entonces? ¿O quieres hacer algo más dramático? Ya sabes, de cara a la galería. —Suelta una risita insegura.

La frustración me pone los nervios de punta. Está demasiado decidida a recordarse a sí misma —y a mí— que todo esto es falso. Pero sé que siente la conexión que hay entre nosotros. Nunca he querido tener una conexión con nadie y desde luego nunca la he buscado, pero ahora que la he experimentado con Violet, no estoy seguro de querer dejarla escapar. No le mentí ayer cuando le dije que no podía hacerle ninguna promesa. Sigue mostrándose cautelosa conmigo, sigue sin confiar plenamente en mí, y hasta que lo haga, no puedo predecir cómo va a acabar todo esto. Pero incluso con esas dudas, mi esperanza de que lo que hay entre nosotros pueda durar más allá de la fecha de caducidad de nuestro acuerdo se hace cada vez más fuerte. Le daré un poco más de tiempo para que se acostumbre a la idea de que entre nosotros podría haber algo más que una simple pantomima, pero ya estoy harto de andar con pies de plomo con ella.

—Ahora, Violet. Empieza a ponértelo ya.

Levanta la mirada hacia mí.

—Vale. No estaba segura de cómo querías que lo hiciéramos. Extiende la mano derecha para coger el anillo, pero no se lo devuelvo. El ceño fruncido refleja su confusión—. Pensaba que querías que empezara a llevarlo…

—Y es lo que quiero. Pero si piensas que no voy a ser yo quien te ponga el anillo en el dedo, te equivocas. Dame la otra mano.

Entreabre los labios y sus ojos recorren mi rostro. Pero, sin decir palabra, me tiende la mano izquierda. Al acunarla suavemente, soy muy consciente de lo pequeña que parece entre las mías. Contengo la respiración mientras deslizo la estrecha banda sobre su dedo anular, y, si no me equivoco, ella también. Durante un largo instante, contemplo el símbolo que le dirá al mundo que esta mujer es mía.

Y pierdo el control.

Una oleada ardiente de deseo primitivo me recorre el cuerpo. Quizá por eso he rehuido el compromiso durante tanto tiempo. Nunca he querido reclamar

algo así. Nunca he querido tener el corazón de otra persona en mis manos ni darle a nadie el poder de tener el mío. Sé lo fácil que es que los lazos que parecen inquebrantables se rompan, y hasta ahora nunca me había sentido tentado a correr ese riesgo. O tal vez era solo que no había encontrado a la persona por la que estuviera dispuesto a correrlo.

Sea cual sea el problema que tuviera, ahora ya no existe. Violet lleva mi anillo, y lo único que quiero es bajarle esos pantalones cortos y echarla sobre el escritorio que tengo detrás para poder inmovilizarle las muñecas por encima de la cabeza y admirar cómo le queda en ese dedo mientras la penetro.

Sin soltarle la mano, la pego a mí y, antes de que pueda reaccionar, la estrecho contra mi pecho y mis labios le rozan el lóbulo de la oreja.

—¿Sabes lo que significa esto? Eres mía, Violet.

Un escalofrío recorre su cuerpo y yo me pongo duro como una roca en un instante.

—Tate —gime ella—. Yo…

Antes de que pueda terminar esa frase, le acaricio la cara y le recorro los pómulos con los pulgares. Estaba dispuesto a darle tiempo, a hacer que ella me lo pidiera, pero lo necesito. Mi cordura pende de un hilo.

—¿Sí o no?

—Sí. —La palabra sale con un suspiro entrecortado.

Aplasto mi boca contra la suya, deleitándome con la manera en que sus labios se separan bajo los míos, con el pequeño gemido de deseo que deja escapar, con la forma en que se arquea contra mí, como si quisiera acercarse más. Nada de eso es una puñetera actuación. Aquí no hay nadie más que nosotros.

Mi beso es todo menos suave, mis dientes tiran de su labio inferior, mi lengua se desliza profundamente. Pero a ella no parece importarle. Se restriega contra mí, gimiendo. Podría tenerla aquí mismo, ahora mismo. Podría hacer realidad mi fantasía de hace un momento y echarla sobre mi escritorio; darle unos azotes por mantenerme a distancia durante tanto tiempo. Y ella me dejaría hacerlo. Me dejaría hacer todo lo que quisiera, lo sé.

Por eso me obligo a parar, a apartarme.

Sus ojos son de un azul medianoche, y entre sus labios hinchados se escapan respiraciones entrecortadas. Me cuesta toda mi fuerza de voluntad dejarla marchar. Se lleva la mano izquierda a la boca como si estuviera sorprendida, ya sea por el beso o por su repentino final. Quizás por las dos cosas.

—¿Por qué te has detenido? —pregunta.

Me paso la mano por el pelo y luego me recoloco la erección que me aprieta los pantalones. Es en vano, porque mientras lo hago, ella sigue el movimiento con la vista y se muerde de nuevo labio inferior, lo que me pone aún más duro, si es que eso es posible.

—Porque le has dicho que sí a un beso, no a follar en mi escritorio. Y ahí es donde habría acabado todo esto si no hubiera parado. Cuando follemos, mariposa, serás tú quien lo pida, no yo. Quiero que estés tan desesperada que te arrodilles y me supliques tenerme en tu boca. Así no habrá ninguna puñetera confusión sobre si esto es fingido. ¿Entiendes? —Una ira sorprendente se ha apoderado de mí. Estoy furioso porque la primera vez que he sentido algo más que un simple deseo pasajero por una mujer, me encuentro en esta puta situación. Con esta farsa colgando entre nosotros. Y estoy furioso porque la opinión que Violet tiene de mí es muy pobre. Y porque es culpa mía—. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo, Violet? Si quieres mi pene —le agarro la mano y la pongo sobre mi miembro, y contengo un gemido cuando sus dedos se curvan instintivamente a su alrededor—, vas a tener que pedírmelo de buenas maneras. ¿De acuerdo?

—Vale. —La palabra sale en un suspiro tembloroso. La dejo allí, con los ojos muy abiertos, las pupilas aún dilatadas por el deseo, y me dirijo hacia la puerta —. Espera. ¿Adónde vas?

Aprieto los dientes.

—A mi dormitorio, para masturbarme imaginando todas las cosas que te voy a hacer cuando por fin te rindas a lo que hay entre nosotros.

Y me voy.

33

VIOLET

Me desplomo contra el borde del escritorio de Tate. ¿Qué leches acaba de pasar?

Me estaba colocando el anillo en el dedo y al segundo siguiente casi le estaba suplicando que lo hiciéramos sobre su escritorio. Y el hecho de que él supiera que había un «casi» en ese pensamiento es en lo que no puedo dejar de fijarme.

Me ha leído a la perfección: lo deseaba con todas mis fuerzas. Lo deseaba a él con todas mis fuerzas. Y, sin embargo, ese vestigio de duda sigue atormentándome. Sería increíble, no tengo ninguna duda. Podría destrozarme. Con la mejor de las intenciones, Tate podría tomar mi cuerpo y mi corazón y romper el escudo que he levantado a su alrededor. Ese miedo sigue vivo: el miedo a saber que le daré mi cuerpo, luego mi corazón, y al final de todo esto, él seguirá alejándose.

Pero, Dios, estoy tan excitada… Me tiembla todo el cuerpo y mis pezones son pequeños picos duros bajo la camiseta. Cierro los ojos e inspiro hondo, luego otra vez, obligándome a calmarme. Obligando a mi mente a despejarse. Es imposible, porque me asaltan visiones de Tate en su dormitorio, acariciándose, con la cabeza echada hacia atrás, masturbándose mientras piensa en mí.

Casi me fallan las piernas. Dios, cómo me gustaría verlo. Se ha ido enfadado, y casi me mareo al pensar en lo fuerte que debe de estar moviendo el puño. Quiero verlo mientras se toca. Lo necesito. Puede que no esté preparada para sentir su cuerpo contra el mío, pero eso no significa que no lo desee. Y tal vez esto sea lo más cerca que esté de conseguirlo.

Antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, estoy yendo por el pasillo hacia nuestros dormitorios. Me detengo frente a la puerta de Tate. Está entreabierta, como si tal vez supiera que iba a acercarme. ¿O era esperanza? Quizás no ha sido ninguna de las dos cosas. Quizás solo haya sido un descuido por su parte. Aunque cuanto más tiempo paso con Tate, más comprendo que

nada de lo que hace es descuidado, al contrario de lo que a menudo parece.

Inspiro hondo, pero mi mano sigue temblando cuando empujo la puerta y entro. No está en la cama ni tampoco en el baño. Tardo un momento en encontrarlo, recostado en uno de los mullidos sillones de cuero de la zona de estar de su dormitorio. Y no se está tocando, aunque sigue luciendo un gran bulto bajo los pantalones.

Se ha quitado la camisa y, con el torso desnudo y esa piel dorada, parece un león en reposo, e igual de arrogante. Me observa con los ojos entrecerrados.

—¿Has venido a ver el espectáculo, mariposa?

Me estremezco por su rudeza, pero tiene razón.

—Sí —susurro.

La tensión se desvanece visiblemente de su cuerpo. Sus hombros se relajan y sus rígidos abdominales se distienden ligeramente. Se humedece los labios, y recorre mi cuerpo con mirada hambrienta.

—¿Sí o no, Violet?

Esta vez me está pidiendo mucho más que un beso y no puedo decir la palabra. En su lugar, niego con la cabeza. No parece sorprendido. Sus ojos permanecen fijos en los míos mientras se desabrocha los pantalones y desliza la mano dentro.

—Ya te lo dije. Tú tienes el control. No voy a tocarte sin que tú me lo pidas.

Su antebrazo se flexiona con el movimiento lánguido de su mano, y el deseo es un nudo prieto en lo más profundo de mí. Solo haría falta una palabra y él estaría sobre mí; su pereza felina se vería sustituida en un instante por la criatura salvaje que acecha bajo la superficie. Mi cuerpo está vivo y palpitando de necesidad. La excitación recorre mis venas, y mis pezones se marcan a través del fino tejido de mi camiseta. Tate observa la reacción de mi cuerpo, y su mandíbula se vuelve imposiblemente angulosa.

—Demuéstramelo entonces —espeta entre dientes—. Muéstrame lo que no puedo tener. —Niego con la cabeza, confusa, y me responde con voz oscura y lasciva—. Bájate esos pantalones cortos y las bragas, siéntate en esa silla —señala con la cabeza la que tiene enfrente— y muéstrame lo que me estoy perdiendo.

Un calor extraño y salvaje me recorre el cuerpo: la necesidad de volverlo tan loco como él me está volviendo a mí. Sin apartar la mirada de él, engancho los pulgares en los laterales de mis pantalones cortos y los bajo lentamente, junto con mis bragas. La llama de deseo en los ojos de Tate desata una tensión feroz

en lo más profundo de mi ser. Me da las fuerzas que necesito para meter mis últimas inhibiciones en una caja fuerte en mi mente y cerrar la estancia de un portazo. Puedo tener este momento. Tengo derecho a tenerlo. Quizá no sea todo lo que Tate quiere, pero me está cediendo el control, y cuando se trata de un hombre como él, eso es… liberador. Me acerco a la silla, sintiendo cómo su mirada me recorre, casi como si unos dedos me rozaran la piel. Luego me doy la vuelta y me siento. Se ha sacado el pene y lo agarra con fuerza. A pesar de lo grande que es su mano, aún quedan varios centímetros de miembro al descubierto entre su glande hinchado y el punto donde tiene el puño envuelto a su alrededor. Me contoneo al imaginar cómo me estiraría el cuerpo al empujarlo dentro de mí.

—Siéntate más atrás y levanta los pies —me ordena—. Quiero ver hasta el último centímetro.

Con un suspiro tembloroso, hago lo que me dice y apoyo los talones en el borde del asiento de cuero. Él echa la cabeza hacia atrás y gime, pero rápidamente la vuelve a bajar, como si no quisiera perderse ni un solo segundo. Esa reacción me hace sentir una embriagadora oleada de poder femenino, que ahoga lo que me queda de timidez.

—Joder, Violet. —Se acaricia una vez, lentamente y con fuerza; el líquido preseminal brilla en la punta, y se me hace la boca agua con las ganas de saborearlo. Pero eso no es lo que está pasando aquí; esto es Tate controlándome, dirigiéndome. Puede que él no me esté tocando, pero sigue siendo responsable de mi placer—. Sepárate los labios del sexo con la mano izquierda. Déjame ver ese bonito diamante en tu dedo de cuando te corras para mí. —Sigo sus instrucciones, y la piedra destella en mi mano—. ¿Sabes lo que significa ese anillo, mariposa?

El corazón me da un vuelco en el pecho ante el deseo que emana de la palabra «mariposa».

—¿Qué? —susurro.

—Hasta que se salga de tu dedo, significa que ese sexo perfecto es mío. Tu cuerpo es mío. ¿Lo entiendes? —Estoy demasiado perdida como para protestar. Quizá cuando recobre la cordura tendré la fuerza necesaria para negar lo que está diciendo. Pero por ahora sus palabras solo hacen que mi deseo se dispare aún más—. Tócate el clítoris —dice, con una voz rasposa como la grava. Encuentro el botón hinchado y lo rodeo suavemente con una caricia, una vez, dos veces, levantando las caderas hacia la yema de mi dedo. Ya

estoy a punto, tan cerca…—. Ya basta. —Obedezco sin pensarlo y retiro la mano. La sonrisa que me dedica es pura satisfacción. Suelto un gemido al sentir que el orgasmo, que era inminente, se desvanece—. Quiero ver cuántos dedos se puede meter mi prometida. —Dios, esas palabras obscenas me provocan una oleada de excitación entre las piernas. Lenta y deliberadamente, deslizo la mano hacia abajo, pasando por alto mi clítoris; pongo mi dedo índice y mi dedo medio a los dos lados de mi entrada, prolongando nuestra tortura mutua un poco más—. Te gusta provocarme, ¿verdad?

—Sí —respondo con voz entrecortada.

—Desliza esos dedos dentro de ti y fóllate como lo hice yo aquella noche. —El fuego me recorre la columna vertebral, intensificando el deseo que me inunda. Hago lo que me dice y meto los dedos en el calor resbaladizo de mi cuerpo con un gemido. Ya estoy tan mojada que se deslizan fácilmente. Él deja escapar un siseo entre dientes—. Todavía recuerdo lo caliente que estabas y lo estrecha que eras. —Me humedezco los labios y veo cómo entrecierra los ojos —. Joder, era casi imposible no sacármelo para penetrarte.

Con un escalofrío de desesperación, deslizo mis dedos hacia fuera y me acaricio el clítoris. Pequeñas chispas de placer brotan de mi interior y recorren mis nervios. Cierro los ojos con fuerza, deseando más, aunque sé que no podemos. No debemos.

—¿Te estás imaginando que soy yo quien te toca? —pregunta él, con una voz más grave, más ronca. Yo asiento con los ojos aún cerrados—. Te sentí tan bien aquella noche… Tu sexo sabía tan dulce… Imagina que tus dedos son los míos. Muéstrame cómo quieres que te toque.

La tensión que se acumuló entre nosotros aquella primera noche se intensifica ahora mismo. Los recuerdos me inundan. Quiero que me toque como lo hizo entonces, pero no puedo permitírselo, así que esto es lo mejor que voy a conseguir en su lugar. Hasta ahora he sido suave, pero no quiero que él sea suave.

Me meto los dedos de nuevo y jadeo ante la sensación de plenitud. Con cada embestida, la palma de mi mano choca contra mi clítoris y enseguida estoy moviendo las caderas contra ella.

La respiración escapa entrecortada de mis labios y el corazón me late con fuerza contra la caja torácica. No reduzco el ritmo al abrir los ojos, aunque vacilo por un instante cuando capto los detalles de la escena que tengo delante. Tate King, con los ojos entrecerrados clavados en mi rostro mientras yo me

doy placer, sus labios carnosos y masculinos entreabiertos, su mano acariciando lentamente su erección tensa.

—Ojalá fueras tú —digo.

El movimiento de su mano se detiene un instante.

—Imagina que lo soy. —Luego vuelve a masturbarse y adapta su ritmo al mío, de modo que estamos sincronizados. Añado un tercer dedo. tratando de emular la plenitud que sé que sentiría con él dentro de mí—. Eso es, preciosa. Imagina que soy yo con quien estás follando. Imagina que te estoy penetrando, que mi pene te llena, te estira. —Estoy jadeando, ya me he perdido por completo al imaginármelo todo; al desearlo todo—. ¿Estás a punto, Violet?

Las oleadas de calor que me invaden son tan poderosas que amenazan con ahogarme.

—Sí.

—Entonces, para. Ahora mismo.

Dejo escapar un gemido de frustración. Podría seguir. Un caricia más, dos, y me correría aquí mismo, delante de él. Pero el placer casi embriagador que se refleja en su rostro mientras me contempla es adictivo. Se excita manteniéndome al límite. Es una tortura en sí misma, pero estoy dispuesta a obedecer sus órdenes si eso significa que va a seguir mirándome así.

—Buena chica, eso es. Hazlo otra vez. Fóllate a ti misma. Haz que me den envidia tus dedos. —Mueve la mano más rápido y yo sigo su ritmo. El placer hace que la excitación me resbale entre las nalgas. Incluso sin tocarme el clítoris, estoy peligrosamente cerca de derrumbarme—. ¿Quieres correrte, mariposa? —Me muerdo el labio y asiento. Si el líquido preseminal no estuviera goteando por la parte inferior de su miembro a un ritmo impresionante, me avergonzarían los ruidos que hacen mis dedos—. ¿Tienes idea de cuánto deseo estar enterrado dentro de ti ahora mismo? Sentirte cálida, húmeda y ceñida a mi alrededor. No tienes ni idea de las cosas que sueño con hacerte.

—¿Qué quieres hacerme? —Esa pregunta escapa de mí boca como un jadeo sin aliento, y él me atraviesa con la mirada.

—Te ataré las manos y te abriré las piernas. —Mi cuerpo se estremece ante la idea de estar atada, y otra oleada de calor me invade—. Te pondré una mano sobre la espalda para que no puedas moverte, y luego me meteré en ese sexo tan estrecho. Usaré un juguete en tu clítoris para hacer que te corras una y otra vez hasta que ninguno de los dos podamos aguantar más. Cuando creas que ya

no te queda nada más que dar, te desataré las manos y haré que uses tus dedos para correrte de nuevo. Y solo cuando estés retorciéndote me permitiré llenarte.

—¡Tate, por favor! —exclamo. La imagen que sus palabras dibujan en mi mente me ha llevado al borde del abismo.

—Tócate tu bonito clítoris, preciosa. —Su voz es un gruñido grave y oscuro —. Déjame ver cómo mi prometida se derrumba delante de mí. —Solo hacen falta dos caricias de mis dedos sobre ese bulto hinchado de nervios para que el orgasmo se apodere de mí. Tenso la columna y un gemido se abre paso desde mi pecho ante la intensidad del placer que me recorre. Tate se levanta de un salto de la silla y, en dos zancadas, está ante mí; cae de rodillas entre mis piernas. Estoy demasiado ida como para preocuparme de que esté tan cerca y completamente concentrado en la vista de mi sexo. Cuando me invade el último espasmo él deja escapar un gemido salvaje—. Has dejado un buen desastre en mi silla, mariposa. ¿Qué voy a hacer contigo?

Me arden las mejillas al ver la mancha húmeda en el cuero de la silla. Por instinto, aprieto los muslos, pero cuando Tate niega con la cabeza, los vuelvo a abrir.

Pasa sus dedos e es por la humedad y luego se la unta por el pene. Con una mano sobre la parte superior de mi muslo, me abre más para él, mientras que su otra mano se mueve de nuevo, con sacudidas cortas y bruscas.

No puedo dejar de mirarlo, de fijarme en cómo brilla su miembro con mi excitación. Estoy febril, con la piel caliente y sensible, el clítoris aún hinchado, aún palpitante. Estoy a punto de decir que sí, de dejar que deslice ese pene larga y gruesa en mi interior. Quizá sea una estupidez resistirme a estas alturas, teniendo en cuenta lo que acabo de hacer… lo que los dos estamos haciendo. Pero una vez que la tenga dentro de mí, no sé si querré a otro. Y ese es un pensamiento aterrador, y más cuando Tate siempre ha sido de los de con una vez basta.

Su respiración entrecortada me devuelve al momento presente. Me concentro de nuevo en sus movimientos justo cuando se agacha, mueve la mano con brusquedad una última vez y, con un grito ronco grito, explota. Un chorro de semen brota de él, y me invade la decepción cuando no deja que salpique mi piel sobrecalentada. Vuelve a masturbarse, y sale otro chorro, y las vetas blancas nacaradas cubren la mancha húmeda que he dejado en el asiento. Otra sacudida, y se forman más charcos sobre el cuero. No puedo apartar la

vista mientras usa esa enorme mano para exprimirse hasta la última gota.

Para cuando termina. los dos estamos sudando y jadeando. Y mis emociones son un torbellino.

Sabía que la realidad iba a terminar por atraparme, pero no tenía ni idea de que iba a ser tan pronto. Dejo caer los pies al suelo, y Tate no me detiene. Está sentado sobre los talones, con el pene aún duro.

—Déjame ir a buscar algo para limpiarnos… —Contemplo el desastre que ambos hemos montado en el cuero de lo que estoy segura es un sillón muy caro. Si esperaba que se sintiera avergonzado, no podría estar más equivocada. Se pone de pie y se cierne sobre mí, con los ojos oscuros y un rubor en las mejillas, y se vuelve a guardar la erección en los pantalones.

Me ayuda a levantarme para que no tenga que esquivar torpemente las pruebas de lo que hemos hecho.

Sus grandes manos me sostienen mientras me tambaleo con las piernas temblorosas. Por un momento, apoya su frente contra la mía, y solo se oye el sonido de nuestras respiraciones.

—Creo que correrme contigo se ha convertido en mi nueva actividad favorita —dice.

—¿Cuál era tu actividad favorita antes? —le pregunto, todavía luchando por recuperar el aliento.

—Masturbarme mientras me imaginaba cómo sería correrme contigo.

Lo único que puedo hacer es soltar una risa que más parece un sollozo.

Me acaricia la cara y me da un beso en la coronilla.

—Vamos, mariposa. Mi prometida debería experimentar mi ducha al menos una vez. Te prometo que te encantará casi tanto como te ha encantado lo que acabamos de hacer.

—No puedes evitarlo, ¿verdad?

—Cuando se trata de ti no. —Me coge de la mano y me lleva a su cuarto de baño.

34

VIOLET

Navego por las redes sociales de True Brew, respondiendo a los comentarios de las fotos que he publicado en los últimos días. Empezamos con poco, pero nuestros seguidores están creciendo, lentamente pero con paso firme. Los clientes incluso nos etiquetan en sus propias fotos, sobre todo en las que muestran nuestro *latte art*.

Me duelen las mejillas de tanto sonreír mientras tecleo un par de respuestas para la gente que comenta lo delicioso que es nuestro café.

—Estás de buen humor —comenta Jarrod con una sonrisa.

—Las cosas están mejorando —digo.

Y así es. La primera inyección de dinero de mi acuerdo con Tate llegó a principios de semana, y como no he tenido que comprar una nueva máquina de café, he contratado a un pastelero a tiempo parcial para que hiciera bollería fresca por la mañana, y a otra camarera, también a tiempo parcial. Esta ayuda me permite dedicar más tiempo a llevar la contabilidad y a trabajar en el plan de marketing.

He creado una lista de correo y hemos despertado bastante interés en la velada de degustación que hemos celebrado. No es que estemos a rebosar todos los días, pero ahora hay muchas menos mesas vacías de las que ha habido desde que regresé a Nueva York.

Aunque la forma en que las cosas están cambiando aquí no es la única razón por la que sonrío más. Contemplo el anillo de mi mano izquierda y la sonrisa aparece de nuevo. Todavía no me acostumbro a verlo ahí. Y no debería acostumbrarme a verlo ahí, ya que no tardaré mucho en tener que quitármelo. Pero estoy empezando a disfrutar de esta situación más de lo que debería. Empiezo a pensar que quizá disfrutar de cada aspecto mientras dure no sería tan malo.

Tate es… Dios, no consigo entenderlo. Quería que me cayera mal. Mantenerlo a distancia era mucho más fácil cuando lo único que veía al mirarlo

era a un *playboy* al que solo le importaban el dinero, el poder y el sexo. Pero es mucho más que eso. Lo que hicimos el fin de semana pasado… No tengo palabras para describirlo. Cierro los ojos y los recuerdos de ver cómo se corría, de cómo él veía cómo me corría yo, me despiertan todo el cuerpo y me retuerzo un poco solo con pensarlo.

Esperaba que se uniera a mí en la ducha después, pero en cambio me sorprendió dejándome una toalla gruesa y lujosa y un albornoz antes de desaparecer. Por un momento, me sentí dividida entre la decepción y el alivio. Me quedé con el alivio. Porque habría sido demasiado difícil resistirme a él si estuviera desnudo en la ducha conmigo. Y la verdad es que no estoy preparada para eso. Al menos, todavía no.

Después de darme la ducha más increíble de mi vida, me retiré a mi habitación para pasar la noche. Ver a Tate friendo huevos y beicon a la mañana siguiente no sirvió para frenar mi atracción por él. Tampoco lo han hecho los días siguientes. No me ha presionado para ir más allá, pero tampoco me lo ha puesto fácil. Se empeña en andar por ahí sin camiseta la mayor parte del tiempo e insiste en que cocinemos juntos. Me está dejando entrar, mostrándome quién es en realidad, tratándome como si le importara más de lo que debería. Como si hubiera algo más en todo esto. Como si hubiera algo más entre nosotros.

Esta noche asistimos a otra gala —esta organizada por King Group—, así que volverá a ir todo elegante con su esmoquin. Eso, sin duda, tampoco ayudará en nada. Dios sabe que mi fuerza de voluntad tiene un límite. Sobre todo sabiendo lo bien que me hace sentir solo con sus dedos, o sin siquiera tocarme. Y sabiendo que yo aún no he tenido la oportunidad de tocarlo a él.

Marie, nuestra nueva camarera, me hace un gesto con la mano para decirme que se va a tomar un descanso.

Asiento en su dirección y cojo mi teléfono para acercarme a la barra y echar una mano mientras ella no está. Antes de que pueda guardarlo en el bolsillo de mis pantalones cortos, aparece una nueva notificación. Es un comentario en nuestra última foto. Decido escribir una respuesta rápida antes de ponerme a servir, así que abro la aplicación. Entonces me quedo paralizada. Porque reconozco el nombre de usuario. Es el de Eric.

El comentario solo dice: *«Tengo ganas de probar ese sitio».*

Es inofensivo, pero es una coincidencia demasiado grande como para no ser deliberada. Me desplazo hacia atrás por mi *feed,* mirando las fotos recientes.

Salgo en algunas de ellas, aunque me he centrado principalmente en nuestro café, la comida y la historia detrás de la tienda y de nuestros granos de cultivo ecológico.

Corté toda comunicación con Eric tras el lío en que acabó nuestra relación y lo bloqueé en el teléfono y en mis cuentas de redes sociales. Desde entonces, no he vuelto a verlo ni a tener noticias suyas, y, por lo que sé, sigue viviendo en Maine, así que esto… Esto es raro.

Tomo nota de buscarlo en internet más tarde y asegurarme de que sigue trabajando para su tío. Pero, por ahora, me guardo el móvil en el bolsillo, cojo una bandeja, la lleno de platos y cafés y me pongo en marcha.

Mientras cruzo el comedor y atiendo a los nuevos clientes de varias mesas, cualquier pensamiento sobre mi ex queda relegado a un segundo plano. Durante los treinta minutos siguientes me mantengo ocupada, sirviendo las mesas y charlando con varias personas. Algunos me dicen que amigos o familiares les han recomendado el local, o que han visto una de nuestras publicaciones y han decidido probarlo.

Incluso me piden que pose para un par de fotos con clientes sonrientes que sostienen sus tazas de café. Esas interacciones me llenan de tanta esperanza que prácticamente floto de mesa en mesa. Estos clientes publicarán las imágenes en sus redes sociales y la noticia seguirá corriendo. Por fin siento que estoy haciendo algo más que mantenerme a flote.

Al final del día, Jarrod y yo cerramos, y como siempre, el tipo de Pinnacle Security nos espera pacientemente. He aprendido a ignorar su presencia mientras trabajo, ya que hacen todo lo posible por pasar desapercibidos entre la multitud con su ropa de civiles.

Una vez que he cerrado la puerta principal tras nosotros y me he despedido de Jarrod, mi guardaespaldas se acerca y me señala con un gesto hacia el final de la calle, donde nos espera uno de los sedanes negros del equipo.

Le dedico una sonrisa y me dirijo hacia allí. No voy a mentir, podría acostumbrarme a que me llevaran y me trajeran del trabajo todos los días. No tener que preocuparme por coger el autobús o no de andar bajo la lluvia es maravilloso. No me extraña que Tate haga que Jeremy lo lleve a todas partes.

Tate no está en casa cuando entro en su ático. Me cuesta ignorar la pequeña punzada de decepción que me recorre el cuerpo. A pesar de todas mis protestas, ya estoy mucho más involucrada de lo que debería.

Saco el vestido que he elegido de entre la selección que me han

proporcionado los estilistas y luego me meto en la ducha. Tate se ha ofrecido a encargarse de mi peluquería y mi maquillaje otra vez, pero prefiero hacerlo yo misma. Estuvo bien para aquel primer evento, cuando estaba nerviosa y no tenía ni idea de qué esperar, pero no me entusiasma demasiado tener a un equipo de gente revolviéndose a mi alrededor cada vez que vamos a algún sitio.

Acabo de salir de la ducha y estoy envuelta en una toalla cuando llaman a la puerta de mi dormitorio. Inmediatamente, se me acelera el corazón. Suelto un suspiro y levanto la barbilla, tratando de reunir la poca compostura que puedo, y luego me apresuro hacia la puerta.

Cuando la abro de par en par, un escalofrío involuntario me recorre la espalda. Dios mío, ¿alguna vez me acostumbraré a ver a Tate con traje? Sigue llevando la chaqueta, pero se ha aflojado la corbata y se ha desabrochado el botón superior. La imagen es tan sexy que casi entro en combustión espontánea.

Sus ojos se oscurecen al recorrer mi piel desnuda. Cuando vuelve a cruzar su mirada con la mía, esa sonrisa arrogante que, de hecho, estoy empezando a disfrutar —quizá mucho más que «empezando»— le dibuja unas arrugas en las mejillas.

—Quería ver cómo ibas.

—Bien. —Mi voz suena demasiado entrecortada—. Solo tengo que maquillarme y vestirme. —Sin pedir permiso, entra en la habitación. Doy un paso atrás para apartarme de su camino, pero él me agarra por la cintura con las dos manos y me pega a él. Baja la cabeza, hunde su rostro contra el hueco de mi cuello e inspira profundamente—. Tate —digo con suavidad—, ¿qué estás haciendo? —Le acaricio la espalda sin saber muy bien qué se le pasa por la cabeza. Hay algo casi vulnerable en su forma de abrazarme.

—Siempre hueles tan bien… —Se endereza y sus dedos me recorren la clavícula. Ese gesto me pone la piel de gallina y hace que mis pezones se endurezcan contra la toalla. Le resultaría muy fácil enganchar un dedo en la tela y tirar de ella para quitármela. Y a mí no me costaría ningún esfuerzo ponerme de puntillas y besarlo. Justo cuando ese pensamiento cruza mi mente, su boca encuentra la piel sensible debajo de mi oreja—. No he podido dejar de pensar en tu sexo en todo el día. Estaba en una reunión con mi equipo de marketing y solo podía pensar en lo guapa que estabas cuando te corrías. —Suspira contra mi piel—. Se me ha puesto dura en medio de una reunión que se suponía que debía dirigir porque no podía dejar de imaginar lo fuerte que te

correrías con mi lengua dentro de ti mientras te ponía un juguete contra el clítoris.

El calor se acumula en lo más profundo de mi vientre y se extiende hacia fuera.

—Tate. —Solo es un susurro ahogado.

Cuando se aparta, su sonrisa es perezosa y sexy. Como si supiera exactamente lo que sus palabras me provocan. Arquea una ceja y recorre mi cuerpo con la mirada, deteniéndose cuando llega a mis manos.

—¿Dónde está tu anillo?

Señalo la mesilla de noche.

—Me lo he quitado antes de meterme en la ducha.

Se acerca con paso firme, lo coge de encima de la mesilla y vuelve hacia mí con el mismo paso. Me toma la mano izquierda y desliza el anillo en mi dedo anular.

—Así está mejor. —Lo miro fijamente, con el corazón latiendo a un ritmo errático contra mi esternón. Ni en un millón de años me habría imaginado a Tate King como un hombre gruñón y posesivo al que no le gusta que su falsa prometida no lleve el anillo de pedida. Me hace preguntarme cuánto de su verdadero yo ha estado ocultando tras sus sonrisas diabólicas y sus comentarios sarcásticos, sus coqueteos y esa actitud de *«Ámalas y déjalas»*—. Voy a cambiarme —dice—. Si no, voy a querer coger algo que mi prometida no está dispuesta a darme.

Suelto un suspiro tembloroso.

—Tate…

Me acaricia la nuca. Su calor se me mete por dentro, avivando las llamas que ha encendido con sus palabras.

—Te lo dije, no te andes con rodeos. La pelota está en tu tejado. Pero cuando me lo pidas —sus dedos es se deslizan por mi mandíbula y sus ojos dorados me miran con intensidad—, no te lo voy a poner fácil. Cuando me supliques que te posea, te llevarás todo lo que tengo para dar. —Aprieto los muslos de forma inconsciente. Si Tate deslizara la mano bajo la toalla que me envuelve, descubriría que estoy húmeda y lista para él—. Vístete, Violet. Esta noche quiero presumir de mi preciosa prometida.

Y entonces se marcha y me deja preguntándome si tiene algún sentido fingir que no voy a ceder a lo que los dos deseamos.

Estoy distraída mientras me maquillo y me seco el pelo. Sigo perdida en mis

propios pensamientos mientras me pongo el precioso vestido y me subo la cremallera.

Cuando me miro en el espejo, no puedo evitar admirar cómo el vestido color champán se ciñe a mis curvas. Unos finísimos tirantes nacen del corpiño con escote en uve, lo bastante pronunciado como para revelar el contorno de mis pechos. El vestido roza la parte superior de mis relucientes zapatos de tacón de color *nude,* y la abertura llega hasta la parte superior de mi muslo, dejando al descubierto un trozo de piel con cada paso que doy. Probablemente sea el vestido más sexy que me he puesto nunca, y agradezco que, en la noche en que voy a desfilar como la futura señora de Tate King, esté tan elegante como estoy.

Cuando estoy lista, cojo mi bolso de mano a juego, me echo un poco de perfume y salgo de mi dormitorio. Tate ya está en el salón y se ve increíble con ese esmoquin. Levanta la vista cuando entro en la estancia, se pone de pie de inmediato y llega hasta a mí a grandes zancadas.

—No creo que pueda llevarte a ninguna parte con este aspecto —dice.

La decepción me sacude con fuerza. Estaba segura de que había acertado con este vestido. Me pongo una mano sobre el estómago, me miro a mí misma y luego vuelvo a mirarlo a él.

—Puedo cambiarme. Tengo otros vestidos.

Me rodea la cintura con la mano y, con la cabeza agachada para que pueda sentir el calor de su aliento en mi mejilla, gime.

—Me estás matando, mariposa. No sé si podré soportar que los demás hombres vean lo sexy que eres, joder.

El peso en mi estómago se transforma en un cosquilleo insoportable. Me río, un poco sin aliento.

—Por suerte para ti, llevo tu anillo.

—Me gusta eso. Demasiado.

Se me encoge el corazón, porque por mucho que esas palabras me afecten, no puedo evitar preguntarme si solo le gusta porque sabe que no es permanente.

—¿Estás lista? —pregunta.

Asiento, y él me coge de la mano y me lleva hacia el ascensor. Durante el trayecto de bajada, nos miramos el uno al otro a través del espejo y se produce una comunicación silenciosa entre nosotros. La intensidad de la mirada de Tate promete un placer que apenas alcanzo a imaginar, y para cuando llegamos

abajo, mi pulso se ha acelerado.

No es hasta que estamos en la parte trasera de la limusina, de camino al cercano hotel de King Group donde se celebra el evento, cuando recuerdo lo que ha pasado antes.

—Hoy me ha pasado algo raro —le comento a Tate, girándome en mi asiento para mirarlo—. Eric ha comentado una de las publicaciones de True Brew.

Frunce el ceño.

—¿Qué ha dicho?

—Solo algo sobre que tiene ganas de probarnos.

—¿Ha dicho algo al respecto alguna vez?

—No. No he sabido nada de él ni he vuelto a verlo desde antes de mudarme.

Tate tiene la mandíbula tan tensa como su postura.

—¿Alguna vez hablasteis de True Brew cuando estabais juntos?

—Claro. Pero lo último que él habrá sabido es que yo estaba en Maine. Quizás solo haya sido una extraña coincidencia? O quizás… —Dejo la frase en el aire. Quizás vio un artículo sobre Tate y sobre mí, en el que se mencionaba dónde trabajo. Su ceño fruncido me indica que está pensando lo mismo. Me muerdo el labio inferior. Tal vez no debería haber dicho nada—. No importa. Solo ha sido un comentario inocuo. Dudo que vuelva a saber nada de él.

Se queda en silencio un instante, con el ceño fruncido, y no sé qué se le está pasando por la cabeza.

—Avísame enseguida si pasa algo más, ¿vale?

Pongo mi mano izquierda sobre su pierna y mi anillo de compromiso brilla bajo las luces del tráfico que pasa.

—Lo haré, te lo prometo.

Tate baja la cabeza, se fija en mi mano, y la tensión se desvanece de su cuerpo. Su mirada recorre lentamente mi cuerpo de nuevo, hasta posarse en mi rostro. El destello de sus pupilas deja claro que está recordando lo mismo que me ha estado rondando la cabeza durante la última semana. Todos los pensamientos sobre Eric se desvanecen y me hierve la sangre en las venas bajo su mirada.

Si no estuviéramos deteniéndonos frente al hotel, no estoy segura de que no me hubiera deslizado por el asiento de cuero para sentarme en su regazo. Pero seguimos mirándonos fijamente cuando Jeremy detiene el coche al final de la

alfombra roja y los flashes de las cámaras destellean frente a nosotros. La gala de King Group de este año tiene como objetivo recaudar fondos para el desarrollo sostenible en países subdesarrollados, y al parecer la lista de invitados incluye a un sinfín de famosos, políticos y magnates de la industria, por lo que la prensa ha acudido en masa.

Mientras Tate y yo pasamos entre la multitud de periodistas y fotógrafos, nos llaman.

—Violet, déjanos ver el anillo.

—¿Cómo le pediste matrimonio, Tate?

—¿Ya habéis fijado una fecha?

Miro a Tate. Cuando empezamos esto, no tenía ni idea de que se convertiría en algo tan importante. Pensaba que solo lo acompañaría a unos cuantos eventos. Que a la gente no le importaría quién era yo, sino solo que Tate tuviera novia. Pero ahora estamos comprometidos y todo esto ha cobrado vida propia. A Tate, sin embargo, no parecen molestarle en absoluto las preguntas.

—Tate —le pregunta uno de los periodistas—, ¿cuándo supiste que era la mujer de tu vida?

Tate ladea la cabeza, con una sonrisa pícara en el rostro.

—¿Tú qué crees? —murmura, lo bastante bajo como para que nadie más pueda oírlo—. ¿Debería decirles que fue cuando te derretiste con mis dedos en el Onyx?

Entorno los ojos.

—Quizá podrías decirles la verdad y contarles que fue cuando viniste a True Brew y me suplicaste que fuera tu novia.

Él se limita a reírse y me lleva hacia las puertas sin responder a ninguna de las preguntas que nos lanzan.

El vestíbulo es enorme y está resplandeciente, con mármol, cristal y lámparas de araña. Desde allí, Tate me lleva hacia un lado, donde atravesamos unas puertas dobles abiertas que dan a un inmenso y lujoso salón de baile.

—Nuestra mesa está al frente —dice Tate.

—¿Una de las ventajas de ser los anfitriones? —le pregunto, arqueando una ceja.

—No recuerdo haber estado nunca en un evento en el que no estuviéramos en primera fila. —Suelto una risita ahogada—. Al menos eso significa que todo el mundo podrá ver bien a mi preciosa futura esposa.

Me pongo la palma de la mano contra mi estómago completamente vacío.

¿Por qué me emociono cuando dice «mi futura esposa» a pesar de que soy muy consciente de que no es real?

Mientras nos abrimos paso entre la multitud, una persona tras otra detiene a Tate para estrecharle la mano y felicitarlo por su compromiso, así como por la gala. Rápidamente me canso de sonreír con educación mientras me evalúan, algunos con expresiones burlonas que denotan desdén. Pero no digo nada. Me pagan por estar al lado de Tate, así que eso es lo que haré.

Cuando por fin llegamos a la mesa y veo a Delilah, me relajo, aliviada. Ella me sonríe; está preciosa con ese elegante vestido negro.

—Me alegro mucho de volver a verte —dice mientras Tate me guía hacia la silla vacía a su lado. Se echa hacia mí, con los ojos verdes muy abiertos—. Cole me ha contado lo que pasó con el compromiso. ¿Estás bien?

—Claro que estoy bien —susurro.

Su sonrisa es comprensiva cuando mira a Tate, que está hablando con Roman, con el brazo apoyado en el respaldo de mi silla, acariciando distraídamente con el pulgar la sensible piel de mi cuello, igual que hizo la última vez. Y, igual que la última vez, me siento demasiado bien con ese gesto.

Ella deja escapar un pequeño suspiro.

—Los hombres King son difíciles de resistir —dice.

Juego con el tallo de mi copa de vino y trago saliva para deshacer el nudo que tengo en la garganta.

—Lo son.

—¿Puedo ver el anillo? —Con una sonrisa, accedo y le tiendo la mano—. Es precioso. —Su tono es sincero—. Nunca había visto uno así. Déjame adivinar, Tate llamó a Isabelle.

—Así es —río.

Baja la voz.

—Cuando Cole me contó el plan que habían urdido, no creía que Tate fuera capaz de fingir tener una conexión emocional auténtica con una mujer. Una conexión puramente sexual, quizá. ¿Pero actuar de forma convincente como si estuviera enamorado? No estaba segura de que se lo tomara lo bastante en serio como para que resultara creíble. Pero… —Echa un vistazo por encima de mi hombro y luego vuelve a mirarme—. A mí me parece que se está entregando al cien por cien.

Con las mejillas ardiendo, aparto la mirada, solo para darme cuenta de que Tate me está observando. Me dedica esa sonrisa, no la arrogante ni la coqueta

y seductora, sino la otra, la que envía una lenta oleada de deseo por todo mi cuerpo. Quiero pensar que tiene razón. Algunas veces, sobre todo en los últimos días, casi me creo que es verdad. Pero ya me he equivocado antes y me cuesta deshacerme por completo de ese miedo persistente. De que mi juicio esté nublado, de dejar entrar a alguien, solo para descubrir que me he vuelto a equivocar.

En una ráfaga de satén esmeralda, la madre de Tate aparece en la mesa. Esos ojos azules y gélidos se encuentran con los míos, y sus labios esbozan una sonrisa tensa.

—Violet. Qué detalle por tu parte unirte a nosotros esta noche.

—Estoy muy contenta de estar aquí para apoyar una causa tan maravillosa.

Levanta la barbilla.

—Sí, por supuesto.

Tate interviene.

—Como Violet es ahora mi prometida, mamá, deberías esperar verla en todos estos eventos.

Beverly frunce el ceño y sus cejas se arquean ligeramente, como en señal de duda, mientras nos mira a mí y a su hijo menor. Está claro que está confundida por su afirmación. Sabe que esto es una farsa, todos los que estamos en esta mesa lo sabemos, pero Tate tiene un don para sonar demasiado convincente.

—Sí, bueno. Lo esperaré ansiosa.

Hay tan poca emoción en su tono, y su rostro está tan inexpresivo, que es difícil saber cómo interpretar ese comentario.

Tate se levanta, se vuelve hacia mí y me tiende la mano. La cojo, y él envuelve mis dedos con los suyos, cálidos, y luego me ayuda a levantarme.

—Bueno, mamá, ha sido un placer, como siempre. Pero creo que me gustaría bailar con la futura señora King antes de verme obligado a mantener una conversación incómoda contigo mientras comemos langosta y caviar.

Beverly frunce los labios, pero no hace ningún comentario mordaz como respuesta. Se limita a resoplar y se acomoda con elegancia en uno de los asientos vacíos.

Con un gesto de asentimiento al resto de nuestra mesa, Tate me guía hacia la pista de baile. Me mira mientras caminamos, con sus ojos dorados oscurecidos.

—Siento lo de antes. Ya te lo dije de la otra vez: mi madre no tiene ni un ápice de calidez.

Le estrecho la mano con más fuerza y siento una punzada entre las costillas.

Puede que haya perdido a mis dos padres, pero nunca he dudado de que me quisieran. Apenas recuerdo a mi madre, pero mi padre mantuvo vivo su recuerdo para mí con sus palabras, sus historias y las fotos enmarcadas que colgaban de su pared.

En la pista de baile, Tate me pega a él y me estrecha entre sus brazos con fuerza.

—Lo siento —murmura—. No debería quejarme de mis padres cuando tú no tienes a los tuyos.

Le pongo la mano en el brazo.

—Puedes hablarme de cualquier cosa. Echo de menos a mis padres. Siempre lo haré. Pero sé lo afortunada que soy por haberlos tenido. Me da pena que se hayan ido, sí, pero imagino que es distinto a sentir que nunca han estado a tu lado aunque vivierais en la misma casa.

Con los ojos ardientes, Tate me estrecha con más fuerza por la cintura y me besa. Es la primera vez que lo hace sin preguntar. Tampoco es que fuera a decir que no y ni siquiera me importa que estemos en la pista de baile de un salón de baile lleno de ricos y poderosos. De hecho, lo agradezco. Quiero que todo el mundo vea lo mucho que Tate me desea. Porque, aunque esto siga siendo un acuerdo, aunque siga habiendo una fecha de finalización, nuestra conexión es real. Tiene que serlo. El calor abrasador entre nosotros, la forma en que sus labios reclaman los míos. Puede que no sea amor, pero sea lo que sea, es real.

Entrelazo mis dedos en su cabello y me pego a él. Cuando sus manos bajan peligrosamente, muy abajo, y sus dedos rozan la curva de mi trasero, gimo contra su boca. Rompe el beso y apoya la frente contra la mía, exhalando jadeos entrecortados.

—¿Qué me estás haciendo, mariposa? —Supongo que no espera una respuesta, porque no puedo dársela. Nos quedamos así, balanceándonos hasta que termina la canción. Cuando la música se desvanece, da un paso atrás—. ¿Quieres algo de beber? —Aún flotando a unos centímetros del suelo, le sonrío.

—Me encantaría. Pero primero el necesito retocarme. —No me cabe duda de que me ha quitado todo el pintalabios.

—Me gusta cómo te queda este *look*. —Desliza el pulgar por mi labio inferior—. El de recién besada. Me hace preguntarme lo guapa que estarás después de haber follado.

Suelto un suspiro tembloroso. Tengo la sensación de que va a descubrirlo muy pronto.

De la mano, salimos de la pista de baile. Solo nos separamos cuando me dirijo al baño y él se va al bar. El baño de mujeres es tan extravagante como el resto del hotel —lo cual no es ninguna sorpresa— y me tomo mi tiempo para retocarme el maquillaje.

Tras regresar al salón de baile, me abro paso entre la multitud hacia el bar, pero me detengo en seco al ver a Tate junto a esa mujer de la primera gala, Amy. Está preciosa, con un vestido rojo sirena que se ciñe a cada una de sus curvas. Los celos se retuercen como un ser vivo dentro de mí. No debería ser así, pero lo es. La duda de si Tate se ha acostado con ella, la duda de si, a pesar de que llevo su anillo en mi dedo, ella ha compartido algo con él que yo no he compartido, me recorre la espalda con una punzada amarga.

Me obligo a acercarme a ellos. Tate me da la espalda y ella está demasiado ocupada pestañeando seductoramente como para fijarse en mí. A medida que me acerco, distingo el campanilleo de su risa y luego sus palabras.

—Nunca lo habría creído si no lo hubiera visto con mis propios ojos. Tate King, domesticado para siempre. —Extiende la mano y posa los dedos con delicadeza sobre su antebrazo—. Tengo que decir que nadie esperaba que acabaras con la dueña de una cafetería.

Me pongo tensa, pero me relajo de nuevo un momento después cuando Tate retira el brazo de debajo de su mano.

—No entiendo por qué ibas a dedicar tanto tiempo a pensar en la mujer con la que iba a acabar casándome.

—Supongo que es más bien que no esperábamos que lo hicieras. Con nadie. Pero, por supuesto, todo el mundo está encantado de que te hayas decidido.

Me sorprende que no pueda sentir la intensidad de mi mirada. Si entrecierro los ojos aún más, es probable que la fulmine con mi ira.

—En realidad no me importa si alguien está contento, excepto Violet —dice Tate.

El corazón me da un vuelco y una ola de calidez se extiende como melaza por mi pecho. Él no sabe que estoy aquí, pero no hay ni el más mínimo atisbo de falsedad en su voz.

El destello de irritación en el rostro de Amy es rápidamente sustituido por una deslumbrante sonrisa artificial.

—Por supuesto. Y eso es muy bonito. Pero quizá, antes de que tú y tu

camarera cabalguéis juntas hacia el atardecer, tú y yo podríamos quedar para tomar una copa alguna noche.

Rechino los dientes. ¿De verdad cree que Tate es tan estúpido como para aceptar su oferta? Estoy a punto de dar un paso al frente y hacer notar mi presencia cuando Tate se endereza.

—Eso no va a pasar —replica, con un tono tan gélido que me sorprende que Amy no se estremezca—. Ya no me interesaba antes, y ahora me interesa aún menos. Sobre todo teniendo en cuenta lo enamorado que estoy de mi prometida.

La sonrisa de Amy se congela, pero antes de que tenga oportunidad de decir nada más, Tate se da media vuelta y me ve. La mirada que me dedica es totalmente opuesta a la que le ha dirigido a ella. Me ilumina por dentro y hace que un calor líquido me recorra las venas. Me pega a él, hace que levante la cara hacia la suya y me da un beso en los labios.

—Vamos, te necesito en mis brazos otra vez.

Deslizo la mano por su pecho, la dejo sobre su corazón y me pongo de puntillas para poder susurrarle al oído.

—Y yo te necesito dentro de mí.

Se le tensa hasta el último músculo de su cuerpo. Con un fuerte suspiro, gira la cabeza de modo que sus labios casi rozan los míos. No tengo ni idea de si Amy sigue allí plantada mirando y, sinceramente, me da igual. Desliza una mano por mi espalda y me agarra por la nuca.

—¿Eso es una petición, mariposa?

—Sí. Y en cuanto estemos solos, te lo pediré con dulzura, tal y como tú querías. —Tate da un paso atrás y se pasa la mano por la boca, sin apartar la vista de mí.

—Discúlpanos, Amy. Mi prometida quiere estar a solas conmigo. —Me coge de la mano y se aleja de ella, llevándome a rastras tras él.

—¿Adónde vamos?

Su única respuesta es esa sonrisa pícara. La que solía volverme loca, pero que ahora hace que cada terminación nerviosa de mi cuerpo se ilumine.

35

TATE

Al acercarnos a la pista de baile, Violet me tira de la mano. Frunce el ceño y se le forma una pequeña arruga entre las cejas.

—Pensaba que íbamos a un sitio donde pudiéramos estar…

—¿A solas? —Asiente, y el modo en que se muerde ese labio inferior tan carnoso que tiene me provoca una erección. Joder, ya me estoy imaginando lo bien que voy a sentirme al tener su boca sobre mí. Tiro de ella, de modo que no tiene más remedio que acabar pegada a mi pecho—. Estoy deseando oír esas bonitas palabras tuyas, mariposa. Pero podría dar mala imagen si nos marcháramos demasiado pronto de la gala de mi familia.

—Bueno. —Parpadea—. Quizá no debamos irnos, pero…

Deslizo la mano por la suave piel satinada de su espalda y agacho la cabeza hacia la suya, de modo que mis labios rozan el pabellón de su oreja.

—¿Quieres que te lleve a algún sitio para follar, mariposa? ¿Quizás a uno de los pasillos de servicio o a una sala de reuniones vacía? Este hotel es de mi familia. Podría llevarte a una de las *suites* para que tengas un orgasmo rápido si tanto lo necesitas.

Ella frunce el ceño y me da un empujón en el pecho.

—Si lo pones así…

—No vamos a ir a ninguna parte, Violet. Ya he esperado bastante. Ahora te toca a ti esperar a mi lado un rato.

Su cuello se mueve cuando traga saliva, y levanta la delicada barbilla.

—¿Me estás castigando por no haber dicho que sí antes?

Bajo la mano y le rozo el trasero con la punta de los dedos.

—No te estoy castigando. Lo último que quiero es hacerte daño, pero hay cosas por las que vale la pena esperar. —Le rozo el labio inferior con el pulgar y disfruto del sonido de su respiración entrecortada—. Lo que va a pasar entre nosotros esta noche es algo por lo que merece la pena esperar. Pero, por si te sientes ansiosa, voy a contarte exactamente lo que te voy a hacer para que,

mientras estemos sentados a la mesa con mi familia, manteniendo una conversación cortés, puedas pensar en lo que está por llegar mientras aprietas esos magníficos muslos uno contra otro. Al fin y al cabo —le acaricio las cadera—, no querrás mojar las bragas y estropear este bonito vestido.

—Tate —dice ella, entre un susurro y un gemido.

No puedo evitar sonreír. No disfruto torturándola, pero la desesperación que brilla en sus ojos es una de las cosas más excitantes que he visto nunca. Es imposible que no me vuelva adicto a ello. Joder, probablemente ya lo sea.

—En cuanto nos metamos en la limusina —murmuro, pasándole el pelo por detrás de la oreja—, le diré a Jeremy que suba la mampara para darnos intimidad, porque nadie más que yo va a oír los gemidos hambrientos que va a soltar mi novia. Luego voy a deslizar mi mano por la abertura de tu vestido porque me ha estado tentando toda la noche. Voy a sentir lo mojada que estás para mí, y luego te vas a sentar a horcajadas sobre mí. Vas a restregar ese clítoris hinchado contra mi cuerpo hasta que te corras en mis pantalones. Vas a usar mi pene para correrte. —Joder. Describir todas las cosas que le voy a hacer (e imaginármelas en mi cabeza) me está excitando a mí también. Estoy tan duro que tengo que acercarla más a mí y estrechar mi cuerpo contra el suyo para aliviar el dolor que siento en la entrepierna—. Y eso solo va a ser el principio. Cuando lleguemos a casa, voy a hacer que te corras una y otra vez, hasta que estés agotada. Hasta que tu cuerpo tiemble por la sobrecarga sensorial. Ahí es cuando te echaré hacia delante, me abriré paso a en ese sexo tuyo tan estrecho, caliente y húmedo, y haré que tengas un orgasmo más.

Violet se aferra a mi camisa, con los labios entreabiertos y el pecho agitándose con cada respiración. Sus pupilas son enormes pozos negros. Joder. Si deslizara mi mano entre sus muslos ahora mismo, estoy convencido de que iba a encontrarla empapada. Es prácticamente un charco en mis brazos, y me encanta, joder.

Le doy un beso en su suave boca y obligo a mi cuerpo a relajarse. Luego, manteniéndola frente a mí para ocultar las pruebas de lo excitado que estoy, la guío fuera de la pista de baile, de regreso a nuestra mesa. La forma en que me aprieta la mano con fuerza me envía una oleada de calor. Creo que eso me entusiasma casi tanto como su deseo. Quizás más. Pero ahora no es el momento de analizar ese sentimiento.

Mientras estamos sentados a la mesa, escuchando los discursos y asistiendo a la entrega de premios, apoyo el brazo en la silla de Violet y recorro su piel con

los dedos de un lado a otro, asegurándome de que no olvide ni por un segundo lo que le he prometido que iba a hacerle. La anticipación vibra en mis venas, pero eso solo hará que todo sea aún más dulce cuando al fin me hunda en ella.

La conversación fluye a mi alrededor, pero yo solo hago breves comentarios cuando es imprescindible, porque estoy demasiado atento a cada respiración superficial de Violet, a cada sutil cambio como respuesta a mi contacto. Delilah la involucra en la conversación, y Violet hace todo lo posible por charlar y reír mientras intenta reprimir los escalofríos que la sacuden a intervalos irregulares.

La presencia de mi madre al otro lado de la mesa, por desgracia, tiene la capacidad de aguar el ambiente. Se ha pasado gran parte de la velada escrutándome a mí, y luego a Violet, con una intensidad extraña —un contraste con su habitual desinterés frío—. Sabe que esto es un acuerdo, pero tengo la extraña sensación de que se ha dado cuenta de que no estoy actuando en absoluto.

La forma en que Delilah no deja de dedicarme sonrisas radiantes me hace pensar que mi futura cuñada también es consciente de mis sentimientos no tan platónicos hacia mi prometida.

Antes de que el último orador deje el micrófono, ya me he levantado de la silla y he hecho que Violet también se ponga en pie.

—Cole, Roman, os veré en la oficina el lunes. Delilah, ha sido un placer, como siempre. Mamá, ha sido… algo.

Se limpia los labios con una servilleta.

—Tate, siempre con tu sentido del humor. Violet, me ha encantado volver a verte.

—Gracias, señora King. También me ha encantado verla.

—Mmm. —Mi madre deja caer la servilleta.

Cuando nos damos la vuelta, Violet me mira de reojo y hace una mueca, y yo no puedo evitar una carcajada. La buena noticia es que a mi prometida no tiene ningún problema para lidiar con su futura suegra.

Le acaricio la parte baja de la espalda y le rozo la oreja con los labios.

—Jeremy está trayendo el coche ahora mismo. Vamos.

Nos abrimos paso entre la multitud, con la expectación acelerando nuestros pasos. Me muero de ganas de deslizar la mano que tengo en la espalda de Violet más abajo, pero me mantengo firme. Por ahora.

Esperar tiene sus ventajas; soy partidario de la gratificación diferida, pero ya

casi he llegado al límite. Al salir del hotel, nos cruzamos con los últimos fotógrafos, que empiezan a disparar sus cámaras mientras nos dirigimos al coche.

Jeremy nos espera con la puerta abierta y, una vez que Violet y yo nos hemos acomodado, rodea el capó y se desliza en el asiento del conductor.

Me estiro la chaqueta con una mano y me echo hacia delante.

—Por favor, Jeremy, sube la mampara. —Cuando se cierra y quedamos solos los dos, me giro para mirarla. Esos putos ojos azules suyos están clavados en mí, y el pulso le late con fuerza en la base de su cuello. Ya le he dicho lo que va a pasar, pero ella sigue dudando cuando le digo en voz baja—: Ven aquí, Violet.

Espero, en silencio y sin moverme, hasta que finalmente, tras una profunda inspiración, se desliza hacia mí.

—¿Quieres que te lo pida ya? —susurra.

—Todavía no, mariposa. Aún no voy a darte mi pene. Pero sí quiero tus labios.

Enredo mis manos en su sedoso cabello y capturo su boca con la mía. Empiezo despacio, pero solo puedo ser paciente hasta cierto punto, y su sabor es embriagador. Nuestras lenguas se entrelazan mientras recorro sus curvas hasta que encuentro el satén que cubre sus muslos, buscando la raja en la falda que me ha estado provocando toda la noche. Cuando la encuentro, deslizo mis dedos por su piel desnuda, luego bajo la tela hasta que mis nudillos rozan la fina tira de encaje que la cubre. Tenía razón: sus bragas están empapadas. Deslizo los dedos, recojo la prueba líquida de su excitación y le acaricio suavemente el clítoris. Ella inspira bruscamente y luego gime en mi boca.

Joder. Mi pequeña mariposa va a hacer unos ruidos preciosos esta noche.

No puedo reprimir la sonrisa que se apodera de mí cuando me aparto y contemplo sus mejillas sonrosadas y sus labios hinchados.

—¿Recuerdas lo que te dije que iba a pasar una vez que subiéramos a la limusina? —Parpadea y luego asiente—. Entonces, ven aquí y restriégate contra mí.

Con las manos temblorosas, se sube la falda hasta dejar al descubierto la piel cremosa de la parte superior de sus muslos. Luego, con una mano en mi hombro, se sienta a horcajadas sobre mí. Se queda suspendida justo encima de mi regazo y se muerde el labio inferior.

El deseo por ella es como un dolor físico en mi interior. Puedo sentir el calor

que irradia de ella, y me muero de ganas de tenerla sobre mi miembro palpitante.

Ladea la cabeza, con la mirada clavada en la mía.

—¿Es ahora cuando tengo que preguntar?

Le sonrío con picardía y le acaricio la mejilla con la palma de la mano.

—Qué impaciente. Ya te avisaré cuando llegue el momento. Hasta entonces, quiero que restriegues ese clítoris hambriento contra mí. —Por fin, se deja caer sobre mi regazo. Su calor me empapa, y se me tensan los testículos al instante. La agarro del trasero, animándola a moverse, y ella contonea tentadoramente las caderas—. Eso es. Joder, me muero por estar dentro de ti.

Me mira de soslayo.

—Puedes metérmela ahora mismo si quieres.

Con una risita, acerco su cara a la mía para rozar mis labios contra los suyos.

—Quiero hacerlo. Pero no lo haré. Voy a disfrutar viendo cómo te corres solo con pensar lo bien que te vas a sentir cuando te penetre.

—Ay, Dios —suspira.

Le bajo el corpiño del vestido, dejando al descubierto sus perfectos pechos. Luego la agarro de las muñecas y se las junto a la espalda y tiro hacia abajo hasta que se ve obligada a arquear la espalda y sacar pecho.

—Ahora, acarícíate hasta que te corras mientras chupo estos pechos increíbles.

Ella espira temblorosamente y vuelve a mover las caderas. Sin poder usar las manos para apoyarse, tiene que confiar únicamente en los músculos de sus muslos para moverse contra mi miembro.

Pero lo consigue.

Me agacho y me llevo uno de esos turgentes pezones rosados a la boca. Es la primera vez que los saboreo desde Onyx, y me siento como si me hubiera estado muriendo de sed y por fin consiguiera saciarla. Chupo con fuerza, disfrutando de la sensación cuando se fruncen bajo mi lengua, y luego paso a su otro pecho y le doy un mordisco suave.

Ella gime como respuesta, y yo sonrío contra su piel ardiente. A partir de ahí, sus movimientos se vuelven más frenéticos. Echa la cabeza hacia atrás, y sus pechos apuntan más hacia mí. Dios, me muero de ganas de verlos rebotando en mi cara mientras follamos, mientras por fin me hago con lo que ya he reclamado como mío con ese anillo.

—Qué buena chica, ahí, restregándote contra mí para correrte. No puedo

evitar empujar hacia arriba contra ella, dándole más fricción, recompensándola por hacer tan buen trabajo.

—Tate —susurra—. Estoy a punto.

—Ya sé que lo estás, mariposa. ¿Necesitas que te ayude a llegar al límite?

—Sí. —La palabra sale casi como un gemido.

Llevo mis dedos a su boca y los pongo contra sus labios.

—Chupa. —Ella abre la boca para mí, y cuando le acerco los dedos los envuelve con la lengua. Una vez que están bien húmedos, los retiro y le suelto las muñecas para subirle la parte trasera de su vestido y pasarlos, resbaladizos de saliva, contra el músculo fruncido entre sus nalgas. Se queda quieta, con los ojos muy abiertos—. Confía en mí, mariposa. Solo voy a hacer que te sientas bien. Sigue moviendo esas caderas para mí.

Ella obedece, retomando su ritmo. Aprovecho su propio movimiento para introducir la punta de mi dedo justo dentro de su canal trasero.

Pestañea.

—Ah, Dios, Tate. Eso es… eso es tan…

—Sigue moviéndote, Violet. No pares. Quiero sentirlo cuando te corras. —Ella gime de nuevo, y yo me hundo en ella más hondo y luego me detengo, dejándola balancearse sobre mi dedo, dándole control sobre la profundidad que ella desea. A medida que se acostumbra a la sensación, sus movimientos se vuelven más fuertes—. Parece que a mi prometida le gusta tener mi dedo en el trasero —murmuro. Empujo un poco más hacia dentro—. Imagina lo bien que te sentirás cuando meta aquí mi pene. ¿Crees que te gustará igual? ¿Qué tal mi pene ahí y un juguete en tu sexo? Cuando te corras, ¿crees que te derramarás sobre mí?

—¡Tate! —Se está precipitando hacia el clímax; cada gemido es más fuerte que el anterior.

Por mucho que quiera oírla gritar, sus gemidos son solo para mí. Hundo la mano en su pelo y pego su boca a la mía. Deslizo mi lengua contra la suya, y ella se mueve con fuerza contra mí. Sus movimientos se vuelven espasmódicos y se estrecha alrededor de mi dedo.

—Déjame sentirlo, mariposa —gruño contra sus labios.

—Sí, sí, sí. —Sus gemidos son ahogados. Sigo con su boca pegada a la mía. Entonces llega al clímax y se deja caer sobre mi hombro como hizo aquella noche en el Onyx, y su aliento cálido y entrecortado me baña la piel. Se contonea sobre mí, cabalgando la fuerza de su orgasmo.

Inhalo bruscas bocanadas de aire para llenar mis pulmones, e intento no hacer el ridículo corriéndome en los pantalones al sentir cómo me ciñe el dedo y su excitación empapa el tejido que nos separa.

Cuando se queda quieta, me retiro suavemente de ella y dejo que su falda vuelva a su sitio.

—Dios, Tate —dice con voz temblorosa, los ojos muy abiertos y expresión aturdida—. Nunca pensé que pudiera correrme así. Nunca pensé que pudiera sentirme tan bien.

Acerco su rostro al mío de nuevo y la beso.

—Y va a mejorar aún más.

Ella se ríe, un poco aturdida, como si no acabara de creérselo.

Esa respuesta no hace más que reforzar mi determinación. Estoy deseando enseñarle todo lo que su cuerpo es capaz de hacer. Todo lo que el mío es capaz de hacer. Y lo que somos capaces de hacer juntos.

La voz de Jeremy se oye por el intercomunicador.

—Estamos a un minuto, señor King.

Pulso el botón.

—Gracias, Jeremy. Llévanos abajo, por favor.

—Sí, señor.

—¿No quieres que nos deje en la entrada? —pregunta Violet. Desde que se mudó, casi siempre hemos entrado y salido por ahí, asegurándonos de que nos vean juntos tan a menudo como sea posible.

—Joder, Violet, a menos que quieras que el portero y el conserje vean el desastre que has dejado en mis pantalones, lo mejor es saltarse el vestíbulo. —Un rubor se apodera de sus mejillas y se pone de rodillas, como si fuera a bajarse de mi regazo. La agarro de las caderas y la empujo suavemente hacia mis muslos—. Te quiero aquí mismo hasta que tenga que soltarte para que podamos salir del coche. —Nos quedamos así, con nuestras bocas unidas, hasta que Jeremy entra en el garaje subterráneo y se detiene frente al ascensor. Justo antes de que nos abra la puerta, le susurro al oído a Violet—: En cuanto estemos en el ascensor, me toca a mí.

36

VIOLET

Durante un instante, después de que la puerta del ascensor se cierre con un silbido, Tate no se mueve. Los espejos de las paredes reflejan nuestros rostros desde todos los ángulos mientras nos miramos fijamente. Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, se abalanza sobre mí, me aprisiona con sus brazos, me empuja contra la pared y pega su erección contra mi estómago.

Se me escapa un pequeño gemido y le rodeo el cuello con los brazos. Su boca me devora, su lengua recorre hasta el último recoveco, se desliza contra la mía, explorando sin piedad mientras marca mis labios con los suyos. Desliza la mano en mi cabello, agarra un mechón y lo retuerce entre sus dedos con aire posesivo.

Entonces, sin previo aviso, me suelta y se arrodilla.

—Súbete el vestido —me ordena.

Agarro la seda y me la subo por encima de las caderas. Sin dudarlo, me aparta las bragas mojadas hacia un lado y hunde la lengua dentro de mí. Tras una pasada, y luego otra, encuentra sin fallar mi clítoris y lo acaricia con la lengua; cuando dos de sus dedos se adentran en mi interior, suelto un gritito. Es urgente y obsceno, y aunque ya me he corrido en la limusina, sigo tan al límite que, antes de darme cuenta, ya estoy a punto. Como si pudiera sentirlo, se ríe entre dientes contra mi piel húmeda.

—Dame un segundo antes de que lleguemos a casa, mariposa.

Su lengua vuelve a rozar mi clítoris y me penetra con los dedos más profundamente. Me tiemblan las piernas, y las manos, mientras me aferro a su pelo para mantener el equilibrio. No hay forma de contenerme. Ya me estoy ciñendo con fuerza a sus dedos.

—Dios… Estoy a punto.

—Eso es, preciosa. Quiero saborear el momento en que alcances el orgasmo.

Solo hace falta que sus dedos es se curven una vez más. Entonces me corro, mis caderas se contonean contra él y mi respiración jadeante retumba

ruidosamente entre las paredes. Él me lame y me chupa hasta que tiemblo y me quedo sin fuerzas.

Se pone de pie y, un momento después, el ascensor suena y la puerta se desliza para abrirse en su vestíbulo. En lugar de llevarme dentro, me agarra por un lado de la cara y me besa. Está cubierto de mi excitación, con la boca y la barbilla mojadas por mí. Por instinto, me aparto un poco, lista para retroceder, pero su lengua recorre mis labios, y bajo el sabor de mí misma, está el sabor de él, del que no me canso nunca, así que dejo que me bese. Dejo que entrelace su lengua con la mía hasta que correspondo con la misma avidez.

Las puertas del ascensor permanecen abiertas y los sensores indican que no hemos salido mientras él toma posesión de mi boca. Ya me he corrido dos veces, y eso debería ser suficiente. Debería serlo. Pero cuando pega la dura protuberancia de su erección contra mí, mi clítoris palpita de deseo. Estoy vacía, y quiero que él me llene. Quiero que Tate y yo follemos. Lo quiero todo de él.

Aparta su boca de la mía y, con el pecho agitado, me mira. Sus pupilas están tan dilatadas que sus ojos son solo un fino anillo de color whisky alrededor de dos pozos negros.

—Tate —gimoteo descaradamente—. Te necesito dentro de mí.

—Ya me has tenido dentro. Mi lengua, mis dedos…

—No, tus dedos no. Y tu lengua tampoco.

—Eso es todo lo que vas a tener hasta que esté listo. —Me hace darme la vuelta y me empuja fuera del ascensor, hasta la enorme mesa del comedor. Luego me levanta en el aire y me sienta encima de ella—. Déjame verte —gruñe.

Poso la palma de una de mis manos sobre la superficie lisa y fría y levanto las caderas para poder subirme la falda de nuevo. Luego abro las piernas y siento el aire fresco sobre mi piel resbaladiza. Una vez más, Tate se arrodilla y me chupa el clítoris por encima del encaje negro de mi ropa interior. El calor y la succión, incluso a través de mis bragas, bastan para hacerme jadear.

—No me canso de tu sabor —gime—. Aunque esto ya no sirve para nada. —Enrosca sus dedos en los laterales de mi tanga, lo rasga y lo tira al suelo. A continuación, desabrocha con destreza las correas de mis tacones—. Pon los pies en el borde —ordena—. Mantén los muslos separados. Déjame mirarte.

La idea me pone tan nerviosa ahora como la primera vez que lo hicimos. Pero, igual que entonces, estoy demasiado desesperada por él como para que

me importe. Apoyo los talones en el borde de la mesa, pero ver cómo me mira me resulta demasiado abrumador. Así que me tumbo y miro al techo, con los músculos ya temblando de anticipación.

No se lanza directamente. El calor de su aliento me envuelve, pero se detiene ahí. A pesar de toda la urgencia que tenía antes, ahora está jugando conmigo. Primero, me separa un poco más los muslos y luego me da unos toques muy ligeros, rozando mi piel sensible. Me da un beso en la pierna y otro más, cerca de donde lo necesito. Luego me lame la cara interior del muslo, deteniéndose justo antes de llegar al objetivo. Su siguiente movimiento es un mordisco que hace que unas chispas se disparen directamente a mi anhelante centro y un gemido que se escapa de mis labios.

Su risita como respuesta es oscura.

—¿A mi mariposa le gusta un toque de dolor junto con su placer?

No lo sé. Nunca había experimentado nada parecido. Desde luego, con Eric no, ni con ninguno de los hombres con los que salí de forma esporádica en la universidad.

—Me gusta lo que me haces sentir —digo.

Se detiene y siento su aliento caliente contra mi piel.

—Joder, Violet. No sabes lo que me haces. —Me muerde de nuevo, con suavidad, lo suficiente como para no hacerme daño, solo para enviar esas chispas a lo largo de mis nervios hasta mi clítoris palpitante—. ¿Recuerdas lo que te he dicho en la pista de baile?

Bajo la barbilla para poder mirarlo y rebusco en mi mente nublada en busca de cualquier recuerdo que no sea este momento.

—Que harías que me corriera hasta que estuviera agotada, y luego me darías tu… tu pene.

Me dedica una mirada salvaje desde su lugar entre mis muslos abiertos.

—No me pareces agotada, mariposa. Pareces ansiosa. Aún no estás lista. —Se me escapa un gemido, se me tensan los músculos y me echo a temblar como respuesta a sus palabras—. Voy a ocuparme de ti, Violet. Me aseguraré de que estés lista para mí. —Su lengua traza una línea a lo largo de mi otro muslo—. Qué bien sabes, joder.

Me arde la piel cuando me toca; la parte interior de mis muslos está húmeda por la excitación, y él me saborea con cada movimiento de su lengua. Una punzada de vergüenza me recorre el cuerpo, pero se disipa rápidamente, porque él no me está dejando lugar a dudas sobre lo mucho que disfruta. Me

chupa y me lame la parte interior de los muslos, deteniéndose cada vez que se acerca al lugar donde lo ansío desesperadamente.

—Por favor —le suplico.

Levanta la vista, con expresión ardiente. Sin apartar la mirada de la mía, baja la cara con lentitud y me da un suave beso justo encima del clítoris. Mi sexo se contrae.

—¿Es esto lo que quieres, Violet? ¿Quieres que vuelva a usar la boca?

—Quiero tenerte dentro de mí.

—Pronto, mariposa. Pronto llenaré ese sexo dulce y caliente. Cuando creas que has terminado, cuando creas que ya no puedes soportar más placer, me hundiré profundamente dentro de ti y volverás a correrte una vez más. —Sus palabras me hacen sentir aún más desesperada. Nunca en mi vida me he sentido tan caliente, tan lista para llegar al clímax. En este momento, haría cualquier cosa que me pidiera. Vuelve a meterse entre mis piernas y sopla con suavidad contra mi piel sobrecalentada, lo que me hace arquear la espalda—. Qué hermosa —gruñe—. Qué bonito, joder. —Me abre con los pulgares y yo doy un puñetazo en la mesa para no retorcerme. Por fin, introduce un dedo dentro de mí, y hasta ese pequeño estiramiento hace que mis terminaciones nerviosas se retuerzan de anticipación. Lo retira con lentitud—. Qué estrecha —susurra con expresión agónica—. Me muero por meterme dentro de ti. A ver qué tal me aguantas.

—Sí. —Mi voz es un jadeo entrecortado.

Introduce un segundo dedo, los hunde en lo más profundo de mí y gira la mano hasta que la base de su palma roza la parte superior de mi sexo. Notar por fin esa presión donde más la necesito me deja sin aliento. Me apoyo en los codos para poder mirarlo. Ver cómo retira sus dedos de mi interior y los sustituye por su lengua me provoca un escalofrío que me recorre la columna vertebral. Cuando la hunde dentro de mí, de mi boca escapa un gemido silencioso y echo la cabeza hacia atrás.

Tate no me da tiempo a acostumbrarme a la nueva sensación: vuelve a meter los dedos y me lame desde donde me están llenando hasta mi clítoris hipersensibilizado. Sollozo y me tiemblan las piernas. Me está excitando y manteniéndome al límite hasta que estoy desesperada por el alivio, pero sin darme nunca lo suficiente como para llevarme al más allá.

Gimo y me retuerzo bajo él, suplicando más. Por fin, con sus dos dedos entrando y saliendo de mí, dobla la lengua y me da golpecitos con ella en el

clítoris. Suelto un grito y me ciño a su alrededor, con el calor y la presión acumulándose con fuerza y rapidez en lo más profundo de mi vientre.

Me aferro a su pelo y le doy tirones mientras me lame el clítoris palpitante y hunde los dedos contra un punto que me arranca un jadeo. Con los ojos bien cerrados, me arqueo y me pego con más fuerza a su cara.

Estoy al borde del precipicio, a punto de desmoronarme, cuando aparta las manos y se pone de pie. Un grito involuntario se escapa de mi boca. Estoy desesperada por liberarme. Mis caderas se arquean por su propia voluntad, buscando fricción, presión, cualquier cosa que me lleve al límite. No me deja vacía por mucho tiempo. Sus dedos están ahí de nuevo, hundiéndose en mí mientras rodea mi clítoris con los dedos de la otra mano. La doble estimulación me hace retorcerme bajo su tacto, y grito cuando me lleva de nuevo al clímax.

Estoy tan ansiosa, tan desesperada por correrme, que levanto las caderas para hundirlo más en mí. Esta vez, acelera el ritmo, implacable, hasta que el calor y la presión dentro de mí estallan, y el éxtasis se apodera de mí.

—Joder, estás tan hermosa cuando te corres, Violet.

Abro los ojos a la fuerza y me pierdo en las profundidades de los suyos mientras contempla cómo me desmorono.

El gemido que se me escapa es profundo y suena extraño a mis propios oídos; mi cuerpo palpita a su alrededor. Pero en lugar de ralentizar los movimientos a medida que mi orgasmo va remitiendo, sigue trabajando con los dedos, con fuerza y rapidez. Cuando se agacha y añade su lengua, le tiro del pelo para apartarlo, pero no se mueve.

Muevo la cabeza de un lado a otro en un gesto de negación.

—No puedo, Tate. Tan pronto no.

—Sí que puedes —insiste, acelerando el ritmo. Su boca se mueve al mismo ritmo que su mano y, no sé cómo, una tensión insoportable se acumula en mi interior. Y entonces me mete un tercer dedo y me chupa el clítoris con fuerza.

Contra toda lógica, me sacude otro orgasmo. Con la mano aún en su pelo, lo mantengo pegado a mí, arqueo la espalda y me dejo llevar por oleadas y oleadas de placer.

Ni siquiera entonces se detiene, sigue penetrándome con los dedos, acariciándome con la boca y la lengua. Mi interior se contrae de nuevo, lo que provoca un tercer clímax justo después del segundo y me arranca lágrimas de los ojos y un grito ronco de la garganta. Me estrecho incontrolablemente

alrededor de sus dedos, me retuerzo y jadeo hasta quedarme sin aliento y agotada. Solo entonces reduce el ritmo. Me da un tierno beso en el clítoris hinchado y sensible, y se levanta.

Sigo temblando y jadeando cuando se desabrocha los pantalones y deja libre su erección. Es larga y gruesa, y se tensa hacia mí.

Me da vueltas la cabeza y el deseo me provoca un nudo ardiente en lo más profundo de las entrañas. Este hombre ha hecho que me corra en la limusina, en el ascensor y tres veces aquí, en la mesa de su comedor, y a pesar de todo ese placer, todavía no lo he tenido dentro de mí. Estoy agotada, tal y como él dijo que iba a estar. Pero aun así lo deseo, lo deseo tanto que aprieto los muslos con impaciencia.

Saca un condón del bolsillo, y trato de no dejar que la idea de que estaba preparado para esto me distraiga de lo que estoy sintiendo. Me alegro de que no tengamos que parar para buscar uno. Se lo pone con rapidez y luego apoya su gruesa corona contra mi entrada.

Me preparo para la presión, para el estiramiento, porque es grande de cojones, pero no llega.

Se yergue sobre mí, con una mano apoyada junto a mi cabeza y la otra rodeando la base de su miembro. Las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba.

—Déjame oír esas bonitas palabras, mariposa.

Todo mi cuerpo se sonroja, acalorado. Había olvidado lo que prometí. Pero después de cómo me he corrido sobre sus pantalones en la limusina, y en su boca y en sus dedos en el ascensor y hace un momento, ya no hay lugar para la vergüenza. Ahora solo puedo pensar en él dentro de mí.

—Por favor, Tate. Por favor, follemos. Quiero tenerte dentro de mí. Quiero que me llenes. Quiero…

Se hunde en mí, cinco, quizá siete centímetros, y me arranca un jadeo.

—Por Dios, Violet. —Su voz en mi oído suena como grava.

Es grande. A pesar de haberlo visto y sentido contra mí, había subestimado lo grande que es. Ni siquiera ha llegado a la mitad y ya noto cómo me estira. Me baja el corpiño del vestido y me succiona un pezón, alternando entre lento y suave, y luego, profundo y duro. Como respuesta a la sensación, me arqueo hacia él, obligándolo a penetrarme más profundamente.

Maldice entre dientes y sus labios se estrellan con urgencia contra los míos mientras mueve las caderas hasta que, por fin, se hunde por completo en mi

interior.

Mis pechos están al descubierto y el vestido se amontona alrededor de mi cintura. La camisa de Tate sigue abrochada y solo se ha bajado los pantalones lo suficiente como para dejar libre su erección. Estamos completamente vestidos, pero de alguna manera, eso hace que el momento sea más sensual. Estábamos tan desesperados el uno por el otro que no hemos podido esperar ni un minuto para unirnos.

Deslizo las manos por sus hombros y las bajo por sus brazos, pero él me agarra de las muñecas y me las levanta por encima de la cabeza. Entre la presa de sus manos y con él dentro de mí, estoy inmovilizada.

Indefensa.

37

TATE

No me había sentido tan bien en la vida.

Estar dentro de Violet es como estar envuelto en seda cálida y húmeda. Sus grandes ojos azules están clavados en los míos, y su cuerpo tiembla bajo el mío. Hacer que se corra, verla desmoronarse, me ha dejado al límite. Soy adicto a la expresión de su rostro cuando el placer se apodera de ella. Los sonidos que deja escapar, la forma en que se entrega a mí, con tanta confianza… No me canso de ello.

Pero ahora la necesito. Necesito perderme en ella. La tengo justo donde la quería, inmovilizada e indefensa debajo de mí. Todo mi cuerpo ha estallado en llamas, hasta el último centímetro de mi piel, y si no me muevo ya, voy a volverme loco.

Me yergo y me cierno sobre ella, le sujeto las caderas y me hecho hacia delante para ver cómo me deslizo dentro y fuera de ella. Disfruto de cómo se estira a mi alrededor, de cómo su excitación nos envuelve a los dos.

—Me estás recibiendo genial, mariposa. Sabía que iba a ser así.

Me retiro y vuelvo a penetrarla con embestidas largas y seguras. Los delicados músculos de su interior se contraen y se aferran a mi pene, y me esfuerzo por alcanzar ese punto sensible que va a hacer que se desmorone. Se debate contra los dedos que tengo en sus muñecas y responde a cada una de mis embestidas levantando las caderas para ir a mi encuentro.

Esta visión es el paraíso, pero necesito saborearla de nuevo. Me agacho y le chupo los pezones, le lamo el pulso y la suave piel debajo de la oreja. Tengo que sujetarla con más fuerza de las caderas, porque la forma en que se retuerce contra mí me tiene a punto de perder el control.

—¡Tate! —exclama. Está al borde de la sobreestimulación. Se ha corrido un montón de veces, y ahora estoy llevando su cuerpo hacia una más.

—Córrete, mariposa. Estréchame tan fuerte en tu interior que no pueda evitar el orgasmo. —Arquea la espalda, desesperada, me rodea las caderas con

las piernas y me pega a ella con todas sus fuerzas. No puedo esperar más. Le suelto las muñecas y le acaricio los pechos. Cada vez que le pellizco los pezones, su sexo se contrae a mi alrededor. Es demasiado. Ya estoy a punto de explotar—. Tócate, Violet. Llévate al clímax por mí.

El sudor empapa su piel sonrojada; gime. Sé que es mucho pedirle. Pero lo necesito. Necesito que me dé esto, que se entregue a mí por completo. Nunca lo había deseado antes, pero lo deseo con ella.

Me agarra el bíceps con una mano y desliza la otra entre nosotros. En el momento en que entra en contacto con sus pliegues, se contrae y me estrecha en su interior. Rompo a sudar mientras lucho por mantener el control. Con cada una de mis embestidas, sus nudillos chocan contra mi pelvis. Y joder, que ella se toque así, que se restriegue contra mí en su desesperación por encontrar alivio, con los dedos deslizándose sobre su clítoris, es mejor que todo lo que había imaginado.

—Tate —gime. Tiene las pupilas dilatadas y el sudor le humedece los rizos que se han deslizado sobre su frente. Esa piel sonrojada y esos labios carnosos e hinchados son la puta cosa más sexy que he visto nunca—. Me… me voy a correr.

Puedo sentir cómo ocurre, cómo su cuerpo se ciñe a mí, puedo oír su respiración agitada. Cuando pestañea y creo que va a cerrar los ojos, la agarro de la mandíbula.

—Sigue mirándome, Violet. Quiero verlo en tus ojos al mismo tiempo que lo siento en mi cuerpo.

Parpadea, aturdida, pero se obliga a sostenerme la mirada. La expresión embriagada de placer en su rostro hace que mi clímax se acerque cada vez más. Le rodeo el cuello con la mano y aprieto un poco; no pretendo robarle el aire, solo retenerla anclada a este momento, conmigo, para sentir su pulso latir contra mi palma, su sexo ciñéndose a mi alrededor, saber que sus ojos están clavados en mí mientras la poseo de todas las formas posibles.

—Tate —solloza—. Necesito… Necesito…

Sé lo que necesita. Me retiro casi por completo y luego la penetro con fuerza y rapidez. Una vez, dos veces. Eso es todo lo que hace falta: su cuerpo se tensa a mi alrededor y su espalda se levanta de la mesa. Con un estremecimiento, se estremece y sus músculos internos palpitan a mi alrededor, llevándome a una profundidad imposible. Es demasiado. Demasiado bueno. Busco mi propio clímax mientras ella sigue temblando. Maldigo en voz baja, profunda y urgente,

embistiéndola una y otra vez. Una oleada de calor asciende desde mis testículos, anunciando mi inminente clímax. Con un gemido largo y gutural, me hundo en ella todo lo que puedo y exploto en su interior.

La fuerza de mi eyaculación es tan intensa que tengo que apoyar la palma de la mano en la mesa junto a su cabeza para sostenerme. Mi orgasmo parece no tener fin, no deja de latir en mi pene, en todo mi cuerpo. Cuando por fin pasa y mis músculos se relajan, la pego a mí y la beso con ansia.

Su cuerpo tiembla contra el mío, y cuando nuestras bocas se separan por fin, el sonido de nuestras respiraciones entrecortadas llena el ambiente.

Me aparto un poco y le acaricio la cara.

—¿Estás bien, mariposa?

Ella suelta una risita temblorosa.

—Nunca he… Esto nunca… Ni siquiera sé qué hacer conmigo misma.

Pego la boca a la curva de su cuello.

—Por suerte, yo sé muy bien qué hacer contigo.

Me mira, atónita.

—No pensarás que puedo correrme otra vez…

Me río entre dientes.

—Estoy seguro de que podría conseguir que tuvieras uno o dos orgasmos más, pero te dejaré descansar. Al menos por esta noche. —Con suavidad, me separo de ella. Si no estuviera seguro de poder tenerla de nuevo mañana, estaría tentado de volver a meterme en su interior. Pero su cuerpo está agotado, así que me guardo el pene en los pantalones y me subo la cremallera. Debería haberme tomado el tiempo de desnudarla y quitarme mi propia ropa. Aunque no me arrepiento de cómo ha sucedido. ¿Cómo podría?—. Rodéame con las piernas.

Cuando lo hace, la agarro de los muslos y la levanto en el aire.

—¿Qué estás haciendo? —Ella se ríe, y el sonido es suave y somnoliento.

—Te voy a llevar a darte una ducha y luego a la cama.

Apoya la cabeza en mi hombro y una oleada de ternura me sacude. Y cuando ella desliza una mano alrededor de mi cuello, juraría que puedo sentir el tacto fresco de la banda de su anillo de compromiso. El anillo de compromiso que le puse en el dedo. Y mientras llevo a mi prometida hacia mi dormitorio, un pensamiento da vueltas sin cesar en mi cabeza: Violet es mía. Mi prometida. Mi futura esposa. Tal vez esto empezara como una actuación de cara a la galería, pero eso no significa que tenga que seguir siéndolo.

Cuando empujo la puerta de mi dormitorio, Violet levanta la cabeza.

—Pensaba que ibas a llevarme a la ducha.

—A mi ducha. A mi cama.

Se queda en silencio un instante, luego sus labios rozan la piel de mi cuello.

—Vale.

La dejo bajar y la conduzco a través de la enorme extensión de mi dormitorio hasta el baño. Mi ducha es enorme, con cuatro cabezales de lluvia. No la suelto cuando abro el grifo. A medida que el vapor comienza a arremolinarse a nuestro alrededor, le bajo la cremallera con suavidad y le deslizo los tirantes por los hombros para que el vestido caiga a sus pies.

Hago que se dé la vuelta para que quedemos cara a cara. No puedo evitar darle otro beso en los labios. Luego la guío hacia la ducha. Mientras ella se queda bajo el chorro, yo también me quito rápidamente la ropa. Para cuando me uno a ella, ya estoy duro de nuevo, con el pene en posición de firmes, pero lo ignoro.

—Eres la hostia de guapa, Violet. Guapa de cojones.

Le enmarco el rostro y lo acerco al mío. Con una suave sonrisa, envuelve mis muñecas con sus dedos. El movimiento hace que la luz del baño se refleje en las piedras preciosas de su anillo y llame mi atención sobre él. Me invade una oleada de calidez y esta vez, cuando la beso, es pura posesión.

Cuando nos separamos para tomar aire, ella mira hacia abajo, donde estoy duro y palpitante.

—Eso debe de doler.

—Sobreviviré —respondo. Ella se acerca a mí, pero le agarro la muñeca con suavidad para detenerla—. Esto no es un intercambio de favores, Violet.

Me mira de soslayo, y veo que sus pestañas están húmedas.

—Me he corrido un montón de veces. Tú, solo una.

Me río entre dientes.

—Si crees que no he disfrutado muchísimo haciendo que te corrieras, estás muy equivocada.

—Pero no es lo mismo, ¿verdad?

—Tenemos tiempo. —Le aparto un mechón de pelo mojado de la mejilla—. Te dije que una vez que dijeras que sí a esto, no habría vuelta atrás. Tengo la intención de explorar cada centímetro de tu cuerpo y estoy más que dispuesto a dejarte explorar el mío. Pero no quiero hacerlo cuando estás medio dormida.

Ladea la cabeza, y se le forma una pequeña arruga entre las cejas.

—No eres como creía que eras, Tate King.

Por una vez, bajo la guardia, aunque sea solo un poco.

—Así es como quería que fuera. —Cierro el grifo, salgo de la ducha y cojo una de las grandes y mullidas toallas blancas de la pila que hay en un banco en un rincón del baño. Se la envuelvo alrededor, la pego a mí y le sonrío—. Vamos, mariposa.

La guío hasta la cama, aparto las sábanas y, una vez que se ha acomodado, me tumbo a su lado y me doy la vuelta para que quedemos cara a cara.

Me mira, pestañeando somnolienta, estudiándome, aunque es evidente que le pesan los párpados.

—¿Por qué has dicho eso?

—¿Qué?

—Que así es como querías que fuera.

Siento un dolor sordo detrás de las costillas. Uno que he ignorado durante tanto tiempo que rara vez lo noto hoy en día, pero ahí está.

—No estoy seguro de que este sea el mejor momento para hablar de eso.

Ella traza dibujos sobre mi pecho con sus delicados dedos.

—Me gustaría saberlo.

Suelto un suspiro, pero no es de frustración, sino más bien del tipo que se lleva consigo parte del peso que me ha estado oprimiendo durante la mayor parte de mi vida. Violet me ha confiado todo su ser. Se merece lo mismo de mi parte. Le paso la mano por encima de la cintura.

—¿Tienes idea de lo que es crecer siendo un King? —Ella lo toma como la pregunta retórica que es y no responde, solo me mira con ojos llenos de compasión y ánimo—. El apellido conlleva automáticamente poder, riqueza, respeto. Pero ese no soy yo. En realidad no.

Frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Nunca he compartido toda la verdad sobre esto con nadie; aunque es un secreto a voces en mi familia —silenciado por mi madre, aludido sin cesar por mi padre y solo reconocido de pasada por mis hermanos—, nunca se ha hablado de ello. Hay rumores en nuestro círculo social, pero tampoco se ha comentado públicamente. Nadie se atrevería. Pero, por primera vez desde que descubrí la realidad de quién soy —o más bien de quién no soy—, quiero hablar de ello. Quiero hablar con ella sobre ello.

—Cuando tenía siete años, estábamos en una fiesta de cumpleaños. Algunos

de los otros chicos cuchicheaban a mis espaldas. Habían empezado a hacerlo más a menudo ese año. Durante mucho tiempo no entendí qué significaban esos rumores, porque, claro, yo era el hermano de Cole y de Roman. Vivíamos juntos, jugábamos juntos, nos peleábamos como hermanos. Pero en esa fiesta, uno de los chicos me lo dijo a la cara. Me llamó «bastardo». Supongo que solo estaba repitiendo lo que sus padres cotilleaban a puerta cerrada, porque de ningún modo ellos me lo habrían dicho a la cara. Ni a mí ni a nadie de mi familia.

El sopor se desvanece de los ojos de Violet.

—¿Por qué iba a decir una cosa así?

La sonrisa que le dedico carece de humor.

—Porque es verdad.

38

VIOLET

Me incorporo y me apoyo en un brazo para poder mirarlo a la cara.

—¿Qué quieres decir?

Me dedica una media sonrisa, aunque hay una tensión alrededor de sus ojos que desmiente la actitud relajada que intenta aparentar.

—Mi padre no es el hombre que me engendró.

—Tate —susurro, invadida por una oleada de comprensión. Tiene sentido. Sus hermanos comparten la mayoría de sus rasgos físicos, pero él parece diferente. Aun así, nunca lo habría imaginado.

La cautela ensombrece su mirada y todo su cuerpo se tensa de forma casi imperceptible. ¿Cree que voy a juzgarlo por ello?

Quiero que siga hablando, que se sienta cómodo compartiendo su verdad conmigo, pero no quiero forzarlo, así que no le pregunto directamente. Voy a esperar a que él se anime a hacerlo. En su lugar, le acaricio la mandíbula.

—¿Qué pasó con esos chicos?

—Me quedé paralizado. No entendía ese término. Bastardo —continúa—. Pero por la forma en que pronunció la palabra, con desdén, supe que era algo malo. Roman y Cole lo oyeron. Les dejamos unos cuantos moratones a todos.

Le acaricio el pecho, con la esperanza de infundirle una sensación de consuelo, un poco de paz, mientras habla.

—¿Tu padre o tu madre te lo habían comentado alguna vez?

Suelta una risa sin gracia.

—Ignoraban el tema incluso más de lo que me ignoraban a mí. O se ignoraban el uno al otro. Imagino que admitirlo significaría que tendrían que hacer algo al respecto. Y a ninguno de los dos les interesaban los problemas que podían surgir a raíz de eso. Las apariencias siempre han sido más importantes para ellos que cualquier pena o confusión que yo pudiera sentir.

—¿Y Cole y Roman? ¿Lo sabían?

Asiente.

—Incluso después de esa primera pelea no entendía lo que era un bastardo. Pero cuando pasó un par de veces más, empecé a darme cuenta de que había algo diferente en mí. Entonces oí a Cole y a Roman hablar de ello. No lo hacían en mal sentido, solo especulaban sobre quién podría ser mi padre. Hablaban de ello como si fuera verdad. Durante mucho tiempo, les guardé rencor. Sí, me habían defendido, pero había una brecha entre nosotros que antes no existía. Y ellos dos estaban a un lado de ella y yo, al otro.

»Aunque —suspira, escudriñándome— estoy empezando a darme cuenta de que gran parte de eso fue culpa mía. Por mis propias inseguridades. Crecer como lo hicimos nos pasó factura a todos. No creo que mi padre quisiera que estuviéramos tan unidos como cuando éramos pequeños. En aquel momento, Roman estaba en un internado y ya había empezado a encerrarse en sí mismo. Algo le pasó a Cole también, aunque tampoco hemos hablado nunca de eso. Cambió, se volvió más cínico. Pero yo estaba tan sensible con lo que había descubierto que veía su alejamiento como un rechazo, cuando en realidad estaban lidiando a su manera con el desastre en que se había convertido nuestra familia. Cuando Cole empezó el instituto, mis padres lo enviaron al mismo internado al que habían enviado a Roman. Y mi padre decidió que yo también debía irme, pero no al mismo sitio. Dijo que quería diversificar nuestro aprendizaje. —Me hierve la sangre en las venas, alimentada por el odio que ya estaba gestándose hacia el padre de Tate—. Después de eso, solo veía a Roman y a Cole durante las vacaciones escolares. Y, para entonces, me resultaba más fácil creer que estaba solo. Estoy convencido de que eso era lo que pretendía mi padre.

Las lágrimas me escuecen en los ojos. La arrogancia de Tate, su encanto, su manera de flirtear cobran sentido a la luz de este nuevo descubrimiento. Ocultaba el dolor y la soledad con una actitud de «al diablo con todo».

—Lo siento mucho. Por todo. —Le acaricio la piel sobre el corazón y saboreo el latido fuerte y constante bajo la palma de mi mano—. No deberías haberte enterado de esa manera. Tus padres debieron hablar contigo. Tus hermanos debieron hablar contigo. Tu padre debió… —Niego con la cabeza. No encuentro las palabras para expresar lo que el padre de Tate debería haber hecho. ¿Ser un hombre diferente? ¿Un hombre mejor?

Tate se encoge de hombros, aunque no parece tan despreocupado como probablemente pretendía.

—Lo acepté. Tras unas cuantas peleas más, los chicos que se burlaban de mí

no tardaron mucho en darse cuenta de que era mala idea usar esa palabra delante de mí. Y pronto me di cuenta de que lo único que le importa a la mayoría de la gente es mi apellido y todo lo que conlleva.

—¿Alguna vez intentaste encontrar a tu verdadero padre? —le pregunto.

Carraspea y juega con un mechón de mi pelo entre sus dedos, con la mirada fija en el lugar donde me está tocando, esquivando mis ojos.

—Aquella noche con Mark… —deduzco.

Un dolor agudo me atraviesa el pecho al recordar ese momento que desearía poder borrar de mi mente.

Me agarra por la nuca y me sostiene la mirada, tenso de nuevo.

—Esa noche me emborraché hasta perder el sentido porque el investigador privado que había contratado para encontrar a mi padre biológico me había enviado un correo esa misma mañana para ponerme al corriente de lo que había descubierto. Mi verdadero padre murió en un accidente de coche hace casi diez años. —Siento un nudo en el estómago y me duele la garganta, pero antes de que pueda volver a decirle lo mucho que lo siento, él continúa—: Me afectó mucho saber que nunca iba a tener respuestas. Ni de él ni de mis padres. Pasaré el resto de mi vida sin saber cómo era mi padre biológico. Sé su nombre, pero nunca sabré cómo era. Qué clase de hombre era. Qué clase de hombre me convierte en lo que soy.

Esta vez no puedo contener las lágrimas que me anegan los ojos. El recuerdo de aquella primera mañana con Tate vuelve a mi mente con fuerza, pero ahora lo veo bajo un nuevo prisma. Había recibido una noticia terrible y había pasado la noche ahogando sus penas de la única forma que se le había ocurrido. Y yo lo había juzgado mal sin más.

Acorto la distancia entre nosotros y lo beso en los labios, esperando que sienta lo sinceramente arrepentida que estoy por mi comportamiento. Él profundiza el beso, me pega a él y me recorre el cuerpo con las manos hasta que los dos nos quedamos sin aliento y jadeando.

Cuando por fin nos separamos, me mira intensamente a los ojos.

—Siento que nos conociéramos así. Siempre me arrepentiré de…

Niego con la cabeza.

—Lo siento. No debería haberte juzgado. No debería haber dejado que eso influyera en mi opinión sobre ti durante tanto tiempo.

Un músculo se le tensa en la mandíbula.

—Si tuviera que vivir con el recuerdo de haberte oído con otro hombre, no

lo llevaría bien. —Me acaricia el labio inferior con el pulgar—. Querría localizarlo y hacerle daño.

Me pego a su pecho porque no sé cómo responder a eso. Hace que me acerque más a él, hasta que quedo recostada sobre su cuerpo, con mi sexo desnudo peligrosamente cerca de la erección que noto contra mis muslos. Estoy dolorida —¿cómo no iba a estarlo si no he practicado sexo desde hace más de un año?—, pero eso no detiene la lenta ola de calor que me invade al sentirlo cerca.

Tate me aparta el pelo de la cara.

—Nada es comparable a lo que acabamos de hacer.

Se me para el corazón.

—No tienes que decir eso. Sé que tú…

Él niega con la cabeza.

—No lo sabes. Nunca he experimentado nada que se acerque siquiera a lo que he sentido contigo esta noche. Cada encuentro se trataba de demostrarme algo a mí mismo, al mundo. Era una gratificación fácil, una validación de que, bastardo o no, me deseaban, aunque sabía que no era a mí como persona a quien querían. No deseaba establecer una conexión con ninguna de esas mujeres y siempre daba lo mínimo de mí mismo. No quería abrazarlas. No quería inhalar su aroma. No quería acurrucarme tan cerca de ellas que se convirtieran en parte de mí. Y nunca quise que se quedaran a mi lado.

Vuelvo a besarlo y a acariciarle la piel. Él me rodea con sus brazos, estrechándome con más fuerza. Es igual lo dolorida que esté, lo necesito. Muevo las caderas para que la punta de su pene se apoye en mi entrada.

Él enreda sus manos en mi pelo y me echa la cabeza hacia atrás para que nuestras miradas se crucen.

—No tienes por qué hacerlo, mariposa. Antes no te lo he puesto fácil. Debes de estar dolorida.

—Quiero hacerlo —digo—. Me harás sentir bien. —Es verdad. Confío en que cuidará de mi cuerpo. ¿Cómo no iba a hacerlo cuando ha demostrado ser tan indomable?

—Hay condones en el cajón de arriba —dice entre dientes. A pesar de la necesidad que crece en mi interior, una pequeña punzada de celos se abre paso entre mis costillas, pero rápidamente alejo de mi mente la idea de que él haya estado con otras mujeres en esta cama. Eso no importa. Lo único que importa es el momento presente. Como si pudiera leerme la mente, me dedica una

sonrisa. Es esa sonrisa arrogante que, de alguna manera, estoy empezando a adorar—. Desde que te mudaste tengo la costumbre de dejar un par ahí dentro. Supongo que soy un optimista.

No puedo evitar reírme. La ligereza que impregna su tono tras una conversación tan seria me provoca una grata punzada en el corazón. Quizás hablar conmigo sobre todo eso lo ha ayudado.

Me estiro sobre la cama y busco a tientas, hasta que saco el pequeño cuadradito. Con ademanes apresurados lo deslizo sobre su erección tensa. Él hace que me acerque para darme un beso, y luego me suelta para que pueda agacharme y deslizar la punta de su miembro entre mis pliegues húmedos.

Me dejo caer sobre él, siseando al sentir la distensión. Y entonces él me hace sentir bien de nuevo.

39

TATE

—Las visitas en realidad virtual son todo un éxito —explico—. Hemos vendido un veinticinco por ciento más de los apartamentos que habíamos previsto. Cuando Cole no responde, levanto la vista de los datos. Se ha apartado de su escritorio y está mirando por la ventana, con la vista perdida en el horizonte, y ni siquiera sé si me ha escuchado—. ¿Cole?

Mi hermano vuelve la cabeza bruscamente.

—Sí, lo siento. Un veinticinco por cien. Es genial. Te mantuviste firme con lo de las visitas en realidad virtual y ha dado sus frutos.

Arqueo las cejas.

—¿Pasa algo? Pareces distraído.

Cole niega con la cabeza, con una sonrisa asomando en sus labios.

—Las cifras son estupendas. Me gustaría vender el tercer ático, pero, aparte de eso, vamos bien. —Carraspea—. Escucha, a Delilah y a mí nos gustaría que tú y Violet vinierais a cenar el viernes.

Me recuesto en la silla.

—¿A cenar? Eso es nuevo. Normalmente te gusta tener a Delilah solo para ti.

—Sí, bueno. —Cole frunce el ceño—. A Delilah le gusta Violet. Y a ti, por alguna razón. —Sonrío—. Y le gustaría que quedáramos las dos parejas.

—Vaya, vaya. ¿Quién habría pensado que Cole King iba a ser tan hogareño?

—¿Quién habría pensado que Tate King estaría comprometido y viviendo con una mujer?

—Pero lo mío es falso. —En cuanto lo digo se me revuelve el estómago porque es mentira, una que desearía poder retirar.

Cole ladea la cabeza y luego apoya los antebrazos en el escritorio.

—No hay nada falso en lo que está pasando entre tú y Violet. Los dos lo sabemos. Joder, lo sabemos todos.

Me quito una pelusa imaginaria de los pantalones y evito su mirada.

—No sé de qué me estás hablando.

Se ríe a carcajadas.

—No has parecido inocente ni un solo día de tu vida. No lo intentes ahora. ¿Te acuestas con ella?

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—No es asunto tuyo.

Niega con la cabeza.

—Eso me dice todo lo que necesito saber. ¿Por qué ocultas lo que sientes? Me alegro por ti. Delilah también.

Al final me permito sonreír de verdad, porque yo también me alegro. Han pasado dos semanas desde que Violet por fin me pidió lo que quería en voz alta y la conexión que se está formando entre nosotros, lejos de enfriarse, se ha vuelto más intensa. Tenerla viviendo conmigo es… increíblemente satisfactorio. Despertarme cada mañana con su cuerpo acurrucado junto al mío ha llenado un vacío en mi interior que ni siquiera sabía que estuviera ahí. Las mañanas que me despierto antes que ella, no puedo evitar acariciar con mis dedos su piel suave como el satén, trazando la curva de su cintura, rodeando con mi mano el contorno de sus caderas hasta que abre sus hermosos ojos azules. La dulzura de su expresión cuando me mira hace que me resulte imposible no abrirle las piernas y hundirme en ella. O lamerla hasta que grita. ¿Y las mañanas en las que se despierta ávida de mí y me toma en su boca? Dios mío. Me estoy excitando solo de pensar en ella.

Hemos asistido a algunos eventos formales más y a la inauguración de una discoteca. Cada día estoy más enganchado a su presencia a mi lado, a ver su sonrisa, a hablar de cómo ha ido el día durante la cena, a sentir cómo se corre cada noche conmigo en su interior. Y a ver ese anillo brillando en su mano izquierda.

Pero no estoy preparado para hablar de lo que siento por ella o de lo que significa, ni siquiera con Cole.

Sé que Violet también siente algo. No se habría entregado a mí si no fuera así; no hay ni una sola parte de ella a la que le importe el dinero, mi nombre o la emoción de follar con uno de los hermanos King. Pero una preocupación persiste en el fondo de mi mente, haciéndome vacilar cada vez que estoy a punto de admitir la verdad. Violet se vio obligada a este acuerdo por desesperación. No eligió ser mi novia ni mi prometida. No eligió vivir conmigo. La única elección que ha hecho es compartir su cuerpo conmigo.

Y no puedo evitar preguntarme si lo que sea que siente es lo bastante fuerte como para sobrevivir una vez que termine la farsa. Cuando disolvamos el contrato, ¿volverá a su vida normal y se dará cuenta de que no quiere formar parte de la mía?

No sabré cuáles son sus verdaderos sentimientos al respecto hasta que nuestro contrato termine dentro de un par de semanas. Así que dejaré que nuestro acuerdo siga su curso y disfrutaré cada momento que pase con ella. Entonces, una vez que haya terminado, cuando ella sea libre de tomar una decisión de verdad, le pediré que me elija a mí. Y, joder, espero de todo corazón que lo haga.

Me levanto y me estiro la corbata.

—A Violet y a mí nos encantaría acompañaros a cenar. —Respondo a su pregunta original para ignorar deliberadamente su último comentario. Su sonrisa se hace más amplia—. Envíame los detalles y allí estaremos, para que Delilah descanse un rato de que la sigas por toda la casa como un cachorro perdido.

Cole se ríe, y yo estoy sonriendo al salir de su despacho. Sophie me tiende una pequeña pila de mensajes al pasar por su escritorio, y una vez ante mi mesa me acomodo en mi asiento para hacer frente las interminables tareas pendientes. Pero no sin antes echar un vistazo al reloj y calcular a qué hora podré salir para llegar a casa a tiempo de preparar la cena con Violet. Se ha convertido en un hábito del que disfruto. Sobre todo cuando puedo saborear sus labios, y a veces otras partes de ella, mientras preparo los ingredientes.

Niego con la cabeza. Todo este tiempo burlándome de Cole por su obsesión con Delilah, y ahora aquí estoy, igual de obsesionado con Violet.

Y ni siquiera me importa.

—¡Guau! —exclama Violet, echando la cabeza hacia atrás para mirar el rascacielos que está al borde de Central Park.

—No me digas que crees que el edificio de Cole es más impresionante que el mío.

Vuelve a mirar la imponente estructura y luego me dedica una sonrisa burlona.

—Es una construcción impresionante. Pero no tan impresionante como la tuya.

Con una sonrisa, le rodeo la cintura con el brazo y la pego a mí. Enredo mis dedos en su cabello y la beso hasta que los dos nos quedamos sin aliento, y me pregunto si podemos saltarnos la cena y regresar a casa.

Como si intuyera mis intenciones, se aparta y me sonríe.

—Guárdate eso para después de cenar.

Refunfuño, pero le cojo la mano y la guío hacia la puerta principal. El portero agacha la cabeza y me saluda por mi nombre mientras nos mantiene la puerta abierta.

Al igual que mi edificio, este tiene un ascensor exclusivo para el ático, y cuando las puertas se abren al vestíbulo, me invade un delicioso aroma que al instante me hace la boca agua. Con una mano en su espalda, conduzco a Violet al interior del apartamento y me detengo a su lado para que pueda admirar las vistas, que me niego a creer que sean mejores que las mías, aunque el ático de Cole esté dos pisos más arriba. Luego seguimos hacia la enorme cocina, donde Cole y Delilah están preparando la cena.

Nunca habría creído posible la escena doméstica que tengo ante mí si no la estuviera viendo con mis propios ojos. Delilah está junto a la isla, cortando tomates, mientras que Cole se encuentra detrás de ella con los brazos rodeándole la cintura y la barbilla apoyada en su hombro.

Cuando nos ve, Delilah sonríe, radiante. Cole, por su parte, parece un poco molesto porque los hayamos interrumpido, a pesar de que fue él quien nos invitó.

Delilah se seca las manos con un paño, sale corriendo de detrás de la encimera y nos abraza a los dos.

—Me alegro mucho de que hayáis podido venir.

—¿Puedo ayudar en algo? —pregunta Violet mientras la seguimos hacia el fondo de la cocina.

Los ojos verdes de Delilah son cálidos.

—Gracias, pero creo que lo tenemos todo bajo control.

—Por lo que parece, lo único que Cole tiene bajo control es a ti —bromeo.

Delilah se ríe.

—Ha sido de gran ayuda, te lo prometo.

—Huele delicioso —comenta Violet—. ¿Qué estás cocinando?

—No soy una chef de estrella Michelin, pero hago una lasaña bastante buena. También tenemos ensalada y pan de ajo —responde Delilah.

Violet sonríe.

—Es mi plato favorito.

—El sándwich de queso fundido es el mío —murmura Cole, y las mejillas de Delilah se tiñen de un tono rosado.

Interesante.

—No imaginaba que fueras fan de los sándwiches de queso fundido.

La expresión de Cole se vuelve pícara.

—Te sorprendería lo bien que combinan con una buena botella de vino.

Delilah se atraganta ante lo que obviamente es una broma privada.

—Cole, ¿te importaría traerme un vaso de agua?

Le da un beso en la frente, se dirige a la nevera y saca una botella. Mientras la sirve en una copa, nos ofrece unos vinos. Una vez que ha llenado las copas de vino tinto, nos sentamos alrededor de la isla y charlamos mientras Delilah y Cole terminan de cocinar y emplatar la comida, que está absolutamente deliciosa, al igual que el vino. La conversación fluye con naturalidad, y los cuatro charlamos sobre diversos temas. Es imposible no hablar de trabajo, y comentamos Genesis-1, la inauguración de la cadena de hoteles más reciente de King Group —en la que Delilah estaba trabajando cuando conoció a Cole — y cómo el esfuerzo de Violet con True Brew está dando sus frutos.

Delilah bombardea a Violet con preguntas sobre la cafetería y su próxima noche de degustación. Los ojos de Violet brillan y su sonrisa es amplia mientras le explica los detalles. Me encanta verla hablar con tanta naturalidad con mi hermano y mi futura cuñada. Alargo la mano y la apoyo en su muslo, justo por debajo del dobladillo de su vestido, y mi pulgar traza lentos círculos sobre su piel cálida.

Sus labios se curvan en una leve sonrisa y pone su mano encima de la mía. Y joder, creo que estoy enamorado. No, no lo creo: lo estoy.

Ni siquiera puedo precisar cuándo ha ocurrido. Quizá una parte de mí siempre intuyó que esto era inevitable. Desde el momento en que la vi en Onyx, me sentí atraído por ella. Y sí, quizá había una parte subconsciente de mí que la reconoció, pero no creo que ni siquiera eso lo explique. Lo único que sé es que la amo. La amo y no quiero dejarla marchar. En cuanto termine nuestro acuerdo, voy a hacer que esto sea real.

Cole me mira y arquea una ceja oscura, con esa sonrisa demasiado cómplice en los labios. Correspondo al gesto; mi hermano no es tonto. Lo sabe.

Después de cenar, Delilah saca una tarta de manzana con helado que está tan deliciosa como la comida.

Estamos a punto de terminar cuando Cole carraspea.

—Teníamos otra razón para invitaros aquí esta noche.

A mi lado, Violet se endereza y fija la mirada expectante en Delilah, que ahora se muerde el labio inferior y juguetea con la servilleta.

La miro primero a ella y luego a Cole, haciendo todo lo posible por descifrar la situación, pero sin llegar a ninguna conclusión. ¿Qué está pasando?

Cole le rodea la nuca a Delilah con las manos y acerca su cabeza a la de ella.

—¿Quieres decírselo tú, gatita?

Inspira hondo, nos mira y sonríe.

—Bueno, resulta que estoy embarazada.

¿Qué?

—¡Enhorabuena! ¡Qué emocionante! —exclama Violet, y prácticamente tiembla de emoción en su asiento.

Mi cerebro por fin hace las conexiones necesarias y carraspeo.

—Enhorabuena.

—¿De cuántas semanas estás? —pregunta Violet.

Delilah se lleva una mano al vientre liso.

—Doce semanas. —Irradia tanta felicidad que prácticamente reluce.

La forma en que Cole la mira, con un amor y un fiero instinto protector se me clava con fuerza en el pecho. Debería estar haciéndoles preguntas como las de Violet, pero me cuesta concentrarme porque mi cerebro sigue aferrado a esa expresión del rostro de mi hermano. Es imposible que mi padre mirara así a mi madre. Quién sabe si mi verdadero padre lo hizo. Es difícil de imaginar. Si lo hubiera hecho, ¿habría estado presente en mi vida? ¿Me habría querido?

Esos pensamientos intrusivos me roban parte de la alegría del momento y me provocan un nudo en el pecho.

Violet pone su mano sobre mi pierna y la aprieta, con una pregunta muda en sus ojos, como si se hubiera dado cuenta de mi extraño momento de desconexión.

Me recompongo.

—No esperaba ser tío tan pronto. Pero creo que todos sabemos quién va a ser el favorito de Delilah. Roman no tiene ninguna posibilidad.

Delilah me sonríe.

—Tanto tú como Roman seréis unos tíos maravillosos.

Cole vuelve la cabeza, entrecerrando los ojos.

—Más te vale aprender a serlo. —Luego hace que Delilah se siente en su

regazo y le susurra algo que la hace sonreír.

Violet me lanza una mirada, torciendo los labios para contener su propia sonrisa.

—Quizá deberíamos irnos —susurra.

Le dedico una sonrisa burlona, aunque creo que no se me ha dado muy bien.

—Quizá alguien debería explicarles que es imposible concebir al segundo bebé antes de que nazca el primero.

—Mejor lo haces tú —dice ella, poniendo los ojos en blanco. Pero cuando la pego a mí, hundo la nariz en su cabello y la huelo, ella me rodea con sus brazos como si supiera cuánto anhelo su tacto. Cuando la suelto, busca mi mirada, sonríe suavemente y luego se vuelve hacia Delilah—. ¿Quieres que te ayude a recoger?

Delilah se baja del regazo de Cole y se sacude el vestido, con la barbilla agachada y las mejillas sonrosadas por la vergüenza.

—Muchas gracias, pero no, ya nos encargaremos nosotros.

—Lo mínimo indispensable —le gruñe Cole al oído, por desgracia lo bastante alto como para que yo lo oiga. Me dedica una sonrisa burlona—. Quizá aún no podamos concebir al segundo, pero podemos practicar.

Cojo a Violet de la mano.

—Y esa es la señal para irnos.

Delilah esconde la cara en el pecho de Cole y él enarca las cejas.

—Pues daos prisa y marchaos.

Violet reprime una risa y me sonríe, pero yo sigo con esa extraña opresión en el pecho y no tengo ni idea de lo que estoy sintiendo en este momento. Soy feliz por Cole y Delilah, por supuesto, pero esa felicidad se mezcla con un sinfín de otras emociones contradictorias.

—Felicidades de nuevo —dice Violet por encima del hombro mientras la guio hacia el ascensor, pero Delilah y Cole están demasiado absortos el uno en el otro como para oírla. Ella se ríe de nuevo, sin ofenderse en absoluto por que los dos hayan perdido interés en nosotros. Me quedo en silencio mientras se abren las puertas del ascensor y entramos—. Es una noticia maravillosa —dice cuando las puertas se vuelven a cerrar.

—Lo es. Me alegro por ellos.

Por la forma en que Violet me mira en el coche de camino a casa, con el ceño fruncido, sé que está preocupada por mi silencio. Pero el pinchazo detrás de las costillas que ha acompañado a la noticia de que mi hermano va a ser

padre no ha remitido. De hecho, está expandiéndose, retorciéndose en mi interior hasta convertirse en un pulso ineludible en mis venas.

No puedo mirar a Violet. Si lo hago, no podré mantener mis manos alejadas de ella. Estoy convencido de que no es así como alguien normal reacciona al enterarse de que va a ser tío. Es como si se hubiera abierto una puerta en mi pecho y un deseo que nunca había sentido me impulsara a reclamar a Violet, a marcarla como mía, algo que jamás había hecho.

—¿Estás bien? —pregunta Violet cuando la cojo de la mano y me dirijo con paso firme hacia el ascensor.

—Lo estaré. —La puerta se abre y la hago entrar. En cuanto paso mi tarjeta para subir al apartamento, me giro, hundo mis dedos en su pelo y estrello mis labios contra los suyos.

Me trago su grito de sorpresa e invado su boca con mi lengua. Sabe a tarta de manzana y a Violet. Si pudiera disfrutar de ese sabor para el resto de mi vida, no lo dudaría un momento. Me está volviendo loco, y quiero esa locura. La deseo de una forma que nunca creí posible. El sexo que solía buscar no es más que una sombra, una pálida imitación de lo que tengo con ella.

La necesito. Antes de que las puertas se cierren del todo, le bajo los tirantes del vestido por los hombros, y la dejo desnuda hasta la cintura.

Agacho la cabeza y me meto en la boca uno de sus pezones, firmes y duros, y eso nos hace gemir a los dos. La agarro por las caderas y la levanto para que pueda rodearme la cintura con las piernas. Cuando su calor me envuelve, restriego mi erección contra ella.

Suena la campanilla del ascensor y salgo a zancadas, con ella todavía abrazada a mí.

—Joder —murmuro, sintiendo el peso de su pecho turgente en la palma de mi mano—. No puedo esperar más, mariposa. Necesito estar dentro de ti.

—Sí, Tate —suspira ella, contoneando las caderas.

Esta vez consigo llegar al dormitorio, la tumbo sobre la cama y le bajo el vestido por los muslos hasta dejar al descubierto un diminuto tanga rojo. Engancho mis dedos en el frágil tejido y, con un rápido giro de las muñecas, se lo arranco de un tirón. Luego doy un paso atrás, me quito rápidamente la camisa y la tiro al suelo.

Me recorre el cuerpo con la mirada, con una sonrisita seductora en el rostro; sus manos se dirigen a sus pechos y se acaricia los pezones.

No tengo ni idea de lo que estoy haciendo ahora mismo: esta mujer que yace

desnuda ante mí me ha arrebatado el control.

—¿Tomas anticonceptivos? —Mi voz no es más que un susurro.

El movimiento de sus dedos cesa y sus ojos se clavan en los míos.

—Sí.

—¿Podemos follar a pelo, mariposa ? Siempre he usado condón. Siempre.

—Sí —susurra—. Quiero hacerlo así contigo, Tate.

Siento un nudo en el pecho y me palpita el pene; la hostia de confiada, completamente mía…

Me quito el resto de la ropa, deteniéndome solo un instante para envolver mi mano alrededor de mi pene y apretar con la esperanza de aliviar algo de la presión. Luego me echo a su lado en la cama y hago que se ponga a horcajadas sobre mis caderas y la muevo sobre mi miembro palpitante.

—Mójate sobre mí así. Necesito que estés chorreando antes de follar. —Su cuerpo es cálido y está resbaladizo; cada movimiento arriba y abajo, sobre mi pene, es una deliciosa tortura—. Eso es, preciosa. —Un gemido se abre paso desde lo más profundo de mi pecho—. Qué bueno es esto.

Tiene el pecho y la cara enrojecidos, y los párpados pesados, y no deja de contonearse sobre mí.

Hundo la mano en su pelo y hago que acerque sus labios a los míos. Su sabor en mi boca, su cuerpo sobre mi pene… Me cuesta toda mi concentración no correrme, pero lo consigo. Esta noche, el único lugar donde voy a llegar al clímax es en su sexo perfecto.

Le voy dando besos a lo largo de la mandíbula; luego lamo y chupo, descendiendo por su cuello y sus clavículas hasta llegar a sus pechos. Ella se arquea hacia mí, y yo le rodeo el pezón con la lengua; le doy unos toquecitos y lo pellizco entre mis dientes, con tanta fuerza que ella inspira bruscamente y sus caderas se sacuden contra mí.

Con un pequeño grito desesperado, extiende las manos sobre mi pecho para incorporarse, obligándome a soltarla.

—Me voy a correr, Tate —dice, contoneando las caderas—. Estoy a punto.

Verla así, con las mejillas sonrosadas y los labios entreabiertos, hace que cada una de mis terminaciones nerviosas se tense.

—Déjame hecho un desastre, Violet. Quiero estar empapado de ti. —Con una última sacudida errática se echa a temblar. Cierra los ojos con fuerza, pero no voy a permitírselo. Le agarro un mechón de pelo de la nuca, lo que la hace abrir los ojos de golpe—. Mírame, mariposa. Mírame a los ojos mientras te

corres restregando ese clítoris hambriento contra mi pene.

Sus pupilas se dilatan y su boca se abre para dejar escapar un largo gemido, y su cuerpo se estremece contra mí. Sigue adelante, cabalgando la ola de su orgasmo. Cuando por fin se desvanece, se desploma contra mí.

Vuelvo a tomar su boca, exigente, posesivo. Pero necesito más. Con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho, la agarro por las caderas y la levanto hasta que queda suspendida sobre mi boca. Su sexo está empapado tras el orgasmo y, joder, quiero saborear hasta la última gota.

—¿Qué estás haciendo? —Apenas oigo esa pregunta entrecortada por encima del rugido de mi pulso, que late con fuerza en mis oídos.

—Esta noche te quiero toda. —Me lamo los labios y la pego a mí.

—¡Dios mío, Tate! —exclama cuando le poso la lengua en el clítoris. Cuando lo acaricio con la punta, se le estremece todo el cuerpo—. No puedo. Es demasiado pronto.

Ya debería saber que no voy a parar. Le doy otro golpecito con la lengua y luego vuelvo a chupar. A pesar de la protesta, se agarra al cabecero y abre las piernas para permitirme un mayor acceso. Esa es mi chica. Confía en mí. Sabe que siempre cuidaré de ella, que siempre le daré lo que desea.

Ella gime mientras paso la lengua con lentitud por su sexo. Cuando llego al bulto hinchado de nervios de la parte superior, le doy un golpecito y vuelvo a empezar. Solo hacen falta unas cuantas pasadas más antes de que empiece a temblar. Cuando me meto el clítoris en la boca y lo acaricio con fuerza y rapidez, ella inspira bruscamente y le tiemblan los muslos. Un instante después, su excitación me cubre los labios y la barbilla.

—Eres sexy de cojones. —La hago bajar y me aparto para que quede tumbada, sin fuerzas, boca abajo. Deslizo la mano por su espalda y luego sigo hacia abajo, por las curvas de su trasero. No puedo contenerme y le doy una fuerte palmada en una de las nalgas. Ella gime a modo de respuesta y se me pone el miembro aún más duro al ver cómo la piel se le vuelve rosada.

La abro con las dos manos, asegurándome de rozar con los pulgares ese pequeño y apretado pliegue.

—Algún día follaremos por aquí, mariposa. Te llenaré los dos agujeros. Uno con mi pene y otro con un juguete. Haré que te corras tan fuerte que te desmayes. Voy a hacerte mía por todas partes, preciosa. Pero esta noche no. —Deslizo los pulgares más abajo, y separo los labios de su sexo para revelar la entrada chorreante. Suelto un gemido y le meto la punta de los pulgares—.

Esta noche, voy a llenar este precioso sexo.

Ella vuelve la cabeza hacia un lado para poder mirarme por encima del hombro.

—Sí —sisea. Y joder, me vuelve loco que ella también lo desee.

Pero esta noche quiero algo más de ella. No se lo he pedido antes porque, aunque me encanta inmovilizarla y follar con ella, me gusta aún más tener sus manos sobre mí. Pero esta noche, en mis venas cabalga un puro deseo primitivo.

—¿Puedo atarte, mariposa?

Me mira, parpadea y las largas pestañas oscuras se recortan sobre esos dos lagos azules.

—¿Te refieres al *sh-shibari*?

Sonrío, incluso a pesar de la necesidad que amenaza con ahogarme, cuando una imagen de aquella primera noche en el Onyx aparece en mi mente.

—No, no va a ser *shibari*. Quiero atarte los brazos con unas corbatas. Sin cuerdas ni nudos. Solo lo suficiente para que no puedas detener el placer. ¿De acuerdo?

—Vale —susurra.

Me da un vuelco el corazón al ver la confianza que tiene en mí. Me levanto de la cama y cojo dos corbatas. Si tuviera las cintas adecuadas, podría atarle también las piernas. Pero con esto será más que suficiente.

—No te muevas. —Enrollo una de las corbatas alrededor de su muñeca derecha. Está lo bastante apretada como para aguantar si tira un poco. Luego enrollo el otro extremo alrededor de la muñeca izquierda. Hago un rápido movimiento con una segunda corbata para enlazarla alrededor de la que se tiene en las muñecas, y luego la ato al cabecero. Su respiración hace más profunda—. ¿Sigues bien, mariposa?

Ella asiente, con la vista clavada en mí.

—¿Hace falta una palabra de seguridad?

Bajo la cabeza hasta que mis labios se ciernen sobre los suyos.

—Es «Para», mariposa. La palabra es «para».

—¿No se supone que debe ser algo que no diría accidentalmente?

—En este caso no. En cuanto digas «Para», eso es lo que haré. ¿Entendido?

Después de que ella me confirme con un gesto que lo ha comprendido, deslizo el dedo por su columna hasta llegar a su trasero, cierro los ojos e inspiro hondo; todos los músculos le tiemblan bajo mi tacto.

Abro la mesita de noche y saco un objeto que compré solo para ella. Una vibrador como el que pareció llamarle la atención cuando pasó por delante de los escaparates de Onyx.

La enciendo, deslizo el brazo bajo sus caderas y la levanto para que quede de rodillas, con el culo en pompa. Con los brazos estirados delante de ella, se ve obligada a mantener el pecho pegado a la cama. Así, su precioso sexo queda al descubierto y abierto para mí.

Paso el cabezal vibrante del juguete por su sexo hinchado y húmedo y le arranco un grito de sorpresa. Los muslos le tiemblan mientras lo muevo de un lado a otro, humedeciéndolo con su excitación.

—Dios mío —susurra—. Tate, eso es… Dios, es increíble.

Le doy otra palmada en el culo, saboreo su gritito entrecortado y luego rodeo el clítoris con el juguete, sin tocarlo nunca directamente. Violet gime y contonea las caderas como respuesta a esa estimulación indirecta. El miembro se me pone tan duro que juraría que palpita al ritmo de mi pulso.

—Estás chorreando entre los muslos, mariposa. Vas a dejar una mancha de humedad en mis sábanas antes incluso de que hayamos follado.

—Tate —gime ella. Joder, está a punto de correrse, y ni siquiera la he tocado donde más lo desea. Le rozo el clítoris con las yemas de los dedos y luego la provoco jugueteando con su entrada. Cuando deslizo dos dedos dentro de ella, se sacude hacia delante. Pero un latido del corazón más tarde se echa hacia mí, buscando más, y yo giro los dedos y los doblo.

Vuelvo a pasarle el juguete por encima, evitando aún ese bulto hinchado de nervios, y una serie de jadeos frenéticos se le escapan de la boca. Los muslos le tiemblan, como si estuviera a punto de perder la capacidad de mantenerse erguida.

Saco los dedos de su canal y hundo la lengua en ese precioso sexo, la lamo y le provoco el clítoris con suaves toques. Su sabor hace que el palpitar de mi miembro se convierta en una agonía. No hay forma de que pueda alargar esto tanto como me gustaría. Al menos, esta vez no.

Me aparto y me lamo los labios para notar su sabor, y luego le vuelvo a hundir dos dedos.

—¡Tate! —Su grito es música para mis putos oídos.

Muevo los dedos dentro de ella, acaricio la pared frontal hasta que encuentro el punto exacto.

Violet se balancea hacia mí lo mejor que puede, con los brazos delante de

ella y sin poder apoyarse.

—Por favor —suplica—. Por favor, tócame, Tate.

—¿Es esto lo que quiere tu bonito clítoris? —Pongo el juguete justo encima de donde ella lo quiere y se estremece de nuevo.

—Sí, por favor. Haz que me corra, Tate. Por favor.

—Deja que te meta tres dedos y podrás correrte —le digo.

—Vale.

Saco los dedos lo justo para añadir un tercero y los vuelvo a introducir con lentitud en su estrecho y húmedo calor.

Respira entre jadeos, y yo estoy al límite. Voy a dejar que se corra, pero sin usar el juguete. Todavía no.

Aparto el vibrador, lo apago y lo dejo caer en la cama junto a nosotros. Le paso los dedos por el clítoris y la acaricio con la misma cadencia que siguen mis dedos al hundirse en su interior. Cuando las piernas empiezan a temblarle y ella se echa hacia mí, aumento el ritmo, la penetro profundamente mientras sigo acariciándola en círculos. Se sacude contra mi mano, suelta un grito y se tensa a mi alrededor con un orgasmo fuerte y tembloroso.

Mientras se calma, paso la punta de mi miembro por la entrada empapada. Joder. Me muero de ganas… El roce de la carne húmeda contra mí casi me vuelve loco. Nunca he querido follar sin condón con nadie, nunca he querido arriesgarme a dejar embarazada a una mujer. Pero ahora mismo, con Violet entregándose a mí de una forma tan maravillosa, no puedo pensar en nada más que en llenarla con mi semen. Ella ya lleva mi anillo. Podríamos casarnos, tener un bebé, uno al que los dos íbamos a amar, uno al que podíamos criar juntos.

Esos pensamientos no son demasiado racionales, pero ahora mismo me siento cualquier cosa menos racional: me siento imprudente de cojones.

Violet me hace sentir imprudente.

La penetro y suelto una maldición ahogada. Siempre está apretada, pero en este ángulo, es como meter el miembro en un tornillo de banco al rojo vivo. Solo consigo entrar unos dos centímetros antes de tener que parar, bajar la cabeza y respirar.

—Relájate, preciosa. Eres muy estrecha, joder, y no quiero hacerte daño.

—Lo estoy intentando —dice, agarrándose al edredón. Cierra los ojos y suelta el aire, y yo me deslizo otro centímetro—. Ah, Dios —suspira—. Más. Quiero más.

Joder. El miembro se me pone tan duro que no me sorprendería que ella

pudiera notar la punta palpitando con cada latido de mi corazón. Me preocupa correrme antes de meterlo del todo.

—Muévete tú, mariposa. Vas a tenerme dentro de todo, pero quiero que seas tú quien me folle. —Ella se echa hacia atrás con movimientos espasmódicos y vuelvo a maldecir. El sudor me brota de la frente cuando me toma más hondo. Por fin, el cuerpo se le relaja lo suficiente como para que yo pueda tomar el control, y la penetro de todo hasta llegar al fondo. Se me tensan todos los músculos y estoy tan a punto de explotar, joder, que casi me mareo. Nunca he sentido nada tan bueno como tener mi miembro desnudo enterrado hasta el fondo en el sexo cálido y húmedo de Violet. Estoy tan apretado contra el fondo del canal que me preocupa estar haciéndole daño—. ¿Estás bien, preciosa?

—Mejor que bien. Es increíble. Nada ha sido nunca… —Cierra los ojos con fuerza—. Nada ha sido nunca tan perfecto.

Deslizo la mano por la curva de su columna para rodearle la nuca con los dedos.

—Dime que pare si es demasiado.

—Vale. —Con una mano sujetándola y la otra rodeándole la cadera, me retiro casi por completo antes de volver a hundirme hasta el fondo. Ella deja escapar un suspiro, pero antes de que pueda comprobar si está bien, vuelve la cabeza y me mira a los ojos—. Más.

Eso es lo único que hace falta para que pierda el control y la mente se me nuble. La penetro una y otra vez. Su sexo me ciñe con tanta fuerza que sé que no tardaré mucho en vaciarme dentro de ella. El sonido de nuestras pieles chocando solo amplifica el deseo que me recorre por completo. Es crudo, real y muy sexy, y me obliga a penetrarla con más fuerza.

De ninguna manera voy a correrme sin llevármela conmigo. Me echo sobre ella y desato con rapidez un extremo de la cinta que le ata las muñecas.

—Usa el juguete. No voy a llenarte hasta que ese sexo cálido se derrita alrededor de mí.

Inmediatamente, suelta el edredón, al que se aferraba salvajemente y con una mano temblorosa, busca a tientas el vibrador. En cuanto lo encuentra, lo enciende y se lo desliza entre las piernas. El jadeo inicial se transforma en un gemido cuando siente la vibración en el clítoris. Y yo también obtengo mi recompensa cuando sus delicados músculos internos se contraen inmediatamente a mi alrededor. Un leve eco de las vibraciones del juguete se

propaga por mi miembro, y casi es suficiente para llevarme al límite antes de que esté listo. Pero quiero asegurarme de que esta noche quede grabada en su memoria tal y como lo estará en la mía. Así que le suelto las caderas y le separo las nalgas.

Por un momento, me distrae la forma en que su sexo se estira con tanta fuerza a mi alrededor.

—Joder, mariposa. Mírate.

Pero el orgasmo chispea en la base de mi columna con tal intensidad que, si pierdo más tiempo admirando la forma perfecta en que me recibe, voy a arrepentirme. Estoy al borde del precipicio y, a juzgar por sus jadeos y gemidos, cada vez más fuertes, ella también. Agacho la cabeza y me escupo en el pulgar, y luego se lo paso por el pequeño y apretado agujero. La saliva lo lubrica lo suficiente como para que pueda introducir la punta dentro de ella.

—¡Dios mío, Tate! —exclama Violet, ciñéndose con fuerza en torno a mí.

—Mírate, recibiéndome por los dos agujeros —gruño—. Solo un poco más, preciosa, y los dos nos correremos.

—Dame más —suplica—. Quiero que me llenes por todas partes.

Joder, qué mujer. Es perfecta en todos los sentidos. Retiro el pulgar poco a poco y luego empujo más profundo hasta que se lo meto hasta el nudillo, con el resto de los dedos apoyados en las redondeadas curvas de su trasero.

Violet se estremece.

—Me voy a correr, Tate. No puedo… No puedo… —La voz se le quiebra; la sensación del vibrador en el clítoris, el miembro en el sexo y el pulgar en su trasero la lanzan en caída libre.

Y a mí no me hace falta mucho más.

—Joder, mariposa. Vas a hacer que me corra… —empujo profundamente— la hostia… —me agacho hacia delante, le rodeo el cuello con la mano libre y hago que eche la cabeza hacia atrás para poder verle la cara cuando llegue el orgasmo— de fuerte.

Abre los labios para soltar un grito y el calor húmedo de su sexo me inunda el miembro cuando se ciñe a mi alrededor y su trasero me estrangula el pulgar.

La presión en la base de mi columna estalla por fin y una llamarada de calor y electricidad me recorre el miembro hasta que explota hacia fuera. Me corro con tantas ganas que se me escapa un grito del pecho y se me contraen los músculos abdominales espasmódicamente. Casi pierdo el conocimiento mientras chorro tras chorro de semen sale a borbotones de mí, llenándola

tanto que empieza a derramarse alrededor de mi miembro con cada embestida.

Ha dejado caer el juguete y vuelve a aferrarse a las sábanas, balanceándose hacia mí; disfruta del orgasmo y eso prolonga el mío.

Por fin, ese placer agonizante se alivia y puedo volver a respirar. Cuando enfoco la vista por fin, me retiro de ella y hago que se vuelva para poder besarla.

—Eres toda mía —murmuro contra sus labios—. Eres toda mía, Violet.

Ella me devuelve el beso con la misma desesperación y, cuando por fin me he saciado de su sabor, voy besándola por todo el cuerpo; luego le agarro los muslos y los abro de par en par.

El sexo perfecto de Violet está rosado e hinchado por los orgasmos y mis esfuerzos. El semen sigue saliendo de ella. El semen con el que la he llenado. El semen que, si no tomara anticonceptivos, podría dejarla embarazada. La idea de Violet con el vientre lleno hace que i miembro se desperece una vez más a pesar de que acabo de correrme más fuerte que nunca.

Deslizo los dedos por su sexo, recojo el semen y lo empujo de nuevo dentro de ella.

Ella enreda los dedos en mi pelo, con el extremo de la corbata aún colgando de su muñeca. Cuando levanto la vista, lo que se veo en sus ojos me oprime el pecho. Me he pasado la vida evitando esa clase de vulnerabilidad. Me puse una máscara y le mostré al mundo solo lo que quería que vieran. Me escondo tras la fachada de un hombre que es impasible, imperturbable. Pero Violet ve al hombre real a través de la farsa, y por muy aterrador que sea, me encanta no tener que ocultarle nada.

Con un último y suave beso en el clítoris, me echo sobre ella y la abrazo. Ella me acaricia la cara y siento sus manos cálidas Sobre mi piel. No decimos nada. No hay palabras que le hagan justicia a lo que siento. A lo que espero que los dos sintamos.

Una vez que este acuerdo haya terminado, le voy a pedir matrimonio a mi prometida. Y después de casarme con ella, cuando los dos estemos preparados, buscaremos un bebé. Pero hasta que eso ocurra, voy a disfrutar de tenerla aquí. A mi lado y en mi cama.

40

VIOLET

Me siento en un taburete al fondo de la cafetería, estiro las piernas y muevo los tobillos en círculos. Marie, la nueva camarera, me sonríe al pasar a toda prisa junto a mí.

—Hoy hay mucho trabajo, ¿eh?

—Sí. —Sonrío—. Es genial.

True Brew ha estado a rebosar toda la mañana. No podría estar más encantada de que el duro trabajo que hemos estado haciendo por fin esté dando sus frutos. Bueno, el duro trabajo y el dinero de Tate.

Tate.

Cuando anoche me miró desde su lugar entre mis muslos, tenía una expresión tan intensa que me dejó sin aliento. Estaba pensando en ser padre. No sé cómo lo supe, pero lo supe. Y tal vez estaba pensando en su propio padre, el que nunca lo reconoció. O en el que sí lo reconoció, pero no lo quería. En cualquier caso, se me partió un poco el corazón, aunque también me dio esperanzas. Seguramente no mostraría esa clase de vulnerabilidad ante alguien por quien no sintiera un profundo cariño.

La idea me llena de una mezcla de emoción, felicidad y miedo. Nada de lo que pasó anoche me pareció falso. En ese momento, creí que era suya. Eso era lo que de verdad quería: quería que me reclamara y se quedara conmigo. Incluso esta mañana, cuando me he despertado tras quedarme dormida a su lado, había algo nuevo que centelleaba en lo más profundo de sus ojos dorados mientras me miraba.

Y ahora estoy aquí, preguntándome qué significa todo esto. Tengo que comentarlo con él, lo sé. El riesgo de enamorarme perdidamente y de que me haga daño si no entiendo estas nuevas reglas es demasiado alto. Pero todavía no me atrevo a hacerlo. Quiero disfrutar de lo que sea que sea esto un poco más antes de obligarme a pedirle que me diga la verdad.

Suspiro y me incorporo con esfuerzo. Rebecca, nuestra repostera a tiempo

parcial, ha dejado unos pasteles en la nevera para reponer existencias, así que saco las bandejas y las meto en el horno. Programo el temporizador del teléfono para no olvidarme y luego vuelvo a salir para ayudar a Jarrod y Marie.

Un par de horas más tarde, una vez que ha amainado el ajetreo, estoy sentada ante una de las mesas vacías, con el móvil en una mano y la agenda delante, trabajando en los detalles de la noche de degustación inaugural de True Brew. José ha traído una selección de granos de origen único de fincas familiares de Colombia, Brasil y Sumatra, así como varias mezclas especiales. Todos y cada uno de esos cafés son increíbles, y ahora me estoy centrando en el menú que los acompañará. Descarto cualquier cosa demasiado dulce, ya que eso opacaría los sabores más sutiles, pero el chocolate negro siempre marida bien con el café. Anoto un par de ideas.

La campanilla que hay sobre la puerta tintinea, levanto la vista y sonrío, como siempre hago al oír ese sonido. Pero la sonrisa se desvanece y el oxígeno abandona mis pulmones de golpe.

Eric está en la puerta, con las manos metidas en los bolsillos y con los ojos azul pálido recorriendo todo el espacio. Al principio no repara en mí, ya que estoy acurrucada en un rincón, y mi primer pensamiento es que, si me quedo aquí y agacho la cabeza, quizá se vaya. Entonces me doy cuenta de lo tonta que es esa idea. Ha venido a verme, así que le preguntará a Jarrod, y Jarrod no sabrá cómo despistarlo.

Al otro lado de la cafetería, Brad, el guardaespaldas de Pinnacle de hoy, está sentado con un portátil abierto delante de él. Teclea como si fuera un inocente y corpulento hombre de negocios trabajando en la cafetería local.

Su presencia calma la ansiedad que se ha desatado en mi interior cuando Eric ha cruzado el umbral. Tampoco es que espere que me cause ningún problema: le importan demasiado las apariencias y su trabajo como para hacer algo que llame la atención de forma indeseada sobre él, pero, por si acaso necesito ayuda para sacarlo de aquí, Brad está aquí.

Inspiro hondo y me levanto, secándome las palmas de las manos húmedas en el dorso de los vaqueros cortos.

El movimiento llama la atención de Eric, y la sonrisa que me dedica me hace tensar la mandíbula. Es la misma que tanto me impactó la primera vez que nos vimos. Esa que es todo dientes blancos y perfectos y ojos brillantes. Como si nunca hubiera estado tan encantado de ver a alguien.

Cuando se dirige hacia mí, me aparto para evitar que me acorrale y luego lo

llevo hacia un lado de la cafetería.

—Violet, cariño, me alegro mucho de volver a verte. Tenía muchas ganas de visitar True Brew. Siempre me acuerdo de lo mucho que hablabas de ello.

Me cruzo de brazos.

—¿Qué haces aquí?

No deja que su sonrisa se desvanezca ante el tono seco de mi voz.

—La campaña del senador para la reelección está calentando motores. Estoy en la ciudad para conseguir apoyo financiero de un par de grandes donantes.

—Y has pensado en localizarme para… ¿qué?, ¿recordar con nostalgia los buenos tiempos? —Arqueo una ceja—. ¿Como el día en que te pillé follando con tu becaria?

La sonrisa permanece, pero se deforma en algo mucho menos encantador.

—Ya te lo dije entonces, Violet, fue un error. Estoy seguro de que tú también has cometido alguno.

—Ajá. —Es tan creíble ahora como lo era entonces. Sobre todo porque, después de jurarme que había sido un error, cambió el discurso y me acusó de no ser lo bastante sexual como como para satisfacerlo—. ¿Qué haces en mi cafetería, Eric?

—¿No puedo querer ponerme al día con una antigua novia mientras estoy en la ciudad? He pensado que podríamos ir a algún sitio a charlar.

Las palabras son suaves, pero desprende una vibración extraña. Nunca le tuve miedo a Eric cuando estábamos juntos porque no era de los que recurrían a la violencia. Era más probable que me manipulase y me hiciese falsas promesas para conseguir lo que quería. Pero su rostro parece tenso y tiene un brillo en los ojos que parece nerviosismo. Se me pone la carne de gallina y una vocecita en mi interior me susurra que me aleje de él. Pero no quiero darle la satisfacción de saber que su presencia me está afectando. Solo quiero que se vaya.

—Eric, me trataste como una mierda mientras estuvimos juntos —digo, manteniendo el tono bajo—. Me mentiste, me manipulaste y me engañaste. No tengo ni las más mínimas ganas de que vayamos a ninguna parte, y desde luego no tengo nada que hablar contigo.

En un abrir y cerrar de ojos, ese atisbo de nerviosismo que he percibido se transforma en ira descarada. Frunce el ceño y las fosas nasales se le dilatan.

—¿Qué se siente al estar comprometida con un multimillonario? —La pregunta sale de la nada y me deja aturdida—. ¿Te mima? ¿Te hace muchos

regalos? Apuesto a que está dispuesto a darte lo que sea si se lo pides de la forma adecuada.

Me sobresalto. ¿Todo esto se trata de Tate? Pero no parece celoso, como cuando salíamos y se quedaba mirando con los ojos entrecerrados y una mueca de desprecio a cualquier hombre con el que hablara. Y la verdad es que eso ya me da igual. No me importa por qué está aquí. Doy un paso hacia él, con la esperanza de que el gesto lo anime a dirigirse hacia la puerta.

—Tienes que irte. No me interesaba lo que tuvieras que decirme entonces, y tampoco me interesa ahora. Te aprovechaste de mí después de que muriera mi padre, pero he aprendido la lección y no tengo ningún interés en revivir el pasado. Y, definitivamente, tampoco quiero hablar contigo de mi relación actual. —El rostro de Eric palidece y luego enrojece de forma alarmante, y a mí se me acelera el pulso—. Tienes que irte —le repito. Con la mayor naturalidad posible, busco a Brad con la mirada. Parece que, después de todo, sí voy a necesitar su ayuda.

—Tengo más cosas que decirte —responde Eric—. Y, créeme, quieres oírlas. —Brad ya se está moviendo, pero solo ha recorrido la mitad del local cuando Eric me agarra de la muñeca y tira con tanta fuerza que siento como si me descoyuntara los huesos—. Se suponía que esta iba a ser la forma fácil —sisea. Se me echa encima, pero un segundo después me suelta y levanta las manos—. Me voy, me voy —dice, retrocediendo.

—Sí, claro que te vas —gruñe Brad, que de repente está a mi lado. Aprieta los puños y va detrás de mi ex, pisándole los talones mientras se apresura hacia la puerta.

Me acaricio la muñeca y los miro, aturdida. Cuando la puerta se cierra tras ellos y la cafetería queda en silencio, la inquietud y la vergüenza me ponen la carne de gallina. Echo un vistazo a los clientes que me rodean. Todos están mirándome. Antes de que pueda encontrar las palabras para disculparme por el alboroto, Jarrod llega junto a mí.

—Dios mío. ¿Estás bien?

Temblando, probablemente por la adrenalina, agacho la cabeza y me examino la muñeca. Está enrojecida y un poco hinchada, pero aparte de la irritación y de un dolor sordo que siento cuando flexiono la mano, estoy bien.

Jarrod me coge de los dedos para mirarme la muñeca, preocupado.

—¿Quién era ese tío? ¿Llamo a la policía? Podrías presentar cargos por agresión.

Me obligo a centrarme, a deducir qué pasaría si la prensa se enterara. El objetivo del acuerdo con Tate era disuadir a la prensa sensacionalista de escribir artículos escandalosos sobre él y hacer que True Brew volviera a ser un referente de la comunidad. Presentar cargos contra el sobrino del senador Rawlins tendría el efecto contrario. Y por el miedo que se le veía en la cara cuando Brad lo ha echado, no creo que vaya a volver. De hecho, ni siquiera entiendo todavía para qué ha venido. Así que sacudo la cabeza con un gesto de negación.

—Estoy bien. Solo ha sido un momento raro. No volverá a pasar. —Me alegra que mi voz suene más tranquila de lo que me siento. Tener a Eric aquí, en mi cafetería, donde nunca debería haber entrado, poniéndome las manos encima de una forma que nunca creí posible, ha sido más que desconcertante. Él pertenece al pasado y no tiene por qué entrometerse en mi nueva vida.

Jarrod frunce el ceño.

—Se lo vas a contar a Tate, ¿verdad? Tiene que saberlo.

Suena la campanilla de la puerta y aparece Brad, que llega junto a mí.

—¿Estás bien? —Se fija en mi muñeca y la expresión se le ensombrece—. Debería haberle dado una paliza.

Suelto un suspiro tembloroso.

—Agradezco el gesto. Pero solo es un ex resentido. Ni siquiera vive en Nueva York, así que dudo que vuelva.

Coge el teléfono.

—Tengo que informar al señor King.

Le pongo la mano en el brazo.

—¿Puedes dejar que sea yo quien se lo diga a Tate?

Frunce el ceño, pero asiente a regañadientes y vuelve a guardarse el móvil en el bolsillo. Su trabajo es informar a Tate de cualquier incidente, así que le agradezco que haya cedido.

—Pero tienes que hacerlo ahora mismo —dice—. No le va a hacer ninguna gracia si se entera por mi informe de fin de turno.

—Por supuesto. No quiero que te metas en un lío. —Me vuelvo hacia Jarrod —. ¿Puedes cubrirme el resto de la tarde?

Asiente, con el ceño aún fruncido por la preocupación.

—Por supuesto. Y ahora que sé la pinta que tiene, me aseguraré de que no intente colarse de nuevo.

—Gracias. Nos vemos mañana. —Levanto la vista hacia Brad—. ¿Puedes

llevarme con Tate?

41

TATE

Estoy en medio de una llamada al Reino Unido cuando Sophie me interrumpe por el intercomunicador. Sabe que estoy en una reunión, así que el motivo debe de ser importante.

Me disculpo, pongo la llamada en espera y acciono el interfono.

—¿Qué pasa?

—Perdón por la interrupción, señor. Su prometida está aquí. Ha venido a verle. Me dijo que la dejara pasar si alguna vez venía a la oficina, así que…

Se me revuelve el estómago, y no es porque no quiera ver a Violet, sino porque debería estar trabajando en True Brew. Nunca ha venido antes, y me invade la inquietante sensación de que el motivo de su visita no es nada bueno.

—Hazla pasar. Gracias, Sophie. ¿Puedes reprogramar la reunión del Reino Unido para mañana?

Cuelgo la llamada sin más. Sophie se encargará de solucionar cualquier malentendido que haya podido surgir por mi culpa. Me preocupa más mi prometida. Ansioso por verla, echo la silla hacia atrás y rodeo el escritorio. Estoy a solo unos pasos de la puerta cuando llama, así que la abro yo mismo.

Violet da un paso atrás, con la mano contra el pecho como si la hubiera sobresaltado.

Las marcas rojas en su muñeca prácticamente me saltan a la vista y el corazón se me sube a la garganta. Le cojo la mano y la acuno entre las mías mientras examino el moratón. Ya se está poniendo azulado.

—¿Quién demonios te ha hecho esto? —espeto. Levanto la vista hasta su rostro, esperando una respuesta, y me doy cuenta de que tiene los labios entreabiertos y los ojos muy abiertos. Suavizo el tono—. Violet. ¿Quién te ha hecho daño? ¿Ha sido un periodista?

Echa un vistazo por encima del hombro, hacia Sophie, que está haciendo todo lo posible por no parecer que está escuchando, y se vuelve hacia mí.

—¿Puedo contártelo en tu despacho?

Sin soltarle la mano, la acompaño al interior. Cierro la puerta en silencio y, cuando me vuelvo, ella está ahí parada, en el medio de la estancia, estudiando el espacio. La parte de mí que no está consumida por el deseo de saber qué le ha pasado se siente frustrada, porque debería haberla traído aquí hace semanas. Es mi prometida. Debería estar familiarizada con mi lugar de trabajo. Debería sentirse con la seguridad suficiente como para pasar por aquí en cualquier momento y no solo cuando algo va mal.

Me paso la mano por el pelo.

—¿Cómo te has hecho daño? ¿Ha sido en True Brew? No me han llamado desde Pinnacle.

Los ojos azules se le clavan en los míos.

—Le he pedido a Brad que no te llamara. Me ha traído él mismo para que pudiera decírtelo en persona.

Por Dios. Si no se da prisa y me lo explica, va a implosionarme el pecho. Si quería decírmelo ella misma, no ha debido de ser un accidente. Alguien le ha hecho daño.

—Siéntate, mariposa. —La agarro con suavidad del codo y la guío hasta el sofá que hay en una esquina de mi despacho—. Cuéntamelo todo. —Ella se sienta y yo me acomodo a su lado, le agarro la mano de nuevo y le acaricio los moretones con el pulgar. Ahora que los he visto bien, me resultan evidentes los lugares donde unos dedos se clavaron en su delicada piel. Alguien la ha agarrado con tanta fuerza que le ha dejado marcas. La ira crece con fuerza y rapidez dentro de mí y me hace hervir la sangre—. ¿Qué ha pasado?

Se muerde el labio inferior.

—Eric ha venido a la cafetería.

—¿Qué quería?

—¿Hablar? Sinceramente, no lo sé. Cuando le he pedido que se marchara, se ha enfadado y me ha cogido de la muñeca.

—¿Dónde estaba Pinnacle mientras pasaba esto?

—En cuanto me ha agarrado, Brad se ha acercado y se ha deshecho de él. No ha sido una negligencia suya, Tate. No le eches la culpa.

No le echo la culpa a Brad: me la echo a mí mismo. Ha debido de ser toda la publicidad en torno a nuestra relación lo que le ha llamado la atención a Eric, lo que le ha indicado dónde encontrarla. Es culpa mía que él le haya hecho daño.

—Tampoco es culpa tuya —murmura, como si pudiera leerme la mente. O

tal vez haya sido mi expresión angustiada.

—Vamos a presentar cargos —digo.

Ella niega con la cabeza.

—No quiero.

—¿Por qué cojones no ibas a querer? Te ha acosado en tu lugar de trabajo y te ha hecho daño.

—No es para tanto —replica ella—. Nunca fue violento cuando estábamos juntos, así que no creo que quisiera hacerme daño. Solo estaba un poco… desesperado, supongo.

—La gente cambia. Me da igual cómo estuviera: te ha puesto las manos encima. Puedo hacer una llamada, traer a la policía aquí mismo, y tú puedes presentar cargos.

—Tate. El objetivo de esta relación era quitarte de encima a la prensa sensacionalista. Si se enteran de que hemos presentado cargos contra el sobrino de un senador estatal, no tardarán en…

—Me da igual. No va a hacerte daño y marcharse tan campante.

—A mí no me da igual —murmura. Tenso la mandíbula, conteniendo mi frustración; lo único que quiero es asegurarme de que nunca vuelva a acercarse a ella—. Y no es solo eso. Este acuerdo me ha ayudado a recuperar True Brew. No quiero la clase de publicidad que algo como esto podría atraer, y menos ahora, que estamos volviendo a coger impulso. No sé qué quería Eric, pero dudo que vuelva. Si lo hace, iré a la policía. Lo prometo.

Estoy demasiado tenso; aparto la mano de la suya y me paso los dedos por el pelo. No he sido lo bastante cuidadoso. Desde el momento en que descubrí que ella era la mujer con la que estuve en Onyx, he actuado a lo loco: desde convencerla de que fingiera salir conmigo, hasta anunciar que estábamos comprometidos, pasando por decidir que la quería para mí; todas mis jugadas se han basado en mis deseos y antojos. Y ahora ella me está pidiendo que haga algo por ella. Va en contra de todos los instintos que me gritan que localice a Eric y amenace su vida, pero le concederé lo que quiere.

—De acuerdo. Pero Violet, si él intenta algo más…

—No lo hará —dice ella, con un brillo de alivio en los ojos—. No tardará en irse de nuevo a Maine. Y además, ahora sabe que tengo a alguien de seguridad. No querrá arriesgar su trabajo y su reputación, créeme. A Eric solo le importan las apariencias.

Asiento, tragándome la frustración que me empuja a hacerlo de todos

modos. Ella no quiere presentar cargos, y se lo concedo. Pero voy a llamar al investigador que localizó a mi padre biológico y a pedirle que averigüe todo lo que pueda sobre Eric. Debería haberlo hecho después de que ella me dijera que él había comentado su publicación en True Brew. Esta vez no voy a dejarlo pasar.

Violet me sonríe.

—Gracias. Sé que quieres ayudar, pero esto es lo mejor.

—Ven aquí. —Hago que se levante, con suavidad, y la guío hasta que se sienta a horcajadas sobre mí. Le enmarco el rostro con las manos y la pego a mí hasta que sus labios se posan sobre los míos. Ella suspira contra ellos y se estrecha más contra mí. Sus pulgares me recorren la suave piel de las mejillas —. Odio que te hayan hecho daño por mi culpa.

—No es culpa tuya —susurra de nuevo.

Deslizo los dedos por su espalda para poder rodearle la cintura.

—Sí que lo es.

—Quizá puedas compensarme por ello cuando lleguemos a casa. —Con una sonrisa pícara, mueve las caderas.

Un calor me recorre la columna vertebral. De repente, soy demasiado consciente de que la tengo aquí, a solas en mi despacho. He terminado la reunión antes de tiempo y la siguiente no empieza hasta dentro de media hora. Hay muchas cosas que puedo hacer en treinta minutos.

—Puedo compensártelo ahora mismo. —Las mejillas se le sonrojan y mira hacia la puerta—. Sophie no va a entrar. Y tampoco dejará que entre nadie más. Sabe lo que hace.

Los músculos de Violet se tensan como respuesta. Maldita sea, su interpretación de ese comentario no podría estar más lejos de la verdad. No va a preguntarme si he estado aquí con otras mujeres porque cree que no tiene derecho a hacerlo, porque todavía no se ha dado cuenta de que ella es la única que goza de ese privilegio, la única que ha sido mía en todos los sentidos de la palabra.

—Eres la única mujer que ha estado en este despacho, mariposa. Y llevo demasiado tiempo imaginándote tumbada en este sofá o echada sobre el escritorio.

Se queda sin aliento, pero me desliza los dedos por el pecho hasta que encuentra el cuero del cinturón.

—¿Y de rodillas? ¿Te lo has imaginado?

Se me acelera el pulso, porque claro que lo he hecho, joder. Aunque no me permito reaccionar ante la imagen que me abrasa la mente.

—Te duele la mano —digo entre dientes.

Ella baja la mirada hacia la marca roja de la muñeca y se recorre la piel con los dedos.

—No lo suficiente como para detenerme.

Hago que levante la cabeza hacia mí.

—La idea era que yo te compensara.

—¿Por qué compensarme tiene que implicar que solo seas tú quien me dé placer?

Mi pulgar dibuja una línea bajo la curva de su labio inferior.

—¿No crees que hacerte llegar al clímax me da placer?

Ella ladea la cabeza.

—Sé que sí, Tate. Lo mismo me pasa a mí. Y por eso quiero hacerlo. Quizá haya tenido mis propias fantasías en tu despacho. Quizá que mi ex sea un capullo no debería quitarme eso.

Joder. El miembro se me pone duro como una roca al imaginar a Violet de rodillas ante mí aquí mismo. Pero el deseo lucha con la necesidad de cuidar de ella. Sin embargo, hay algo en su tono de voz. Algo que me dice que quizá la aparición inesperada de Eric la haya afectado más de lo que se atreve a admitir. Tal vez lo que ansía es tener un poco de control.

O quizá hay una parte de ella que quiere poseerme exactamente como yo siempre he querido poseerla a ella.

Sé que la batalla está perdida cuando se desliza fuera de mi regazo y se arrodilla entre mis piernas, mirándome con ojos muy abiertos y suplicantes. Sabe de sobra lo que me está haciendo.

—Joder, Violet. ¿Cómo se supone que voy a decirte que no cuando me miras así?

Me dedica una sonrisa de pura satisfacción femenina.

—No lo vas a hacer.

Rindiéndome a lo inevitable, inspiro hondo y me acaricio la erección para aliviar un poco la presión. Ella mira cómo lo hago, con las pupilas dilatadas.

Extiendo la mano y le recorro con los dedos la clavícula y bajo hasta el contorno de sus pechos hasta llegar al escote de su camiseta sin mangas.

—Muéstramelo todo. —Sin apartar la mirada de mis ojos, se baja las tiras de la camiseta y del sujetador de un tirón y queda desnuda ante mí. Me

humedezco los labios—. Juega con esos bonitos pezones. —Sin dudarlo, se los pellizca, y los aprieta entre sus dedos. El pene me palpita contra la bragueta de los pantalones—. Qué buena chica… ¿Te gusta exhibirte ante mí?

—Sí. —La voz le sale entrecortada, y apostaría a que ya tiene las bragas húmedas.

Me echo hacia delante, le quito la goma de la coleta y le paso los dedos por la melena para que se derrame sobre sus hombros.

—Saca la lengua. —Cuando lo hace, le paso la yema del pulgar por encima —. ¿Sabes para qué voy a usar esto? —Se le pone la piel de gallina, pero no responde—. Después de follarme la bonita boca de mi prometida, me voy a correr encima de ella.

—Tate… —susurra.

La miro a los ojos, dándole una oportunidad de cambiar de idea.

—Sabes que solo quiero hacerte sentir bien, ¿verdad?

Su sonrisa es suave.

—Sí. Y ahora mismo, lo que me hará sentir bien es que me des lo que quiero.

La última duda se disipa de mi mente. Es lo que quiere. Me desabrocho el cinturón, bajo la cremallera y me la saco.

—Entonces, usa esa preciosa boca para que los dos nos corramos.

Envuelvo la mano alrededor de mi miembro y me lo acaricio, y luego lo guío hacia ella. Mantiene la mirada fija en mí mientras rozo la corona, que ya está goteando, contra sus labios. Ella los abre para mí y empujo hacia dentro y la suelto para que ella pueda tomar el control.

Sus dedos rodean la base y, joder, se me para el corazón al verla así: la boca envuelta a mi alrededor, el pelo rozando los muslos, los hermosos pechos desnudos apuntando hacia mí y el anillo brillando en el dedo. Nunca voy a poder sacarme este momento de la cabeza. Cuando entre en mi despacho de ahora en adelante, esto será en lo único en lo que pueda pensar: en Violet de rodillas frente a mí.

Ella recorre con la lengua la parte inferior de mi miembro antes de llevarlo hasta el fondo, hasta que estoy en lo más profundo de su garganta.

Gimo.

—Joder, mariposa. Estás tan guapa chupándomela… —Ella suelta un jadeo y redobla sus esfuerzos. Mueve la cabeza al ritmo de la lengua, alternando entre dar vueltas sobre la punta y llevarme lo más lejos posible dentro de su boca. Cuando me mete aún más al fondo, suelto una maldición y la agarro del

pelo con fuerza—. ¿Vas a llevarme hasta la garganta, mariposa?

—Mmm —murmura ella, con el deseo brillando en la mirada.

Por un momento, pierdo el control y levanto las caderas para llegar un poco más profundo.

Ella se atraganta y, sin querer, me aprieta el glande, lo que me provoca una oleada de placer que asciende por mi columna. Me obligo a retirarme para dejar que me tome como ella quiera.

Pero cuando cierra los ojos y contonea las caderas, sé lo que ansía.

—Quiero que te corras mientras me la chupas.

Eso hace que vuelva a centrarse en mí. Al instante se desliza la mano por el vientre y forcejea con el botón de los vaqueros cortos. Una vez que los ha desabrochado, mete los dedos bajo sus bragas y se acaricia el clítoris con un gemido.

Los dedos me arden por el deseo de ser yo quien la toque, quien acaricie esa carne resbaladiza e hinchada hasta que llegue al clímax. Estoy oficialmente enganchado a hacer que se corra.

Pero eso tendrá que esperar. Porque ella sigue trabajando con la boca sobre mí, pasa la lengua por la punta, y luego chupa con fuerza mientras se hunde aún más profundo que antes. Cuando le da una arcada y se le llenan los ojos de lágrimas, tengo que inspirar hondo para evitar correrme en su boca en ese mismo instante.

Quizá ella nota la lucha, porque clava la mirada en mí y acelera el ritmo, atragantándose cada vez que va demasiado lejos o demasiado rápido. Las lágrimas le brillan como diamantes en las pestañas antes de resbalarle por las mejillas, y yo le acaricio la mandíbula y se las seco con el pulgar. Se me entrecorta la respiración y el calor me recorre la base de la columna. Estoy a punto.

Ella también. Parpadea y mueve los dedos más rápido dentro de las bragas. Ojalá pudiera ver cómo se acaricia ese bonito clítoris que tiene.

La agarro del pelo con fuerza.

—Ahora voy a tomar el control. Concéntrate en ti, porque en cuanto te corras, te voy a llenar la boca. —La forma entusiasta con la que asiente me parece consentimiento suficiente. Aprovechando que la sujeto por el pelo para mantenerla quieta, le penetro la boca. Las pupilas se le dilatan y las mejillas se le sonrojan mientras le follo la boca. Estoy hinchado, palpitante, desesperado por correrme. Pero primero quiero que ella llegue al clímax. Se atraganta por

última vez y gruño—: Estás de puta madre conmigo en la boca y con los dedos en tu sexo.

Cierra los ojos con fuerza, contonea las caderas y la vibración de su gemido me recorre el cuerpo. Eso es todo lo que hace falta para que se rompan mis diques: una ola gigantesca de placer me golpea con tanta fuerza que siento como si todos los músculos del cuerpo se me tensaran al mismo tiempo. Suelto un gemido largo y profundo, se me hincha el miembro y el primer chorro de semen va hasta el fondo de su garganta. Dos pulsaciones más, y le echo la cabeza hacia atrás para que mi pene descanse en la punta de su lengua y pueda pintarla con la eyaculación.

—Abre la boca, mariposa. Déjame mirar. —Ella obedece y me mira con ojos vidriosos y cargados de placer mientras le lleno la boca una y otra vez—. Joder, joder, joder —maldigo. En cuanto los músculos se me relajan y puedo hacer algo más que correrme como un puto tren de mercancías, le suelto el pelo y le rodeo el cuello con la mano—. Trágatelo para mí. —La forma en que los delicados músculos se contraen bajo mi palma cuando hace lo que le pido consigue que mi pene se despierte de nuevo. Lo ignoro, porque ahora quiero otra cosa—. Túmbate.

—Pero…

—Violet, quiero que te tumbes. —La voz me sale entrecortada.

Ella obedece, y ahora soy yo quien cae de rodillas entre sus piernas. Engancho los dedos en los vaqueros cortos y las bragas al mismo tiempo, los deslizo por sus muslos y se los quito; le abro las piernas de par en par, dejando al descubierto el precioso sexo. Está rosado, hinchado y húmedo por el orgasmo, y estoy desesperado por saborearla. Con la punta de la lengua, le doy largos y lujuriosos lametones desde la entrada chorreante hasta el palpitante bulto de nervios en la parte superior. Lo chupo mientras le meto primero un dedo y luego dos.

—Tate —jadea ella, con las caderas ya empezando a moverse contra mí.

Deslizo la mano libre por su cuerpo y le acaricio un pezón, pellizcándolo hasta que se pone duro y se yergue.

—Córrete para mí otra vez, mariposa.

Ella gime, todavía sensible tras el primer orgasmo. Sin embargo, no tardo mucho en excitarla de nuevo. Cuando el canal se le contrae, saco los dedos, uso los pulgares para abrirla bien y la lamo con fuerza y rapidez, desde el pequeño y apretado ano hasta el clítoris hinchado.

Ella arquea la espalda.

—Dios mío, Tate.

—Usa mi cara para correrte —mascullo contra la carne húmeda. Con una exclamación de deseo, hunde las manos en el pelo y tira de él. Luego se pega a mí. Le vuelvo a meter dos dedos y los curvo, y luego le chupo con fuerza el clítoris mientras ella se mueve contra mi cara. La señal del inminente orgasmo es un repentino chorro de calor líquido que me cubre la palma de la mano; los músculos se le tensan y ella grita mi nombre, estrechándome fuerte contra ella. Solo cuando los muslos dejan de temblarle alrededor de mis orejas, suelta las manos y, por fin, todo el cuerpo se le relaja.

Retiro los dedos empapados y los lamo, ansioso por saborear hasta la última gota.

Aún tumbada frente a mí, contempla cada uno de mis gestos, con los ojos entrecerrados, la piel húmeda por el sudor y una dulce sonrisa de satisfacción en los labios.

Y que me jodan si esa no es la vista de la que voy a disfrutar durante el resto de la vida.

42

VIOLET

Jarrod me tiende una taza de café humeante.

—¿Qué te parece este?

Le doy un pequeño sorbo.

—Tiene un sabor a café de grano muy intenso. Quizá sea demasiado fuerte para la cata de esta noche.

—Tal vez podamos equilibrarlo con ese otro más suave que nos ha gustado hace un rato.

—Buena idea. —Asiento y tomo nota en el bloc. Me meto la punta del bolígrafo en la boca y pienso en cómo describir mejor el sabor a café de grano de origen único. Anoto que tiene un toque de caramelo con un final intenso.

Jarrod y yo estamos trabajando en los menús de cata, eligiendo los sabores adecuados para mostrar lo mejor de True Brew. También tenemos que maridar pasteles y postres con los diferentes cafés, elegir aquellos que complementen los de origen único y las mezclas especiales que acabemos seleccionando.

Estamos discutiendo cómo colocar las mesas para garantizar el mejor flujo de gente en el evento cuando suena el timbre de la puerta y entra Anna.

Cuando me ve, se le ilumina la cara.

—Hola, chicos. —Se acerca a zancadas y se deja caer en el asiento junto a Jarrod—. He pensado en venir a ver si necesitabais ayuda para preparar la gran noche.

—Tu presencia siempre es bien recibida. —Le sonrío.

Jarrod se levanta.

—Voy a preparar esa última mezcla y a sacar esos bocaditos de *brownie* del horno.

Cuando se marcha, Anna se dirige a mí y su sonrisa amistosa se le vuelve pícara.

—¿Qué? —le pregunto.

—Estás radiante.

Sin pensarlo, me toco la cara.

—No tengo ni idea de qué quieres decir.

Se echa hacia delante y arquea una ceja; los rizos negros como la tinta se le deslizan sobre el hombro.

—Pareces una mujer a la que han…, ejem, mimado bien. —El guiño exagerado que me dedica me hace poner los ojos en blanco.

Echo un vistazo para asegurarme de que Jarrod sigue ocupado detrás del mostrador, y luego me vuelvo de nuevo hacia mi mejor amiga.

—Eeeh… Tate es… increíble. Nunca he sentido nada parecido a lo que siento con él.

—Eso es genial, Vi. ¿Y él siente lo mismo por ti?

El corazón me da un pequeño vuelco.

—Me parece que sí. Pero no estoy segura…

—Espera. —Levanta una mano—. ¿No te ha dicho nada sobre sus sentimientos?

Me muerdo el labio y la miro.

—Creo que siente lo mismo que yo. Siempre dice lo correcto.

Frunce el ceño, arrugando la frente.

—Entonces, ¿a qué vienen esas dudas?

—Porque a veces, entre orgasmos, cuando pienso en todo lo que ha dicho y lo que ha hecho, me pregunto si es demasiado bueno para ser verdad. A Tate se le daba muy bien fingir al principio que era mi novio, y no puedo evitar preocuparme y pensar que todo esto se trate de que es bueno mintiendo en todo lo que se refiere a las relaciones y el amor. Que quizá me esté enamorando del encanto patentado de Tate King. Que está muy concentrado en esta situación.

Anna arquea las cejas.

—¿Encanto concentrado?

—Sí, ya sabes, porque nos hemos visto metidos en esta situación de locos, y él no tiene ningún otro sitio donde centrar toda esa intensidad y ese carisma excepto en mí.

—No puedes pensar eso, Violet. Eres una persona maravillosa. No veo por qué Tate no iba a enamorarse de ti.

—Sé que lo que tenemos parece auténtico, pero no dejo de preguntarme si él seguiría mirándome así si no existiera este acuerdo.

Mi preocupación va mucho más allá de eso, pero no me corresponde a mí

compartir los detalles. Tate se ha sentido como un extraño en su propia familia durante la mayor parte de la vida. ¿Y si sus sentimientos no se basan en mí como persona, sino en nuestra proximidad y en los papeles que hemos estado desempeñando? ¿Y si solo soy una encarnación temporal de algo que él ha estado anhelando durante demasiado tiempo: tener a alguien a quien cuidar y que lo cuide?

Anna me aprieta la mano.

—Deberías hablar con él. Decirle lo que sientes.

Suspiro, ignorando el dolor sordo que siento en el pecho.

—Si lo hago, tendrá que ser pronto. Se supone que nuestro acuerdo termina a finales de esta semana, así que…

Pone los ojos como platos.

—No me había dado cuenta de que iba a ser tan pronto. ¿Y ninguno de los dos ha sacado a colación qué va a pasar cuando llegue la fecha?

Me encojo de hombros y trato de alejar la aprensión que bulle en mis entrañas.

—He pensado que podría esperar hasta que termine y ver si él sigue actuando de la misma manera.

Anna me mira fijamente durante un largo rato, boquiabierta.

—¿De verdad crees que esa es la mejor forma de llevar todo esto?

—No —susurro. Luego me tapo la cara con las manos—. Soy una cobarde.

Me agarra por los antebrazos y me aparta las manos de la cara.

—Tener miedo y ser cobarde son dos cosas diferentes. Está bien tener miedo, Violet. Decirle a alguien que te estás enamorando de él es algo muy serio, sobre todo teniendo en cuenta la situación. Pero si dejas que el miedo te impida vivir lo que podría ser una historia de amor increíble, creo que te arrepentirás el resto de la vida.

—Tienes razón. Sé que tienes razón —digo—. Pero él tampoco ha mencionado la fecha de finalización. Lo habría hecho si no quisiera seguir con esto, ¿verdad? —Niego con la cabeza. Es una pregunta retórica. Anna no sabe la respuesta más que de lo que la sé yo. Inspiro hondo para calmar los nervios que me sacuden—. Espero de verdad que quiera seguir, porque creo que quizá ya me haya enamorado de él.

Anna suelta un gritito.

Con un gesto de preocupación, miro a Jarrod para asegurarme de que no puede oír la conversación. Por lo concentrado que parece mientras corta los

trocitos de *brownie,* parece creo que no se ha dado cuenta de nada.

—Shhh. No te olvides de que todo el mundo se cree que ya estamos enamorados.

—Lo sé, lo sé. Pero estoy tan emocionada por ti…

—Entonces, ¿crees que debería decírselo?

—Creo que deberías. Si él no siente lo mismo, el acuerdo se acabará de todos modos. Te irás con un equipo nuevo, un nuevo personal, una nueva decoración y suficiente dinero para mantener True Brew en marcha durante mucho tiempo, teniendo en cuenta la cantidad de clientes que están viniendo últimamente.

Suspiro.

—Pero además tendré el corazón roto.

Me aprieta la mano.

—Odio tener que decírtelo, pero si Tate no siente lo mismo, da igual cuándo se lo digas, el daño que va a hacerte será el mismo. Pero si hablas con él antes de que termine el contrato, al menos sabrá que estás interesada, en lugar de creer que te estás librando de una situación que no deseas.

La idea de que Tate pueda marcharse sin saber nunca que alguien lo ha amado como se merece es todo lo que hace falta para decidirme. Me metí en esto con el único propósito de recuperar True Brew, pero ahora, la idea de marcharme solo con eso en lugar de con el hombre del que me he enamorado me revuelve el estómago de forma nauseabunda.

Por el rabillo del ojo, veo que Jarrod se acerca con una bandeja llena de tazas y un plato con trocitos de *brownie*.

—Vale, esta misma noche se lo diré —le confieso a Anna.

Ella me hace un gesto de aprobación con el pulgar antes de que Jarrod aparezca junto a la mesa. Nos tiende una taza a cada una y probamos el café, rico y aromático. Acompañado del *brownie* de chocolate negro y dulce, está absolutamente delicioso. Mientras discutimos las distintas opciones y anoto las últimas decisiones, mi mente no puede evitar divagar sobre lo que tengo que hacer esta noche. Se me revuelve el estómago. Estoy nerviosa, pero no dejaré que eso me detenga.

Seré valiente y confiaré en lo que Tate me ha mostrado de sí mismo estos últimos meses. Y luego le preguntaré sobre el futuro de nuestra relación.

De nuestra verdadera relación.

43

TATE

—Tiene una visita inesperada, señor King —me avisa Sophie cuando paso por su escritorio de camino a mi despacho.

—¿Quién es? —De vez en cuando, nos encontramos con locos que creen que pueden presentarse sin avisar y entrar a ver a alguno de nosotros por cualquier asunto del que crean que somos responsables. Pero normalmente el personal de seguridad se encarga de ellos sin necesidad de llamar a los asistentes personales.

—Se llama Eric Evans. Dice que es un viejo amigo de su prometida y que necesita hablar con usted urgentemente.

Al oír el nombre, aprieto los puños a mis costados y siento cómo me inunda la ira. Por un momento, ni me muevo. Podría decirle a seguridad que lo acompañe fuera del edificio. De hecho, debería hacerlo. Pero quiero saber qué es lo que anda buscando. Si se ha presentado aquí, es que no se va a rendir fácilmente, como esperaba Violet. Si me niego a recibirlo hoy, probablemente regresará mañana o me localizará de otra manera.

Independientemente de eso, tengo que enfrentarme al imbécil que abusó de la confianza de Violet e intentó manipularla. Tengo que mirarlo a los ojos y asegurarme de que sepa quién está ahora a su lado. Quiero hacerle saber que nunca volverá a tener la oportunidad de hacerle daño.

—Que suba —acepto—. Pero dile a seguridad que se mantenga alerta.

Ella arquea las cejas, pero asiente y pulsa el botón para llamar a seguridad en el vestíbulo.

Entro a zancadas en la despacho y cierro la puerta con un poco más de fuerza de la necesaria. La mente me va a mil por hora mientras rodeo el escritorio, me siento y enciendo el ordenador. Vuelvo a leer el correo que me envió el investigador privado anoche. Solo es una evaluación inicial de Eric, lo que significa que me ofrece muy poca información sobre a quién voy a enfrentarme. Tiene una licenciatura en Administración Pública, lleva

trabajando para su tío desde que se graduó y pero está en el mismo puesto, como responsable de recaudación de fondos del senador Rawlins. Así que no ha conseguido el ascenso que, según Violet, él buscaba desde que estaban juntos. La relación con su tío no parece demasiado estrecha, aunque, según el investigador, a Eric le encanta exagerar las cosas para que parezca que sí lo es.

No tengo tiempo de seguir revisando sus conclusiones porque llaman a la puerta y Sophie asoma la cabeza.

—Eric Evans está aquí.

—Que pase, por favor.

Me aseguro de que parezca que estoy trabajando en el ordenador cuando entra, y solo levanto la vista para decir *«Toma asiento»* antes de volver a concentrarme en la pantalla. Mientras Eric se sienta en una de las sillas que hay frente al escritorio, escribo un correo al investigador con instrucciones de que intensifique la investigación sobre este imbécil, ignorando al propio Eric todo el tiempo. Este juego de poder es uno de los más antiguos del mundo, y estoy seguro de que Eric sabe de sobra lo que estoy haciendo. Pero la reacción me dará una idea de su carácter.

Permanece en silencio durante unos minutos, pero luego se mueve en el asiento. Un minuto más tarde, carraspea.

Eso es todo lo que necesitaba para darme cuenta de que no tiene la paciencia suficiente para jugar a largo plazo. Quiere gratificación instantánea, y no me cabe duda de que es propenso a actuar de forma impulsiva para conseguir lo que quiere. Solo cuando he enumerado las instrucciones específicas y he enviado el correo, me recuesto en la silla y lo observo.

La expresión es impasible, pero la irritación hierve a fuego lento en lo más profundo de sus ojos.

—Señor King —comienza, tratando de sonar despreocupado—, estoy en la ciudad para asistir a unas reuniones en nombre del senador Rawlins y he pensado que deberíamos vernos.

Asiento, sin delatar nada con mis gestos.

—¿Y por qué, señor Evans? Que yo sepa, el Grupo King no tiene ningún vínculo con el senador.

Ha adoptado una actitud de seguridad en sí mismo, pero los ojos se le mueven de un lado a otro, sin quedarse quietos en ningún punto más de unos segundos. Está nervioso.

—No, así es. Pero sí tiene una conexión conmigo, y tengo una propuesta de

negocios para usted.

Ignoro lo mejor que puedo la tensión que se me acumula en la base del cuello. La prioridad es mantener la calma y averiguar cuáles son sus intenciones para poder sacarlo de la oficina y de la vida de Violet.

—Le escucho.

Tamborilea con los dedos en el brazo de la silla.

—Digamos que me encuentro en una situación…, en un aprieto que requiere un poco de… lubricación financiera.

Arqueo una ceja.

—¿Y cree que yo puedo proporcionarle esa… lubricación?

Hace una mueca.

—Necesito una cantidad considerable de dinero, y la necesito rápido. Creo que podemos ayudarnos mutuamente.

Me echo hacia delante y apoyo los codos en el escritorio. Se me pone la carne de gallina y algo en mis entrañas me grita que debo tener cuidado.

—¿Quiere que le dé una cantidad considerable de dinero? Y a cambio, ¿qué obtengo yo? Porque, lo crea o no, no soy famoso por repartir dinero a completos desconocidos, tenga algún lazo con ellos o no.

—Lo que obtiene es la oportunidad de mantener limpia la reputación de su encantadora prometida.

Se me tensan los músculos y toda la columna vertebral. ¿Este cabrón ha venido aquí a amenazar a Violet? El instinto me grita que me asegure de que se arrepienta, pero hasta que sepa qué está en juego, seguiré con la fachada de calma, sin delatar nada.

Eric se saca el teléfono del bolsillo, lo desbloquea y lo desliza por mi escritorio.

Se me hace un nudo en la garganta cuando cojo el dispositivo con cautela. Pero en cuanto veo la imagen en la pantalla, una furia como nunca había sentido me recorre el cuerpo entero. Reprimo el impulso de estirarme por encima del escritorio, agarrarlo por la corbata y estrellarle el puño en la nariz. Solo soy capaz de contenerme recurriendo a cada segundo de práctica que he tenido ocultando al mundo lo que siento de verdad.

La foto está un poco desenfocada, pero se ve con claridad: Violet, desnuda en una cama, con los ojos cerrados, la cabeza vuelta hacia la cámara, mientras un hombre, con el rostro oculto, se cierne sobre ella. Se le ven los pechos y tiene las piernas abiertas. El hombre, que supongo que es Eric, descansa entre

ellas. La rabia se retuerce y se agita dentro de mi pecho, luchando por escapar. Me esfuerzo por controlarla mientras repaso todas las posibilidades, todos los escenarios y sus consecuencias para descubrir qué hacer a partir de aquí. Si alguna vez ha habido un momento para actuar como si todo me diera igual, debe de ser este. Y esa idea me revuelve el estómago.

—Vale —digo, vaciando la voz de toda emoción.

Eric frunce el ceño y echa un vistazo al teléfono, luego vuelve a centrarse en mí.

—Hay más fotos. Puede verlas.

El pánico me invade mientras paso a la siguiente foto.

Joder. Esta está tomada desde atrás y ella está a cuatro patas. Me da un nuevo vuelco el estómago. Trago saliva y sigo pasando las imágenes solo por aparentar, sin fijarme en ellas. Quiero matarlo. Quiero abalanzarme sobre el escritorio, rodearle el cuello con las manos y apretar.

Lo más difícil que he tenido que hacer en mi vida es devolverle el teléfono y enarcar una ceja.

—¿Y?

La sorpresa se refleja en su rostro por un segundo antes de que controle su expresión.

—Supongo que no quiere que estas fotos de Violet se suban a internet.

Me late el pulso en las sienes y solo me queda esperar que no lo note. Lo echaría ahora mismo, pero las implicaciones de sus actos son claras: no ha dudado en darme el teléfono. No le preocupa que borre las fotos, así que tiene copias.

Aunque llamara a seguridad ahora mismo y lo detuvieran, aunque lo acusara de intento de extorsión, no tengo pruebas que lo respalden. Violet y él salían juntos, así que, a simple vista, tiene un motivo para guardar esas fotos en el móvil. Aunque, por las imágenes que vi, no parece que Violet fuera consciente de que ese cabrón repugnante las estaba sacando, lo que ya es un delito en sí mismo. Independientemente de lo que haga, él tiene acceso a las copias, y la mirada esquiva que pone me dice que está desesperado. Y la desesperación consigue que la gente haga tonterías, como subir estas fotos a Internet como acto de venganza si no le doy lo que quiere.

O algo aún peor.

Sea cual sea la situación en la que se haya metido Eric, cree que el dinero es la forma de salir de ella. Y Violet es su moneda de cambio para conseguirlo.

De ninguna manera voy a permitir que estas fotos se publiquen en Internet ni que Eric se salga con la suya amenazando a Violet de ninguna forma. Ni de coña.

Solo se me ocurre una solución para resolver esta situación, aunque solo de pensarlo se me parte el corazón. Aborrezco la idea con cada fibra del ser, pero lo voy a hacer de todos modos.

—Me importa una mierda —digo, recostándome en la silla con expresión de aburrimiento.

Eric abre la boca, la cierra de golpe y luego vuelve a hablar.

—No me jodas. Es imposible que un hombre como tú quiera que las fotos de su prometida follando con otro hombre se difundan por toda la red. Con solo pulsar un botón, estas fotos estarán en miles de páginas porno para que las disfruten millones de personas. Cada vez que salgas a la calle y veas las miradas, y oigas los susurros y las risas, sabrás que es porque esa gente ha visto el aspecto que tiene cuando folla. Y encima, con alguien que no eres tú.

—No, no lo haré. —Me echo hacia delante y le dedico una sonrisa despreocupada que me desgarra el puto corazón—. Porque ella no va a seguir dejándose ver conmigo mucho más tiempo. —Me río con frialdad—. Nuestra relación es falsa. Y nuestro acuerdo está a punto de terminar. De hecho, si filtras estas fotos, me estarás haciendo un favor. ¿Qué mejor motivo podría tener para romper nuestro compromiso? —Se me revuelve el estómago, pero mantengo la mirada fija en él.

La cara de Eric se pone roja y balbucea.

—No… no te creo.

Con una sonrisa burlona, abro el cajón superior del escritorio y saco el contrato. Se lo tiro delante de las narices, me recuesto en la silla y entrelazo las manos detrás de la cabeza. Mantengo la boca cerrada mientras ojea las páginas.

A medida que va leyendo, el rostro le pasa de rojo a morado, y luego se le vuelve ceniciento.

—Como puedes ver, la fecha de finalización de nuestro acuerdo es dentro de cuatro días, y no tengo ninguna necesidad de mantenerla aquí más tiempo. Así que, repito, no me importa lo que hagas con esas fotos. Y teniendo en cuenta que acabas de intentar chantajearme, te sugiero que te vayas ahora mismo, antes de que decida llamar a la policía. Dudo que al senador Rawlins le haga gracia tener que sacarte de la cárcel.

Un músculo palpita violentamente en la mandíbula de Eric. No tengo ni idea

de qué cree que está haciendo, pero no hay duda de que está en apuros. Quizá tenga una deuda de juego. Quizá haya cabreado a la gente equivocada. Sea lo que sea, está desesperado.

Echa la silla hacia atrás y se levanta de un salto.

—Ven a por mí y le diré a todo el mundo que tu compromiso es una farsa.

Me obligo a soltar otra risa, imitando la frialdad de Roman.

—No tengo ningún interés en ir tras de ti. Has intentado jugármela y no ha funcionado. Nada más. Ahora, si hemos terminado, tengo una reunión.

Entrecierra los ojos.

—Como descubra que me estás mintiendo, me aseguraré de que estas fotos tengan la audiencia que se merecen. —Da media vuelta y sale furioso del despacho.

En cuanto la pesada puerta de madera se cierra detrás de él, cojo el teléfono que he dejado encima del escritorio.

—¡Roman! —exclamo—. Necesito hablar contigo y con Cole. Ahora mismo.

—Estoy en medio de una reunión con…

—Esto no puede esperar. —El silencio ocupa la línea entre nosotros. Va a decirme que me vaya a la mierda, pero ahora mismo me da igual. Necesito la ayuda de mis hermanos—. Se trata de Violet. —Esas cuatro palabras están cargadas de toda la angustia y la furia que me corroen en este momento.

—Joder —masculla—. Estaré allí en un minuto. —Luego cuelga.

Cole es el siguiente. Por suerte, está entre reuniones y responde que vendrá enseguida.

Treinta segundos después de colgar, la puerta se abre de golpe y Roman entra con paso firme. Se planta frente al escritorio, con los brazos en jarras.

—¿Qué ocurre?

Me paso la mano por la cara.

—Vamos a esperar a Cole. No quiero contarlo dos veces.

Me escudriña la cara con el ceño fruncido, pero hace un gesto con la barbilla y se acomoda en una de las sillas.

Un momento después, Cole entra con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

—Siéntate —le digo.

Enarca las cejas, pero no discute.

En cuanto se sientan, me levanto yo y me pongo a dar vueltas por la oficina. El torbellino de rabia que he estado reprimiendo me está destrozando, está

luchando por salir.

—El ex de Violet acaba de estar aquí. Ha intentado chantajearme amenazando con publicar unas fotos privadas que le hizo cuando estaban juntos.

Roman frunce el ceño y se echa hacia delante para apoyar los codos en las rodillas.

—¿Cómo de privadas?

—Tan privadas como pueden ser. Y por lo que se ve, ella no sabía que las estaba sacando. —Incluso ahora, que Eric tenga esas fotos en el móvil, que hubiera abusado de la confianza de Violet de una forma tan censurable, me hace subir la tensión arterial.

—Cabrón —maldice Cole—. ¿Qué le has dicho?

La náusea que me invade es tan intensa que temo vomitar.

—Que no me importaba. Que nuestro compromiso era una mentira y que, de todos modos, estaba a punto de terminarse.

Cole asiente, con expresión pensativa.

—Has controlado la narrativa.

Me trago el autodesprecio.

—Y nunca me he sentido más sucio.

El ceño fruncido de Cole está lleno de reproche.

—Has hecho lo que tenías que hacer para proteger a tu prometida. Ahora, ¿cómo vamos a acabar con él?

—Aún estoy pensándolo, pero solo lo haré si puedo asegurarme de que Violet no salga perjudicada.

—¿Tienes algún plan? —pregunta Roman.

Los miro a los dos, invadido por una oleada de gratitud. Porque mis hermanos me cubren las espaldas.

—Tenemos que ir a ver a Reid al Onyx.

Una hora más tarde ya estamos en la oficina de Reid. Con cuatro hombres corpulentos apiñados en ella, el espacio de tamaño moderado resulta casi sofocante.

—¿Qué pasa? —pregunta Reid—. Nunca pensé que llegaría el día en que tendría a tres multimillonarios en la oficina.

Cole y Roman se recuestan en sus sillas mientras yo me obligo a repetir las

amenazas de Eric. Al final, las manos me tiemblan de rabia.

Reid entrecierra los ojos, pensativo.

—Has hecho lo correcto. Acudir a la policía solo complicaría las cosas y tampoco iba a garantizar que las fotos desaparecieran ni que él no recurriera a medidas más extremas. Si de verdad está en apuros y cree que puede utilizarla, existe la posibilidad de que las amenazas contra ella se vuelvan físicas.

Asiento con brusquedad.

—Ya tengo a un detective privado investigándolo, pero necesito más. ¿Puedes ayudarme?

Los ojos oscuros de Reid brillan con comprensión.

—Conozco a alguien que conoce a alguien que puede hackear sus cuentas y encontrar esas fotos. Así como cualquier otra cosa que pueda estar ocultando.

Es totalmente ilegal, pero me da lo mismo. Me vuelvo hacia mis hermanos. Sé lo que veré en la cara de Cole: haría cualquier cosa por Delilah, así que no tengo ninguna duda de que me respaldará. Pero no tengo ni idea de lo que pensará Roman. Es el director ejecutivo de King Group, y esa es su única prioridad. Pero cuando me muevo para observar su reacción, hay una emoción que no había visto en mucho tiempo ardiendo en las gélidas y grises profundidades de los ojos.

Se parece mucho al instinto protector.

Asiente una vez, con un movimiento seco y severo.

Es toda la confirmación que necesito. Me vuelvo hacia Reid.

—Hazlo.

Él busca el teléfono, pero antes de desbloquear la pantalla, me mira con el ceño fruncido.

—Si hacemos esto, Tate, no se lo digas a Violet.

Bajo la cabeza y siento el sabor ácido de la derrota en la garganta. Ya me había dado cuenta de eso yo solo. Si nos pillan pagando a alguien para que piratee las cuentas de un empleado de un senador, nos espera un buen lío. Y la única forma de evitar que Violet se vea envuelta en él es mantenerla al margen de todo. No pienso implicarla en ninguna acción legal ni ponerla en una situación en la que tenga que mentirle a la policía.

Reid hace la llamada y ponemos el plan en marcha. Luego pasamos las siguientes horas analizando varios escenarios posibles. Pero cuando Jeremy por fin me lleva a casa, mi única preocupación es Violet. Estoy haciendo todo esto para mantenerla a salvo, pero ¿a qué precio?

Mantenerla en la ignorancia, mentirle… Lo hago para protegerla, pero se parece mucho a una traición. Y no puedo evitar preguntarme si alguna vez me perdonará por lo que debo hacer a continuación.

44

VIOLET

Escucho el mensaje que Tate me ha dejado en el teléfono hace una hora.

«No llegaré a casa hasta tarde. No me esperes despierta».

Cuando ha llamado, estaba ocupada cocinando, y acabo de ver la notificación.

No debería sentirme decepcionada. Así es la naturaleza del trabajo de Tate: a veces tiene que trabajar hasta tarde. Pero tenía muchas ganas de sentarme a cenar con él para enseñarle los últimos detalles de la primera noche de cata de True Brew. Después, esperaba que lo celebráramos de la mejor manera posible. Y luego… Luego pensaba preguntarle sobre nosotros. Sobre el futuro.

En cambio, como sola e intento distraerme viendo una película. No sirve de nada. Me paso la noche mirando el móvil y volviéndome hacia el ascensor, con la esperanza de ver que los números del indicador suben y me muestran que se está moviendo. Pero nada. Se está haciendo tarde y estoy cansada. Por primera vez en semanas, me pregunto si debería dormir en la cama de Tate, como he estado haciendo, o irme a la mía. La incertidumbre me agobia, pero al final decido dormir en la suya, ya que no me ha dado ninguna indicación de que no quiere que lo haga cuando él no está.

Es entonces cuando me doy cuenta de lo mucho que los dos hemos evitado pensar en nuestra situación. Cómo nos hemos dejado llevar de cabeza por esta relación que no es una relación, ignorando todas las reglas que quedaron en el camino y evitando hablar de las posibles consecuencias. Esconder la cabeza en la tierra parecía una buena idea en su momento, pero después de la charla con Anna hoy, estoy desesperada por dejar las cosas claras. Necesito saber la verdad sobre lo que siente Tate.

Y quiero que él sepa cómo me siento.

Me doy una ducha con la esperanza de que relaje mis músculos tensos, me lavo los dientes y luego me meto en la cama. A pesar del agotamiento, la mente me va a mil por hora y me cuesta conciliar el sueño. Al final debo de

quedarme dormida, porque me despierto lo que parece poco tiempo después cuando un cuerpo se desliza en la cama a mi espalda.

—¿Tate? —La voz me sale pastosa por el sueño—. Es muy tarde. ¿Qué estabas haciendo? —Odio el tono necesitado de mi voz.

Su cuerpo se pega casi imperceptiblemente al mío.

—Estaba en el Onyx.

La niebla se disipa de la mente y me incorporo. Me concentro en él, fijándome en sus rasgos a la luz de la luna que inunda el dormitorio a través del ventanal. Se me revuelve el estómago al pensar que ha pasado la noche en su club de sexo en lugar de en casa, conmigo.

—¿Has ido al club?

Se rasca la barbilla.

—Solo he ido para hablar con Reid. Eso es todo.

Un mal presagio me recorre las venas. Durante semanas se ha esforzado por llegar temprano a casa para preparar la cena conmigo y ha sido muy cariñoso y abierto. Sin embargo, de repente, ahora que nos acercamos al final del acuerdo, se queda fuera hasta tarde, se va a Onyx y me ofrece respuestas vagas a mis preguntas. Sí, es copropietario del Onyx, pero teniendo en cuenta lo que pasó entre nosotros la última vez que fue a hablar con Reid, no puedo evitar preocuparme.

Sus dedos me rozan el brazo.

—Intenta dormir, Violet. Ha sido un día largo.

No me gusta cómo suena su voz: monótona, distante, y mis planes de confesarle lo que siento por él se esfuman al instante. No puedo hacerlo cuando todo está tan raro. Y es tarde. No es el momento de insistir en el tema.

Me recuesto y miro al techo. Normalmente estaríamos abrazados, pero, en cambio, estamos aquí tumbados sin apenas tocarnos. Escucho su respiración, esperando a que se regularice cuando se quede dormido, pero aún no la he oído cuando los ojos me pesan demasiado como para mantenerlos abiertos y el mundo finalmente se desvanece.

Cuando abro los ojos a la mañana siguiente, el espacio a mi lado está vacío. Los recuerdos de la noche anterior me invaden de golpe y me acurruco bajo las sábanas, corroída por las dudas sobre lo que me deparará el día. Pero al final me obligo a levantarme. No puedo quedarme escondida aquí para siempre.

Me visto con rapidez y luego registro el apartamento hasta que finalmente

encuentro a Tate en su despacho.

Levanta la vista hacia la puerta, donde me he detenido, y me sonríe, pero hay algo que falta en esa expresión y tardo un segundo en darme cuenta de qué es. Tiene los ojos entrecerrados al verme, por primera vez en mucho tiempo. No consigo descifrarlo; ahora me resulta tan impenetrable como la primera noche que lo vi en el Onyx. Las alarmas suenan en la cabeza.

—Anoche preparé la cena —digo.

Un músculo se le contrae en la mandíbula y desvía la mirada.

—Lo siento. Surgió algo en el trabajo y luego tuve que hablar con Reid.

—Vale. —¿Por qué me da la sensación de que me está dejando de lado? No sé muy bien qué más decir, pero tampoco quiero dejar las cosas así—. ¿Qué haces trabajando tan temprano?

Tate mantiene la vista clavada en la pantalla del ordenador durante un largo rato. Finalmente, carraspea y habla.

—Le he pedido al departamento de Relaciones Públicas que redactara un comunicado sobre el fin de nuestra relación. Lo estoy revisando ahora mismo.

Una punzada de dolor me deja sin aliento. Como si un cuchillo helado me hubiera atravesado el pecho, el hielo se extiende desde ahí hasta mis brazos y mis piernas.

—¿Cuándo…? ¿Cuándo vas a…? —Ni siquiera puedo articular las palabras.

—El contrato expira el viernes, así que deberías planear mudarte a casa para entonces. Publicaremos el comunicado al día siguiente.

Un repentino torrente de lágrimas me nubla la vista.

—Pensé… Creía que quizá las cosas habían cambiado.

Hay un destello en lo más profundo de esos ojos dorados suyos durante solo un segundo. Luego aprieta los labios, se levanta y se acerca a mí.

El corazón me dice que huya, pero me quedo clavada en el sitio mientras me pasa el pelo por detrás de la oreja; sus dedos se demoran un instante de más en mi piel.

—No te voy a mentir, Violet. He disfrutado de este acuerdo. Incluso me planteé alargar el contrato para poder pasar más tiempo contigo. Pero, a fin de cuentas, nunca me ha interesado sentar cabeza de forma permanente, y eso no ha cambiado. No quiero alargar esto y arriesgarme a que los sentimientos de cualquiera de nosotros se vean involucrados más de lo que deberían.

—Demasiado tarde —susurro, y una lágrima cálida me resbala por la mejilla.

Él la recoge con el pulgar y la mira fijamente, y se le mueve el cuello cuando

traga saliva.

—Lo siento, mariposa. Nunca debí haber dejado que las cosas llegaran tan lejos. Aunque es lo mejor. Te darás cuenta muy pronto.

Parece genuinamente arrepentido, y creo que quizá eso sea peor que si le hubiera dado igual. Aunque en realidad no importa; de cualquier modo, el resultado es el mismo: ya no me quiere.

No dejaré que vea cómo me derrumbo. Ojalá pudiera volver atrás y llevar la situación de otra forma, ocultar toda evidencia de que me ha hecho daño, pero, como no puedo, inspiro hondo, hago acopio de todas mis fuerzas y levanto la barbilla. Luego me obligo a mirarlo a los ojos.

—Me pondré a hacer las maletas.

Un relámpago de emoción le cruza el rostro, pero desaparece tan rápido que no puedo identificarla. ¿Quizás alivio porque no estoy montando una escena? Al final, asiente en silencio y regresa a su sitio tras el escritorio.

Me obligo a poner un pie delante del otro y me dirijo hacia la habitación de invitados, donde aún se encuentra la mayor parte de mis pertenencias.

Pero antes de que me aleje mucho, me llama y me doy la vuelta.

—No hace falta decir que todo lo que te han dado durante el acuerdo te pertenece. Quédatelo todo.

Trago saliva con dificultad para contener las lágrimas, me doy media vuelta y me voy. Tengo el corazón roto y no veo el momento de salir de aquí.

En cuanto estoy dentro de la habitación de invitados con la puerta cerrada, llamo a Anna y le pido que venga a recogerme. Luego meto en las maletas las cosas que he traído conmigo. Dejo los vestidos de diseño. Su presencia no haría más que recordarme a Tate.

Luego entro en su dormitorio y recojo las pocas cosas que he dejado ahí. Cuando Anna me envía un mensaje para decirme que me está esperando a la puerta del edificio, le respondo rápidamente y luego me planteo una última cosa. Durante un largo y doloroso momento, contemplo el anillo que me brilla en el dedo, luchando por tragarme el nudo que se me ha formado en la garganta. Nunca ha significado nada, al menos a juzgar por las palabras y la distancia que Tate ha puesto esta mañana entre los dos, así que ¿por qué me parece mal quitármelo? Ya no puedo llevarlo. Quizá podría venderlo e invertir el dinero en True Brew. No. Solo de pensarlo, la opresión en el pecho me asfixia. Así que, aunque el corazón se me rompe aún más, me quito el anillo del dedo y lo dejo en la mesilla de noche. Parpadeando para contener las

lágrimas, doy un último vistazo al dormitorio, cojo las maletas y salgo. Por muy tentador que sea salvar el orgullo y abandonar el ático sin más, me detengo en el despacho de Tate.

Al principio no se da cuenta de que estoy ahí, así que aprovecho para observarlo. Tiene la cabeza gacha, aunque es difícil pasar por alto la profunda arruga entre las cejas. Por la forma en que se masajea las sienes, está claro que algo le preocupa. ¿Es un problema con Genesis-1? Sea lo que sea, parece estar pasándole factura. Tengo que luchar contra el impulso de entrar, estirar con los dedos esa arruga de la frente y hacer lo que pueda para aliviarle la tensión. Ya me ha dejado claro que no es eso lo que quiere.

De repente, levanta la cabeza y los ojos se encuentran con los míos. Cuando ve las maletas que llevo, se pone de pie apresuradamente.

—¿Adónde vas?

—A casa, Tate. Me voy a casa. —Estoy demasiado cansada, demasiado agotada emocionalmente como para andarme con rodeos.

—¿Te vas hoy? —Suena casi aterrado.

—Sí. —Asiento—. Ya no me necesitas, y yo… solo quiero volver a mi vida normal.

Cierra los ojos con fuerza y una expresión parecida al dolor le contrae el rostro. Cuando vuelve a mirarme, el Tate que creía conocer —el hombre de verdad detrás de la máscara— ha desaparecido. Ha vuelto a ser el Tate del que nunca me habría enamorado. El *playboy* despreocupado al que todo le da igual. No puedo evitar preguntarme si ese es su verdadero yo. Quizá, durante todo este tiempo, me he estado engañando a mí misma pensando que sabía quién era en realidad.

—Por supuesto —dice, con una sonrisa ensayada en los labios; sale de detrás del escritorio y se acerca—. Debes de estar deseando regresar a casa. Me aseguraré de que sigas teniendo protección hasta que se apague todo el interés por nuestra ruptura. —Baja la barbilla durante una fracción de segundo—. Quiero que estés a salvo, Violet. Siempre.

Asiento una vez más. No voy a discutir con él. Lo último que quiero es tener a periodistas o *paparazzi* encima cuando estoy intentando superar esto… sea lo que sea que haya sido.

—Gracias.

Se acerca y levanta una mano, como para tocarme la mejilla.

Pero no puedo. Ni de broma. Ya estoy a punto de volver a llorar.

—No.

Se echa hacia atrás y deja caer la mano a un lado. Quizá no haya hecho nada malo —no me haya prometido nada—, pero ahora mismo no soporto que me toque.

Tras tragar saliva de forma audible, se pasa una mano por el pelo.

—Le diré a Jeremy que te lleve a casa.

—No hace falta. Anna me está esperando abajo. ¿Puedes hacer que me envíen el resto de mis cosas?

—Por supuesto. —Cuando vuelve a hablar, su voz es apenas un susurro—. Gracias, Violet. Por todo esto. Por todo. Ojalá… —carraspea—. Ojalá las cosas pudieran ser de otro modo. —Tengo la garganta tan estrangulada que apenas puedo hablar. Me fuerzo a responder *«Ojalá»* y luego me doy media vuelta para marcharme—. Déjame acompañarte abajo.

Niego con la cabeza.

—Por favor, no. Terminemos esto tal y como empezó. Tal y como debería haber seguido. De manera profesional. —No espero su respuesta. Le doy la espalda y corro hacia el ascensor. Mientras baja, toco la piel desnuda del dedo anular izquierdo.

Y entonces rompo a llorar.

45

TATE

No sabía lo vacío y desolado que era este apartamento hasta que Violet lo llenó con su calidez, y luego recogió sus cosas y se marchó. Ahora que se ha ido, estar aquí es casi insoportable. Se mudó hace tres días y desde entonces, no he dejado de debatir conmigo mismo. ¿Estoy haciendo lo correcto? Quizá debería decirle la verdad. Pero si existe el más mínimo riesgo de que pueda sufrir las consecuencias de lo que estoy haciendo —de lo que estamos haciendo—, no puedo correr ese riesgo.

Me desplomo en una silla del comedor con el anillo de compromiso de Violet entre los dedos. Estaba demasiado destrozado cuando me di cuenta de que se marchaba antes de lo previsto como para fijarme en que no lo llevaba puesto. Pero cuando me obligué a entrar en el dormitorio, lo vi inmediatamente, sobre la mesita auxiliar.

Esperaba que se lo quedara. Pero ¿por qué iba a hacerlo después de que yo rompiera con ella? Cierro los ojos y, una vez más, me invade el recuerdo de expresión devastada de su rostro cuando le dije que se había acabado. Joder. Siento tal opresión en el pecho que me cuesta respirar.

Quizá por eso mis padres no nos hacían caso; quizá por eso mi padre biológico no se quedó con nosotros. El amor jode de verdad. Amar a alguien y verse obligado a hacerle daño para protegerlo es una agonía sin igual. Aprieto con fuerza el anillo de Violet hasta que uno de los diamantes se me clava en la palma. Ese pinchazo es preferible al dolor que me atenaza el pecho.

Esta noche tengo que asistir al primer evento público sin Violet desde que empezó todo esto. Por dentro, tengo el corazón hecho añicos, pero debo poner cara de póquer. Me van a sacar un montón de fotos y no puede parecer que me estoy desmoronando sin ella, por si acaso su ex, ese gilipollas, las ve. No dudo de que esté lo bastante desesperado como para volver a amenazarme si descubre que le he mentido.

Después de ponerme la chaqueta del traje, me meto el anillo de Violet en el

bolsillo, deseando con todas mis fuerzas que llevarlo conmigo me ayude a pensar que lo que estoy a punto de hacer parezca menos una traición. Como mínimo, será el estímulo que necesito para superar esta noche.

A mitad de camino hacia el ascensor, mi teléfono suena en el bolsillo. Reduzco el paso, lo cojo y el pulso se me dispara cuando el nombre de Reid aparece en la pantalla. Deslizo el dedo para contestar.

—Hola, tío. Por favor, dime que tienes buenas noticias.

—Es demasiado pronto para eso —responde, y hago todo lo posible por contener la decepción—. Pero he pensado en que sería mejor ponerte al día. Mi contacto ha tanteado el terreno y cree que tendrá acceso total a las cuentas de Eric a finales de la semana que viene.

Me rasco la frente e inspiro hondo, reprimiendo la oleada de irritación que se suma a la decepción.

—¿Tanto tiempo? Creía que habías dicho que era bueno.

Reid suelta un gruñido.

—Lo es. Pero tampoco quiere dejar rastros. Si lo pillan pirateando las cuentas de trabajo de Eric, las repercusiones para todos nosotros serían enormes. Y, teniendo en cuenta el puesto que tiene, la seguridad es desproporcionadamente alta. Lo que, con suerte, significa que tiene algo que ocultar.

—Entonces, ¿son buenas y malas noticias?

—Algo así. —Deja escapar un suspiro—. ¿Cómo lo llevas?

—No muy bien. Solo han pasado tres putos días y ya quiero ir a su casa, cargarla a hombros y traerla de vuelta aquí.

Se ríe entre dientes.

—Nunca pensé que vería el día en que Tate King se comportara como un cavernícola por una mujer.

—Es curioso lo que te hace el amor.

—¿Amor? ¿Es eso? —La voz de Reid se eleva, sorprendida.

—Es justo eso. Puede que tenga que ocultar lo que siento ante el público, pero eso no significa que tenga que ocultarlo ante los amigos.

—¿Ella siente lo mismo?

Dejo escapar un largo suspiro. Ella no lo ha puesto en voz alta —y yo tampoco—, pero sus actos y su franqueza conmigo durante los últimos meses me hacen posible creer que es así.

—Joder, eso espero. Si no, voy a acabar sufriendo como un perro al final de

todo esto.

Cuando vuelve a hablar, la voz le sale más suave.

—Supongo que será mejor que le meta prisa a mi amigo, entonces. Para que puedas recuperar a tu chica y hacerle la gran pregunta.

Cierro los ojos con fuerza y me paso la mano por el pelo.

—Te lo agradecería. Tengo que salir esta noche y fingir que de verdad me apetece socializar con gente que me daría la espalda sin dudarlo si mi apellido no fuera King.

—Lo entiendo, tío. Por eso nunca me verás en esos eventos.

—Quizá cuando esto termine, me retire y nos dediquemos a gestionar juntos el Onyx.

—Si por un segundo pensara que lo dices en serio, te prepararía un despacho ahora mismo. Pero los dos sabemos que la relación con tus hermanos te mantendrá anclado a la planta más alta de esa monstruosidad mientras ellos estén allí.

Se me levanta una comisura de los labios. Tiene razón. Cole y Roman se mantuvieron a mi lado sin dudarlo mientras elaborábamos este plan con Reid. Joder, Roman ni siquiera dudó en ofrecerme su ayuda cuando le expliqué la situación. Ese simple gesto calmó la parte de mí que siempre ha anhelado una mejor relación con mi hermano mayor durante la mayor parte de mi vida.

Ahora, siempre y cuando pueda asegurarme de que Eric no vaya a volver a amenazar a Violet nunca más, podré centrar los esfuerzos en recuperarla. Si, por algún milagro, ella me perdona, tendré todo lo que nunca supe que quería.

Ese pensamiento me hace recobrar la sensatez.

—Tengo que ir a dar la cara. Mantenme informado.

—Lo sabrás tan pronto como me entere yo.

Veinte minutos más tarde, salgo del coche y me meto las manos en los bolsillos, preparándome mentalmente para lo que va a pasar a continuación. La prensa está alineada a los lados de la entrada, así que me aseguro de que me vean bien mientras recorro solo la alfombra roja.

—¡Tate! ¿Qué ha pasado con tu prometida?

—¡Señor King! Aquí, señor King. ¿Ha terminado usted la relación o ha sido Violet?

Esto es justo lo que quería, pero es como echar sal en una herida ya abierta. Los ignoro y sigo mi camino hasta que estoy dentro, abriéndome paso entre la multitud deslumbrante, y me dirijo directamente al bar. Definitivamente

necesito una copa si quiero superar esta noche.

Le pido un whisky al camarero y echo un vistazo al local, buscando a Roman. En vez de a él veo a un fotógrafo moviéndose por la sala y, al acercarse, busco un objetivo probable y capto la mirada de un rostro familiar. Perfecto. Missy Myers, la hija de un gestor de fondos de cobertura. Es una mujer de la alta sociedad con una fuerte presencia en las redes sociales. A pesar de que se me revuelve el estómago al hacerlo, la examino de arriba abajo y luego dejo que una sonrisa invitadora se me dibuje en los labios. Tal y como esperaba, corresponde al gesto y se acerca a mí.

—Tate —saluda con voz melosa al llegar a mi lado—. Me sorprende encontrarte tan solo.

Me sorprende que no se haya enterado de la noticia. Tras darle un sorbo un poco demasiado largo a la copa, me encojo de hombros.

—Y me seguirás viendo así en el futuro.

Pone los ojos como platos.

—¿Qué le ha pasado a tu tenderita?

Aprieto el vaso de whisky en la mano ante el tono despectivo.

—No ha funcionado.

Finge un puchero que no es ni remotamente sincero.

—Qué pena. ¿Puedo preguntarte por qué?

Si esta historia fuera cierta, le dejaría muy claro dónde puede meterse su curiosidad. Pero como quiero que se corra la voz, le sigo el juego.

—Por desgracia, esta vida no es para todo el mundo. Y supongo que no la preparé lo bastante bien para la presión que conlleva ser una King. —La sinceridad de la voz es auténtica, porque sí hay una pizca de verdad en esa afirmación.

La boca de Missy forma una O de sorpresa.

—Entonces, ¿te ha dejado ella?

—Ha sido de mutuo acuerdo.

Ella me apoya la mano en el brazo y me lo estrecha un poco.

—Bueno, su pérdida es nuestra ganancia.

Me obligo a esbozar una sonrisa coqueta. Espero que el hecho de que sea una pálida sombra de la que solía mostrar quede justificado por mi decepción ante el fracaso del compromiso.

Dando un largo sorbo al whisky, vuelvo a examinar el lugar.

Cuando veo al fotógrafo dirigiéndose hacia nosotros, inspiro hondo y me

vuelvo hacia Missy. Entonces, con un movimiento lento y despreocupado, le paso un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—Estoy seguro de que al final encontraré la manera de superar el desencanto.

Los ojos se le iluminan y se humedece los labios.

—Quizá yo pueda ayudarte…

Agacho la cabeza para acercarla a la suya, rezando a Dios para que esto sea suficiente para el fotógrafo.

—Si alguna vez supero lo de Violet, me aseguraré de hacértelo saber.

La sonrisa seductora se desvanece de su rostro y una sombra de decepción le nubla la mirada. Entonces da un paso adelante y me roza las caderas.

—Quizá solo necesites una mano amiga.

Me aparto y esbozo una sonrisa burlona.

—Tengo las mías propias.

Hace un mohín coqueto, pero yo ya he tenido suficiente de este juego. Si el puñetero fotógrafo aún no ha conseguido la foto, deberían despedirlo. Es difícil pasar por alto la ironía de que la atención de la prensa que ahora estoy buscando fuera justo lo que intentaba evitar al fingir que salía con Violet. Sería gracioso si no fuera desgarrador de cojones.

—Bueno, ha sido un placer charlar contigo. Pero tengo que encontrar a mi hermano. Buenas noches.

—Pero, Tate…

Me alejo y busco a Roman entre la multitud. Lo único que quiero es que termine esta farsa para poder tener a Violet de nuevo en los brazos. Pero asistiré a cientos de eventos como este para asegurarme de que Eric no gane. De que nunca vuelva a amenazarla.

Esbozo una sonrisa forzada y me pierdo entre la multitud.

46

VIOLET

El aroma terroso de los granos de café recién tostados impregna True Brew mientras coloco las sillas y limpio las mesas. Esta noche es la primera cata y siento un torbellino de emoción y ansiedad. Las preocupaciones sobre si vendrá gente y qué pensarán de las muestras me han perseguido todo el día.

Aunque he aceptado con agrado el pánico que esas preocupaciones traen consigo porque bajo la superficie subyace una agonía profunda. No he sabido nada de Tate desde que le dejé el anillo de compromiso en el apartamento y me fui, hace ya dos semanas. Y no solo es por eso, sino también porque he visto las fotos de Tate en diversos eventos con una mujer guapa tras otra. La última imagen con la que me topé regresa a mi mente. Es la que hay en una revista abierta por la sección de sociedad: Tate, demasiado cerca de una mujer deslumbrante con un vestido rojo cuyo escote le llegaba casi hasta el ombligo. Hacían una pareja impresionante. Si pensaba que mi corazón no podía estar más roto que cuando salí del ático de Tate, estaba equivocada. Verlo tan completamente imperturbable, como si ya se hubiera olvidado de mí, hace que las lágrimas me inunden los ojos en momentos aleatorios a lo largo del día.

Vuelvo a apartar esos pensamientos penosos de mi mente. Durante un tiempo me olvidé de centrarme en True Brew, me dejé distraer, pero no pienso volver a permitirme perder de vista lo que es importante.

Cuando termino de colocar las tazas de degustación, me dirijo a la barra. A pesar de la pena, no puedo evitar sonreír al ver la variedad de mezclas en jarras decoradas con etiquetas.

—Ánimo, jefa. —Jarrod sale de la trastienda—. Todo tiene muy buena pinta. Esta noche va a ser increíble.

Esbozo una sonrisa forzada.

—¿Tú crees?

Me da una palmada en el hombro, con una expresión cálida y cargada de afecto.

—Lo sé. Ahora, dime en qué más puedo ayudarte.

Inspiro hondo, dejando que el aroma del café y la confianza de Jarrod me den fuerzas. He trabajado demasiado duro —hemos trabajado demasiado duro — para que esta noche sea un éxito.

Que le den a Tate, haré todo lo posible por disfrutar de este momento.

—¡Ya estoy aquí! —exclama Anna cuando llega corriendo desde la trastienda —. Dime qué puedo hacer.

Me apresuro a llegar junto a ella y la abrazo.

—Muchas gracias por venir.

—Siempre, Vi. Siempre vendré cuando me llames. —Me agarra por los brazos y me aparta de ella para mirarme a la cara—. ¿Estás bien?

Siento la quemazón de las lágrimas, pero las ahuyento parpadeando.

—Lo estaré. —Es lo mismo que le he estado diciendo desde que me recogió en casa de Tate.

—Claro que sí. Vas a estar mejor que bien. Ahora dime qué necesitas que haga.

—¿Me ayudas a colocar los pasteles?

—Siempre y cuando pueda robar uno.

Se me escapa una risa débil pero sincera.

—Puedes coger dos.

Me pongo manos a la obra con los bocaditos de pastelería y las tazas llenas de mezclas ricas y aromáticas, apartando de la mente cualquier pensamiento sobre Tate y mi corazón roto. Esta noche se trata de True Brew y del legado de mi padre, no de mis emociones confusas. Esta es la oportunidad de honrar su memoria y de demostrar que puedo reconstruir la vida según mis propios términos.

Cuando me acerco a ver cómo va todo, Jarrod está terminando de preparar las últimas mezclas.

—Casi está listo. —Me guiña un ojo.

Le doy una palmadita en el brazo y se lo aprieto amistosamente.

—¿Qué haría yo sin ti?

—Por suerte, nunca vas a tener que averiguarlo. —La sonrisa se le desvanece del rostro y su expresión se le vuelve seria—. Estoy aquí para ti, Violet. Pase lo que pase, tienes mi apoyo.

Se me hace un nudo en la garganta.

—Gracias, Jarrod. Eso significa mucho para mí.

Me mira un instante más, luego me dedica una sonrisa amable y vuelve a lo que estaba haciendo.

Por fin estamos listos. Abro la puerta y espero, mirando el reloj varias veces a medida que la ansiedad va en aumento. Pero, por fin, los primeros clientes empiezan a llegar poco a poco. Los nervios crecen en mi interior pero se convierten en emoción cuando los primeros en llegar me saludan con sonrisas y comentarios entusiastas.

Unos minutos más tarde, Mark y su novia, Ashley, entran. Les doy a los dos un gran abrazo.

—Muchas gracias por venir.

—Como si fuéramos a perdérnoslo —replica Mark.

—Huele de maravilla aquí dentro. —Ashley cierra sus bonitos ojos marrones e inhala el olor profundamente.

Con las manos en los bolsillos, Mark levanta la barbilla y examina la cafetería, que ahora cuenta con asientos a juego, nuevas obras de arte en las paredes y luces centelleantes que cuelgan del techo.

—Has transformado este lugar de verdad, pero sigue transmitiéndote la misma sensación de siempre. —Dirige una cálida mirada hacia mí—. Lo has conseguido, Violet. Papá estaría muy orgulloso.

Miro a mi alrededor, invadida por una repentina oleada de felicidad. Puedo imaginarme a mi padre aquí, con una sonrisa de oreja a oreja mientras habla de los granos de café que tanto le gustaban, con sus carcajadas retumbando en la sala.

—Yo también lo creo.

Mark se agacha hacia su novia.

—¿Quieres empezar sola con las catas? Tengo que hablar con Violet de algo. Luego te busco.

Una vez que ella se dirige a una de las estaciones de cata, Mark se vuelve hacia mí, con el ceño fruncido.

—¿Qué tal te va ahora que vuelves a ser una mujer libre? —Me esfuerzo mucho por controlar la expresión, pero la barbilla me tiembla y, por un momento, no estoy segura de poder hablar sin derrumbarme. Mark frunce aún más el ceño y da un paso hacia mí—. Vi, no te habrá hecho daño, ¿verdad?

Enderezo los hombros. No tengo ningún interés en echar a perder la amistad de Mark con Tate, o peor aún, en darle una razón para poner en riesgo su trabajo. Al fin y al cabo, es culpa mía por enamorarme de un hombre que sabía

que no estaba interesado en sentar cabeza, por mucho que pudiera haber disfrutado de esos pocos meses fingiendo…

—No me hizo daño. Solo estoy cansada, eso es todo.

El ceño fruncido se suaviza un poco, aunque no desaparece del todo.

—¿Estás segura? Porque sabes que le daré una paliza si…

Niego con la cabeza.

—No hace falta que le des una paliza. Te lo prometo. —Le doy un beso en la mejilla—. Ve con Ashley, diviértete y cuéntame qué te parecen los cafés que hemos elegido.

Por fin, la tensión se disipa de su rostro. Se frota las manos.

—Me muero de ganas. —Cuando ve a Ashley, una suave sonrisa se le dibuja en los labios.

Al ver cómo la mira, no puedo evitar preguntarme cuándo le pedirá matrimonio. La idea me produce sentimientos encontrados. Estoy encantada de que haya encontrado a alguien que lo haga tan feliz, pero, aunque la calidez de ese sentimiento cala en mi interior, se me forma un nudo en el pecho que me esfuerzo por deshacer. Me alegro por Mark, y esta noche no debería girar en torno a Tate. Debería girar en torno a True Brew y a mi familia.

Una hora más tarde, el evento está en pleno apogeo y el ambiente dentro de la cafetería es muy animado. Los clientes llenan todo el espacio, degustan muestras de los cafés cuidadosamente seleccionados, charlan y comparten sus impresiones sobre los que consideran sus favoritos. Me muevo de mesa en mesa, respondo preguntas y me regodeo con lo mucho que están disfrutando; sirvo muestras y explico los orígenes de cada mezcla, así como el proceso que seguimos para obtenerlas.

Cuando me dejo caer en un asiento entre Anna y Mark, suelto un profundo suspiro. Me duelen los pies, pero tengo el corazón rebosante de felicidad.

—Estas tarjetas de cata son una idea genial —dice Anna, agitando el pequeño folleto delante de mí—. Me encanta poder comparar fácilmente los perfiles de sabor.

Reclinada en la silla, me abanico la cara acalorada.

—He pensado que estaría bien que fuera un evento interactivo.

Mientras la fragancia terrosa del café me acaricia las fosas nasales, me inunda una auténtica sensación de satisfacción, un recordatorio de la sencilla alegría que True Brew ha traído a mi vida, a la de toda la familia.

Media hora más tarde, después de haber servido otra ronda, me detengo

para coger aire y contemplar el local de nuevo. El lugar está lleno de vida y energía, rebosante de conversaciones y risas. Lo hemos conseguido. Hemos vuelto a hacer realidad el sueño de mi padre.

Parpadeo rápidamente, intentando detener las lágrimas. Él habría estado tan orgulloso… Esta noche es agridulce, teñida de tristeza y alegría a partes iguales. He encontrado mi propósito en el lugar que más amaba y esto es un nuevo comienzo tanto para mí como para True Brew. Pero siento un hondo dolor en el pecho de tanto desear que mi padre estuviera aquí para verlo. Pero en el fondo, sé la verdad. En realidad, no ha llegado a irse: su recuerdo, junto con el de mi madre, sigue vivo en estas paredes, y en mi corazón, así como en el de Mark.

A pesar del orgullo que me invade, no puedo sacarme de encima el vacío que hay tras él. Durante semanas me he imaginado a Tate aquí, compartiendo este momento conmigo. Sin embargo, mientras yo estoy aquí, dedicando todo lo que tengo a este lugar, él está en algún lugar, de regreso a su vida de *playboy* despreocupado. Solo de pensarlo se me revuelve el estómago.

Jarrod me mira desde detrás del mostrador y me dedica una sonrisa de ánimo, como si intuyera las turbulentas emociones que me agobian. Le hago un gesto de asentimiento, agradecida como siempre por su apoyo, y luego vuelvo a centrar la atención en los clientes que esperan más degustaciones. Mantenerme ocupada me ayudará a superarlo todo.

Cuando la noche llega a su fin me veo rodeada por los restos del exitoso evento: vasos vacíos, servilletas usadas y migas de los pasteles que hemos ofrecido. Me invade una sensación de victoria, pero también trae consigo una oleada de cansancio. Me desplomo contra el mostrador, con el agotamiento calándome hasta los huesos.

—Lo hemos conseguido.

—Ya lo creo que sí. —Jarrod se acerca y me da un golpecito en el hombro con el suyo—. Tu padre estaría muy orgulloso de ti, Violet. Y yo también lo estoy.

Esas palabras me hacen picar la nariz y me provocan un nudo en el pecho.

—Gracias. Eso significa mucho para mí.

Me dedica una de sus típicas sonrisas con hoyuelos.

—La asistencia ha sido incluso mejor de lo que esperaba. Y los comentarios han sido fantásticos. Durante toda la noche la gente no ha dejado de preguntarme cuándo íbamos a organizar la próxima cata.

Varios clientes me lo han preguntado a mí también. Es increíble pensar que han disfrutado tanto del evento que ya están deseando que haya otro. Con una sonrisa, echo un vistazo al local, ahora vacío. Menudo desastre está hecho, pero ha merecido la pena.

—Gracias de nuevo por toda tu ayuda. No habría podido sacar todo esto adelante sin ti.

Jarrod coge un paño húmedo y se pone a limpiar las mesas.

—Somos un equipo, ¿no?

Asiento, cojo una bolsa de basura y recojo los restos.

Mientras limpiamos juntos, me siento agradecida por la fácil camaradería que compartimos. Cuando terminamos, salimos juntos de la cafetería y cierro la puerta.

Dejo escapar un suspiro de cansancio; el agotamiento me invade por fin ahora que todo ha terminado. Y con el agotamiento llega la tristeza de la que, en gran parte, había logrado distraerme durante las últimas horas. Pero no quiero que Jarrod la vea, y menos cuando se supone que aún debería estar eufórica por lo que ha pasado esta noche. Esbozo otra sonrisa.

—Gracias de nuevo, Jarrod. Por todo.

Me mira fijamente, frunciendo los labios como si me leyera la mente.

—Siento que estés sufriendo, Violet. Te mereces algo mejor.

He intentado no dejar entrever lo triste que he estado desde que todo terminó, sobre todo teniendo en cuenta que el breve comunicado que Tate envió a la prensa decía que la ruptura había sido amistosa, pero no puedo fingir eternamente.

—Gracias. Significa mucho para mí.

—Me sorprendió que me dijeras que se había terminado —comenta, pensativo—. Sobre todo porque él era muy posesivo contigo. Incluso antes de que empezarais a salir.

Lo miro con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir?

—Estaba celoso de mí —responde Jarrod, con una pequeña sonrisa de satisfacción curvándole los labios—. Lo notaba cada vez que entraba.

Niego con la cabeza, incrédula.

—¿Por qué no me dijiste nada?

Resopla.

—Era divertido. Y, para ser justos, tampoco es que no me atraigas. Quizá si

nos hubiéramos conocido en circunstancias diferentes… —Se encoge de hombros, aún con esa media sonrisa en el rostro—. Pero soy muy consciente de que nunca habrá nada más que amistad entre nosotros. Así que sí, él no tenía por qué preocuparse en lo que a mí respecta.

Lo miro fijamente, esforzándome por asimilar lo que está diciendo, no solo sobre que se sentía atraído por mí, sino también porque, al parecer, Tate estaba celoso de él. No estoy segura de poder creérmelo. Tate era protector cuando estábamos juntos, pero nada más que eso. Por otra parte, ¿en realidad importa si estaba celoso? Estarlo no significa que quieras al objeto de tus celos. A veces solo significa que no quieres que nadie más lo tenga.

De repente, la mente se me llena de recuerdos de Eric y de cómo solía hervir por dentro en silencio si hablaba con otros hombres; de cómo se desquitaba conmigo más tarde en discusiones pasivo-agresivas que yo no podía ganar. Tate nunca fue así, sin embargo. Quizá estaba celoso, quizá no, pero nunca se desquitaba conmigo. Nunca me echó la culpa por cómo se sentía con respecto a mi relación con Jarrod.

Inspiro temblorosamente. Jarrod sigue mirándome, con el ceño fruncido.

—No era mi intención molestarte.

Niego con la cabeza, saboreando las lágrimas que me niego a derramar. Conmovida por el genuino cariño que tiene hacia mí, le doy un abrazo y encuentro consuelo en el cálido cuerpo.

—Gracias. Por ser mi amigo. Por estar ahí para mí.

Él me abraza a su vez, con fuerza, y luego me suelta.

—Cuando quieras, jefa. —Con un guiño, se mete las manos en los bolsillos y se aleja por la acera.

Suspiro y me dirijo en la dirección opuesta, hacia mi casa, y mi mente regresa a Tate: los ojos ardientes, la sonrisa arrogante, la forma en que me hacía sentir… Por un breve instante llegué a sentirme como si fuera el centro de su universo, y fue… precioso.

Pero al final, me quedaron las cosas claras. Tal vez Tate estuviera dispuesto a arriesgarse, pero nunca su propio corazón. Solo estaba dispuesto a ser imprudente con el mío.

47

TATE

—Por favor, joder, dime que esta vez tienes buenas noticias. —Reid me mira con una sonrisa sombría cruzándole el rostro.

—Siéntate y te lo cuento.

Me dejo caer en una silla con un gruñido y apoyo los codos en las rodillas.

—¿Qué ha descubierto?

Reid teclea algo en el ordenador.

—Parece que nuestro chico, Eric, tiene las manos largas, y se las ha manchado bien.

Me invade una oleada de satisfacción.

—¿Ha estado malversando fondos?

Reid sonríe con aire burlón.

—Por valor de un millón de dólares. El muy cabrón lleva años desviando dinero de las donaciones de la campaña. Hasta hace unos dos meses, cuando las transferencias se detuvieron de repente.

Mi mente va a mil por hora.

—¿Crees que se puso nervioso?

Reid asiente con lentitud.

—La hipótesis es que alguien empezó a sospechar, y Eric entró en pánico y se puso a buscar cómo reemplazar lo que se había llevado. Y ahí es donde entras tú.

—Vio la cobertura mediática sobre Violet y sobre mí y calculó que podía utilizarla para obligarme a darle el dinero. Quizá por eso fue a verla a ella primero. Quizá pensó que podría convencerla de que me pidiera el dinero. Cuando eso no funcionó, fue directo a la fuente.

—Pero le jodiste los planes cuando le dijiste que no te importaba. —Los ojos oscuros de Reid se encuentran con los míos—. Qué rapidez de reflejos.

Fingir que no me importa Violet es lo último por lo que debería recibir elogios.

—Ahora tenemos que quitarle las fotos a Eric y acabar con él. Pero de una forma que no pueda conducir hasta a nosotros ni hasta Violet. No quiero que se entere de lo que está pasando y publique las fotos como una especie de venganza retorcida.

Reid se rasca la barbilla.

—Tenemos que encontrar el momento adecuado. Podemos minimizar los vínculos contigo, pero eso no significa que Eric lo vaya a achacar a una coincidencia. Pero podríamos poner las cosas en marcha para que lo arresten y, si lo hacemos bien, podemos borrar todas las pruebas de las fotos del sistema de forma simultánea.

—¿Tu hombre puede hacerlo?

—Si alguien puede, es él.

—De acuerdo. —Me recuesto en la silla e inspiro hondo por primera vez en semanas—. Se lo filtramos al senador a través de un tercero. Por lo que sé de él, no va a pasar por alto una traición así. Será discreto y rápido. Él mismo se encargará de informar a la policía sobre las actividades de Eric. Luego, en el momento en que nos avisen de que va a producirse la detención, tu hombre entrará y borrará todo rastro digital de esas fotos del sistema de Eric.

—Y una vez que arresten a ese cabrón, estará demasiado ocupado lidiando con el infierno legal como para pensar en ti o en Violet. Y todo estará bajo control sin repercusiones para ti ni para King Group.

Por mucho que quiera mirar a Eric a los ojos cuando caiga, no voy a arriesgarme a llamar la atención sobre mí o sobre mis hermanos. Dejo escapar un suspiro.

—Te debo una, Reid.

—Teniendo en cuenta que me diste una oportunidad y me ayudaste a poner en marcha este local, diría que velar por la seguridad de la futura señora King es lo mínimo que puedo hacer.

Joder. Espero que ella acepte volver a ser la futura señora King cuando todo esto haya terminado. Pero quizá haya echado por tierra cualquier oportunidad que pudiera haber tenido con ella, así que no merece la pena darle vueltas a eso ahora.

Agacho la cabeza.

—Hagámoslo.

Cuarenta y cinco minutos más tarde Jeremy pasa en coche por delante de True Brew. No puedo dejar que me vean cerca de Violet hasta que Eric haya sido arrestado, las fotos hayan desaparecido para siempre y el hacker de Reid esté a salvo. Pero, joder, cómo me apetece verla.

Todas las tardes desde que se fue, le he pedido a Jeremy que pase por delante de la cafetería. La mayoría de los días no tengo la suerte de verla salir del trabajo, pero disfruto de los días en que sí la veo. Hoy hemos pasado más tarde porque era la primera noche de cata de Violet. La idea me provoca una punzada en el pecho.

Debería haber estado allí.

Jeremy reduce la velocidad y me enderezo en el asiento cuando Violet y Jarrod aparecen ante mi vista. Están muy cerca el uno del otro, junto a la puerta principal. Un dolor agudo me atraviesa el pecho al verlos. No tengo derecho a estar molesto, teniendo en cuenta que le anuncié al mundo que ya no estábamos juntos, pero no me gusta una mierda.

Un momento después, se abrazan, y la tensión me recorre la espalda.

Joder.

Me cuesta toda mi fuerza de voluntad quedarme donde estoy. Quiero salir disparado del coche más que nada en la vida, reclamarla y recordarle a ella y al mundo que es mía. Pero en realidad no es mía, y nunca lo fue. Al menos no lo fue de la forma en que yo quería que lo fuera. Y quizá nunca vaya a serlo.

Jarrod le dedica una sonrisa torcida y Violet levanta la cara hacia él, con una expresión cálida.

Se me crispan los puños y se me hace un nudo en el pecho. Ella no tiene ni idea de la situación en la que ha acabado por mi culpa. Cogí lo que quería y la expuse ante el mundo. Mi egoísmo la volvió a poner en el camino de un hombre que ya le había hecho daño una vez y que estaba dispuesto a volver a hacérselo para protegerse a sí mismo.

Quizá se haya dado cuenta de que está mejor con un hombre como Jarrod. Un hombre que pueda trabajar codo con codo con ella. Un hombre que no se apropie de su vida para luego hacerla pedazos. Al fin y al cabo, True Brew está prosperando y ya no me necesita. Y desde luego no necesita toda la mierda que viene aparejada con el apellido.

—Sigue conduciendo —le pido a Jeremy. Una vez que los hemos adelantado, me desplomo en el asiento y miro por la ventanilla. Quizá estoy sacando demasiadas conclusiones de lo que podría ser un simple gesto de cariño entre

ellos. Pero estar conmigo empujó a Violet a un mundo de caos, a mi mundo, en el que los demás te utilizan por lo que tienes y la prensa husmea en cada rincón de tu vida. Jarrod representa lo contrario: estabilidad, seguridad, una vida lejos del escrutinio implacable que me persigue a mí.

Cierro los ojos y aparto de mi mente los «y si» y los «quizás» que me atormentan.

Desde el principio, el plan ha sido recuperar a Violet una vez que me hubiera deshecho de Eric. Egoístamente, solo pensaba en lo que yo quería, no en lo que era bueno para ella. Pero ahora no puedo pensar en eso. Pase lo que pase entre nosotros después de esto, mantenerla a salvo de las amenazas de Eric es la prioridad, y en eso es en lo que tengo que centrarme.

—¿Deberíamos irnos a casa, señor? —pregunta Jeremy.

Doy unos golpecitos con los dedos en el reposabrazos y luego niego con la cabeza.

—Llévame a la oficina, por favor.

Sin decir palabra, Jeremy da la vuelta con el coche y se dirige de nuevo al King Plaza. No estoy seguro de qué estoy buscando, pero la única persona en la que puedo pensar para hablar de esto es Cole. Con suerte, todavía estará en el trabajo.

Cuando salgo del ascensor en la planta cincuenta y tres y recorro el pasillo, me encuentro a Samson ante su escritorio, frente a la oficina de Cole.

—¿Está mi hermano? —le pregunto.

Samson arquea las cejas, sorprendido.

—No, se ha ido temprano para llevarse a Delilah de fin de semana.

Maldita sea. Me paso la mano por la cara. Si hubiera estado pensando con claridad, habría llamado antes.

Con un «Gracias» entre dientes, me dirijo de nuevo al ascensor. Ya estoy llegando cuando la voz de Roman me detiene.

—Pensaba que ya te habías ido.

Está frente a las puertas de acero inoxidable, con las manos en los bolsillos y el rostro impasible, como siempre.

—Me había ido. Solo he vuelto para hablar con Cole de algo. —Con la cabeza gacha, pulso el botón del ascensor.

—¿Es algo en lo que pueda ayudarte yo?

Dejo escapar un largo suspiro y lo miro.

—No tiene que ver con el trabajo.

Se balancea sobre los talones, frunciendo el ceño mientras me estudia. Carraspea.

—Me apunto si tú también lo haces. —Qué coño. Quizá Roman tenga algunas frases cargadas de sabiduría para mí. Le hago un pequeño gesto con la cabeza y, cuando da media vuelta, lo sigo hasta su despacho. Espero que Roman se siente detrás del escritorio una vez que entramos, pero, en lugar de eso, se dirige a los sofás que se encuentran uno frente al otro en una esquina. Se decide por uno, así que yo me acomodo en el otro—. Voy a arriesgarme y a suponer que esto tiene que ver con tu falsa prometida —dice.

—Ya no es mi prometida.

—Pero eso ha pasado por una buena razón. —Sus ojos grises me examinan —. No va a ser algo permanente, ¿verdad?

Me doy unos golpecitos con el pulgar en el muslo.

—Me estoy preguntando si debería.

Roman arquea una ceja y cruza el tobillo sobre la rodilla.

—¿Por qué piensas eso?

—No sé si soy lo que ella necesita. —Esa confesión me deja un sabor amargo en la lengua.

Entrecierra un poco los ojos.

—Eres multimillonario. ¿Quién mejor que tú para darle lo que necesita?

El yugo que me oprime el pecho se aprieta aún más.

—Quiero ser yo quien haga que su vida sea mejor en vez del dinero. Pero no puedo evitar pensar que estaría mejor con otra persona. Alguien normal.

—Por lo que he visto, Violet es muy capaz de tomar sus propias decisiones. Y, a menos que esté malinterpretando lo que deduje de vuestras interacciones cuando estabais juntos, ella te eligió a ti, con todas las complicaciones que eso conlleva.

—¿De verdad crees me eligió? —Es la primera vez que expreso en voz alta esa incertidumbre, y me resulta liberador.

Roman se recuesta y se cruza de brazos con expresión pensativa.

—¿Qué te ha llevado a tener dudas?

Carraspeo y me paso una mano por la cara.

—¿Y si es como el síndrome de Estocolmo? Se vio obligada a estar conmigo, a fingir que me quería. Ni siquiera le caía bien antes de que empezara todo esto. Y no es solo eso. La he visto con Jarrod frente a la cafetería. Parecían… cómodos el uno con el otro. Normales.

Los labios de Roman se curvan en una leve sonrisa burlona.

—¿Así que crees que está mejor con alguien así? ¿Alguien sin el lastre de los King?

—¿Y no es así? No somos precisamente el ejemplo perfecto de relaciones amorosas y estabilidad emocional. Y con lo de papá…

Roman me interrumpe.

—Las acciones de papá son cosa suya. No dejes que te influyan.

—Es más complicado que todo eso.

—Es complicado porque tú lo estás haciendo así. Eres un King. Puedes hacer que las cosas sean tan fáciles o tan difíciles como quieras.

—¿De verdad? Me refiero a lo de ser un King. —Eso ha sonado más desafiante de lo que pretendía.

Roman se endereza, con un destello de comprensión en los ojos.

—Ah. Así que se trata de tu lugar aquí. Me preguntaba si alguna vez ibas a sacar el tema.

Siento cómo me invade la irritación y yo también me yergo en mi asiento.

—Tú no tenías intención de hacerlo, ¿verdad? He vivido con este peso sobre los hombros casi toda la vida. Y nadie me lo ha mencionado nunca.

Frunce el ceño.

—Te cerraste a nosotros, Tate. Dejaste de compartir tu verdadero yo. Te convertiste en ese *playboy* al que no le importaba nada…

—Es más fácil ser el *playboy* que arriesgarse a que no te rechacen.

—Nunca te hemos rechazado. Ni Cole ni yo. Para nosotros, siempre has sido nuestro hermano.

Me recuesto y trago saliva para aliviar la opresión en el pecho que provocan esas palabras.

—Me he pasado la vida sintiéndome como lo viera todo desde fuera, intentando estar a la altura de un apellido que ni siquiera estoy seguro de que me corresponda llevar.

—No es el apellido lo que nos define. Es lo que hacemos con él. Eres más que un simple título, más que los secretos de mamá y el resentimiento de papá.

Me paso las manos por la cara.

—Pero ¿y si eso es lo que me ha convertido en quien soy? El *playboy,* el coqueto, el seductor, el que siempre se va.

—Tienes el poder de redimirte y aceptarte tal y como eres. Tienes que verte a ti mismo con tus propios ojos. No con los de papá ni con los de la prensa

sensacionalista. Ni siquiera con los de Cole o los míos.

Asiento con lentitud, con el corazón en un puño.

—Tienes razón. Me he pasado toda la vida dejando que la incertidumbre sobre quién soy y dónde encajo en la familia me definiera. Buscando la validación de aquellas mujeres a las que solo les importaba el apellido, sin dejar nunca que nadie se acercara lo suficiente como para ver mi verdadero yo. Por si acaso el verdadero yo no fuera alguien a quien valiera la pena conocer… o amar.

Pero dejé que Violet lo viera. Dejarla entrar fue tan fácil como respirar. Ella vio quién soy de verdad, y aun así quiso que esta relación fuera real. Y eso vale mucho. Lo vale todo. Ella lo vale todo. Y no voy a robarle esa oportunidad por mis propios problemas.

—Afronta el pasado de la mejor forma que puedas —dice Roman—. Pero no dejes que dicte tu futuro, quién quieres ser ni qué quieres hacer con la vida. Y, por supuesto, tampoco con quién la compartes.

Me quedo sentado en silencio, dejando que esas palabras calen en mí, pero eso supone mucho más que convencerme de que soy lo que Violet necesita: se trata de enfrentarme a los demonios que me han perseguido desde que aquel chico me escupió la palabra «Bastardo» por primera vez cuando tenía siete años.

—Tengo que resolver esto de una vez por todas. —Asiento, me levanto y me recoloco la chaqueta—. Antes de ir a ver a Violet, necesito hablar con otra persona. Alguien a quien debería haberme enfrentado hace mucho tiempo.

Roman también se levanta, y un relámpago de comprensión le atraviesa el rostro.

—Haz lo que tengas que hacer. Habla con quien tengas que hablar. Pero recuerda: nadie tiene por qué cargar con las consecuencias de las acciones ajenas. No funciona así.

La pequeña sonrisa que le dedico es sincera.

—Lo tenías muy bien guardado…

Ladea la cabeza.

—¿A qué te refieres?

—No se te da mal esto de hacer de hermano mayor cuando te lo propones.

Espero que me ignore, pero, en cambio, una leve sonrisa suaviza la dureza de su expresión habitual.

—Quizá debería ponerme las pilas más a menudo, entonces.

48

VIOLET

—¿Otra copa? —Anna me muestra la botella de champán casi vacía y apuro lo que queda de mi primera copa; las burbujas me hacen cosquillas la parte posterior de la nariz y se la tiendo.

Ella me la llena hasta la mitad y vierte el resto en su propia copa, y luego me la da.

—Por ti, Vi. Por darle un giro a True Brew y hacer que tu familia y tus amigos se sientan orgullosos de ti.

Le dedico una sonrisa, aunque no es tan grande como debería.

Arquea una ceja y se lleva la copa de champán a los labios, esperando.

Suelto un suspiro.

—Estoy encantada con cómo van las cosas, pero… —Toco un hilo suelto del sofá—. Es como si el éxito no me perteneciera solo a mí. También es el de Tate. No podría haberlo hecho sin él.

Anna se pone de rodillas con el ceño fruncido.

—Puede que él haya aportado el dinero… A cambio de un servicio, claro, pero fue tu duro trabajo lo que lo recuperó, lo que atrajo a la gente y volvió a presentar a los clientes el increíble café que tenéis.

—Tienes razón. —Enderezo la espalda, obligándome a aceptar esas verdades—. No voy a dejar que un corazón roto me robe lo que he conseguido. —Aunque no me sienta tan bien como debería sin Tate. Aunque me parezca que falta algo.

—Eso es lo que quería oír. Yo…

La interrumpe el sonido del teléfono. Lo coge para mirar la notificación, y se queda boquiabierta.

—¿Qué pasa?

—Eric —dice—. Lo han detenido.

—¿Qué? —Le arrebato el móvil de la mano y echo un vistazo a la noticia.

«Detienen al sobrino de un senador acusado de malversación».

El titular va acompañado de una foto de Eric, con aire de suficiencia y arrogancia, junto a una foto de su tío. Debajo hay unos párrafos que detallan los pormenores que se conocían sobre los delitos de Eric en el momento de la publicación.

—No me lo puedo creer —susurro.

—No sé muy bien por qué —replica Anna—. Ha demostrado ser un mierdas narcisista de primera. Probablemente pensaba que era demasiado listo para que lo pillaran.

Niego con la cabeza, pero tiene razón. Me lo imagino pensando justo eso.

—¿Por qué te ha llegado una notificación sobre eso?

—Después de que Eric se enfrentara a ti en True Brew, configuré una alerta de Google. Era obvio que tramaba algo.

Niego con la cabeza, atónita. Mi primer instinto es llamar a Tate. Estaba tan enfadado por lo que Eric me había hecho que probablemente se alegraría de saber que ese imbécil ha sido detenido. Pero a lo mejor me equivoco y le da igual. Se me hace un nudo en la garganta. Sigo sin poder conciliar el hombre que vi en su despacho esa tarde, el que fue tierno y protector, con el que se quedó mirando cómo me marchaba sin decir palabra.

La angustia debe de reflejarse en el rostro, porque Anna se echa hacia mí y me da un abrazo.

—Si no se da cuenta de lo que ha dejado escapar, no te merece.

Las lágrimas me pican en los ojos.

—Os tengo a ti y a Mark, y eso es lo más importante.

—Y ya sabes… —Se le ilumina el rostro—. Todavía tienes la membresía de Onyx. Quizás deberías…

—Ah, no —la freno—. No creo que los clubes de sexo sean para mí. Ya lo he tachado de mi lista de cosas por hacer, así que estoy bien.

Anna se echa a reír.

—¿Junto con lo de salir con un multimillonario? No hay mucha gente que pueda tachar eso de la lista.

—Tienes razón. Debería valorar la experiencia como se merece. ¿Cuánta gente puede decir que ha vivido en un ático con vistas a Central Park?

—Y te queda mucho más por lo que ilusionarte.

Asiento. Ojalá pudiera superar esta pena que me agobia para creerlo de

verdad.

Una hora más tarde, después de que Anna se haya ido a casa, estoy sentada en el sofá mirando fijamente el teléfono. Deslizo el pulgar por la pantalla y, antes de que pueda pensarlo mejor, pulso el botón de llamada, esperando con el corazón en un puño mientras suena.

Un clic al otro lado de la línea me acelera el pulso, pero enseguida le sigue una grabación. El sonido de la voz grave de Tate, con ese toque de diversión, me deja sin aliento.

Pienso en colgar, pero en lugar de eso inspiro hondo para armarme de valor. Cuando el teléfono emite un pitido, carraspeo.

—Hola, Tate, no sé si has visto las noticias, pero parece que han detenido a Eric. He pensado que quizá te gustaría saberlo, pero supongo… Supongo que estás ocupado. —El corazón se me encoge en el pecho, así que termino la llamada rápidamente. Lo último que quiero es hacer el ridículo echándome a llorar—. Espero que estés bien. Adiós.

Pulso el botón para colgar, tiro el teléfono al sofá y me cubro la cara con las manos. Dios, seguro que he sonado como una pegajosa, como todas esas mujeres que se mueren por pasar otra noche con él. Me abrazo a mí misma. Probablemente ahora mismo está con alguna rubia de piernas largas.

Me acuesto, acurrucándome en una bolita en el sofá, y dejo que esas lágrimas de las que no consigo escapar se derramen una vez más.

49

TATE

Me detengo frente a la casa en la que crecí para contemplar la enorme extensión de ladrillo. Roman ha debido de suponer que pensaba enfrentarme a mi padre, pero él solo es un hombre frío y mezquino, resentido por tener que criar a un hijo que no era suyo, nada más. Si quiero respuestas a las preguntas sobre quién soy, solo hay una persona a la que puedo preguntarle.

La puerta se abre antes de que tenga oportunidad de llamar, y me encuentro con el rostro familiar del mayordomo de la finca.

—Buenos días, señor —saluda, con el tono de desaprobación de siempre. No me lo tomo como algo personal. Le habla así a todo el mundo, independientemente de quién sea.

—Buenos días, Peters. ¿Está mi madre?

Asiente y da un paso atrás.

—Está en el solárium.

Paso junto a él, sin molestarme en entablar conversación con Peters. Le parecería de mal gusto.

El sonido de mis pasos retumba sobre el suelo de mármol mientras me abro paso por la enorme casa vacía hacia el solárium. Por primera vez, me pregunto por qué mi madre sigue viviendo aquí. Ahora que mi padre está en la cárcel, se ha quedado completamente sola, salvo por el personal.

No debería importarme. Y quizá antes no me habría importado, pero amar a Violet, y que ella me amara, ha cambiado las cosas, y veo un matiz de tristeza que antes no habría captado. ¿Cómo debe de ser estar sola en esta mansión sabiendo que no hay nadie a quien le importe lo suficiente como para estar con ella?

Me encojo ante ese pensamiento. Estoy aquí en busca de respuestas, no para empatizar con una mujer que no lo desea.

Mi madre está sentada a la mesa del solárium, con el cabello rubio ceniza recogido. Está bebiendo té de una delicada taza de porcelana y mirando a

través del cristal hacia los terrenos verdes y lisos de la finca.

El sonido de mis zapatos al bajar los tres escalones capta su atención.

Arquea las cejas.

—¿Tate? No te esperaba esta mañana.

—Perdona por no haber llamado antes —digo, sentándome a la mesa.

Deja la taza y me mira con un pequeño y cauteloso fruncimiento de ceño. ¿Está anticipando las preguntas que estoy a punto de hacerle? ¿Ha pasado años esperando que llegara este día?

—¿Qué tal has estado estas últimas semanas? —pregunta, y eso me coge por sorpresa.

—Bien —respondo, un poco tenso—. ¿Por qué lo preguntas?

Ladea la cabeza y me evalúa con esos ojos azules y gélidos.

—Tu… espíritu habitual ha desaparecido.

—¿Mi espíritu?

—Sí. Eso. —Hace un gesto con la mano en el aire—. Ese estilo de vida del que siempre has hecho alarde.

—¿Alardear? ¿Te refieres alardear de no ser un cubito de hielo en todo momento?

La comisura de la boca se le contrae apenas.

—Sí. Algo así. He pensado que podría estar relacionado con el fin de tu… acuerdo.

El dolor punzante que siempre se me clava en el pecho en el momento menos oportuno vuelve a aparecer.

—Hace mucho tiempo que dejó de ser un acuerdo.

—Al parecer, sí. —Me mira fijamente.

Inspiro hondo para deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta. Me he dejado distraer.

—No he venido para hablar de Violet. Estoy aquí para descubrir por fin la verdad.

Enarca una ceja pálida.

—¿La verdad?

—Sobre mi padre.

Mantiene la compostura, pero aparta la vista.

—Si tienes preguntas para tu padre, podrías visitarlo en la cárcel y hacérselas tú mismo. —No me molesto en responder, solo espero a que se canse de fingir. Por fin, suspira—. No hay nada de qué hablar al respecto, Tate.

La ira me arde en las venas.

—Puede que tú no tengas lo que hablar. Pero yo tengo mucho. ¿Sabes cómo fue crecer en esta casa? ¿Lo fría y vacía que era, joder? A papá y a ti no os importábamos ninguno los tres. Solo nos teníamos los unos a los otros. Y luego descubrí la verdad, y de repente ya ni siquiera tenía eso. Al menos, no me lo parecía.

Me mira con el ceño fruncido.

—¿Por qué la situación con tu padre debería afectar a tu relación con tus hermanos?

Levanto las manos al aire.

—Porque ya no sabía quién era. Ellos eran los hijos legítimos. Los hijos deseados. Los verdaderos herederos del apellido King. ¿Y quién era yo? No tenía ni idea, porque no sabía de dónde venía ni quién era mi verdadero padre. Y ahora que ha muerto, nunca tendré la oportunidad de descubrir todas esas cosas que estaba deseando saber.

Mi madre palidece.

—¿Está muerto?

Me detengo un instante para escudriñar su expresión.

—¿No lo sabías? —Niega con la cabeza en silencio, apretando los labios por un momento antes de darle otro sorbo al té. Cuando vuelve a dejar la taza sobre la mesa, traquetea contra el platillo. Luego inspira hondo para recomponerse.

—No, no lo sabía. Después de que se marchara, no volví a verlo. Hice todo lo posible por… por olvidarlo.

—¿Olvidarlo? —La palabra me sabe amarga en la boca—. Qué conveniente para ti. Pero ¿y yo? ¿Qué hay del hijo que dejó atrás?

La fría compostura tras la que se ha escondido desde que tengo memoria se tambalea y revela un atisbo de emoción.

—Solo te oculté la verdad para protegerte.

—¿Para protegerme? —Me incorporo en mi asiento y me echo hacia delante —. Querrás decir para a protegerte a ti misma. Tu imagen. El nombre de la familia.

Mantiene la barbilla alta mientras me mira, aunque hay un atisbo de algo que podría ser vulnerabilidad en su expresión.

—Sí, esas cosas también. Desafié a tu padre en lo que a ti respecta. No sabía lo que iba a significar para mí.

—¿Por qué te molestaste? Nunca has dado ninguna pista de que te importemos mis hermanos o yo.

Algo que se asemeja sospechosamente a la pena le atraviesa el rostro.

—Tenía veintiún años cuando me casé con tu padre. Veintidós cuando tuve a Roman. Estaba asustada, pero tenía esperanzas… Esperaba ser una buena madre, diferente a la mía. —Se concentra en la mesa que tiene delante, pasando una mano por el mantel impecable—. Pero después de que naciera, no sabía qué hacer con él, cómo cogerlo, cómo calmarlo cuando lloraba o cómo hacerle feliz. Mis instintos maternales eran… No eran lo que yo quería que fueran. Entonces me di cuenta de que, al fin y al cabo, era igual que mi madre. Ver al bebé sonreír y reír cuando la niñera lo cogía en brazos no hizo más que confirmar lo que ya sabía: nunca estuve hecha para ser madre. —Nunca había visto este lado suyo, el lado humano. Es difícil saber qué pensar. No digo nada, con la esperanza de que continúe. Que me aclare algo sobre mi propia infancia—. Pero tu padre quería otro hijo, y era muy… insistente. Cinco años después, nació Cole. Y una vez más, me quedó claro que yo no era muy maternal. Pensé que con eso ya había cumplido, que tu padre ya tenía lo que quería. Pero cuando descubrí que estaba embarazada de ti, Ted estaba… muy descontento. Fue solo entonces cuando me di cuenta de que, después de todo, sí tenía un mínimo de instinto maternal.

—Quisiste quedarte conmigo. —Ella asiente, con expresión impasible—. ¿Por qué? ¿Por qué pasar por todo eso si no te interesaba ser mi madre?

Recorre con el dedo el borde de la taza de té, con toda la atención puesta en el líquido que contiene.

—No fui capaz de hacer lo que tu padre quería. Pero seguía sin saber cómo ser madre, al menos de la forma que tú necesitabas. Lo mejor que pude hacer fue mantener la fachada. Asegurarme de que gozaras de los mismos privilegios que tus hermanos.

Me cuesta entenderlo, así que lo dejo para más tarde.

—¿Y mi verdadero padre llegó a saber algo de mí? —pregunto. Quizá, después de todo este tiempo, sigo buscando alguna conexión con el hombre que me dio la mitad de mis genes.

Desvía la mirada.

—No. Se marchó antes de que yo me enterara. Y no me pareció que tuviera sentido ir en su búsqueda.

—Así que fui una consecuencia no planeada de un breve encuentro, de una

aventura que no significó nada.

—Eres más que una consecuencia, Tate. —Su tono es el más suave que le he oído jamás.

Bajo la vista hasta mi regazo, con un nudo en la garganta, y me quito una motita invisible de los pantalones.

—¿Puedes hablarme de él? ¿De mi padre?

—No sé gran cosa… Christian trabajó aquí unos meses, como jardinero, y era… —Mira por la ventana—. Era amable. Era muy amable conmigo. Educado, incluso al principio, cuando yo no lo era. —Una leve sonrisa se le dibuja en los labios—. Y divertido. Se las arreglaba para hacerme reír cuando pocas cosas podían conseguirlo. —Suspira y me mira a los ojos; los suyos, azules, tienen un tono más cálido del que estoy acostumbrado a ver—. Te pareces a él. Tienes la misma sonrisa, el mismo ingenio. Ojalá pudiera contarte más, pero no compartimos muchos detalles personales. ¿Por qué íbamos a hacerlo? Él estaba de paso y yo estaba casada.

Asiento con rigidez, devanándome los sesos en busca de otras preguntas que me gustaría que me respondieran y sin encontrar ninguna. Al llegar, suponía que mi madre no iba a decirme nada, pero, aunque no es mucho lo que me ha contado, sí es lo suficiente para aflojar un tornillo en el pecho que ha estado apretado durante demasiados años.

Y quizá eso sea todo lo que necesito.

Me levanto y me paso los dedos por el pelo.

—Gracias. —Me doy media vuelta para dejarla con el té, pero sus siguientes palabras me detienen.

—Lo siento, Tate. No estaba destinada a ser madre. No soy tan flexible como hace falta. —Traga saliva—. Ojalá lo fuera.

Lo pienso un instante.

—La época en la que necesitábamos una madre ya pasó hace mucho. Pero aún puedes formar parte de nuestras vidas. Una parte de verdad, si eso es lo que quieres. Nadie te pide que empieces a hornear galletas, pero tienes más opciones. Puede que entonces no sintieras que podías querernos como una madre debería querer a sus hijos, pero nada te impide cuidar de nosotros como los hombres que somos ahora. Porque al final de tu vida, todo esto —hago un gesto hacia el solárium y la finca más allá— no va a importar una mierda. Lo que importará es saber que podías contar con alguien, y que esa gente podía contar contigo. Que viviste bien la vida, que la familia te recordará cuando ya

no estés. Y lo único que tienes que hacer para conseguir eso es estar ahí para nosotros.

Su mirada, normalmente fría, se ensombrece.

—La distancia siempre ha sido mi armadura. Así fue como crecí, así fue como me las arreglé con tu padre… —Hace una mueca—. Quiero decir, con Ted. Es la única forma que conozco para seguir adelante.

Me cuesta controlar las emociones que me invaden al mirarla: resentimiento, pena… compasión. Una parte de mí se pregunta cómo habrían salido las cosas para ella —para todos nosotros— si nuestro padre hubiera sido diferente. Si le hubiera mostrado lo que es que te cuiden en lugar de tratarla como un medio para alcanzar un fin. Al fin y al cabo, solo hay que ver cómo he cambiado yo, cómo ha cambiado Cole, desde que encontramos el amor.

Por primera vez, el arrepentimiento se refleja en el rostro de mi madre.

—No puedo cambiar el pasado, Tate. Pero quiero que sepas que, a pesar de lo que pueda parecer, estoy orgullosa del hombre en el que te has convertido. De los hombres en los que os habéis convertido los tres. —Esas palabras, tan inesperadas, me provocan un dolor profundo en el pecho y me dejan momentáneamente sin habla. He venido buscando respuestas, tal vez incluso una confrontación, pero, en cambio, he podido vislumbrar el conflicto interno de mi madre, sus razones, por muy imperfectas que sean. Aunque esta conversación no ha cerrado viejas heridas, ha ayudado a arrojar algo de luz sobre las sombras del pasado—. Y yo… —Carraspea—. Me alegro.

—¿Por qué?

—Me alegro de que hayas encontrado a alguien. Violet parece… amable. Me alegro de que Cole y tú tengáis a alguien que… se preocupe por vosotros.

Me trago la respuesta automática: que ella debería haber sido una de las personas que se preocuparan por nosotros desde el principio.

¿Qué sentido tiene? Estoy harto de mirar al pasado. Lo único que quiero ahora es mirar hacia el futuro. Hacia nuestro futuro.

—No tengo a Violet.

La sombra de una sonrisa aparece en los labios de mi madre.

—Si algo tengo claro de ti, es que, una vez que te propones algo, encuentras la manera de hacerlo. Y creo que te has fijado a esa joven como objetivo.

Correspondo a su sonrisa con la mía, quizá la primera sincera que le dedico en años, y luego me dirijo hacia la puerta, con la determinación dando alas a mis pies.

—Creo que tienes razón.

50

VIOLET

Con un suspiro, acurruco las piernas bajo el cuerpo en el pequeño pero cómodo sofá. La cafetería ha vuelto a estar a tope, y aunque eso me hace increíblemente feliz, volver a casa, a mi apartamento tranquilo y vacío, algo que antes nunca me molestaba, ahora me clava el cuchillo en el corazón un poco más fuerte.

Estoy en pijama, cambiando de canal una y otra vez para buscar algo que me distraiga del hueco que tengo permanentemente en el pecho, cuando llaman a la puerta.

Me incorporo, con un cosquilleo de nervios recorriéndome la columna. ¿Quién viene a visitarme a estas horas de la noche? Anna me habría mandado un mensaje si fuera a venir.

Después de dejar el mando a distancia sobre el cojín, me dirijo a la puerta. Cuando echo un vistazo por la mirilla, se me encoge el corazón y me quedo sin aliento. Ese amplio pecho y esos anchos hombros me resultan tan familiares como mi propio reflejo. La mandíbula cincelada que conozco tan bien está ahora muy tensa y un músculo palpita en ella.

En lugar de abrir la puerta, doy un paso atrás. No estoy segura de estar preparada para escuchar lo que Tate tenga que decirme; ya sea que haya venido a reafirmar el estado actual de nuestra relación, o para confesarme que me echa tanto de menos como yo a él, no puedo permitirme el lujo de volver a mostrarme vulnerable. Me dejó marchar con demasiada facilidad. ¿Quién me dice que no lo volvería a hacer?

—Sé que estás ahí dentro, Violet. —Su voz grave traspasa la puerta—. No te culpo por no querer hablar conmigo, pero tienes que escuchar lo que tengo que decirte. Si después de eso aún quieres echarme, me iré. Aunque no puedo prometer que no vaya a volver.

Con las manos contra el pecho, inspiro hondo una vez, y luego otra, intentando que el pulso se me estabilice. Entonces me doy cuenta de que estoy

tocando la piel desnuda del dedo anular izquierdo y bajo las manos apresuradamente.

—Violet. —La voz es ahora más grave, más áspera—. Por favor.

La tensión en su tono me empuja a actuar. Con las manos temblorosas, abro la cerradura y la puerta de par en par. Por un momento, nos quedamos así, uno a cada lado del umbral, mirándonos fijamente. Tate traga saliva.

—¿Puedo pasar?

Le hago un gesto de asentimiento, aunque un poco a trompicones, y doy un paso atrás para dejarlo entrar. Intento no inhalar su aroma cuando lo hace, pero ese olor familiar, fresco y masculino, me llega de todos modos. Aprieto con fuerza los dedos alrededor del pomo y cierro la puerta con un poco más de fuerza de la que pretendía.

Me quedo ahí plantada, sin saber muy bien dónde ponerme en este pequeño espacio para que no estemos demasiado cerca. Cuando cruzamos la mirada, veo que sus ojos dorados se le han oscurecido hasta volverse de color bronce.

—Te dejé un mensaje. —En cuanto pronuncio las palabras, me arrepiento. ¿Para qué vamos a incomodarnos al recordar que él no se molestó en responder ni en llamarme?

—Lo sé. —Se le tensan los músculos como si quisiera moverse, acercarse, pero mantiene los pies clavados donde están—. Quería tomar una decisión antes de permitirme hablar contigo.

—¿Permitirte?

Asiente con lentitud.

—Te hice daño, Violet, y me mató hacerlo. Quería asegurarme de que no iba a volver a ocurrir sin darme cuenta.

Tengo el pecho tan oprimido que me cuesta hablar.

—¿Así que necesitabas volver a tus viejos hábitos para asegurarte de que de verdad estabas dispuesto a renunciar a ellos?

Tensa la mandíbula.

—N he vuelto a mis viejos hábitos. Para mí nunca ha habido vuelta atrás porque ahora te tengo a ti.

Me cruzo de brazos para darme fuerzas y ocultar el temblor de las manos.

—Te vi, Tate. Vi las fotos en las que salías con esas mujeres. Dejaban muy claro que habías seguido adelante sin ninguna dificultad.

Esta vez sí da un paso hacia mí, pero levanto la mano para detenerlo. Permitir que se acercara demasiado fue lo que provocó este desengaño en

primer lugar.

Se balancea sobre los talones y se pasa la mano por la nuca.

—Es que necesitaba que creyeras que había seguido adelante sin más. Es lo que quería que todos creyeran. Especialmente Eric.

La conmoción me recorre el cuerpo y bajo los brazos.

—¿Qué tiene que ver Eric con todo esto?

Con un profundo suspiro, Tate se lleva la mano a la boca.

—Sabes que Eric fue arrestado por malversación. Lo que no sabes es que intentó extorsionarme para reemplazar el dinero que robó.

Ahora soy yo quien se echa hacia atrás.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Cómo?

—El día que fui a Onyx. Eric fue a verme a la oficina esa tarde. Después de conseguir que se marchara, fui a hablar con Reid. Necesitaba su ayuda para gestionar la situación.

Niego con la cabeza.

—Pero ¿qué podría tener él contra ti? Si ni siquiera os conocéis… —Esta vez, cuando Tate se acerca a mí, estoy demasiado sorprendida como para obligarlo a mantener la distancia entre nosotros. Me pasa una mano por los hombros para mantenerme con suavidad en mi sitio. Tiene el ceño fruncido y, por primera vez, me fijo en sus ojeras—. ¿Qué hizo Eric? —susurro.

—Tenía fotos comprometedoras.

Parpadeo.

—¿Y cómo consiguió fotos tuyas? —Se me ocurre un pensamiento, seguido de una lenta oleada de náuseas—. ¿Fueron durante nuestro acuerdo? ¿Te pilló con… con otra mujer?

—¡Joder, no! —exclama, con una expresión agónica en su rostro—. No he tocado a otra mujer de esa manera desde que regresaste a mi vida, Violet. —Suspira—. Eran fotos tuyas.

Lo miro sin comprender.

—¿Mías? Pero yo no hice nada mientras estuvimos juntos.

—Las tomaron cuando estabas con él.

Se me hace un nudo en el estómago.

—¿Qué? —digo sin aliento.

Me acaricia los hombros con suavidad.

—Te hizo fotos sin que lo supieras mientras teníais relaciones íntimas. Lo siento muchísimo, Violet. Es un pedazo de mierda que se merece todo lo que

le vaya a pasar.

—No. —Niego con la cabeza—. No. Él no haría una cosa así. —Busco en su rostro algún indicio de duda. Cualquier atisbo de que pueda estar equivocado. Pero la rigidez de su mandíbula y el fuego en sus ojos me dicen la verdad, y me da un vuelco el corazón—. No puedo creerlo —murmuro—. No puedo creer que hiciera algo así. —Se me llenan los ojos de lágrimas. Dios, estoy cansada de llorar. Es agotador.

—De ninguna manera iba a dejar que te chantajeara con esas fotos y arriesgarme a que las usara más adelante, cada vez que necesitara algo. O, Dios no lo quisiera, que te amenazara con algo peor. La única forma que se me ocurrió para solucionarlo fue decirle la verdad, pero mintiendo descaradamente al mismo tiempo.

De repente, lo comprendo todo.

—¿Le contaste lo del acuerdo?

Asiente, con una mirada preocupada, escrutando mi rostro.

—Le dije que no me importaba lo que hiciera con las fotos porque nuestro acuerdo era temporal. Se marchó, pero sabía que estaría al acecho. Así que Cole, Roman, Reid y yo eliminamos cualquier amenaza que pudiera suponer en el futuro. A él y a esas malditas fotos. Pero llevó tiempo.

—¿Las fotos han desaparecido? —La voz me tiembla al hacer la pregunta.

Asiente.

—Se han borrado todas las copias.

El alivio que debería sentir se ve empañado por la conmoción. ¿Cómo ha podido pasarme esto? Me cruzo de brazos, como si así pudiera mantener la compostura.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué tuviste que hacerme sentir tan rechazada?

Tate da un paso atrás y se pasa la mano por el pelo.

—Lo que hicimos no era legal, y no podía arriesgarme a que te vieras envuelta en eso si salía mal. Si las cosas se iban al garete y la policía tomaba cartas en el asunto, no podías quedar implicada. Si lo hubieras sabido, te podrían haber acusado de conspiración o de complicidad.

Me tambaleo hasta el sofá y me siento mientras asimilo esas palabras.

—¿Así que rompiste nuestro compromiso y me mantuviste en la ignorancia para que estuviera a salvo?

Su única respuesta es un simple asentimiento.

No sé qué pensar. La cabeza me da tantas vueltas que apenas puedo procesar todo lo que me está contando: que Eric resultara ser un delincuente y alguien capaz de traicionarme aún más de lo que ya lo había hecho; que Tate me protegiera rompiéndome el corazón. Todo lo que ha pasado en los últimos meses; en los últimos años. Incluso que True Brew finalmente haya dado un giro a mejor. Es demasiado.

Un escalofrío se apodera de mi pecho y me tiembla todo el cuerpo. Tate se sienta a mi lado y dejo que me envuelva en sus brazos. Estoy desesperada por rodearlo con los míos y estrecharlo con fuerza contra mí, por dejar que me sirva de ancla cuando me siento tan desorientada, pero no puedo hacerlo. Los pensamientos me dan vueltas en la cabeza y todos mis músculos están tensos. Entiendo el razonamiento de Tate, que pensó que estaba haciendo lo correcto. No puedo culparlo por eso, pero las últimas semanas han sido devastadoras. He llorado casi tanto como cuando murió mi padre y el corazón se me ha hecho pedazos. Luché con todas las fuerzas para protegerme de Tate, solo para acabar enamorándome de él de todos modos. Y entonces me lo quitó todo, tal y como había temido.

—Violet —murmura—. Lo siento. Siento muchísimo haberte hecho daño, que Eric te haya hecho daño.

No hay forma de detener las lágrimas que brotan de mis ojos. Antes de que pueda secármelas, me acaricia la piel con los pulgares. Ese gesto tierno no hace más que agudizar el dolor que siento. Me mira, con los ojos llenos de tantas emociones: la pena, el arrepentimiento y su propio sufrimiento se entremezclan en su expresión.

Lo agarro de las muñecas, pero no le aparto las manos de mi cara.

—¿Qué haces aquí, Tate? ¿Por qué has venido? —pregunto con voz temblorosa.

—¿No es evidente? Nunca quise dejarte marchar, Violet. No lo habría hecho si no fuera por Eric. Ahora que él está fuera de escena y no hay ningún riesgo para ti, te quiero de regreso en mi vida. Y esta vez no será una relación falsa. Quiero que sea real. Te quiero en mi apartamento, en mi cama. Quiero ese anillo de nuevo en tu dedo.

El corazón me late a trompicones, como si quisiera escapárseme del pecho.

—¿Qué estás diciendo?

—Quiero que seas mi prometida. Quiero casarme contigo. Tenerte conmigo, amarte, me ha abierto los ojos a todo lo que me estaba perdiendo.

Esas palabras deberían sanarme el corazón destrozado que tengo dentro del pecho. Debería estar lanzándome a sus brazos ahora mismo, pero me siento tan dolida y tan maltratada que estoy prácticamente entumecida.

—No sé qué hacer con todo esto. Me rompiste el corazón y ahora me dices que me quieres, y que todo fue para protegerme. Esto, todo esto, ha ido demasiado rápido. Nada de lo que ha pasado entre nosotros ha sido normal.

Frunce el ceño.

—¿Y quieres normalidad?

Aparto las manos de mi cara y me masajeo las sienes.

—No lo sé. Solo quiero no recibir más golpes. Mi padre, Eric, tú. —La duda y la confusión se agitan en mi mente—. ¿Cómo sabes que de verdad me quieres? ¿Que no soy solo la primera mujer con la que te has permitido intimar? ¿Y si hacemos esto realidad y te das cuenta de que no soy la indicada, sino solo la indicada por ahora? ¿Que fue solo esta situación la que te ha hecho sentirte así?

Aprieta los labios, pero, sorprendentemente, sus ojos parecen brillar con un atisbo de diversión.

—¿Te refieres a algo así como el síndrome de Estocolmo?

—Sí, algo así.

Sonríe con suavidad.

—No es síndrome de Estocolmo, te lo prometo. Y estaré más que encantado de demostrártelo. Entiendo que te cueste perdonarme. Entiendo que la idea de una relación conmigo, una de verdad, te abruma. Si necesitas tiempo, tómatelo. Yo seguiré estando aquí. No te voy a abandonar, Violet. No voy a ocultar lo que siento. Tómate tu tiempo, pero no dejaré que te convenzas de que no me importas, de que quiero a cualquiera menos a ti.

Tras acariciarme la mandíbula con la yema de los dedos, se va y me quedo sola, con el corazón abrumado por demasiadas emociones. Me desplomo contra el sofá y cierro los ojos. El salón me parece más vacío; el silencio, más ensordecedor. Las palabras de Tate se repiten en mi mente con una mezcla caótica de preguntas para las que no tengo respuestas.

En el fondo, sé que esto no tiene que ver con Tate. Tiene que ver conmigo. Lo amo; lo amo de verdad. Al verlo hoy por fin he podido respirar con normalidad desde que rompimos. Pero estoy paralizada. Congelada en algún lugar entre la esperanza y el miedo. En las últimas semanas, he hecho todo lo posible por reconstruir los muros que él derribó, y ahora me está pidiendo que

los deje caer de nuevo.

Solo necesito un momento, tiempo para respirar y recuperar el equilibrio después de haber sido zarandeada de un lado a otro.

Solo espero que, al tomarme una temporada para pensar, no esté cometiendo un terrible error.

Salgo por la puerta principal del bloque de apartamentos, lista para ir al trabajo, pero mis pies se frenan en seco al ver el coche negro de alquiler que espera en la acera. Jeremy está apoyado contra la puerta del copiloto, con los brazos cruzados y una sonrisa en el rostro.

Miro hacia el interior del coche. Las ventanillas están tintadas, pero no parece que Tate esté esperando dentro. Aun así, el pulso se me acelera al acercarme.

—Me alegro de verte, Jeremy, pero no sé muy bien qué haces aquí.

—El señor King quiere asegurarse de que llega al trabajo sana y salva todos los días. Y que regresa igual a su casa.

—Pero si tú me llevas a mí, ¿cómo va a ir él al trabajo?

Se le arrugan las comisuras de los ojos.

—Ha dicho que se estaba volviendo demasiado vago. Que ya se ha cansado de que lo lleven en coche todo el tiempo y que a partir de ahora quiere conducir él mismo.

Se me hincha el corazón en el pecho y parpadeo para contener un repentino torrente de lágrimas. Sinceramente, me sorprende que me quede alguna, a estas alturas.

—Gracias. Y dale las gracias a Tate de mi parte también. Te diría que no hace falta que me lleves, pero tengo la sensación de que no aceptará un no por respuesta.

—Lo conoce bien —dice Jeremy, abriéndome la puerta.

Quizá debería molestarme que Tate no me deje tiempo para pensar, pero no es así. Después de las últimas semanas y de ver las noticias sobre él con una mujer tras otra, aunque ahora sepa que no era verdad, me he quedado conmocionada. Pero saber que está pensando en mí me inunda el pecho de calidez.

Al deslizarme en el asiento trasero, rozo con la mano una nota doblada que yace sobre el cuero negro. Encima hay una sola violeta. Recojo la delicada florecilla y la hago girar entre los dedos. Por un momento, cierro los ojos y me

permito recordar la primera vez que apareció en mi puerta. Por aquel entonces, no habría podido imaginar cómo iban a acabar las cosas. Los labios se me curvan en una sonrisa y me pongo la flor detrás de la oreja, tal y como él hizo aquella noche.

Cuando Jeremy arranca el coche, despliego la nota.

«Violet:
La primera vez que te vi, estabas comiendo Cheerios en la barra de desayuno del apartamento que Mark y yo compartíamos. Llevabas una camiseta sin mangas azul que hacía juego con el color de tus ojos. Intenté no quedarme mirando a la hermana pequeña de mi amigo, pero me fue casi imposible. Te causé una pésima impresión ese día, y tú me causaste una imborrable. Pero entonces aún no sabía cuánto ibas a cambiarme la vida.

Siempre tuyo

Tate».

Me seco más lágrimas de las mejillas. No me puedo creer que recuerde lo que llevaba puesto la primera vez que nos vimos. Nunca pensé que le hubiera causado ni la más mínima impresión en aquel entonces. Con la nota en la mano, miro por la ventanilla a la gente y los coches que vamos dejando atrás.

Cuando Jeremy me deja delante de True Brew, sigo en mi propio mundo. Mientras me dispongo a abrir la cafetería, repaso lo que Tate me dijo anoche e incluso vuelvo a sacar la nota para releerla, pero cuando le doy la vuelta al cartel de la puerta para abrir y los clientes empiezan a entrar, aparto a un lado las emociones caóticas y los pensamientos confusos y me concentro en el trabajo.

Pero esa tarde, cuando salgo del local y cierro con llave, Jeremy está allí, con una sonrisa en el rostro. No puedo evitar corresponder al gesto, y el corazón se me aligera. Cuando me deslizo en el asiento trasero, el pulso se me acelera al ver otra nota doblada, otra violeta.

Cojo la flor, me la pongo detrás de la oreja y abro la nota.

«Violet:
La tercera vez que fuiste a ver a Mark, mis amigos me habían invitado a una fiesta. Les dije que no porque, aunque no lo reconociera ni ante mí mismo, disfrutaba discutiendo con esa chica que no me soportaba. La idea me resultaba mucho más atractiva que tener otra aventura de una noche sin sentido. Cuando me senté a tu lado en el sofá para ver una película, me hiciste una mueca, pero no podía dejar de pensar

en lo bien que olías.

Siempre tuyo

Tate».

Apretando la nota contra el pecho una vez más, vuelvo a llorar de nuevo. Si Tate está intentando demostrar que no se trata de que se haya enamorado de mí por la proximidad, esta es la forma perfecta. No tenía ni idea de que recordara nuestros primeros encuentros, y mucho menos con tanto detalle.

Esa noche, cuando me acuesto en la cama y repaso los últimos meses, revivo cada caricia de Tate, cada beso, cada secreto susurrado, la sensación de ser suya. Con cada recuerdo, la preocupación, la desconfianza ante la naturaleza poco convencional de nuestra relación, se va disipando y, poco a poco, mi corazón se va recomponiendo.

Al día siguiente, Jeremy está allí y también hay otra nota.

«Violet:
Cuando tu padre y tú fuisteis a la graduación de Mark, os contemplé a los tres y me pregunté cómo sería tener esa clase de vínculo tan estrecho con mi familia. Cuando abrazaste a tu hermano después de la ceremonia, me permití imaginar por un momento que también ibas a abrazarme a mí. Espóiler: no lo hiciste.

Siempre tuyo

Tate».

No puedo evitar reírme, aunque se me encoge el corazón al pensar en Tate estudiando desde fuera a mi pequeña pero unida familia. Me invade el arrepentimiento por no haberlo abrazado ese día. Ni todos los días transcurridos desde entonces hasta ahora.

La nota que me espera esa noche habla de cuando me vio por primera vez en el Onyx.

«Violet:
Nunca olvidaré el momento en que entraste en Onyx. No eras solo un rostro enmascarado entre la multitud; eras la única persona en la sala. Quizás ya entonces intuía quién eras. Si es así, el subconsciente se adelantó a mi mente consciente al reconocer en quién te habías convertido. Esa noche fue el comienzo de algo que ni siquiera sabía que estaba buscando.

Siempre tuyo

Tate».

Al tercer día, cuando veo a Jeremy esperando fuera, ya me he dado cuenta de que estoy siendo una tonta. He dudado de Tate porque me daba miedo volver a arriesgar mi corazón, pero él está arriesgando el suyo. Ha arriesgado más que eso, y lo menos que puedo hacer es lanzarme a esa relación con la misma imprudencia que él.

Cuando me subo al coche, me pongo la violeta detrás de la oreja y despliego la nota.

«Violet:
La noche que fuimos a Trio's y me contaste la verdad sobre Eric está grabada a fuego en mi memoria. Esa noche me confiaste algo profundamente personal, y lo único que quería era sentirme digno de esa confianza. Quería ser la clase de hombre que pudiera darte todo lo que necesitabas.

Siempre tuyo

Tate».

El corazón me late con fuerza en el pecho, y una sonrisa que no puedo contener se dibuja en mi rostro. Estoy desesperada por ver a Tate, por tocarlo y por decirle lo que siento. Pero no puedo dejar la cafetería con poco personal, por mucho que me tiente. Así que me obligo a entrar a trabajar.

No es hasta que Jarrod comenta el buen humor que tengo cuando me doy cuenta de que estoy sonriendo y tarareando mientras limpio la máquina de café que Tate me compró.

—Tate y yo estamos… Creo que vamos a volver a estar juntos.

Deja lo que está haciendo para mirarme fijamente, con los ojos color avellana relucientes. Luego sonríe.

—Me alegro de verte feliz de nuevo. Más le vale tratarte bien esta vez.

—Resulta que, en realidad, nunca me hizo nada malo —digo.

Arquea una ceja, con la curiosidad bullendo en la mirada.

—Me alegro de oírlo —es lo único que dice.

El resto del día no pasa lo bastante rápido. Estoy deseando salir del trabajo para ver a Tate, así que, cuando por fin cierro con llave, correteo hacia Jeremy, que está junto al coche.

—¿Puedes llevarme a verlo?

Su sonrisa se desvanece.

—No puedo, señorita Sinclair. Ha tenido que volar a Los Ángeles por motivos de trabajo.

Se me encoge el corazón al oír la noticia.

—¿Cuánto tiempo estará fuera?

—Hasta el viernes.

—Oh. —Me trago la decepción—. De acuerdo. Gracias.

Me abre la puerta del coche y al entrar encuentro la nota que sabía que iba a estar esperándome. La sostengo entre los dedos durante unos segundos. Si no está en Nueva York, entonces debe de haber escrito esto antes de marcharse con instrucciones para que Jeremy las dejara en el coche. Toco la violeta que me he puesto en el pelo. ¿También las habrá cogido él?

Tras inspirar hondo, desdoblo el papel y leo.

«Violet:

En el momento en que te puse el anillo en el dedo, supe que no querría que te lo quitaras jamás. Me encantaba que no te importara quién era yo ni lo que tenía. En cuanto te puse el anillo, supe que nunca se lo pondría a nadie más. Solo necesitaba asegurarme de que tú sentías lo mismo. Me gustaría pensar que así es. Me gustaría pensar que, pronto, volverás conmigo. Te estaré eternamente agradecido por haber aceptado ser mi falsa prometida.

Espero que algún día vuelvas a decirme que sí.

Siempre tuyo

Tate».

Me cuesta creer que me queden lágrimas a estas alturas. Y, sin embargo, sigo viéndome obligada a secarme las que se me escapan.

Apenas puedo controlar la expectación, pero solo tengo que pasar el resto de la semana sin perder la cabeza, y luego le pediré a Jeremy que me lleve a ver a Tate. Porque lo que tengo que decirle debe ser en persona.

Me recuesto en el asiento y cierro los ojos mientras imagino volver a estar en sus brazos, donde debería haberme quedado, para por fin, por fin, decirle lo que siento.

51

VIOLET

El despertador suena tras lo que parecen solo un par de horas después de haberme quedado dormida. Abro los ojos y me encuentro con el gris difuso de la madrugada.

Es demasiado temprano.

Me aparto el pelo de la cara y busco la alarma, preguntándome por qué ha sonado, cuando me doy cuenta de que no ha sido la alarma lo que me ha despertado. Ha sido el tono de llamada.

Rascándome los ojos, busco a tientas el teléfono, con el pulso acelerado al ver el nombre de Tate parpadeando en la pantalla.

Pulso el botón de respuesta.

—¿Hola?

—Mariposa, tienes que dejarme entrar.

Siento un cosquilleo en el vientre al oír esa voz grave y ronca.

—¿Estás aquí? —pregunto; aparto las sábanas y me levanto de la cama.

—No quería llamar a la puerta y despertar a todos los vecinos.

Quiero preguntarle qué hace aquí cuando Jeremy me dijo que estaba en California, pero como me muero por verlo, corro hacia la puerta principal y la abro.

El corazón me da un vuelco. Lleva el pelo rubio revuelto y tiene unas enormes ojeras. La camisa está arrugada y medio fuera de los pantalones.

—¿Tate? ¿Qué pasa…?

No me da tiempo a terminar la pregunta antes de abalanzarse sobre mí. Su gran cuerpo se acerca al mío, sus manos me enmarcan el rostro. Esos sorprendentes ojos dorados me recorren de arriba abajo, como si no me hubiera visto en meses en lugar de desde hace solo unos días. Estoy convencida de que los míos están haciendo lo mismo con él.

Me acaricia los pómulos con los pulgares y agacha la cabeza.

—¿Sí o no, Violet? Y, por el amor de Dios, di que sí. —La voz le sale áspera

y cargada de emoción.

No hay forma humana de que pueda decirle que no a lo que me está pidiendo.

—Sí —susurro.

Su boca se posa sobre la mía antes de que mis labios hayan terminado de articular las palabras. Su sabor hace que se me cierren los ojos de alivio. Lo he echado de menos. Lo he echado tanto de menos… Muchísimo. Todas las razones para decirle que necesitaba tiempo se desmoronan hechas cenizas y se esfuman. Aunque no me castigo por ello. Estoy demasiado ocupada retorciéndole la camisa, ya arrugada, entre los dedos y pegándome a él como puedo.

Su lengua se adentra en mi boca, el beso se vuelve más profundo, más frenético, y me trago el gemido que se le escapa. Deja caer las manos sobre mi trasero y siento su erección contra mi vientre. El deseo me inunda como una ola. Doy un paso atrás y lo insto a que me siga al dormitorio para que podamos quitarnos la ropa y vuelva a hundirse en mi cuerpo.

Él se aparta y me agarra la muñeca, deteniéndome antes de que pueda poner el plan en marcha.

—Tenemos que hablar.

La cautela se cuela a través de la niebla de deseo que me nubla la mente. «Tenemos que hablar» no suele acabar en un final feliz. Trago saliva.

—Vale.

Me doy media vuelta, dispuesta a sentarme a la mesa de la cocina para escucharlo, pero él me agarra con suavidad por los hombros y me lo impide.

Me acaricia la cara de nuevo y se acerca.

—No he dejado de lado las reuniones y he regresado desde California de un día para otro para hablar educadamente en la mesa. Esta conversación solo durará unos minutos.

Entonces me doy cuenta de por qué tiene tan mal aspecto. Ha volado toda la noche y ha venido aquí directamente desde el aeropuerto.

—¿Por qué has regresado a casa?

—Jeremy me dijo que habías pedido verme. —Sus hermosos labios se le curvan hacia arriba en las comisuras—. Esperaba que eso significara que me habías perdonado.

Se me oprime tanto la garganta que apenas puedo respirar y la pena que siento por haberle hecho pasar por todo esto se me clava en el pecho.

—Tate, no había nada que perdonar. Siento haberte hecho sentir así. Sé que todo lo que hiciste fue para protegerme. Eso significa muchísimo para mí. —¿Cómo no pude ver la verdad cuando me lo explicó por primera vez? ¿Cómo pude alejarlo cuando lo que hizo solo demuestra lo mucho que puedo confiar en él para mantener mi corazón a salvo?

—Te hice daño. —El remordimiento le ensombrece los ojos.

Le acaricio con la palma de la mano la mejilla sin afeitar.

—Me hizo daño pensar que no me querías. Me hizo daño pensar que habías seguido adelante sin pensártelo dos veces. Me hizo tanto daño tanto que ya no pude fingir más. Te quiero, Tate. Te quiero tanto que pensar en pasar la vida sin ti me destrozó por dentro. Y eso fue… aterrador. —Respiro con dificultad —. Estaba asustada, abrumada y aterrorizada de que nada de lo que teníamos fuera real. Pero esas notas, Tate. —La intensidad de su mirada me consume—. No tenía ni idea…

La tensión de su mandíbula se relaja y una de las comisuras de la boca se le curva hacia arriba.

—Cuando nos conocimos, yo tampoco. Ni al principio de todo esto. Al menos, conscientemente. Lo único que sabía entonces era que estar contigo me hacía feliz. Puede que nuestra relación empezara siendo falsa. Pero esta conexión, lo que siento por ti… —Traga saliva—. Nada en toda mi vida ha sido nunca tan real.

El corazón me late con tanta fuerza en el pecho que casi me provoca dolor.

—Yo también lo siento —susurro—. Pero me ha costado un poco admitir que pudiera ser verdad. No confiaba en mi propio criterio.

Me acaricia el pelo y la cabeza, y me pasa los pulgares por la mandíbula.

—¿Ahora confías en él?

—Sí. —Lo miro a esos hermosos ojos dorados—. Y confío en ti. Lo sé con todo mi ser.

Acerca la frente a la mía e inspira, y siento un leve temblor vibrando a través de los dedos que me sostienen.

—¿Confías en mí?

Cierro los ojos e inspiro hondo. Este hombre mantenía a todo el mundo a raya con la sonrisa diabólica y la actitud arrogante, cuando en realidad solo necesitaba a alguien que fuera suyo. Alguien que lo viera tal y como es y que confiara en que era la clase de hombre que no iba a marcharse.

—Confío en ti. —Lo beso en los labios—. En que me mantendrás a salvo.

En tu corazón. Confío en que serás mío.

Esta vez, el beso es intenso y urgente. Le abrazo y me arqueo contra él. Demasiado pronto, se aparta. Gimo como respuesta, temblando de la cabeza a los pies por la necesidad de sentir su piel bajo los dedos. Pero solo pasa un segundo antes de que los labios rocen los míos de nuevo, suaves y dulces. Entonces me toma la mano entre las suyas.

Entre sus dedos, el anillo de compromiso brilla a la luz. El nudo en la garganta apenas me permite hablar.

—¿Has ido a casa a buscarlo antes de venir aquí?

Niega con la cabeza.

—Lo llevaba conmigo. —Una sonrisa se le dibuja en las comisuras de los labios—. Me hacía más fácil creer que pronto te lo volvería a poner.

Desliza el pulgar sobre mi dedo anular desnudo mientras me mira a los ojos. La pregunta que le brilla en la mirada arde con tanta intensidad que la respuesta brota de mí antes incluso de que pueda formularla.

—Sí. Tate. Sí. Sí y mil veces sí.

Una de las comisuras de la boca se le curva hacia arriba, pero ahora me resulta muy fácil ver más allá de esa sonrisa arrogante que solía volverme loca. Veo a un hombre que estaba desesperado por encontrar a alguien que lo amara por lo que es en realidad, más allá de su apellido o su familia, del dinero de su cuenta bancaria o por el poder que ejerce gracias a esas cosas. Alguien que lo amara solo por ser él.

—Podemos tomarnos todo el tiempo que necesites —dice—. Podemos esperar hasta que estés lista para casarte. Solo necesito que el anillo esté en tu dedo.

La emoción amenaza con ahogarme.

—Pónmelo. Por favor.

Sin dudarlo, me lo desliza en el dedo, y el tacto frío de la alianza desata una oleada de felicidad en mi vientre.

—Vuelves a ser mía. —La voz le sale ronca, y a mí me recorre un escalofrío.

Cuando bajo la mirada hacia el anillo, se difumina en un arcoíris. Parpadeo para alejar las lágrimas y vuelvo a encontrar su mirada.

—Siempre he sido tuya. Siempre lo seré.

Hunde el rostro en la curva de mi cuello.

—Joder, mariposa. Te he echado de menos.

Lo abrazo e inhalo su aroma, sintiendo por fin su enorme cuerpo contra el

mío.

—Ha pasado demasiado tiempo, Tate. Te deseo. Te deseo ahora mismo.

Se aparta, con esa sonrisa preciosa y arrogante que me encanta iluminándole el rostro.

—Bueno, si mi prometida me desea… —Sus manos se le deslizan hasta mi trasero y me levanta en vilo para que pueda rodearle las caderas con las piernas —. ¿Quién soy yo para negarme?

Me lleva así hasta el dormitorio, donde le demuestro exactamente cuánto lo quiero.

Pero no solo eso. Le muestro cuánto lo deseo, cuánto confío en él, cuánto lo amo. Y pienso seguir demostrándoselo todos los días durante el resto de nuestras vidas.

EPÍLOGO

TATE

No puedo evitar la sonrisa que se me dibuja en el rostro al ver a la mujer que avanza hacia mí por el pasillo blanco. La exuberante vegetación de los jardines botánicos forma un brillante telón de fondo detrás de ella. Su expresión está cargada de amor, y el bulto del vientre apenas se adivina bajo el precioso vestido blanco de cintura alta que lleva puesto.

A mi lado, Cole se ha quedado completamente inmóvil mientras se acerca su futura esposa.

—Respira, tío —murmuro por lo bajo—. Podría dar una mala impresión si te desmayas cuando ella llegue a tu lado.

—Que te jodan. Estoy respirando —dice, aunque se le quiebra la voz. Tiene los ojos brillantes y no los aparta de Delilah.

Se me encoge el pecho ante esa muestra de emoción por su parte. Ver su felicidad, lo completo que Delilah lo ha hecho sentirse, me llena de una gratitud increíble. No solo porque haya encontrado el amor, sino también porque, junto con Roman, estoy a su lado mientras da este paso.

Y estoy más que agradecido de poder identificarme con lo que siente por su futura esposa.

Diviso a Violet sentada en la primera fila; el blanco de las sillas resalta sobre el césped verde. No me está mirando. Está observando cómo Beth, la madre de Delilah, la acompaña hasta el altar. La contemplo, desde el elegante recogido que resalta la esbelta curva del cuello hasta el bonito vestido azul con hombros al aire que lleva, a juego con el color de sus ojos.

Está perfecta. Y es mía.

El anillo lleva tres meses de nuevo en su dedo, y las cosas no podrían ir mejor. Violet regresó al ático al día siguiente de mi regreso de California, y al instante volví a sentirme como en casa.

Mis hermanos apenas pestañearon cuando les dije que Violet y yo estábamos oficialmente comprometidos. Cole me dio una fuerte palmada en la espalda y

un abrazo masculino, mientras que Roman sacudió la cabeza con una sonrisa irónica en el rostro.

—Cayendo como malditas fichas de dominó… —fue todo lo que dijo.

Lo miré con las cejas arqueadas.

—He oído que la última ficha de dominó es la que cae con más fuerza.

Resopló.

—Ya he pasado por eso antes y no tengo ningún deseo de repetir la experiencia.

Cole y yo intercambiamos una mirada, pero no hicimos más comentarios.

Llámame romántico —y te garantizo que nadie lo ha hecho nunca—, pero me gusta pensar que hay una mujer ahí fuera dispuesta a poner el mundo de mi hermano patas arriba.

Delilah se acerca a nosotros, le da un beso en la mejilla a su madre y le pasa el ramo de flores. Sonríe con dulzura mientras Beth ocupa su lugar junto a la única otra dama de honor, Alex, su mejor amiga. Luego se vuelve hacia Cole, y sus ojos verdes brillan cuando lo mira.

Siento un pinchazo en el pecho al imaginar el momento en que un par de ojos azules me miren de la misma manera.

Tampoco es que Violet y yo tengamos prisa por casarnos. Estoy más que encantado de esperar a que esté lista porque sé que no es porque no me quiera o no confíe en mí. El comienzo de nuestra relación fue un torbellino, y después de lo que pasó con Eric, no la culpo por querer asentarse en una vida más tranquila conmigo antes de fijar una fecha y verse envuelta en la locura de planificar una boda.

Pero cuando Delilah y Cole decidieron no esperar hasta después del nacimiento de su hija para casarse, lo organizaron todo en muy poco tiempo. Aunque King Group cuenta con numerosos hoteles que podrían haber acogido una gran boda de alta sociedad, Delilah quería algo al aire libre y mucho más íntimo. Y aquí, con un arco de madera adornado con hiedra, rosas blancas y peonías y la sutil fragancia de las flores llenando el aire, es mucho más ella misma que en cualquier salón de baile resplandeciente.

Todos hemos visto el interior de suficientes salones de baile como para toda una vida.

Cole y Delilah se dan la mano mientras el oficiante los guía a través de los votos, breves, sencillos, pero cargados de emoción. Se oyen susurros entre los invitados, y las lágrimas brillan en las mejillas de Beth, que está detrás de su

hija. Pero es la emoción en el rostro de mi prometida lo que acapara mi atención. Cuando se da cuenta de que la estoy mirando, me dedica una sonrisa vacilante. Tengo la sensación de que a ella también se le van a escapar las lágrimas en cualquier momento.

Me doy cuenta de que me he distraído de la ceremonia cuando oigo las palabras «Ya puede besar a la novia». Quizá perderme el final de los votos me convierta en un mal padrino, pero creo que Cole me perdonará. Tampoco parece que le importe, de todos modos. Mientras los invitados estallan en vítores, él acaricia las mejillas de Delilah y la besa como si no hubiera nadie mirando. Cuando se separan, creo que nunca había visto a mi hermano sonreír tan ampliamente. Roman, de pie a mi lado, carraspea.

—Contrólate —le digo, tratando de contener la sonrisa burlona—. Sé que es emotivo, pero ¿qué pensará la gente si el gran y malvado director ejecutivo de King Group rompe a llorar en la boda de su hermano?

Entrecierra los ojos y, entonces, sorprendentemente, esboza una leve sonrisa.

—Más o menos lo mismo que pensarán cuando el *playboy* director de marketing caiga de rodillas ante el altar al ver a su novia por primera vez.

Me río entre dientes, observando cómo Delilah coge el ramo de las manos de su madre y luego toma de la mano a Cole.

—Quizá algún día podamos ver cómo reaccionas al casarte con el amor de tu vida.

Como era de esperar, la respuesta es solo un resoplido burlón, y sonrío para mis adentros mientras cojo a Alex del brazo para seguir a Cole y Delilah de vuelta por el pasillo. Al pasar por la primera fila, le guiño un ojo a mi prometida, y ella me dedica esa sonrisa hermosa, amplia y espontánea que tanto me gusta.

Hace dos años, no habría podido ni imaginar un día como hoy: Cole casándose con la mujer que ama y el anillo en el dedo de una mujer que siento que siempre estuvo destinada a ser mía. Y dentro de unos meses, habrá un nuevo miembro de la familia King. Esta vez, la criaremos con todo el amor y el cariño que la familia pueda darle.

Poco después, me abro paso entre las mesas del jardín hasta que encuentro a Violet hablando con la madre de Delilah. La estrecho entre mis brazos y la beso y, como siempre, al sentir su sabor en mi lengua, tengo que luchar contra el impulso de que el beso se vuelva más apasionado. Nada me gustaría más que deslizar las manos bajo su falda y agarrarla del trasero, pero me contendré

hasta que lleguemos a casa.

Cuando dejamos de besarnos, Beth se está riendo.

—Creo que os voy a dejar solos, tortolitos. —Violet intenta protestar, pero Beth le hace un gesto con la mano para que lo olvide y le dedica una cálida sonrisa—. De todos modos, creo que ya es hora de que vuelva a abrazar a mi hija y a mi nuevo yerno.

Cuando se aleja, Violet se vuelve hacia mí.

—Estabas tan guapo ahí, con tu esmoquin…

—No podía quitarte los ojos de encima —le digo. La beso de nuevo y no quiero parar. Pero me veo obligado a hacerlo cuando sirven la comida.

En lugar de una cena formal sentados a la mesa, hay varios puestos gourmet repartidos por la zona que sirven una gran variedad de platos. También hay un bar surtido con vinos selectos, cervezas artesanales, licores de primera calidad y cócteles especiales. Las mesitas repartidas por todo el espacio permiten a los invitados moverse y charlar durante la comida, lo que contribuye a mantener el ambiente relajado de la boda.

Una hora más tarde, después de haber comido y de habernos hecho fotos con la feliz pareja —aunque quizá «feliz» sea exagerar el estado de ánimo de Cole al tener que compartir a su novia con tanta gente—, me encuentro junto a Roman en el bar mientras Violet habla con Alex y su marido, la estrella de rock Jaxson.

—¿Te lo estás pasando bien? —le pregunto, después de que el camarero me sirva el whisky.

—Es mejor que ir a otra gala.

Suelto una risa de sorpresa.

—Es verdad. Quizá podríamos bajar un poco el tono. Ya le hemos demostrado al mundo que no somos como papá. No deberíamos seguir haciendo alardes ni intentar demostrar nada más.

Asiente con lentitud.

—Creo que tienes razón. —Es un alivio. Aunque tener a Violet a mi lado ha hecho que asistir a eventos formales sea más agradable, prefiero estar en casa con ella, haciéndola gritar el nombre—. He oído que han condenado a Eric.

Lo miro de soslayo: desde el arresto de Eric y la retirada de las fotos, rara vez hablamos de lo que hicimos.

—Sí, seis años de cárcel en una prisión federal. Quizá acabe en la misma que papá. Eso sería muy poético.

Una sonrisa suaviza la expresión severa habitual de Roman.

—Sí que lo sería… —Una sensación de calidez me invade el pecho. Una sensación que se ha vuelto familiar desde que Violet entró en mi vida: la sensación de pertenecer a algo. Me vuelvo hacia mi hermano. ¿Él también la siente? Él me mira a los ojos y enarca una ceja oscura—. ¿Qué?

Niego con la cabeza.

—Nada.

Me mira fijamente un momento más, carraspea, como si hubiera decidido no insistir en el tema.

—¿Has hablado con Violet sobre tu idea?

Le doy un sorbo a mi copa antes de responder.

—Todavía no. Ya veré esta noche qué opina.

—Avísame de cuál ha sido su decisión.

—Lo haré. —Espero que a Violet le interese ampliar True Brew. Necesitamos una cafetería para el vestíbulo de Genesis-1, y no quiero que sea True Brew solo porque es de Violet. Creo sinceramente que el carácter sostenible y el espíritu comunitario encajan en el ámbito de Genesis-1, mientras que la calidad del café mantendrá contentos a los residentes adinerados.

También tengo pensado sacar el tema de robarle a Jarrod para que dirija el local, ahora que ella tiene mucha ayuda en la cafetería. No intento separarlos. Violet me contó lo que él le dijo la noche que los vi abrazándose, y tuve que admitir que llevaba la razón. Puede que no me guste la confesión de que se siente atraído por ella, pero tampoco puedo culparlo. Y no me preocupa que Violet sienta algo más que amistad por él. ¿Cómo podría, si me demuestra lo mucho que me quiere cada día? No, los celos no son la razón por la que estoy considerando ofrecerle a Jarrod la gestión de un posible nuevo True Brew. Ha demostrado con creces su dedicación a la familia de Violet y a su local. La ayudó cuando lo necesitaba, y por eso le estaré eternamente agradecido. Pero, sobre todo, sé que es la persona en quien Violet confiaría más para mantener vivo el espíritu de True Brew, aunque sea en una ubicación diferente.

Aunque eso es algo que discutiremos más adelante.

Cuando cruzo la mirada con Violet, se acerca hacia nosotros con una sonrisa en sus bonitos labios.

Se desliza bajo mi brazo y mira a Roman.

—¿Te lo estás pasando bien?

Los ojos se le oscurecen mientras nos observa.

—Me gusta ver a mi hermano feliz. —Luego le dedica una leve sonrisa—. A los dos. —Se bebe lo que le queda en el vaso y lo deja sobre la barra—. Que paséis una buena noche los dos. —Y luego se marcha, alejándose con las manos en los bolsillos.

Violet suspira.

—¿Crees que alguna vez se abrirá a la idea de volver a conocer a alguien?

Dejo mi propio vaso sobre la mesa y la abrazo.

—No lo sé. Es bastante testarudo y está obsesionado con la idea de que ha terminado con el amor. No estoy seguro de que nadie pueda convencerlo de lo contrario.

Ella asiente con tristeza, pero antes de que pueda responder, nos llaman para que empiecen los brindis. Tras el mío, en el que solo destaco sutilmente mi papel en la felicidad actual de Cole y Delilah, llega el momento del primer baile de la pareja.

Por extraño que parezca, Violet y yo acabamos junto a mi madre mientras vemos a los recién casados flotar por la pequeña pista de baile de madera que han montado sobre el césped. Me sorprende oír un suave sollozo a mi lado, y no en el que ocupa Violet. Me giro justo a tiempo para ver a mi madre parpadeando para borrar un ligero brillo en sus ojos.

Se da cuenta de que la miro y endereza los hombros.

—Le dije a Cole que debería plantearse celebrar la boda en un lugar cerrado. Hay demasiado polvo y polen flotando por ahí.

No puedo reprimir la risa que se me escapa.

—Mamá, sabes que la vieja excusa de «se me debe de haber metido polvo en el ojo» no engaña a nadie, ¿verdad?

Frunce los labios, pero un momento después, la tensión parece abandonarla.

—Sí, bueno. —Vuelve la mirada hacia donde Cole está contemplando a su novia con adoración y su expresión fría se suaviza, solo un poco—. Es una boda preciosa. Mucho más bonita que la mía.

A mi lado, Violet me aprieta la mano. Sé lo que me está diciendo. Podría dejar pasar este momento, soltar un comentario sarcástico y marcharme, o podría abrir un poco el corazón y dejar sitio para el perdón hacia una mujer que fue producto de su educación y de su matrimonio. Una mujer que, espero, esté empezando a aprender el valor del amor y de la familia.

—Tienes mucho tiempo, mamá. Quizá algún día puedas tener una boda

como esta.

Me dedica una expresión sorprendida a la que correspondo con una sonrisa. La he estado sorprendiendo toda la vida, pero esta sugerencia parece haberla pillado más por sorpresa que la mayoría de las cosas que he dicho a lo largo de los años.

Cuando vuelve la vista hacia donde Cole está besando a Delilah, creo que va a ignorarme. Entonces, las comisuras de los labios se le curvan ligeramente hacia arriba.

—Si lo hago, espero que sea con un hombre que me haga reír.

A continuación, con una sonrisa tensa y cohibida dirigida a Violet y a mí, se aleja con paso ágil, con la postura de siempre.

Observo la espalda de mi madre mientras se aleja y me vuelvo hacia Violet, desconcertado.

Su expresión es cálida.

—Hace tiempo que me dejé el equipo de «Genio y figura hasta la sepultura».

La pego a mí y hundo la nariz en su pelo.

—¿Te apetece bailar, mariposa?

—Me encantaría. —La conduzco a la pista de baile—. Tu madre tiene razón. Es una boda preciosa.

—Sí que lo es. Han hecho un buen trabajo organizándola tan rápido.

Levanta la barbilla y me mira fijamente; el amor en sus ojos me roba el aliento.

—¿Crees que nosotros también podremos hacerlo así de bien?

Le acaricio las mejillas y escudriño su rostro con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho.

—¿Estás diciendo que estás lista para casarte conmigo, mariposa?

Me mira de reojo.

—Quizás…

La agarro con suavidad el pelo y tiro de él hasta que levanta la barbilla un poco. La forma en que los ojos se le entrecierran me provoca una oleada de calor por la espalda. Sé lo mucho que le gusta cuando hago eso, y cuando la inmovilizo y la sujeto con la mano alrededor de su esbelto cuello. Eso vuelve loca a mi preciosa prometida. Los labios se le entreabren, pero no la besaré hasta que me dé una respuesta.

—¿Sí o no, mariposa?

—Sí —susurra—. Estoy lista. Más que lista. Me muero por avanzar hacia el

altar y verte esperándome al final.

Le voy un beso, largo, fuerte y con ansia, para imitar el mismo modo en que siempre la deseo. Cuando me aparto, está sonrojada y sin aliento.

—Te quiero, Violet. De una forma que no sabía que era posible querer a alguien. Pienso en lo que me dijiste hace meses: cuando lo sabes, lo sabes. Solía cuestionar mis sentimientos. ¿Cómo podía suceder tan rápido, con tanta certeza? Y seguía volviendo a eso. En el fondo, supe desde el momento en que te vi en Onyx que toda la trayectoria de mi vida iba a cambiar.

Las lágrimas le brillan en los ojos.

—Yo también te quiero, Tate. Muchísimo. Mis padres estarían orgullosos de que hayamos vuelto a hacer que True Brew tenga éxito, pero estarían aún más felices sabiendo que te tengo a ti para pasar el resto de mi vida. Estoy muy agradecida de que me pidieras que fuera tu novia falsa. —Entonces sonríe—. Incluso estoy agradecida de que fueras el compañero de piso de mi hermano.

Se me escapa una risa. Siempre odiaré la primera impresión que se hizo de mí, pero ya no me lo tiene en cuenta. Entiende mejor que nadie el estado mental en el que me encontraba aquella noche —y durante gran parte de mi vida—. La beso en los labios. El camino hasta llegar aquí puede que haya sido de todo menos convencional, pero era lo que los dos necesitábamos para superar las barreras que teníamos ante nosotros. Y pronto, muy pronto, podré decir que es mía para siempre.

Entonces la beso, la abrazo y siento la suavidad del cuerpo derritiéndose contra el mío. Cuando levanto la cabeza para respirar, la levanto entre mis brazos.

—Estoy deseando llamarte esposa.

—¿Ya te has cansado de llamarme tu futura esposa?

—Solo estoy deseando quitarle el «futura». —Le acaricio con la nariz la curva del cuello e inhalo su aroma a melocotón y nata.

Cuando me aparto y la miro, una sonrisa se dibuja en el rostro. No bromeaba cuando dije que estaba deseando llamarla mi esposa. Ya hemos hablado sobre tener hijos, y ella también los quiere. Por mucho que el deseo de ser padre me pillara por sorpresa, no ha disminuido en los meses transcurridos. Estoy decidido a ser para mis hijos el padre que yo nunca tuve. Quiero enseñarle a cualquier hijo o hija que podamos tener que son mucho más que el apellido o la sangre que les corre por las venas. Que lo que son por dentro y el amor que comparten con quienes los rodean significan más que cualquier otra cosa en

esta vida.

Me gustaría pensar que mi padre biológico me habría querido si hubiera sabido de mi existencia, pero me he dado cuenta de que, en realidad, eso no importa. Porque hay otras personas que sí me quieren: mis hermanos, aunque quizá nunca lo digan en voz alta, y mi cuñada, porque Delilah tiene mucho amor que dar. Quizá incluso mi madre, en el fondo. Y lo mejor de todo: mi futura esposa. El amor de Violet es lo bastante fuerte y brillante como para llenar el resto de mis días.

Se pega a mi cuerpo, sin duda sintiendo lo listo que estoy para llevarla a casa y hacerla sentir bien.

—Estoy deseando llamarte mi marido.

Gimo. Su tacto y la forma en que pronuncia la palabra «marido» me están volviendo loco.

—Cuando lleguemos a casa, me aseguraré de que practiques cómo decirlo. Para que estés lista para el gran día.

Las pupilas se le dilatan.

—Me vendría bien practicar.

—¿Cuánto tiempo más crees que tenemos que quedarnos? —le pregunto.

Se echa a reír.

—Nos vamos a quedar hasta el final. Pero si quieres, puedo decirte exactamente lo que quiero que me hagas cuando lleguemos a casa.

Gruño, y luego la beso de nuevo, con fuerza, luego con suavidad y luego con fuerza otra vez. No puedo evitarlo cuando se trata de ella. Nunca he podido. Desde provocarla cuando venía de visita en la universidad hasta tocarla en Onyx, pasando por convertirla en mi novia falsa y luego en mi prometida, nunca he tenido ningún control sobre lo que siento por ella y dudo que lo tenga jamás.

Le levanto la cara para poder mirarla a esos preciosos ojos azules.

—Siempre vas a ser mía, ¿verdad?

Los ojos se le oscurecen y los labios se le entreabren, pero no es lo bastante rápida al darme lo que quiero. Deslizo los dedos bajo su cabello y le acaricio la nuca.

—¿Sí o no, mariposa?

Ella me pone la palma de la mano sobre el corazón.

—Sí, Tate. Cuando se trata de ti, la respuesta siempre será sí.

Mientras la tenga cerca sé que, pase lo que pase en la vida, siempre habrá un

lugar al que podré llamar hogar: los brazos de esta mujer.

AGRADECIMIENTOS

Hay mucha gente a la que debo dar las gracias, empezando por mi marido y mis hijos, por aguantar mi interminable obsesión con los personajes que tengo en la cabeza. Gracias a mi editora, Beth, por ayudarme a que esta historia brille. A Linda y al equipo de Foreword PR, gracias por no rendiros ante mi desorganización. A mis Pas, Tricia y Mikaela, por crear unos gráficos y vídeos preciosos y por ayudarme a conectar con mis lectores. Gracias a Bobby K, por compartir su sabiduría tan generosamente. Y a los blogueros, *bookstagrammers, booktokers* y a todos los demás que han compartido mis libros con sus amigos y seguidores.

Y, por último, muchísimas gracias a ti, lector, por darles una oportunidad a mis libros. Espero que te haya encantado la historia de Tate y Violet. Si es así, por favor, compártela. La difusión es algo increíble para un autor.

L. M.